

LUIS DELGADO

El bergantín *Penélope*

ROMPIENDO EL BLOQUEO

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A

Lectulandia

Con el anterior volumen, *El Navío «Príncipe de Asturias»*, ha cerrado el autor el círculo de los momentos más negros de la Real Armada. Asistimos a los combates de Finisterre y Trafalgar. Aunque después del luctuoso combate todavía disponemos de buques suficientes para formar una poderosa escuadra, así como, arsenales para mantenerlos y fabricar nuevas unidades, la Armada se difuminó como por encanto durante algunos años, como cuerpo sin alma perdido en sus propias desaventuras. Sin embargo, bloqueados a muerte por los británicos y con extremas necesidades que no se podían acometer, nuestros hombres de mar demostraron ser capaces de afrontar cualquier situación límite con valor y arrojo elevado hasta los cielos. Este volumen, que refiere ya aventuras de Santiago, hijo de Francisco Leñanza y tercer «Gigante» de la saga, es buena prueba de ello: un relato que podrá entrar en la epopeya popular aunque después de todo, no sea más que uno tan sólo de los muchos desconocidos con que la Real Armada escribió páginas de gloria.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

El bergantín Penélope

Rompiendo el bloqueo

Una saga marinera española - 10

ePub r1.0

Titivillus 27.11.15

Título original: *El bergantín Penélope*

Luis M. Delgado Bañón, 2006

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*La preciosa joya de Vuestra Majestad debe ser su Real Armada. Con ella,
todopoderoso; sin ella, expuesto siempre a los insultos y ofensas de los
enemigos.*

El marqués de la Victoria al nuevo Rey Carlos III, cuando lo traía a España a bordo
del navío San Leandro

*Los que se quedan en el puerto
cuando la nave se va,
dicen al ver que se aleja:
¡Quién sabe si volverán!*

Cantar marinero

*Al marinero en la mar
nunca le falta una pena,
ya se le rompe el timón,
ya se le rifa una vela.*

Cantar marinero

Nota

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

Dedico esta obra a mis buenos amigos Nani y Maridillo, con el más sincero agradecimiento por su apoyo a esta colección de novela histórica naval y, de forma muy especial, el entusiasmo desplegado en la preservación del patrimonio cultural de la Armada que, de forma obligada, debemos legar a las futuras generaciones.

Prólogo

Una nueva generación de la familia Leñanza toma las riendas de esta serie de novela histórica naval, Una Saga Marinera Española, que ya completa con este volumen su primera decena. Comencé esta alargada empresa hace tiempo con el desdichado galeote, Gigante, un apodo que se mantendría prendido de forma permanente en los de su sangre. Continué la andadura con su hijo, ya como Oficial de Guerra de la Real Armada, cuya vida y aventuras seguimos a lo largo de ocho volúmenes, engarzando en ellos los momentos principales de nuestra riquísima historia naval. Alcanzado el empleo de jefe de escuadra y muerto a resulta de las heridas recibidas en el combate de Trafalgar, como tantos otros héroes anónimos, tomo el relevo en la labor narrativa con su hijo, el tercer Gigante de la saga. Al diario acontecer del joven Santiago aparejaremos un buen número de nuevos avatares, blancos y negros, del pasado histórico de nuestros hombres de mar. Es mucho el trabajo que se nos abre por la proa, pero me mantengo firme en la idea de mostrar los momentos principales de nuestra Armada durante dos siglos, y pienso llegar lejos, si el cuerpo se mantiene en tablas.

Como norma de la colección, intento que cada obra de la serie conforme un mundo propio y particular, que pueda ser leída con independencia aunque se recuerden, de forma inevitable, momentos acaecidos en las etapas precedentes, que ofrecen importantes perspectivas a cada nuevo ejemplar.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos vividos en los nueve ejemplares anteriores. De esta forma, el lector que acomete un nuevo volumen sin experiencias previas en la colección, puede hacerse una idea general de la serie.

En la obra inicial, *La galera «Santa Bárbara»*, el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano de tierra adentro, que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos. Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia es condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en aquella época, seis años como forzado a galeras. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible crear una familia y enriquecer su hacienda.

En la segunda obra, *La cañonera «23»*, el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera gozado por su progenitor a temprana edad. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la

Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar el necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna. Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte, como por encanto, en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, Pecas, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, *La flotante «San Cristóbal»*, basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes. Gigante consigue embarcar en una de ellas, bajo el mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tan alargada fama alcanzaría con el paso de los años.

Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, las desafortunadas vacilaciones del teniente general Córdoba al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero, Pecas, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la época.

En la cuarta entrega, *El jabeque «Murciano»*, tomo como foco histórico de referencia las jornadas de Argel, para abordar, en forma particular, la acometida en el verano de 1784, que cimentó las bases de la paz acordada con la Regencia argelina, santo y seña de la piratería berberisca que tanto dañaba las costas y comercio mediterráneos. Nuestro protagonista, el ya alférez de navío Francisco Leñanza, siguiendo los consejos de su admirado general Barceló, embarca en el jabeque Murciano, unidad entroncada en la escuadra que, bajo el mando del bravo marino mallorquín, se dirige a la bahía de Argel para castigar la ciudad, sus defensas y fuerzas navales.

En el quinto volumen, *La Fragata «Princesa»*, llevo a cabo un brusco cambio en el escenario geográfico, trasladando al ya teniente de fragata Leñanza a las Indias, al departamento marítimo de San Blas, en la costa mejicana actual. Como foco histórico principal he tomado los últimos descubrimientos y exploraciones llevados a cabo en la costa americana del Pacífico, cuando nuestra Armada redondea el círculo mágico del descubrimiento americano en sus costas del noroeste.

Tras un azaroso y alargado viaje por los mares del Norte y del Sur, Gigante arriba al apostadero de San Blas, para tomar el mando de su departamento marítimo y dirigir las expediciones hacia el Norte, embarcado en la fragata Princesa, con la decisiva intención de posesionar, fortificar y poblar nuevas tierras para España. Y es precisamente en las islas Nutka, donde surgen los problemas con los intereses británicos y los buques destacados a tal efecto, que llevaron a las dos poderosas naciones a una situación cercana al rompimiento de hostilidades.

El sexto volumen, *La Fragata «Sirena»*, ofrece un trueque de amistades, impensable años atrás. Con Francia en plena orgía revolucionaria, la Convención declara la guerra a medio mundo. De esta suerte, entramos en alianza inesperada y de conveniencia con los británicos, tras luchar contra ellos a lo largo del siglo que agonizaba. Corren los primeros meses de 1793 cuando Gigante, ya en el empleo de teniente de navío, embarca en la fragata Santa Casilda como segundo comandante, unidad en la que asiste a las jornadas de Cerdeña. Posteriormente y una vez más bajo el amparo del jefe de escuadra don Federico Gravina, desembarca en el puerto de Tolón para defender la plaza de los ataques revolucionarios.

El volumen séptimo, *El Navío «Triunfante»*, aborda la segunda parte de la guerra a la Convención, hasta alcanzar la paz de Basilea en 1795. Gigante, en el empleo de capitán de navío, continúa al mando de la fragata Sirena, para pasar posteriormente como segundo comandante del navío que da título a la obra. A bordo del *Triunfante* asiste en la costa catalana a las operaciones de apoyo naval a las fuerzas del Ejército, que luchan en el frente oriental y libran decisivas batallas con los franceses.

El Navío «Santísima Trinidad», el buque más poderoso del mundo, ofreció título al volumen octavo, en el que abordaba la nueva guerra contra la Gran Bretaña, tras el acuerdo firmado con la Francia revolucionaria, ese extraño Pacto de Familia con quienes habían guillotinado previamente al familiar. Y como foco central debí encarar el combate habido contra los ingleses en aguas del cabo de San Vicente, la página negra y un tanto humillante de nuestra historia naval, edulcorado como se merece por otras acciones, en las que el orgullo y valor personal de los hombres de mar suplieron las carencias de todo tipo que arrastraba nuestra Institución.

Con el volumen noveno, *El Navío «Príncipe de Asturias»*, he cerrado el círculo de los momentos más negros de la Real Armada. Asistimos a los combates de Finisterre y Trafalgar, ese sacrificio al que se ofrecieron de forma voluntaria y consciente tantos hombres; honor y lealtad inmerecidas por las más altas jerarquías, de quienes en las aguas cercanas al famoso cabo perdieron su vida. Por desgracia para la familia Leñanza, mueren en aquel lejano 21 de octubre de 1805 el padre y el hermano menor de Santiago, el tercer Gigante de la saga que, a partir de ahora, se convierte en el narrador de la serie.

Aunque después del luctuoso combate todavía disponíamos de buques suficientes para formar poderosa escuadra, así como arsenales para mantenerlos y fabricar nuevas unidades, la Armada se difuminó como por encanto durante algunos años,

como cuerpo sin alma perdido en sus propias desventuras. Sin embargo, bloqueados a muerte por los británicos y con extremas necesidades que no se podían acometer, nuestros hombres de mar demostraron ser capaces de afrontar cualquier situación límite con valor y arrojo elevado hasta los cielos. Este volumen que ahora encara el lector es buena prueba de ello, un relato que podría entrar en la epopeya popular aunque, después de todo, no sea más que uno tan sólo de los muchos desconocidos con que la Real Armada escribió páginas de gloria.

Más adelante, con la invasión francesa y la llamada Guerra de la Independencia, deberé acometer una fase muy importante de nuestra historia, donde la parte naval, como norma habitual, ha sido la gran desconocida. España estaba en peligro y la Real Armada se dispuso a defender el último territorio patrio, la zona gaditana que no llegó a pisar la bota francesa. Cambiaremos la utilización del poder naval en su estado más puro por el escarceo de unidades y empleo de la imaginación, unidos a un valor extremo en muchas ocasiones. Embocaremos una alargada situación bélica con España levantada en armas contra la ocupación extranjera, donde el papel de las escasas unidades de la Armada fue de gran importancia para el devenir de la contienda.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra, para hacerla amena y atractiva al lector.

Luis M. Delgado Bañón

1. Un nuevo espíritu al timón

Las nuevas generaciones se suceden a la rueda en toda familia, cobran vida y toman el relevo sin posible descanso, como las olas atacan los buques en la mar noche y día, aunque las pérdidas de seres queridos aparezcan siempre un dolor de profundo calado y dejen su huella más allá de lo que muchos suponen. Según comentaba a menudo mi tío Santiago, un personaje inolvidable de especial inteligencia y valor, muerto por bala mosquetera inglesa en la defensa de Cádiz de 1797, no es más que sangre nueva en debido reemplazo de la vieja, un revulsivo que debería relanzar el espíritu hacia proa. Sin embargo, también alegaba a continuación con su habitual sinceridad que, para desgracia de España, no parecía producirse tal condición en las últimas carnadas. Y en estos días, tantos años después de haber escuchado aquellas palabras, las estimo de razón absoluta, porque la sangre de los conquistadores y descubridores de medio mundo se había licuado en exceso, como hijos alocados de padres emprendedores que amasaron una generosa fortuna con extraordinario esfuerzo.

Al quedar como cabeza de los Leñanza, una de las muchas familias que se trazaron como invariable rumbo servir en los buques de nuestra Marina, me consideré en la estricta obligación de continuar la labor emprendida bastantes años atrás por mi abuelo, seguida con escrupulosa puntualidad por mi padre. Debía narrar los momentos principales de la Real Armada vividos en mi propia persona, amadrinados por corto o largo a nuestra estela. En diversas ocasiones lo comentó con detalle mi muy querido progenitor, incluso como uno de sus últimos deseos, y pueden estar seguros que no defraudaré su recuerdo. Por esta razón, ahora que ya no navego en demanda de puerto alguno sino que intento mantener en fuste este viejo aparejo, fondeado al abrigo de los recuerdos con todos los ferros a disposición, retomo los apuntes pergeñados durante tantos años de servicios, algunos apurados con la última onza de cera, para explicarles lo que viví en primera persona y, como aseguraba tantas veces mi padre en sus escritos, con balas calientes silbando por las orejas. Espero estar a la altura exigida, condición que se me antoja harto difícil al observar la tarea en su conjunto.

Mi padre, Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, más conocido entre sus compañeros, amigos y familiares por el apodo de *Gigante*, había alcanzado el empleo de teniente general de la Real Armada, aunque este último ascenso y reconocimiento se hiciera público cuando ya nos había abandonado. Primer conde de Tarfí, honor recabado por una destacada y heroica actuación en el empleo de guardiamarina^[1], era natural de Fuentelahiguera de Albatages, aunque ése fuera el gran secreto a guardar a puerta cerrada y de por vida en la familia. Por desgracia, no llegó a superar la grave herida sufrida en la pierna, muriendo a bordo del navío Príncipe de Asturias el 29 de octubre de 1805, ocho días después de lo que acabó por llamarse como combate naval del cabo Trafalgar, una de las más luctuosas jornadas de la Real Armada o, mejor

dicho, una más de las muchas sangrientas y dolorosas jornadas sufridas por nuestros hombres de mar a lo largo de la Historia.

Por unas pocas horas no llegué a tiempo de poder abrazarlo con vida por última vez, condición que mucho me hizo padecer en aquellos días, como si hubiese perdido una de las grandes oportunidades de mi vida. Tras haber combatido a bordo del navío más poderoso del mundo, el Santísima Trinidad, en la desgraciada jornada del 21 de octubre, y abandonada la presa por los britanos ante el inminente hundimiento, fui trasladado a la plaza de Gibraltar en calidad de prisionero. Por fortuna, el vicealmirante Cuthbert Collingwood, tomado el mando de su escuadra tras la muerte de don Horacio Nelson, y el marqués de la Solana por parte española, establecieron la entrega de heridos y prisioneros. Las condiciones eran las habituales, los oficiales en prenda con palabra de honor dada y el resto de los hombres bajo recibo. Todos con la condición de no servir en la guerra por tierra o por mar, en tanto no fuesen canjeados.

Para desgracia y dolor de la familia, no sólo nos atacó el duelo en casa con la terrible muerte del padre, porque también mi hermano menor, el pequeño Francisco, perdía la vida a bordo del navío de tres puentes *Santa Ana*, donde demostró el ardor y carácter de nuestra sangre como guardiamarina, entrado por primera vez a defender las armas de Su Majestad. Durante muchas noches rememoré con infinita tristeza su muerte. Como me había explicado su comandante, el capitán de navío don José Gardoqui, el niño recién destetado a la vida soportó como un hombre bragado la amputación de su pierna, recibiendo el único alivio de un sorbo de aguardiente y la tronza de cuero entre los dientes, cuando ya no restaba una gota de láudano a disposición en la enfermería. En mi imaginación aparecía como una terrible pesadilla la escena en la que el cirujano, con la sierra de arco aplicada a su maltrecha pierna, destroncaba el miembro, al tiempo que podía observar su rostro infantil perlado de sudor.

Después de todo, aquellas desgracias no eran más que el resultado de las posibles y normales consecuencias de entregar la vida al servicio de la Real Armada, porque fueron muchas las familias que, tras la derrota sufrida en aguas gaditanas, tuvieron que llorar la pérdida de algún miembro querido. Nuestros hombres habían salido a la mar sabiendo de antemano el resultado, por difícil que sea de creer, un sacrificio voluntario que no merecíamos. Pero, a veces, el honor debe volar por encima de otros muchos sentimientos. Aunque hubiese sido posible y recomendable evitar el esperado desastre por quien desempeñaba el más alto empleo y la mayor responsabilidad de la escuadra, acudimos hacia la muerte con la cabeza bien alta. Allí, en aquellas aguas cercanas al cabo Trafalgar, era el momento de ofrecer todo lo que llevábamos dentro y dejar bien alto ese pabellón por el que habíamos jurado entregar cuerpo y alma, si así nos era requerido.

Decía mi padre una y otra vez, que las siguientes generaciones deben conocer con detalle todo lo que llevaron a cabo sus antecesores; combates de muerte, sangre corrida en cubierta, sufrimiento a bordo por carencias y epidemias, temporales con

aguas levantadas en ampollas, mil penalidades de mar y guerra, así como sacrificios entregados por un ideal aunque, es cierto, algunas copas no siempre se abrieran en espumas blancas. Pero así ha sido nuestra historia y con realismo debemos asumirla, orgullosos de los éxitos, muchos más de los que nuestro pueblo llegó a conocer, e intentando tomar las necesarias enseñanzas de los fracasos para no caer en yerros parecidos. Bien es cierto que, en demasiadas ocasiones, no fueran achacables tales circunstancias a nuestros compañeros de armas sino a quienes, desde las más altas magistraturas, manejaban los hilos de la cometa. Pues bien, a esta labor de recopilación me dedicaré en cuerpo y espíritu, hasta que los masteleros del alma se vengan en cierre sobre cubierta, comenzando allí mismo donde lo dejó mi padre, tras el combate librado en aguas cercanas al maldito cabo.

Aunque en aquellos primeros días del mes de noviembre de 1805 me consideraba un oficial de la Armada curtido en mil y una batallas, habiendo sufrido el combate de Algeciras a bordo del navío Real Carlos, el ignominioso ataque británico a las fragatas junto al cabo Santa María y el de Trafalgar sobre la cubierta del Santísima Trinidad, debo reconocer que no era más que un joven teniente de navío con veintiún años, recién ascendido a dicho empleo en las generosas promociones dictadas por nuestro Señor don Carlos el Cuarto tras el funesto combate. Y como fue norma habitual en aquel reinado tan poco fértil para las armas de España, algunos agraciados no merecieron tal prebenda ni de largo mientras otros, por difícil que sea de creer, recibieron recompensas sin llegar a oler siquiera aquellas aguas enrojecidas de sangre.

Como entrada a estos cuadernillos que espero rematar por largo y con suficiente fortuna, si los dioses de la mar me entran a favor, puedo adelantarles que el combate sufrido en aguas cercanas al cabo Trafalgar dejó unas secuelas en nuestra Armada de muy considerable factura. Y no es tarea sencilla encontrar las palabras necesarias para explicar esta triste y anómala situación. Habíamos sufrido combates de índole parecida y con pérdidas superiores a lo largo de los siglos anteriores, especialmente en ese XVIII que dio origen a la Real Armada como gloriosa Institución. Tan sólo hemos de recordar los desastres sufridos en Cabo Passaro o Santa María, por citar algunos, para comprender que el ritmo de las construcciones navales superaba las pérdidas de mar y guerra. De esta forma se fortalecía poco a poco nuestra Armada, que alcanzó su momento de mayor esplendor en los años finales del reinado de ese gran señor que fue don Carlos el Tercero, antes de que su hijo la heredara sin merecimiento propio y diera comienzo la pendiente hasta el desastre final.

Más que la derrota en sí, pesaba sobre los espíritus de los oficiales de la Real Armada la desmoralización propia y el dolor, así como la decadencia absoluta que observábamos a nuestro alrededor, como campo trillado en deshora. El horizonte cercano no podía ser más desmoralizador; arsenales sin pertrechos ni fondos con que proveerlos, promesas reales por boca de su infame valido que se incumplían una y otra vez, buques a flote que más parecían cadáveres vivientes y hombres sin pagas

pero, más importante todavía, sin esperanza alguna en ese cambio revitalizador que se consideraba necesario y urgente. Era tarea difícil levantar cabeza en tal situación, aunque no faltaron voluntades y espíritus lanzados en dicho sentido, por mucho que no se encontraran respuestas a tan nobles actitudes en toda la rosa de los vientos^[2].

En el aspecto puramente personal, en la mañana de un ventoso y desapacible 4 de noviembre de 1805 que nunca llegaré a olvidar, dimos cristiana sepultura a los restos de mi padre y hermano Francisco. Llevamos a cabo el enterramiento, como era norma familiar desde que mi madre abandonara este mundo, bajo la pequeña ermita de la hacienda de Santa Rosalía, en recogida ceremonia. De esta forma, mi padre reposaría para siempre junto a su primera mujer y madre mía, Cristina, así como del querido compañero, el tío Santiago, oficial de la Armada muerto en el empleo de brigadier.

Quienes llegaron a tratar a los dos grandes amigos y cuñados pensarían que, de nuevo, se reunían *Gigante* y *Pecas*, aquella inseparable pareja conocida durante el Gran Sitio de Gibraltar como los guardiamarinas de Barceló. Nadie podía dudar que se trataba de dos hombres con el valor encastrado en las venas, capaces de elevar el sentimiento de la verdadera amistad y el compañerismo hasta cotas difíciles de igualar. Mi segunda madre y tía a un tiempo, María Antonia, que tuvo la suerte de estar unida por matrimonio a aquellos dos grandes hombres, se mantuvo con el dolor prendido muy dentro, de forma que nadie pudiera atisbar siquiera los verdaderos sentimientos, aunque sus ojos observaran las tumbas buscando el futuro y deseado acomodo. Le serví de apoyo y consuelo, como merecía aquella extraordinaria mujer. Pero también debí enlazar lágrimas con mi hermana Rosalía y los primos Francisco, nuevo duque de Montefrío, y Cristina.

En esta ocasión, el párroco de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena en la cercana villa de Cehegín, don Constantino Cifuentes, que solía acudir a la hacienda con regularidad para officiar en los días de precepto y rellenar el buche en conveniencia, apareció más triste ante el nuevo y doloroso suceso. Ni siquiera llegó a elevar protestas, como en ceremonias pasadas, sobre la necesidad de obtener el preceptivo permiso arzobispal, para llevar a cabo la inhumación en ermita sin cripta consagrada a tal efecto.

También mostraba infinita tristeza durante el enterramiento el fiel Setum, aquel hombre de conducta inigualable en tantos aspectos, que se había mantenido amadrinado a la vida de mi padre como criado, secretario y amigo aunque, en realidad, era un miembro más de nuestra familia en primera persona y por derecho propio. Decía siempre mi progenitor, que mucho debía agradecer a nuestra Señora de Valdelagua, a la que tanta devoción profesara desde la niñez, haber recibido el regalo de ese sabio africano de piel negra como brea de calafate. Porque además de salvarle la vida en diversas ocasiones, Setum había decidido dedicarse al cuidado de su persona por el resto de sus días, con tintes de lealtad elevados hasta el infinito o más allá. Por primera vez en tantos años, lo observaba con los ojos en rojo y derramando lágrimas secas, un cuadro que todavía cargaba más las velas del dolor.

De esta forma cayó la tierra sobre dos hombres de la familia Leñanza a un mismo tiempo, dos miembros de la Real Armada separados en la escala de oficiales de guerra por los extremos de sus respectivos empleos, teniente general y guardiamarina, alejándolos de mí para siempre. Era la condición más dura de aceptar, bien lo sabe Dios, al punto de no llegar a creerlo como real posibilidad hasta mucho tiempo después. Por su parte, María Antonia, vestida en negros por cuerpo y alma, paseaba la mirada por las lápidas de sus dos maridos, de su cuñada a quien profesara especial aprecio, de su sobrino considerado como un hijo más, mientras apretaba mi brazo en sorda petición de mutuo auxilio. Fueron momentos de inolvidable tristeza, esos que quedan prendidos en nuestros forros y necesitan de muchas singladuras para disolverse, hasta formar una imagen difusa y lejana que acabamos por no creer.

Tan sólo en el carruaje, de regreso a Madrid, me preguntó María Antonia con voz queda, sin mirarme a los ojos, aprovechando que los pequeños dormían.

—¿Qué piensas hacer, *Gigante*?

—En cuanto arregle los asuntos más imprescindibles, debo regresar a Cádiz.

—Me gustaría pedirte un importante favor, hijo mío. No expongas la vida de forma alocada, aunque a esa actitud la llaméis valor. Tu hermana y primos te necesitan más que nunca. Bueno, sin olvidarte de mí. Creo que no podría perderte también a ti.

—No me perderá, madre.

—He escuchado esa frase otras muchas veces, querido Santiago —tomó mi mano con especial cariño—. Si quieres, cuando te encuentres en Cádiz, puedes utilizar la casa de la calle de la Amargura. Aunque allí tuviera conocimiento de la muerte de mi esposo y tío tuyo, pasamos algunos días muy felices.

—Lo recuerdo muy bien, cuando los britanos entraron en la bahía y bombardearon la ciudad con aquellos malditos bombos. Por fortuna, le dimos para el pelo a don Horacio Nelson, que salió de aquellas aguas trasquilado y con el rabo entre las piernas. Pero tenía entendido que esa casa palacio era propiedad de un primo lejano, el marqués de Villavelviestre.

—Y así era. Pero recordarás bien cómo manejaba sus asuntos tu tío Santiago. Aunque el primo no quería, insistió una y otra vez hasta que consiguió comprársela, pensando que pasaríamos allí bastante tiempo.

—No sé qué decirte, la recuerdo demasiado grande para mi uso personal. Pensaba en arrendar una posada más pequeña.

—Abre solamente las estancias que necesites. Además, de esta forma podremos ir a visitarte y pasar unos días en familia. Creo que todos lo necesitaremos más pronto que tarde.

—En ese caso no se hable más. Allí instalaré mis reales y la tendré preparada para vosotros.

—Nos traerá buenos recuerdos esa casa, pero también otros muy negros.

Parecía hablar consigo misma al pronunciar estas últimas palabras, mientras de

nuevo se le nublaba la voz en tintes de inevitable tristeza. Tras unos segundos, me sorprendió su nueva pregunta, lanzada con un tono de voz tan bajo que me costó comprenderla en un principio.

—¿Sufrió mucho tu padre antes de morir? Perdona que te haga esta pregunta, pero me gustaría saberlo.

—Puede preguntar lo que desee, madre. Sabe bien que nunca me molestará. La verdad es que si se hubiese sometido a las manos del cirujano en los primeros momentos, como era recomendable, podría haber salvado la vida. Pero decidí esperar hasta que se aclarara la situación de la escuadra en los días posteriores al combate. Siempre antepuso el deber ante cualquier otra consideración. Por desgracia, la pérdida de sangre había sido mucha y retrasada en demasía la intervención definitiva. La verdad es que, según parece, murió desangrado. Gracias al láudano no sufrió y, según palabras de Setum, murió con una sonrisa en la boca.

—El sentido del deber. Maldita frase —parecía hablar con los vientos, aunque el tono se cerraba en negro—. Nadie se lo agradecerá.

—No se busca el agradecimiento, madre.

María Antonia me miró fijamente a los ojos, al tiempo que tomaba mi mano con especial cariño. Mostró una sonrisa forzada antes de continuar.

—Eres de la misma sangre, no hay duda. Y como vosotros, muchos de vuestros compañeros. Pero estáis equivocados. Debería agradecerlo el pueblo y la nación al completo, en lugar de comentar en corrillos y con burlas vuestras actuaciones. Para mayor desdoro, eso lo hacen, precisamente, aquellos que son los verdaderos responsables, sentados sobre ricas poltronas en la Corte.

No supe qué responder ante aquellas palabras que tanta verdad encerraban. Pero ya María Antonia había cerrado los ojos con un cansancio infinito reflejado en ellos, por lo que decidí callar y pensar, un ejercicio este último que se debe evitar en algunos momentos de extremo dolor.

Tuve que dedicar algunos días en la Corte para arreglar algunos asuntos importantes de la familia, un sinfín de trámites con disposiciones sucesorias y de testamentaría capaces de agotar al más privilegiado de los cerebros. Por fortuna, María Antonia acudió en oportuno auxilio y, con los necesarios consejeros, tomó en sus manos los asuntos que no admitían mayor retraso. De esta forma, pude regresar a Cádiz siguiendo las indicaciones del recientemente ascendido a teniente general don Antonio de Escaño y García de Cáceres, todavía mayor general^[3] de la escuadra española derrotada. No podía olvidar que nos manteníamos en guerra abierta con el inglés, con los buques españoles y franceses sobrevivientes al desastre bloqueados en la bahía gaditana.

Don Antonio había sido un gran amigo y compañero de mi padre, con quien viviera mano a mano a bordo del buque insignia, el navío *Príncipe de Asturias*, la campaña de las Antillas y los combates de Finisterre y Trafalgar. Él fue quien acompañó a mi progenitor en sus últimos momentos. Tras la herida del general

Gravina y el apresamiento de los generales Álava e Hidalgo de Cisneros, había quedado al mando de la escuadra y tomado las medidas oportunas para la salida a la mar de los buques el día 23, en un desesperado pero honroso intento de represar algunas de nuestras unidades, una acción que reflejaba al ciento su valor y profesionalidad.

No fue fácil llevar a cabo la despedida de la familia, una triste experiencia que siempre he rechazado de plano. Y especialmente dolorosa para mi hermana Rosalía, quien parecía sufrir el sentimiento de haber quedado sola en el mundo. Le recordé que se mantendría arropada con inmenso cariño por quien actuaba como nuestra verdadera madre, así como los primos a quienes quería como hermanos. La verdad es que me preocupaba su futuro por ser una mujer de especial belleza, con 21 años cumplidos, buena dote en posibles y, sin embargo, ningún hombre que colmara sus deseos a vista cercana. Mi padre había negado siempre de forma tajante la posibilidad de concertar en la familia enlaces matrimoniales sin el necesario y mutuo cariño, por lo que no intenté presionarla en ninguna dirección.

También sentía cierta responsabilidad sobre el futuro de los pequeños. Mi prima Cristina era una preciosa niña, cercana a cumplir los doce años, que no cesaba de llorar la muerte de su querido primo, especialmente unido a ella. Mientras tanto, Francisco, con catorce, apuntaba a las claras sus deseos por sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas cuanto antes, lo que me urgía a comenzar las necesarias gestiones en la Secretaría de Marina, por mucho que el futuro no se abriera en claros. Aunque se sintiera impaciente como todos los de su sangre, su escasa alzada y debilidad general de cuerpo me hacían dilatar el momento, en completo acuerdo con su madre. Pero debía centrar los esfuerzos en mi propia carrera, en el servicio y los momentos negros que parecían abrirse por nuestra proa sin posible remedio.

La verdad es que regresé a Cádiz con demasiadas preocupaciones y muchos lastres morales en la cabeza, lo que nunca es bueno para el cuerpo ni el servicio de las armas en particular. Y no puedo decir que el largo viaje a bordo del carruaje heredado de mi progenitor, con el viejo Rafael en el pescante, fuera de fandangos y ensoñaciones como tantas otras veces, sino de ceniza caliente y espíritu de camposanto. Setum se mantenía en silencio, con el rostro compungido en vinagre y sin visos de variación. De forma casi continua largaba frases en tono bajo sobre la vida de mi padre, comentando lo que habría expresado en cada recodo del camino, como si hablara con él todavía.

Una actitud de pareja tristeza cabía endosar a Okumé, el buen esclavo negro cuya manumisión había conseguido mi padre por expresa petición de Setum, pensando en un fiel continuador de su tarea. Compañero de juegos y diabluras en los primeros momentos, acabó por convertirse con el paso del tiempo en el hombre de absoluta confianza aunque, al igual que su paisano continental, debiera actuar a mi lado como

secretario, consejero o, incluso, cual simple criado particular, llegado el caso de la necesidad de ocupar plaza a bordo de los buques de la Armada. Y ya era mucho lo que le debía, que el africano recio y fortachón había salvado mi vida al rescatarme de las aguas tras la explosión sufrida a bordo del navío Real Carlos, siguiendo la estela de Setum en su especial protagonismo familiar.

Si a las condiciones expuestas le suman lo quebrado del camino, las rodadas de cuadernal y los peligros que siempre acechan en todo momento por las veredas que bajan de la Corte hacia las Andalucías, con las armas a disposición y prestas a la mano, comprenderán que se hiciera eterno el recorrido. Ni siquiera los necesarios descansos en las ventas del camino, con buen yantar y caldos generosos, aliviaron una mota el espíritu tendido bajo cubierta, grabado a troquel en los pliegues con pena y tristeza extremas.

Cuando ya avistábamos nuestro destino por largo en el horizonte, mi primera intención fue la de trasladarme sin pérdida de tiempo al Puerto de Santa María. Según tenía entendido, allí debía encontrarse el general don Antonio de Escaño, desde que desembarcara del navío Príncipe de Asturias para curar la herida sufrida en la pierna durante el combate, una vez intervenido a bordo por el cirujano don Fermín Nadal, el mismo que había intentado salvar la vida de mi padre. Sin embargo, al arribar a la Real Isla de León y acudir a la venta de entrada que llamaban El Arrecife, con necesidad de reparar fuerzas y mejorar el aspecto personal, tuve conocimiento por un compañero de que don Antonio se había trasladado a su residencia en Cádiz. Supuse que, de esta forma, acabaría de curar su herida, al tiempo que se encontraba más cerca del general Gravina, antes de regresar al que todavía era buque insignia de nuestra escuadra.

Sin pensarlo dos veces y tras un generoso almuerzo, me dirigí a esa ciudad que fue siempre para mí la más hermosa de España, como una perla antillana enclavada en la península ibérica, ceñida con orgullo por una bahía que bien podría haber sido deseada por los dioses más generosos. Nada más atravesar las Puertas de Tierra, percibí ese especial olorcillo gaditano de mar, fritanga y pólvora. Y no estimen mi estado de permanente locura por este último comentario, que así lo percibían mis narices. Ha sido tanto el cañoneo sufrido por el pueblo gaditano a lo largo de su agitada y heroica historia, que debió quedar prendido el aroma en permanencia.

Sin pérdida de tiempo, me dirigí con decisión a la calle Cuartel de la Marina y garita de la escalerilla número 6, muy cercana a la famosa plazuela de las Cuatro Torres. Allí residía quien, en escaso tiempo, se convertiría en mi nuevo jefe. Bien es cierto que, aunque no lo dudara, debía mantenerse en pie su ofrecimiento, lanzado durante la conversación mantenida con él cuando acudí a recoger el cadáver de mi padre. De todas formas, he de ser sincero y reconocer que llegué a su posada con el rumor metido en las venas, condición normal cuando se acomete una nueva etapa o situación.

Fui recibido por el criado del ya teniente general don Antonio de Escaño, su fiel

Bernardino, a quien conocía de dos ocasiones anteriores. Para mi sorpresa, no tuve que sufrir recibo de espera durante mucho tiempo, porque don Antonio se encontraba a solas en la sala de trabajo, apoyado en una mesa llena de informes y expedientes. Según pude comprobar, se afanaba en poner al día los pormenores de la escuadra y elevar todos los informes necesarios, esa ingrata e inagotable labor amadrinada a los hombres de guerra, que tanto repudian.

Era don Antonio de Escaño un hombre recio, de regular estatura, rubianco canoso de ojos pardos y claros que se clavaban a fondo en los de su interlocutor, hasta taladrar los pensamientos. Pero por encima de cualquier otra condición, resaltaba su aspecto de persona muy inteligente, una de esas cuyos razonamientos parecen navegar a doble velocidad que la de los normales hijos de Dios. Su porte, a pesar de haber cumplido pocos días atrás los 53 años, era más bien juvenil o de extrema agilidad, tanto de piernas como de manos y gestos. Y para tranquilizar las almas de sus colaboradores cercanos, ofrecía una sensación de sinceridad y benevolencia que llegaba muy dentro. Sin embargo y a la contra, su profesional superioridad achicaba los espíritus de tirios y troyanos, en especial los de aquellos que intentaban discutir con él. Como tiempo después escuché a un alto personaje de la diplomacia española, era Escaño una cabeza privilegiada, un marino que nada tenía que envidiar al más engreído britano. La verdad es que me demostró día a día ser un hombre cultivado en la mayor parte de las ciencias, así como, según palabras de mi padre y otros compañeros, el oficial de la Armada más prestigioso de aquellos años sin posible comparación.

Como mucho se comentaba entre los jefes y compañeros, era Escaño el hombre de don José de Mazarredo. Y en verdad que el gran marino vasco lo había tomado bajo sus alas, al descubrir su claridad de mente y capacidad de trabajo. De esta forma llegó a ser, gracias a sus conocimientos tácticos y profesionales, la persona imprescindible en cualquier mayoría general, como fue el caso con el propio Mazarredo, don Antonio de Córdoba o don Federico Gravina. Por esa razón, y repito las palabras de mi progenitor, aunque se encontrara ya en el empleo de jefe de escuadra, había sido escogido para tal puesto por el último de los nombrados, precisamente en los momentos más decisivos de nuestra Armada. Después de haberlo conocido tan a fondo, parece imposible creer que un hombre como él no hubiera llegado a mandar escuadra en situación de guerra abierta. Es posible que los combates habidos en aguas de San Vicente, Finisterre o Trafalgar hubiesen presentado otros colores, si los buques se hubiesen encontrado bajo su mando.

Don Antonio abandonó su asiento al verme, para acercarse a mí con una sonrisa.

—Bienvenido, Santiago. Mucho has acelerado la maniobra, que habrá sido un proceso negro y muy duro de tragar. Te aseguro que habría deseado acompañarte y asistir al entierro de mi buen amigo y compañero, cuestión imposible por el estado de esta pierna y la responsabilidad que cayó sobre mis hombros.

—¿Cómo se encuentra de la herida, señor? Le veo muy repuesto.

—Aunque todavía deba cruzar los dedos, cura perfectamente y apenas siento el cosido del cirujano. Pero podías haber aguantado algunos días más con la familia. En esos tristes momentos se necesita el calor de la sangre propia.

—Le agradezco sus palabras como lo merecen, señor. Pero no puedo olvidar que nos encontramos en situación de guerra contra el inglés y aquí debe estar mi puesto, si sigue en pie... —dudé al continuar, cohibido de repente—, si sigue en pie su oferta de...

—Por favor —Escaño esbozó una paternal sonrisa—. Me dijo tu padre, poco antes de morir, que cuidara de vosotros. Nada pude hacer por tu hermano, bien lo sabe Dios. Pero me alegro de que no llegara a saber la pérdida de su hijo, una piadosa mentira por mi parte de la que no me arrepiento. Pero tú estás con vida y en salud, no hay más que verte. La verdad es que me recuerdas mucho a tu padre. Mira, *Gigante...*, bueno, si puedo llamarte...

—Por supuesto, don Antonio. Ese apodo parece ser propiedad de la familia.

—Ya lo sé. Bien, creo que, de momento, y hasta que se aclare la situación, que no es nada halagüeña como puedes imaginar, deberías quedar como ayudante mío. Te advierto que no es un favor, porque lo necesito. Más adelante ya veremos como se abren las cuerdas.

—No querría molestarle, señor. Son muchos los tenientes de navío ayudantes en su mayoría y...

—No me refiero a uno más de la mayoría general de la escuadra sino como mi ayudante personal, que me corresponde en el empleo. Además, dejaré esa mayoría más pronto que tarde. Quiero que seas la persona de mi entera confianza. Y ya sabes lo que eso significa; sinceridad, discreción y lealtad por encima de todo. Es muy posible que junto a mí escuches conversaciones de extrema importancia que, a todos los efectos, nunca habrán rozado tus oídos.

—Por supuesto, señor. Ya sabe que me tiene a su disposición con la mayor lealtad y todas las cruces en alto.

—Estoy seguro de que cumplirás como debe ser. Te conozco mucho mejor de lo que crees —esbozó una sonrisa de picardía—. Fueron muchas las horas de vigilia pasadas con tu padre en la mar y en tierra, abiertas en todo tipo de conversaciones. Y sus hijos eran uno de sus temas principales, especialmente tú, de quien estaba muy orgulloso.

—Mucho lo echo de menos, señor.

—Lo comprendo. Bueno, no dejemos caer los masteleros de la esperanza a cubierta. ¿Dónde piensas alojarte? Si lo necesitas, de momento puedo ofrecerte una habitación en esta posada...

—Se lo agradezco, señor, pero no es necesario. Aunque lo desconocía, mi tío Santiago acabó por comprar la casa de la calle de la Amargura donde vivimos las dos familias durante el bloqueo de Cádiz, y la abriré. Es muy grande pero es posible que mi madre y hermanos vengan por aquí a pasar alguna temporada.

—Tu tío Santiago, el inolvidable *Pecas*, era un personaje genial y valiente como pocos. Tienes suerte de disponer de hacienda propia y no andar, como tantos compañeros, mendigando las pagas atrasadas para sacar sus familias adelante. Me alegro que llames madre a tu madrastra y hermanos a tus primos, señal de que todo circula en orden en las dos familias.

—En realidad formábamos una sola, aun antes de que mi padre casara con la viuda de su cuñado y gran amigo. Pero ahora soy responsable de la casa. Hay dos mujeres a las que arreglar su futuro, y el pequeño Francisco que ya pide sentar plaza en la Real Compañía.

—Menos mal que no se apaga la sangre de los que dieron todo por nuestra Institución, aunque suframos horas bajas en estos días.

—¿Y el general Gravina, señor? ¿Se recupera de su herida?

—Pues, la verdad, poco o nada me gusta su enfermedad, y no quiero pecar de agorero. Si le hubieran amputado el brazo izquierdo el mismo día que se produjo la herida, habrían acabado los problemas y posibles lamentos futuros. Todavía hace una semana, se reunió don Fermín Nadal con otros cirujanos del Real Colegio y deliberaron sobre el particular, considerando que no era necesaria tan traumática intervención. En mi opinión personal, que no debe traspasar estas paredes, tras recibir los oficios de la Corte, no se atrevieron a tomar esa medida porque..., porque don Federico es quien es. Y eso le puede costar la vida, porque nada me gusta el panorama. No soy cirujano, desde luego, pero he visto mil y una heridas a bordo. Esas del codo, además de su intensísimo dolor, que ni el láudano más puro llega a calmar al copo, acaban por sacar las astillas de los huesos en punzadas, producen casi siempre demasiada sangría y sirven de cebadero para todo tipo de humores malignos. Pero no seamos pesimistas y elevemos una oración. Parece mejorar ligeramente y ya escribe cartas a don Manuel Godoy y otros altos personajes, como es su costumbre.

Me pareció entrever cierto tono crítico en las palabras de don Antonio, aunque no sabía contra quien o quienes eran dirigidas. Callé, sin embargo.

—Bien, *Gigante*, debes descansar que, estoy seguro, no has gozado camastro de orden en varios días. Toma algunas jornadas libres para establecerte en esa preciosa casa palacio de la calle de la Amargura.

—Sólo necesitaré unas pocas horas en la tarea, señor. Mañana por la mañana me tendrá aquí, dispuesto a recibir sus órdenes.

Don Antonio me tomó por los hombros con una sonrisa abierta en sus labios.

—Sangre de la misma sangre. Creo que es una suerte tenerte a mis órdenes directas. Pero ya sabes que soy de los que trabajan de sol a sol, y es una marea de trabajo la que se nos presenta por la proa.

—No me asusta la faena de lomos, señor.

Abandoné la residencia del general Escaño con un sentimiento agridulce. Por una parte, tenía suerte de estar bajo las órdenes directas de uno de los generales más brillantes de la Real Armada, si no el mejor. Pero también es cierto que echaba de

menos la mar y su especial perfume. Sin embargo, con el bloqueo sería necesario formar las armadillas de lanchas y botes para la defensa de ciudad y escuadra, con lo que la mar en altura quedaba relegada hasta más adelante. Pero no era momento de marcar interrogantes, sino de esperar a ver como se abrían las siguientes mareas que debían marcar mi futuro personal y el de la Real Armada.

2. La dura y triste realidad

Aunque temía aquella nueva faceta que abordaba en mi vida, como era abrir posada propia, resultó maniobra sencilla instalarnos en el caserón gaditano de la calle de la Amargura. La verdad es que, como fue norma habitual en mi tío Santiago a lo largo de su vida, nada faltaba en aquella dignísima casa palacio, salvo pequeños detalles de escasa importancia. Y para completar el cuadro por glorias, entró Okumé en periodo de trabajos forzados, tal y como solía acometer sus deberes cuando el tiempo apremiaba. Por el contrario y de forma tan poco habitual en su forma de ser, Setum se aislaba casi por completo del mundo real, hablando consigo mismo y recordando de forma permanente actuaciones de mi padre, como si su señor se encontrara todavía en vida y pronto a regresar de alguna campaña. Al tiempo que sufría al comprobar su estado, comprendí que había sido un error llevarlo con nosotros a un escenario donde los recuerdos podían avivar todavía más su profunda tristeza, pero no encontraba solución al problema y en ningún momento deseaba ir en contra de sus deseos.

También para mí fue un choque emocional abrir la casa donde había vivido momentos dulces e inolvidables en los meses estivales del año 97, antes de la trágica muerte del tío Santiago que todo lo trazó a malas. Fueron semanas de dicha y dolor, poco antes de mi ingreso en la Real Compañía de Guardiamarinas, una etapa de mi vida que parecía tan lejana en el tiempo, aunque hubiesen pasado solamente ocho años. Pero debíamos afrontar las olas como venían y no sobraba el tiempo a disposición. La verdad es que deseaba dedicarme por completo al servicio. No hay mejor forma de pasar las páginas negras de nuestra vida, sin que el cerebro llame a desbarate.

Puedo asegurarles que la ciudad de Cádiz, tan unida al devenir propio de la Real Armada y su particular historia, parecía muerta, como si el combate sufrido en aguas del cabo Trafalgar hubiese arrasado el solar propio y las almas de sus vecinos. Y era de resaltar la diferencia mostrada por el pueblo llano, tan inteligente después de todo, en comparación con otras trágicas ocasiones. Si, tras el desastre del fatídico 14 de febrero^[4], se escuchaban por calles y fondas coplillas de mofa, en abierto desdoro para la Armada y sus hombres, o con la reacción posterior contra los ataques de Nelson se pasó a la alabanza y orgullo sin medida, ahora se entraba en periodo de silencio sepulcral y pena colectiva. De esta forma, pude comprobar gestos de piadosa compasión en las gentes de toda clase y condición, cuando circulaba por sus calles para acudir a la posada del general Escaño. Creo que la simple visión de mi uniforme de teniente de navío, los movía en deseo de acercarse a mí y condolerse por una pena común.

Por fortuna para mi persona y los propios sentimientos a entablar por corto en el cerebro, el trabajo que se abría por la proa era de lomos y marea gruesa. Porque si ya había escuchado por boca de mi padre y otros compañeros la dedicación y capacidad

de trabajo de don Antonio de Escaño, pude comprobar que en nada marraban los augurios. El general cartagenero se entregaba por entero y sin concesión alguna al servicio, con escasos minutos para otros menesteres ajenos a nuestra Institución. Y como sobre sus hombros caía de lleno la responsabilidad real de la Escuadra del Océano, o los restos de la misma, eran tantos los frentes a cubrir en aquellos días que, en verdad, no disponíamos de tiempo suficiente para intentar apagar los fuegos abiertos por los cuatro puntos cardinales, a no ser que se alargaran las jornadas con cuarenta horas o más.

Los rescoldos del combate se mantenían todavía en alza y era ocupación principal pensar en nuestros hombres. Sin embargo, no podíamos olvidar que la guerra contra el inglés se encontraba activa y abierta por troneras. Con las unidades británicas manteniendo el habitual bloqueo de la bahía con mayor o menor intensidad, era éste el punto principal e incuestionable a enfocar, para no sufrir mayores descalabros. En cuanto a los hombres, el número de heridos era de tal calibre, que pocos días antes de mi llegada se había instalado un tercer hospital en el lugar que llamaban del Balón de Cádiz. Y cuando los ingleses nos entregaron la gran cantidad de heridos prisioneros procedentes de Gibraltar, debimos desalojar el acuartelamiento del regimiento de Infantería de Irlanda para acomodar aquella pobre gente, que se debatía entre el dolor y la muerte, tras haber sufrido experiencias más propias del infierno.

Por su parte, los heridos franceses, con un monto capaz de espantar al demonio, fueron concentrados en el Hospital Real de Cádiz, así como en el provisional de la Segunda Aguada y en el del arsenal de La Carraca, copando hasta el último rincón disponible. De estas cuestiones se interesaba ya el almirante Rosily en persona, quien había tomado el mando de la escuadra francesa superviviente a su llegada a Cádiz en silla de postas, cuatro días después del desastre. Y todos pensamos en la negra suerte sufrida, porque su presencia pocos jornadas antes podía haber evitado lo que nunca debió suceder.

El general Escaño, con ese espíritu de lealtad y responsabilidad que siempre mantenía en cuerdas, se movía entre aguas grises. Por una parte, deseaba encontrarse cerca del general Gravina quien, a pesar de su lamentable estado, seguía siendo el comandante general de la escuadra. Pero también era un impedimento para el desarrollo del trabajo mantenerse a tanta distancia del arsenal de La Carraca y la Isla de León, por lo que dudaba sobre los pasos a seguir. Así me lo comunicó una mañana a mediados del mes de noviembre, metidos de lleno en faena de informes y pliegos.

—No deberíamos mantenernos en esta situación mucho tiempo porque, sencillamente, no es buena para el servicio. Perdemos nosotros y hacemos perder a nuestros hombres un tiempo precioso, si continuamos instalados en la ciudad de Cádiz. Ya sé que debo informar al general Gravina de todo lo que sucede, aunque le filtre la bebida por tientos, que el pobre no se encuentra para más sufrimientos. Pero acabaré por proponerle la necesidad de mi pase a la Isla de León y, de esta forma, estar más cerca del cocido. Y en cuanto sea posible, nos mudaremos al Príncipe^[5],

que es donde mejor se trabaja.

—Y menos mal, señor, que la labor del general Moreno^[6] ha sido incansable. Tomó el toro por los cuernos desde el primer momento.

—Razón tienes, *Gigante*. Parece como si hubiera seguido el combate minuto a minuto desde posición privilegiada en tierra, sin perder un solo detalle. Incluso llegó a avisar al general Bruno Hezeta, para que las cañoneras de Algeciras bajo su mando atacaran a los navíos que intentaban alcanzar la plaza de Gibraltar, desmantelados a muerte y en bandolas^[7]. Por desgracia —entristeció el rostro—, todavía siguen apareciendo cadáveres en las playas más lejanas. Espanta pensar en el recuento definitivo de bajas y heridos, si es que llegamos a establecerlo algún día de forma definitiva.

—El pueblo de Cádiz se ha portado como es habitual en él y mucho colabora para dar sepultura a tanto hombre. También ha sido importante la ayuda de todo tipo recibida por ciudadanos particulares.

—Así es. Siempre el pueblo acaba por ser más comprensivo con los desastres, que quienes desde las más altas magistraturas deberían..., bueno, no quiero calentar los miasmas cerebrales a estas horas, que resta mucho día —mover sus grandes manos en abanico, como si quisiera apartar algunos pensamientos de su cabeza—. Pero no debes olvidar que también aparecen garbanzos podridos en todo puchero. Debería avergonzarnos la conducta presentada por algunos hombres de nuestras dotaciones y sus compadres en tierra —la voz de don Antonio tronaba cuando entraba en desbarre.

—¿A qué se refiere, señor?

—Ha llegado a mis oídos la escandalosa noticia de que los equipajes de algunos oficiales de los navíos tomados por el enemigo, así como otros naufragados, han sido saqueados. Según parece, se venden públicamente en tugurios o a la vista los uniformes y otras prendas del vestuario. Son casos aislados, por supuesto, pero no se pueden tolerar. No comprendo cómo no se han tomado medidas duras de forma inmediata. Por esa razón he recomendado al general Moreno comisionar a un oficial para que, por vía judicial urgente, se aprehenda a esos malhechores y se les dé el merecido presidio.

—También pueden haber tomado parte los britanos. Ya sabe que desde Gibraltar se vende hasta la camisa de la reina.

—No es el caso, *Gigante*. Aunque nos duela, nuestros enemigos han sido más decentes en ese particular aspecto, por mucho que a los marineros ingleses les atraiga el botín más que la miel a las moscas. Como un ejemplo, creo que fue antes de tu llegada cuando, en los últimos días del mes de octubre, se presentó en la bahía una fragata britana en misión parlamentaria, la *Phoebe*. Entre sus cometidos, hizo devolución de los papeles y documentos personales del brigadier don Cosme Damián Churruca, recogidos en el barco de su mando, el *San Juan Nepomuceno*. Deseaban que se los entregaran a su familia. También llegaba a bordo su criado personal, un tal

Martín. Este hombre, según parece de entera confianza de su señor, declaró al general Moreno que una vez muerto Churruca en sus brazos, subió a la cámara a tener cuidado del equipaje, y encontró la cómoda y los baúles descerrajados pero aún con mucha ropa dentro, e inmediatamente trincó lo mejor que pudo y no se separó de ellos hasta tanto llegaron a Gibraltar. El comandante inglés le preguntó si su amo tenía familia, a lo que contestó que estaba casado, por lo que mandó desembarcar inmediatamente sus pertenencias que él mismo entregó a su pariente, don Juan Ruiz de Apodaca.

—Un fiel servidor.

—En efecto. Pero lo peor llegó después. Nos aseguró que los ingleses no tomaron nada, más al contrario evitaron que nadie se llevara pertenencia alguna. Los descerrajadores fueron marineros españoles del navío, antes de que los ingleses llegaran a bordo.

—¡Qué vergüenza! Parece imposible tamaña felonía —en verdad que me costaba creer lo que escuchaba.

—Ya sabíamos que no era poca la carne de presidio en nuestros buques, aunque es difícil creer que se llegara a tales extremos. Por desgracia, no se puede esperar otra cosa con gente de esa calaña, que jamás debieron pisar la cubierta de un buque de la Real Armada. Pero, bueno, más vale no remover los pensamientos en negro con estos pesares, que bastante faena nos espera. Tras el informe recibido esta misma mañana, me tranquiliza que, por fin, todas las unidades se encuentren en fondeadero seguro, cuestión que me quitaba el sueño.

—No creo que los ingleses se preparen para algún nuevo ataque, señor. También ellos dedican tiempo a recomponer sus barcos y enterrar a los muertos.

—No conoces a los britanos, muchacho. Si pueden dar un mordisco al enemigo, dejan a medio celebrar la ceremonia religiosa de enterramiento y salen a la mar. Por desgracia, alguno de los comandantes ralentizó demasiado y sin justificación la maniobra de entrar al abrigo, con falta clara de sus obligaciones, especialmente los franceses. Hasta el mismo día 30, el navío *Argonaute* fue atacado por cuatro navíos britanos por encontrarse demasiado fuera de la bahía, una irresponsabilidad por su parte. Fue salvado por nuestras baterías de tierra y las cañoneras que salieron a tiempo de remediar el desastre.

—Estos ingleses no pierden ocasión.

—Y hacen bien, muchacho, que así debe ser la guerra en la mar. Ya se incorporan al bloqueo nuevas unidades, como esas que atacaron al buque francés. Pero, bueno, ya sabemos que los ingleses alistan navíos y fragatas como camadas de conejos, por lo que debemos tener bien preparadas las unidades de la armadilla^[8], no vayan a intentar alguna acción contra la escuadra o la ciudad.

—Al menos, desde la Corte se ha procedido con celeridad, para honrar los esfuerzos y sacrificios de nuestros hombres con el merecido reparto de mercedes. Don Federico Gravina ha sido promovido al grado de capitán general de la Real

Armada y don Ignacio María de Álava recibió la gran cruz de Carlos III. Por otra parte, todos los oficiales sin excepción han sido ascendidos al empleo inmediato superior, mientras que a las clases inferiores a la de oficial se les entregan tres meses de paga. Por último y como un detalle digno de ser señalado, a las viudas de los oficiales muertos en el combate, se les asigna la viudedad correspondiente a dos empleos superiores al que ostentaban sus esposos en vida. También se intenta favorecer a los mutilados y se otorgan dos pagas suplementarias a los náufragos que lo han perdido todo. Y según parece, se acomete el abono de las mesadas atrasadas, en media de cuatro, así como las gratificaciones de mesa pendientes, aunque la pérdida del *Trinidad*^[9] haya originado problemas graves.

—Porque en ese navío se encontraban las listas y demás documentos correspondientes a la Contaduría principal de la escuadra del Océano. Siempre alegué los impedimentos de centralizar toda la contabilidad de la escuadra a bordo y en un solo buque, sin copias en tierra. Pero además de los honores y la Real gratitud de las que hablas, es necesario que los dineros lleguen a las bolsas, porque el general Moreno no anda con fondos para acometer tanta promesa. Las buenas palabras y decretos en la Gaceta no rellenan los estómagos. Bueno, he de reconocer que poco gusto de estas medidas de gracia. Nunca aprenderemos a premiar y castigar al personal como es debido.

Callé porque no sabía ciertamente por donde atacaba el general, que continuó con rapidez.

—Es absurdo y negativo premiar a todo un colectivo sin excepción, tanto como castigarlo en su conjunto. Hay que promocionar, ensalzar y homenajear, llegado el caso, a quien lo merece, pero también es obligado el reprender y castigar con ejemplar dureza a quien no rindió en combate como era su deber. Además, con esta maniobra de reparto general de mercedes, inmerecidas en muchísimos casos, veo una maniobra de mano oscura y alargada.

—No le comprendo, señor.

—Mira, *Gigante*. No se si te habrás dado cuenta de que para nada se habla de los Consejos de Guerra que, de forma preceptiva, deberían haberse ordenado. Con esta alargada lista de promociones y regalías, me temo que se intenten tapar los boquetes oscuros.

Quedé pensativo al escuchar aquellas palabras. Y no era don Antonio de los que largaba palabras sin puntería medida.

—Pero el Secretario de Marina ordenará los Consejos de Guerra pertinentes.

—Así debería ser. Esos Consejos son necesarios, no sólo para aclarar conductas buenas o malas, sino para el correcto conocimiento de los hechos acaecidos y las lecciones de todo tipo que de ellos se pueden desprender. Además, viene expresamente obligado por las Ordenanzas de Su Majestad, que no pueden ser saltadas a la torera. Sin embargo, con las noticias llegadas hasta ahora, me temo que se hará especial excepción en el caso de este triste combate naval. Embozada como

medida de especial merced, una más en esta alargada generosidad, se intenta dar carpetazo a un asunto del que pueden traslucirse responsabilidades de altura. Y como pienso mal, creo atisbar la mano que mueve estos hilos.

—¿Don Manuel Godoy?

—Eres malpensado como tu tío Santiago. ¿Sabes una cosa, muchacho? De cuerpo eres la viva estampa de tu padre, pero me parece que de cabeza eres más cercano al inolvidable *Pecas*, que no solía fallar en esas predicciones de tiento rasgado —esbozó una alargada sonrisa—. Pero no es difícil llegar a esa deducción. ¿A quién puede perjudicar que se lleve a cabo una severa investigación, aclaración de conductas, razones y motivos, así como todo lo que un Consejo de Guerra debe analizar? Pues, en efecto, a don Manuel Godoy. Este nefasto personaje se encuentra en la cuerda floja y debe reaccionar. Como suele ser habitual en él, sale de los bloqueos con bombas en la mano y obtiene premios de los desastres.

—Así ha sido en el pasado, según decía mi padre.

—Y no marraba mi amigo Francisco. Parece ser que aumenta la presión ejercida sobre Godoy por el Príncipe de Asturias quien, según las malas lenguas, achaca al valido la responsabilidad de la derrota y la permanente sumisión al francés. De ahí que lo mejor para su persona sea correr un velo grueso sobre lo realmente acaecido en el mes de octubre.

—Recuerdo que mi tío Santiago solía utilizar una buena expresión para definir a don Manuel Godoy... —callé a media frase porque estimé poco correcto seguir el camino emprendido. Don Antonio entró en ayuda.

—Eres mi ayudante personal y puedes tener confianza conmigo, *Gigante*. Pero sé a qué te refieres porque la escuché muchas veces de sus labios. Decía *Pecas* que Godoy no es más que un semental de Corte, elevado a las más altas magistraturas en detrimento de los más y mejores —volvió a sonreír, ahora con un tinte de abierta tristeza—. La verdad es que, sin que salga de estas cuatro paredes, podemos asegurar que la definición de tu tío era perfecta y ajustada como pocas. Pero tampoco es mala la que escuché hace unos días por boca de un mariscal de campo del Ejército, quien lo calificaba como favorito engreído y casquivano que, siendo guardia de corps, había soltado de repente las riendas del caballo para empuñar las de la nación.

—No sabía que también el Ejército anduviera en cruces contra el príncipe de la Paz.

—No te quepa duda. Pero volviendo al tema que manejábamos y como te decía, esos ascensos generales son una verdadera barbaridad, al tiempo que arrebatan la legitimidad y el valor que debería presentar un ascenso conseguido en combate, el más noble de todos. Porque fueron muchos los que se portaron como jabatos, sufrieron heridas de consideración e incluso llegaron a dar su vida. Pero también sabemos que otros no merecían tal prebenda sino, más bien al contrario, un castigo ejemplar. No solemos castigar en nuestra Armada, un error de muchos años que suele marcar la diferencia.

El general pareció perderse en sus pensamientos, antes de continuar.

—Dicen mis enemigos que no suelo olvidar las malas jugadas, y es cierto. Tras esa lucha injusta sufrida en aguas del cabo Trafalgar, he catalogado algunas conductas que mantendré bien grabadas en mi cabeza. No debemos olvidar, aunque nos avergüence en cerrado, que algún comandante se retiró a la enfermería durante el combate por haber sufrido una leve contusión. Y también se produjo alguna otra actuación de índole parecida. Para bien o para mal, las acciones afloran a superficie más pronto que tarde. Especialmente en nuestra Armada, todo acaba por saberse al dedillo, hasta los cambios de camisa. ¡Sangre blanda! Otros, sin embargo, se negaron a abandonar su puesto hasta la muerte. Y con estas medidas tomadas de ascensos generales, se engloba al conjunto en un solo puño, lo que es injusto hasta la galleta. Me temo que todo es una maniobra del semental de Corte, para enmascarar las verdaderas responsabilidades.

Dejé que llegara el silencio porque, según se comentaba, don Antonio era peligroso cuando entraba en temas de aclaración de conductas. Y no eran pocos los rumores sobre la actuación de algunos comandantes y oficiales, que en poco merecían el ascenso concedido. Por fin pareció llegar la calma y cambió el tercio.

—Bueno, dejemos las bolas negras, que no son pocas. Por cierto, *Gigante*, has de hablar con el deán de la catedral gaditana sin pérdida de tiempo. Tanto el almirante Rosily como el general Gravina han decidido repetir las honras fúnebres que tuvieron lugar los días 4 y 5 de este mes, en memoria de los caídos en el combate naval junto al cabo Trafalgar. Para esta nueva concelebración se ha decidido, precisamente, el día 21, justo un mes después del desastre.

—Así lo haré, señor.

Entró en esos momentos el criado para anunciar la visita de don Juan Ruiz de Apodaca, comandante general del arsenal de La Carraca, cita acordada aquella misma mañana. Don Antonio deseaba aclarar con detalle las obras necesarias a llevar a cabo en las diferentes unidades, tanto españolas como francesas. Pedí la venia a mi general y abandoné el despacho, para realizar la gestión encomendada. Sin embargo y para mi sorpresa, en la salita de espera se encontraba el teniente de fragata Adalberto Pignatti, compañero de curso y brigada en la Escuela Naval de Cartagena y uno de mis mejores amigos en los primeros años en la Armada, aunque no lo veía desde más de dos años atrás.

Como había llegado a intimar a fondo con él, sabía bien su historia particular. Descendiente de una vieja y noble familia aragonesa, venida a menos como tantas otras, su madre había casado por imposición paterna con un conde italiano pomposo y casquivano que, para su tranquilidad, sólo vivió tras el enlace unos pocos meses, suficientes para engendrar a Beto, como solíamos llamar a mi compañero y en confianza los amigos. Como el noble calabrés de tan corta vida, sólo presentaba sangre honorable por los cuatro apellidos pero escasísimo patrimonio, la pobre viuda se había visto obligada a regresar a la casa paterna para criar al hijo que contaba unos

pocos meses. Y para sorpresa de la familia, donde predominaba el servicio en los cuadros del Ejército, Beto había decidido ingresar en la Real Compañía de Guardiamarinas.

Mi buen amigo había seguido hasta la fecha una carrera pareja a la mía aunque con un escalón inferior, siendo ascendido al empleo de teniente de fragata tras el combate del 21 de octubre. Ese día se encontraba embarcado en el navío *San Agustín*, donde recibió una herida en la cabeza que a punto estuvo de costarle la vida. Nos abrazamos con fuerza, mientras observaba la cicatriz que se le apreciaba en la sien izquierda, todavía sonrosada y con los restos del cosido a la vista.

—Ya veo que salvaste la mollera por poco.

—Una carronada britana fue la culpable, cuando ya andábamos medio desarbolados. La verdad es que no me enteré de los últimos momentos del combate y salvé la vida por pliegos. Gracias a Dios, un guardián consiguió meterme en uno de los botes.

—De acuerdo a los partes que he leído, sufristeis muchas bajas.

—En efecto. Cinco horas de combate, batidos por cuatro navíos britanos, es marea más que suficiente para barrer una catedral de tres cuerpos —siguiendo su norma habitual, accionaba las manos sin pausa y reía abiertamente, como si narrara un hecho divertido—. La verdad es que pocos oficiales quedaron en pie, y sufrimos una verdadera sangría en cubierta con la metralla. Tuvimos casi 200 muertos, más de doscientos heridos y 250 contusos antes de rendirnos al navío *Orion*, que fue el último en chamuscarnos. Pero el barco estaba deshecho de maderas y aparejo, por lo que los ingleses decidieron incendiarlo sin más remedio. Según creo, sangraba como un cochino en matanza por esta herida cuando me rescataron. Y fue mucha la suerte aparejada, no creas. Un joven sangrador me cosió allí mismo donde caí, en la cubierta del alcázar. Por desgracia, su experiencia en la costura era escasa, por lo que me ha dejado esta cicatriz culebrera a la vista. Pero, bueno, al menos puedo contarlo.

—¿Qué haces aquí? ¿Buscas destino?

—Ya lo tengo, o eso creo. Mi comandante en el navío *San Agustín*, el brigadier Jado de Cagigal, bueno, ya ciñe la faja^[10] con estos ascensos generales, es buen amigo de Ruiz de Apodaca y, de momento, me destinaron al arsenal de La Carraca. Pero parece que está vacante el puesto de ayudante de Secretaría en la mayoría general de la escuadra, o lo que queda de ella, y me ha propuesto ante don Antonio de Escaño. Espero presentarme a él cuando quede libre.

—Buena noticia es esa —lo celebraba de verdad, porque pasaba a tener un buen amigo en situación cercana—. A mí me tomó don Antonio como su ayudante personal. Pero cuéntame de tu vida en estos últimos años. ¿Te casaste por fin? La última vez que nos encontramos andabas en preparativos de boda.

—Escapé de esa carronada por escasas pulgadas —volvía a reír, divertido con sus comparaciones—. Aquí donde me ves, continúo libre como corsario napolitano. Cerca estuve de que me embozaran, pero salió mal o bien, depende como se mire.

Bueno, la verdad es que esa jovencita no gustaba de quedar sola en casa durante mucho tiempo, y rompimos el compromiso de mutuo acuerdo. Supongo que debía tener nuevo anzuelo en el pescante, porque ya casó con un alfeñique cortesano.

—¿Dónde vives?

—Cuando me desembarcaron, todavía con la herida en mal estado y como el Real Hospital se encontraba al completo, fui acogido en casa de la marquesa viuda de Casa Rábago.

—¿Quién es esa señora?

—Una dama muy simpática y benefactora. Como sabes, toda la ciudad se volcó a favor de los heridos, y esta piadosa señora, noble de cuna y alma, pidió al marqués de la Solana, capitán general de Andalucía y Gobernador de Cádiz, que le enviara a su casa los oficiales heridos que se encontraran desamparados y sin familia. Y allí pase unos cuantos días con excelente comida y vinos recios. Por cierto, que una de sus hijas es de una belleza incomparable aunque, por desgracia, prometida con un oficial del Ejército.

—Siempre pensando en las mujeres.

—Por supuesto. Debes reconocer que, después de la mar y los barcos, no hay nada mejor. Bueno, la verdad es que curé demasiado pronto, porque disfrutábamos de una excelente vida en ese palacete. De esta forma, pasé a La Carraca y me estibarón en la sala de oficiales al montón. Pero como don Antonio Escaño se encuentra en Cádiz, he pedido albergue en la posada que llaman El Portalón. Según tengo entendido, es un destartalado pero limpio edificio, utilizado normalmente por oficiales de la Armada en comisión de tránsito, situada en pleno corazón gaditano, a medio camino del bullicioso callejón del Tinte. La comida es mala, pero el vino se traga con facilidad.

—Eso se encuentra a pocos metros de mi casa —golpeé su hombro como si hubiera recordado un detalle importante—. Pero olvídate de vivir en posada de catre estrecho. Te vienes conmigo.

—No te compliques la vida, *Gigante*. Aunque no me lleguen los atrasos prometidos y tenga que mendigar a mi abuelo para comprar un par de medias decentes, puedo defenderme.

—No digas estupideces, Beto. Mi tío Santiago, antes de morir, compró un caserón en la calle de la Amargura, esquina al callejón del Tinte. Sobran habitaciones y estoy solo. Te prometo que me haces un gran favor con tu compañía. Bien, no se hable más. Asunto decidido.

—No he de presentar inconveniencias ante tales ofrecimientos, que ya conoces de mi generosidad con los amigos. Si es por evitar tu soledad, acepto la oferta, siempre que se cocine en esa casa de forma adecuada. Ya sabes que mi única debilidad es la comida buena y en abundancia —volvía a reír de buen humor—. Sin olvidar, por supuesto, los caldos generosos que reponen la sangre del cuerpo en conveniencia.

—No andamos muy en forma en ese aspecto de la manduca. En la casa se

mantiene un viejo matrimonio, que ya había servido con el marqués de Villavelviestre. Pero he de reconocer que no es la cocina lo mejor de Sinforosa, que así se llama la buena mujer. Bueno, tampoco he de exagerar, que algunos guisos quitan las penas. En cuanto al vino rojo y espeso, hay una surtida bodega capaz de levantar el espíritu de los más derrotados. Mi tío adoraba ese aspecto tan importante.

—Un hombre sabio.

—Pero no creas que llegas a un destino de rosas, que con el plan de trabajo de don Antonio, no nos queda mucho tiempo para alharacas.

—Eso he oído. La verdad es que ni siquiera le conozco en persona, aunque todos hablan de él como el oficial general más capacitado de la Real Armada.

—Si te ha aceptado a su lado, es que ha recibido buenos informes de tu comandante en el *San Agustín*. Le gustan los oficiales valientes y con suficiente inteligencia lo que, en tu caso, presenta un grave problema. Especialmente después de ese trompetazo en la galleta que te arreó el inglés.

—Anda con ojo y cuida tus palabras, *Gigante*. Ya sabes que puedo contigo con armas o sin ellas.

No mentía Beto porque, aunque de estatura escasa, poseía una fortaleza descomunal, lo que había demostrado en la Academia cuando alguno se le cruzaba en varas.

—Ya que vienes de La Carraca, podría informarme. ¿Cómo andan las obras en los buques? Don Antonio está deseando plantar sus reales en el insignia.

—Lo comprendo. Tanto el navío *Príncipe de Asturias* como el *San Justo* fueron los dos primeros seleccionados para entrar en el arsenal y reparar los muchos desperfectos sufridos. Lo hicieron el día 2 con la primera marea. Y tres jornadas después lo hacía el *San Leandro*. Aunque el aspecto que todavía ofrece el navío insignia es deplorable, especialmente de arboladura y aparejo, se trabaja a fondo con él y debe encontrarse pronto en situación de incorporar al personal. Lo que mucho perjudica, según he podido comprobar estos días, son las necesidades que se exigen desde las alturas.

—¿Qué necesidades?

—Pues en mi opinión, y quede la información entre nosotros, parece que desde la Corte se exige armar con rapidez navíos, en plural pero sin concretar la cantidad, como si no pasara nada y anduviéramos en tiempos de bonanza. Se olvidan de que la situación en el arsenal es más bien penosa y falta de todo, empezando por los caudales, con protesta del personal de la maestranza, que no ve entrar un puto doblón en la bolsa.

—Esa fue una orden que le llegó a don Antonio Escaño directamente de don Manuel Godoy. Le transmitía la necesidad de armar a la mayor brevedad los navíos *Terrible*, *Vencedor*, *San Fulgencio* y *Castilla*, la fragata *Flora*, así como, según sus propias palabras, otros buques cuanto antes, tanto para levantar un pie de fuerzas navales que mantenga en respeto al enemigo, como para dar ocupación a nuestra

gente de mar y tenerla bien disciplinada.

—Ese petimetre engréido se mete por directo como si fuera experto en todo tema naval. Debería darse un paseo por el arsenal de La Carraca para observar el material a disposición, en especial la falta de planchas de cobre y cabuyería en condiciones. Como sonata repetida, muchas palabras y pocos caudales. Pero son más que abundantes los problemas, especialmente para los navíos que necesitan urgente varada, como el *Santa Ana*. Pero como somos expertos en sacar azogue del agua, irán saliendo con mayor o menor suerte, aunque renqueando y con aparejos de gálibos en fortuna. Y todo ello sin contar con nuestros aliados franceses, que también piden por largo de boca y sin fondos a la vista.

—En efecto. Pude leer las peticiones del almirante Rosily. Solicita carena urgente para los navíos *Algésiras*, *Heros*, *Pluton* y *Argonaute*, así como obras diversas en algunas fragatas. Este pajarraco debe creer que se encuentra en el arsenal de Tolón. Lástima que retrasara por unos pocos días el momento oportuno de su llegada a Cádiz, para nuestra desgracia. De todas formas, se decidió adjudicarle uno de los diques de carenar, como si fuera en propiedad, con bastante indignación por parte de compañeros nuestros. Pero no acaba aquí el mal, porque se planea el cambio del navío *Vencedor*, pertrechado al ciento, por el *Algésiras*, que se encuentra para darle trueno.

—Continúa la norma.

—Como es un deseo del gran Emperador, se agachará la cabeza hasta tocar plancha. Bueno, como dices, no es más que una repetición de la historia y no debería sorprendernos. No sólo perdemos navíos en empresas del francés, sino que les entregamos otros en buenas condiciones. Y si te digo la verdad, no sé para qué, porque de esta bahía no sale ni una vela con los bátanos en bloqueo, a no ser que se desee repetir la hazaña del pasado día 21.

—Tienes razón. Según avisan de la torre vigía de Tavira, el bloqueo se mantiene a machamartillo. Mal pinta el horizonte en futuros, *Gigante*. Por cierto —Beto golpeó su cabeza con la mano, como si hubiese olvidado el detalle más importante—, soy un desconsiderado sin posible remedio. Todavía no te he ofrecido mis condolencias por la pérdida de tu padre y hermano, aunque con la herida y convalecencia no tuve conocimiento de la desgracia hasta esta misma semana. Ya sabes que lo siento muy de veras.

—Gracias, Beto. No son más que los problemas por ser una familia con bastantes elementos en la Armada. Mucho los echo de menos, como puedes imaginar. Pero debo dejarte, que he de hacer una gestión en la catedral para preparar nuevos oficios, en memoria de los caídos en la desastrosa jornada. Espero verte a mi regreso. Esta tarde podemos trasladar tus pertenencias a mi casa.

—Será un trabajo sencillo porque perdí todo mi equipaje a bordo del navío *San Agustín*. Aunque también se prometieron fondos para reponer nuestras pérdidas, especialmente uniformes, a la espera continúo. La triste verdad es que vivo y visto de

prestado, gracias a don Juan Ruiz de Apodaca, que me tomó bajo su manto.

—Todo se arreglará. Te deseo suerte con don Antonio en la entrevista. Como me concede la suficiente confianza, ya le entraré a mi vuelta en alabanzas, aunque no las merezcas. Ahora en serio, atácalo siempre por sinceros, que no le gustan los juegos de pernos.

—No te preocupes. Ya sabes que ésa es mi línea, aunque me haya costado algún tropiezo.

Dejé a Beto a la espera de audiencia, mientras me dirigía a la catedral gaditana para arreglar el asunto de la ceremonia. Debo reconocer que me encontraba feliz del reencuentro con mi buen amigo porque, en verdad, la soledad en el caserón comenzaba a recomer mis intestinos. Además, Beto era la persona ideal. Además de ser uno de los primeros amigos que crucé en la Armada, lo creía capaz de levantar la moral en un duelo hasta las nubes. Pero debí dejar aquellos pensamientos y lanzarme con urgencia a la calle, o no podría conversar con el deán antes del almuerzo.

3. Una agradable sorpresa

Tras los titubeos iniciales, mi vida en Cádiz quedó trazada de forma más que aceptable. Era una nueva etapa que afrontaba con el necesario espíritu, aunque todavía los recuerdos penosos se ampararan en demasía cerca del alma, y las figuras de los seres queridos aparecieran en rondó por los pensamientos con repetición y la necesaria tristeza añadida. Sin embargo y como aspecto principal, me seguía preocupando Setum, cuya vida parecía languidecer poco a poco, como se marchitan las hojas de los árboles en otoño. Okumé me informaba de que apenas comía, limitando su existencia a un fantasmagórico deambular por el caserón, con frases lanzadas al azar y repetidas alusiones a mi padre.

La solución al problema de Setum me llegó por mano de María Antonia. De acuerdo con su sugerencia, le propuse regresar a la Corte para acompañar al pequeño Francisco, quien por haber padecido problemas de fiebres y fatiga respiratoria, debía pasar a sufrir un periodo de reposo en la sierra. Lo animé en tal sentido, recordando al fiel africano que allí podría ejercitar lo que ya conformaba su única y vieja pasión, la caza. Aceptó la propuesta sin un solo comentario, preparando su pequeño hatillo de ropa para emprender el viaje. Y no crean que no sentí su marcha porque, cuando llegó el momento de la despedida, ambos comprendimos que se trataba de un adiós definitivo, aunque no supiera explicar el porqué de tan negativo pensamiento.

No era incierta la negativa situación de mi primo Francisco, que mucho preocupaba en la familia. Ya había sufrido el joven de esos problemas en anteriores ocasiones, en mayor o menor grado. Cuando sufría aquellos ataques, llegaba a encontrarse fatigado por más y padecía ahogos profundos, mientras intentaba aspirar un aire que no parecía alcanzar sus pulmones. Con buen criterio, y siguiendo los consejos de los galenos, María Antonia decidió pasar a la hacienda de la sierra. Allí intentaría recomponer la quebradiza salud del joven, una situación que dilatava su posible ingreso en la Real Compañía de Guardiamarinas, si es que no la cancelaba de forma definitiva.

Por fortuna, en la casa palacio de la calle de la Amargura todo funcionaba mejor cada día, con Okumé a las riendas de la caravana y timón en mano firme. Además, con la incorporación de Beto al pequeño grupo, regresó la alegría por torrentera. Mi compañero era incansable en chanzas y ocurrencias, así como en el trasiego de viandas y caldos, tarea que atacaba sin descanso, como náufrago que ha sufrido alargada falta de tales elementos. Por gracia de los dioses y como debe ser conocido por los que hayan leído estos cuadernillos en oportunidad, mi posición económica era más que desahogada y podía atender a todos los gastos con holgura. Se trataba de una situación privilegiada que llegaba a reprocharme a veces, cuando contemplaba la situación personal de tantos compañeros. Y no crean que no intenté el oportuno auxilio en alguna ocasión, tarea difícil porque tampoco se puede herir el honor

personal de los hombres.

Aunque nuestro trabajo con don Antonio de Escaño era de sol a sol, no por eso dejábamos de disfrutar algún momento de reposo y distracción. Por fortuna y aunque nuestro general era parco en atacar los placeres de la vida, aportábamos alguna frasca de buen vino para relajar el ambiente. De forma especial, recuerdo la noticia que tuvimos un día gracias a Beto, un personaje capaz de conseguir información de cualquier fuente. Acabábamos de finalizar una alargada reunión con personal del arsenal de La Carraca, que siempre nos rendía el ánimo a la baja, cuando mi compañero intentó elevar la moral. Se dirigió a don Antonio con una sonrisa en el rostro.

—¿Sabe, señor, lo que se ha comentado en Francia sobre el combate del pasado día 21 de octubre?

—Si son las noticias oficiales que salen del gabinete del Emperador, puedo creer cualquier barbaridad.

—Ya sé que el gran señor de los franceses informa a su opinión pública de forma un tanto sesgada y a su gusto personal, pero en esta ocasión estimo que ha superado la cota máxima permitida —Beto tomó de su carpeta unos folios, antes de continuar—. Se trata de la versión oficial del combate habido contra los británicos frente al cabo Trafalgar, publicada en el Boletín Oficial del Imperio en los días posteriores al desgraciado suceso. Se inicia con un espectacular título en letras de gran tamaño, que dice: Operaciones de la Segunda Flota en el Atlántico y del Ejército imperial en Alemania. Y a continuación, también con especial resalte, anuncian la frase siguiente, digna de ser grabada a fuego: *¡La Flota Inglesa aniquilada! ¡Nelson ha muerto!*

—No es posible —alegué con rapidez, creyendo en principio que se trataba de una broma, hasta comprobar con mis ojos la veracidad de la frase escrita en el pliego—. ¿La escuadra inglesa aniquilada? ¿Será que combatimos en escenarios diferentes? ¿Cómo se puede mentir de tal forma y en un documento oficial? ¿Habrá quien crea tamaña farsa?

—El pueblo cree lo que se escribe o, a veces, lo que desea creer —entró don Antonio en voz baja—. No es la primera vez que leo informaciones parecidas en pliegos franceses, como ya sucedió sobre la campaña de las Antillas y el combate de Finisterre. La norma habitual en nuestro país vecino y aliado es que el emperador de los franceses no pierde una sola batalla. Y el papel aguanta todo lo que en él se escriba.

—Pues no queda ahí la información, que es alargada y con suficiente detalle —Beto parecía encantado con sus noticias, alzando la voz—. Puedo entresacarles algunos párrafos de enjundia, que son dignos de mención. El comienzo es más propio de comedia burlesca. Les leo sin aportar una letra:

Indignados al estar inactivos en puerto mientras nuestros bravos soldados ganaban laureles en Alemania, los almirantes Villeneuve y Gravina

resolvieron salir a la mar para dar batalla a los ingleses. Ellos eran superiores en número, cuarenta y cinco contra treinta y tres navíos, pero ¿qué importa la superioridad numérica cuando los hombres están decididos a ganar?

El almirante Nelson aprovechaba cualquier ocasión para evitar el combate, se refugiaba en el Mediterráneo, pero los nuestros lo perseguían y no tuvo más remedio que presentar batalla frente al cabo Trafalgar. Los almirantes Villeneuve y Gravina estaban ansiosos por situar sus navíos al costado del Victory, buque insignia del inglés. En vano intentó el almirante inglés eludir el combate. El almirante español Oliva previno su intento de escapar y situó su navío junto al insignia inglés de 136 cañones, mientras el Santísima Trinidad montaba solamente 74.

—¿Quién es ese general Oliva al mando del Trinidad?, —pregunté, extrañado.

—En los boletines franceses, los contendientes, buques, artillería, fechas y detalles concretos importan poco. Si no saben el nombre de un general, lo inventan y siguen adelante —aseguró Escaño—. Le suman 36 cañones al navío inglés, mientras reducen en más de sesenta al nuestro. Son únicos estos presuntuosos para manejar la propaganda de guerra.

—Pues no acaba ahí lo mejor —insistió Beto—. Ahora viene un párrafo extraordinario, digno de ser reproducido en letras de oro:

Lord Nelson adoptó un nuevo sistema. Como temía el viejo estilo de combate, en el que ellos conocían nuestra superioridad en el cuerpo a cuerpo, como se había demostrado en nuestra victoria sobre el almirante Calder en el combate de Finisterre, improvisó un nuevo método. Durante un corto periodo de tiempo nos desconcertaron, pero ¿cuánto tiempo pueden desconcertarse los ejércitos de Su Majestad Imperial? Nosotros los combatimos cañón por cañón, disparo por disparo. Tres horas se combatió de esta forma, momento en el que los ingleses comenzaron a debilitarse. Encontraban imposible resistir nuestros ataques. Pero nuestros bravos marinos estaban cansados de esta lenta forma de obtener la victoria, ellos deseaban abordar al enemigo y combatir cuerpo a cuerpo. El grito general fue ¡á la bordage! Su impetuosidad fue irresistible.

—¡Santo Dios! —no daba crédito a lo que escuchaba—. Eso quiere decir, que ganamos el combate de Finisterre e impusimos la pelea a corta distancia en el de Trafalgar. Estos pájaros le dan la vuelta a la rosa en 32 cuartas. ¡Qué poca vergüenza!

—Para no cansarles, remataré con la mejor de las manzanas que incorporo en esta saca —apremió Beto, abierto en sonrisas.

Mientras quince navíos ingleses habían sido apresados, otros cuatro parecían seguir su camino y uno saltaba en llamas y explosiones, Nelson resistía. Se trataba de comprobar quien sería primero en abordar su buque insignia, los franceses o los españoles. Los almirantes de cada bando se disputaban el honor. Cuando abordaron el «Victory» al mismo tiempo, Villeneuve llegó al alcázar con dos pistolas en sus manos, pero conociendo que el almirante Nelson se encontraba manco de su brazo derecho y no podía usar su espada, le ofreció una de sus pistolas. Lucharon entre ambos y al segundo disparo Nelson cayó sobre cubierta. Malherido, fue inmediatamente trasladado a la enfermería. Tanto Gravina como Villeneuve le atendieron con la acostumbrada humanidad francesa.

—Qué barbaridad. Parece una novela de aventuras caballerescas —lancé en tono festivo.

—Como os decía al principio, todo es posible en una Gaceta Oficial francesa —también el general Escaño sonreía—. El gran problema de Francia es que desea ser un Imperio a toda costa. Por esa razón, el pueblo, revolucionario en un principio, acata entusiasmado la presencia de una Corte Imperial que les imprima esa grandeza con la que sueña durante siglos sin conseguirlo. Siempre observó con envidia nuestro imperio, con provincias de gran extensión y riqueza por América y Asia, que descubrimos y conquistamos con extraordinario esfuerzo y visión marítima. El Reino Unido de la Gran Bretaña acabará conformando un fabuloso imperio con el dominio absoluto de los mares que detenta, no os quepa duda. Sin embargo, esa Francia acomplejada de una grandeza que sólo en sus mentes existe, con su visión terrestre sin miras a la mar, sólo puede contentarse con dar bocados a la vieja Europa que, tarde o temprano, se revolverá contra ellos. Pero la Historia se escribe a trazos gruesos. Nada debemos fiar en ese personajillo elevado a la corona imperial sin la sangre adecuada, que acabará por ser el mal de todas las naciones europeas.

—Si acaba por dominar Europa, mejor para nosotros, sus aliados —alegó Beto.

—No confíes tanto en ese petimetre ensalzado. Hasta ahora ha tratado al Rey de España con increíble desprecio, como nadie había osado en nuestra historia, y así seguirá. Pero lo peor llegará cuando no queden navíos españoles para poner a disposición de sus planes.

La última frase de don Antonio nos dejó un tanto perdidos. Así pareció comprenderlo, al observar nuestros rostros.

—Ya veo que no sois capaces de ver la realidad a pocos metros de la nariz. De momento, lo que le interesa a ese Bonaparte de España es su Armada, especialmente los navíos de los que carece. Sin navíos no era posible llevar a cabo el sueño de la invasión a las islas británicas. Pero cada vez somos menos capaces de aportar fuerza naval, y cuando estime nuestra posible ayuda como innecesaria, lo creo capaz de cualquier medida.

—¿De verdad cree, señor, que el Emperador sería capaz de invadirnos, como hizo con Austria o Prusia? —pregunté, regresado a la seriedad.

—Desde luego. España y Portugal conforman un apetitoso bocado, buena situación estratégica y más reinos para la familia. Esa gente como Bonaparte no conoce el freno a su ambición, cercana a la locura. Y ojalá me equivoque. Ya lo decía tu padre, Santiago. Más nos valía firmar alianza con el inglés y que la Real Familia pasara a Nueva España, porque tarde o temprano las tropas francesas atravesarán nuestras fronteras. Pero dejemos estas ligerezas y volvamos al trabajo, que resta mucha faena por la proa.

Repasé más tarde aquella Gaceta Imperial con detenimiento, hasta acabar la lectura en pura carcajada. Aunque en nuestra Gaceta siempre podía advertirse alguna exageración a favor de nuestras armas, podemos considerarla como un evangelio divino en comparación con ese panfleto, redactado en forma más propia de un joven empeñado en aventuras medievales. Y a la vista del contenido, no era de extrañar que el Emperador fuera tan querido y adorado por su pueblo, si toda la información le llegaba por conductos parecidos.

De esta forma transcurrían nuestras jornadas de trabajo, con don Antonio de Escaño sin límite en su horario. Pero creo que fue por aquellos días, a finales del mes de noviembre, cuando tuvo lugar un inesperado encuentro, una de esas casualidades que pueden afectar las vidas de las personas como duelo a corta distancia, y así fue en mi caso. Regresaba un domingo de asistir al Santo Sacrificio de la Misa en la Catedral y llevar a cabo un ligero paseo por la muralla, cuando en la calle de la Pelota atisbé a una señora acompañada de una joven. No le ofrecí mayor importancia en el primer momento hasta que, conforme avanzaban hacia mí, conseguí reconocer sus rostros.

Para los que no hayan leído en su ocasión los cuadernillos escritos por mi padre, debo recordar que cuando me encontraba embarcado en la fragata Fama y navegábamos del Río de la Plata hacia España, conocí y trabé cierta amistad con el brigadier del Ejército Masdeu y su familia, compuesta por su mujer, seis hijos de corta edad, así como una sobrina huérfana y amparada llamada Eugenia, que consiguió acaparar toda mi atención. Por desgracia, cuando las cuatro fragatas fuimos atacadas por los britanos de forma indigna y sin declaración formal de guerra frente al cabo de Santa María, cayó mortalmente herido en el alcázar el brigadier, dejando en pleno desconsuelo y desamparo a su viuda y familia.

Había visto por última vez a doña Catalina, la viuda del brigadier, y su sobrina Eugenia cuando abandonaron el buque en el puerto de Gosport, donde habíamos sido conducidos en presa por los ingleses, para regresar a España. Y aunque la joven me había prometido transmitir su dirección para un posterior contacto, nada más había sabido de ella, hasta quedar cerrada su imagen en pasajeros recuerdos, por mucho que sus ojos fueran difíciles de olvidar.

Como les decía, cuando ya tía y sobrina se encontraban a corta distancia, pude

reconocerlas con seguridad, por lo que me dirigí hacia ellas con decisión. Y si había dudado en un principio, era por el aspecto que ambas presentaban. Quiero decir que, aunque vestidas con digna sobriedad, se observaban detalles que mucho decían de las dificultades que debían sufrir. Bien es cierto que no era difícil de suponer la penuria ante tan alargada prole y una pensión de viudedad que le alcanzaría para poco, así como llegada con meses de retraso. Pero en aquel momento, cuando ya la joven reconocía mi presencia, tan sólo aquellos ojos verdes y grandes como tronera de cañón requerían mi vista. Me destoqué al llegar a su altura.

—¡Qué agradable sorpresa, señoras! Esto parece un regalo del cielo. Mucho me alegro de verla de nuevo, doña Catalina. Y también a usted, Eugenia.

Ambas mujeres quedaron ligeramente desconcertadas. Pero con rapidez pude imaginar la triste realidad, que tanto se extendía en nuestra empobrecida España. El aspecto de la señora era de absoluta decrepitud, ojeras pronunciadas y excesivamente magra de carnes, con un traje suelto en velos negros, zurcido una y mil veces, con frisas y desgaste a la vista. En cuanto a la joven Eugenia, tan solo su belleza compensaba el atuendo, también entrado a mínimos y bajos al rayón.

—Caballero Leñanza —comenzó doña Catalina, para quedar en silencio.

—Me alegro de verle, Santiago —por el contrario, Eugenia elevaba una agradable sonrisa.

—No les hacía con posada abierta en Cádiz, sino en la Corte. ¿Viven aquí? ¿Y sus hijos, señora? Bueno, deben perdonar mi descortesía con tanta pregunta. La verdad es que he sentido una profunda alegría al verlas, después de tanto tiempo.

—Mi hijo mayor, Pedro, murió a bordo del navío *Bahama*, en el combate del pasado mes. Había ingresado en el Ejército y embarcó como voluntario. Un niño todavía —su rostro se entristeció aún más—. También perdí dos pequeños, Clara y Alfredo, con la última epidemia de fiebres. En fin, que toda la ira del demonio parece haberse cebado en nosotros.

La voz sonaba en un tono tan bajo, que costaba entender sus palabras, mientras masajeaba las manos con extremo nerviosismo. Y debían sentir el frío y la humedad en sus cuerpos, apenas abrigados con ligero manto. Pero por encima de sus palabras flotaba en el aire un sentimiento cercano a la desesperación, como si deseara llorar y le faltaran fuerzas para esa última empresa.

—Mucho siento lo que dice, señora. También anduve en ese combate a bordo del *Santísima Trinidad* y acabé herido, aunque de poca entidad. Pero se cebó la mala suerte en mi casa, ya que perdí en las aguas cercanas al cabo Trafalgar a mi padre y hermano pequeño. En fin, ha sido un duelo difícil de soportar para muchas familias. ¿Y usted, Eugenia, cómo se encuentra?

—Muy bien, Santiago.

De nuevo, al comprobar su mirada a escasa distancia, sentí cómo se removían las aguas en crestas por mi interior, una sensación olvidada desde meses atrás. Porque aunque con aspecto abatido y embutida en negros, la encontraba más bella que nunca.

Y en esta ocasión, movido por una fuerza interior difícil de contener, no estaba dispuesto a perder la nueva oportunidad.

—¿Dónde viven? Me gustaría, si a bien lo tienen, hacerles alguna visita. Me encuentro destinado como ayudante del teniente general Escaño y abrí casa en la calle de la Amargura, aunque mi familia permanece en la Corte.

—La verdad es que andamos con mucha prisa, señor Leñanza.

De nuevo apareció el nerviosismo en la voz y gestos de doña Catalina. Creí entender que deseaba escapar de mi presencia con rapidez. Eugenia nos miraba a ambos de forma alternativa, también nerviosa y contrariada, como si no se atreviera a tomar partido.

—Si me lo permiten, puedo acompañarlas hasta...

—Ya le digo que andamos con prisa y retrasadas. De todas formas, le agradezco el ofrecimiento como se merece, señor Leñanza. Espero que nos encontremos otro día. Ha sido un placer volver a verlo. Vamos, Eugenia.

La joven me dedicó una última mirada con abierto desconsuelo en su rostro. Estoy seguro de que rechazaba las prisas alegadas por su tía, a la que seguía por obligación. Y así, sin una explicación más, tomaron camino hacia la muralla, como si fueran impelidas por un viento malsano. La verdad es que permanecí quieto y mudo, sin poder reaccionar durante unos segundos, con un negativo sentimiento en el pecho. Dudaba de haber abordado el saludo de forma incorrecta, o que algún detalle de mi persona las hubiera ofendido en extremo. Seguí sus figuras con la mirada, comprobando ahora con más detalle el aspecto avejentado de sus trajes. Me recordaron el aspecto de algunos oficiales pasados a cuartel, que estiran la casaca hasta más allá de sus posibilidades. Pero algo en mi interior se negaba a aceptar aquella derrota, por lo que decidí actuar con rapidez. Cerca de mí, en la próxima esquina, dos chiquillos harapientos jugaban a la tranca. Le hice una señal con la mano al que parecía más vivo, que no tardó en acercarse.

—¿Se le ofrece algo, señor?

—¿Quieres ganar un par de monedas?

—Desde luego, señor. Por una moneda estoy dispuesto a portarle sobre mis hombros y cantar unas coplillas, si su señoría así lo desea.

—Es menos pesada la tarea que te exijo —el muchacho parecía despierto y vivaracho—. Toma una moneda. Recibirás otra si sigues a aquellas dos señoras, de forma que no lo adviertan, y regresas aquí para informarme de la casa a la que se dirigen.

—Eso está cumplido de antemano, señor —el niño tomaba la moneda en la mano, todavía sin creer en su suerte—. Espere aquí sin moverse que, en pocos minutos, tendrá conocimiento puntual de la casa donde viven y hasta la comida que han preparado para el almuerzo esas señoras enlutadas.

—No quiero tanto, muchacho. Tan sólo necesito la dirección exacta en la que moran.

—Aquí la tendrá en un periquete, antes de que acabe de rezar una Avemaría.

No debía morar la viuda de Masdeu con sus hijos y sobrina muy lejos de allí, porque a los pocos minutos regresaba el rapaz a la carrera, con rostro feliz y respiración agitada.

—Seguí sus instrucciones al punto, señor, y no sospecharon en ningún momento que eran seguidas. La verdad es que llevaban buen ritmo y no miraron atrás. Llegaron a una casa que se encuentra en el número siete de la calle de la Fonda y allí entraron, aunque la propietaria de la vivienda es otra señora.

—¿Otra señora? ¿Qué quieres decir?

—Aunque no me pidió más información, pregunté a una moza que barría la puerta. Esta señora y la sobrina que la acompañaba, viven en casa de una anciana, dueña de la casa, pariente lejana o algo parecido. Bueno, la información es un poco inexacta porque la moza en cuestión no albergaba muchas luces en la mollera.

Me hizo gracia la verborrea del chiquillo, que sí parecía con luces suficientes como para alumbrar una catedral.

—¿Cómo te llamas, rapaz?

—Manolillo, para servir a vuaced en lo que desee y cuando plazca.

—Pues muchas gracias, Manolillo. Y como te has portado como un jabato, aquí tienes dos monedas más.

—Bendita sea su excelencia y los ángeles que lo ampararon en su nacimiento. ¿Desea algún recado más? Ya sabe que me tiene a su disposición.

—Nada más por hoy, Manolillo. Muchas gracias por tu trabajo.

—Todas las gracias y virtudes del cielo para vos, excelencia.

Me mantuve pensativo mientras caminaba hacia la calle de la Amargura. Nada más llegar, comenté el encuentro a Beto, sin entrar en detalles, aunque fue Okumé el primero en elevar un comentario con su amplia boca abierta en sonrisas.

—Ahora comprendo su rostro de alegría. Mucho perseguía el señor a aquella damisela a bordo de la fragata. Y recuerdo al brigadier cuando lo alcé de la cubierta, abierto su pecho en sangre. Dio el último suspiro en mis brazos. Pero la sobrina le hacía respirar con rebato de corneta.

—Calla la boca africano, o haré que te den cañón^[11].

—En ese caso, debería instalar una pieza artillera en el patio, señor, lo que poco gustaría a Sinforosa, que lo mantiene limpio como una patena.

—No sabía que andabas en amores serios, *Gigante* —entró Beto en tono de sorna—. Callas la información en sobre de lacre como zorro empalletado. Debo conocer a esa joven sin pérdida de tiempo, para comprobar que te conviene.

—Callad la boca y no largar más estupideces. Espero vuestra ayuda sin más tonterías. Debo reconocer que me siento mal porque sigo sin comprender la actitud de doña Catalina.

—¿A qué actitud te refieres? —preguntó Beto, interesado.

Explicué con detalle la conversación mantenida y la reacción en ambas mujeres.

Mi compañero entró en aclaraciones sin perder un segundo.

—No comprendo cómo te extraña esa postura, amigo mío. Se trata de una situación bastante normal en nuestros días, aunque no sea tu caso. Esa pobre señora se encontrará sin un real que llevarse a la boca, con la viudedad atrasada por meses. Habrá sido acogida por alguna parienta y malvivirá remendando la ropa propia una y otra vez, avergonzada de su propio aspecto y tomando una sopa de aire y agua al día por todo alimento. Seguro que sólo pisa la calle los domingos y por la necesidad de cumplir con sus obligaciones religiosas.

—No lo puedo creer. ¡A qué estado de miseria hemos llegado! Debo acercarme y ofrecerle mi ayuda.

—No te alborotes, *Gigante*, y obra con calma. Te hablo en serio, especialmente si la joven en cuestión te interesa de verdad, como parece a la legua. Esa señora recortó la conversación y avivó el paso, avergonzada de su propio aspecto e intentando evitar una visita a su residencia, porque debe ofrecer un aspecto deplorable y poco digno. No olvides que, como toda señora que se precie de tal nombre, entenderá bien el significado del honor y el orgullo propio. No puede llegar un joven oficial de la Armada, que ya andaba tras los vuelos de la sobrina meses atrás, a ofrecerle unas monedas en auxilio. Te cerraría la puerta en la cara, indignada con tamaña descortesía.

Quedé pensativo ante las palabras de Beto, que encontraba acertadas y en razón. Pero por más que daba vueltas al problema en la cabeza, no encontraba la adecuada solución.

—¿Qué puedo hacer entonces? Deseo ayudarlas y..., bueno, también desearía ver de nuevo a Eugenia. Jamás he visto unos ojos como los suyos. Sin olvidar su cabello, su dulce voz, sus...

—Okumé, me parece que tu señor se encuentra rendido de alma por esa jovencita.

—Ya lo comprendí a bordo de la fragata, don Beto. Es un mal sin posible curación, que sólo era necesario observar cómo la miraba a bordo, aunque la tía no se separaba ni una mota de las faldas de la jovencita.

—Los que entran en amores, pierden el raciocinio sin remisión. La solución es sencilla —Beto hablaba, como siempre, con seguridad.

—¿Solución? Habla de una vez.

—En primer lugar, deberás acudir a la secretaría del marqués de la Solana, en la Gobernación de Cádiz. Busca al capitán Enríquez, su ayudante, a quien conoces de otras ocasiones en que acudimos con don Antonio de Escaño. Y que él te haga la gestión.

—¿Qué gestión?

—Vamos, *Gigante*, que esos amores parecen haberte nublado el cerebro. Le entregas a Enríquez la cantidad que estimes oportuna, y le pides que se la haga llegar a esa señora. Puede alegar atraso de viudedad o auxilio en concepto de madre que ha perdido un hijo en el pasado combate. Cualquier excusa será bien recibida, sin

indagaciones posteriores.

—¿Sabes una cosa? Eres un genio, Beto. Me parece una solución magnífica.

—Pero debes recalcar a Enríquez que nada debe sospechar la señora. En caso contrario, se cerrará la puerta y no podrás olisquear cerca de esa tal Eugenia de tus amores.

—Nada he comentado de amores. Solamente que siento una punzada...

—Deja las punzadas aparte. Además, ya estás en edad casadera con 21 años cumplidos y alcanzado el empleo de teniente de navío, que no es mi caso todavía aunque lo merezca. ¿Qué edad presenta la moza de ojos gigantescos, que ha perturbado tu normal existencia?

—Cuando andaba en la fragata estaba en quince, pero a punto de cumplir los dieciséis. Luego, en estos días, debe estar a punto de alcanzar los diecisiete.

—Buena edad para engendrar varones con fuerza. Espero que no sea canija o enflaquecida por más, si quieres que la rama de los Gigante mantenga en alza. Podemos celebrar una boda por alto, con ricos manjares y caldos de rey. Claro que deberás buscar ayuda, porque Sinforosa no es capaz de...

—No digas más estupideces —protestaba en falsete porque me hacían gracia sus salidas. Sin embargo, una preocupación seguía rondando mi cabeza sin descanso—. Pero sólo me has solucionado un problema, el económico. El caso es que deseo ver a Eugenia.

—Supongo que cuando recuperen una mínima posición económica, será más fácil. Pero, de momento, deberás acechar el domicilio.

—Con el trabajo que nos dedica don Antonio, no puedo aprestarme en la puerta.

—Tú, no, desde luego. De eso puede encargarse Okumé sin mayor problema. Aunque esa familia coma tortas de aire y rocío, estoy seguro de que la joven saldrá a comprar alguna mañana. Como tu fiel africano la conoce, puede acechar la vivienda y pasarle una nota tuya.

—¿Una nota mía? —masajeaba mis manos, nervioso, ante la propuesta—. ¿Cómo voy a escribirle una nota? ¿Qué le puedo decir?

—Muy sencillo. Que desees verla y no comprendes la actitud mantenida contigo en el último encuentro. Pídele que te conceda una cita en el paseo a una hora decente, por supuesto sin compañía de la tía.

—Es posible que no le guste.

—Depende del atractivo que haya encontrado en tu persona, que no debería ser mucho.

—Espero que las toninas y marrajos se coman tus intestinos, cuando mandes una fragata y acabes hundido por balas britanas.

—Dios te oiga. Eso querría decir que he mandado una hermosa gacela.

Aunque protestaba por faldas en bajo, seguí los consejos de Beto al punto. Dos días después y como necesitábamos una información del Comandante General de Andalucía, me trasladé en persona y conversé con el capitán Enríquez en los términos

planeados. Y para mi sorpresa, lo comprendió al momento.

—No se preocupe, Leñanza, que es un método bastante utilizado en estos días. Con ese camino se ayuda de forma anónima a muchas familias, especialmente viudas sin hijos, como ha llegado a encontrarse la de don Dionisio Alcalá Galiano, según me contó un primo común. Le llegará esta cantidad de forma que no sospeche su verdadera procedencia, puede estar seguro, aunque la encuentre excesiva.

—No creo que la desprecie, en la situación que se encuentra.

—De eso puede estar seguro.

Quedé contento con la gestión. Y atacué el siguiente bordo, escribiendo una nota de forma repetida, hasta quedar medio satisfecho con su redacción. La entregué a Okumé, con precisas instrucciones, que le hice repetir una y mil veces.

—Por favor, señor, que Dios me concedió suficientes luces. Okumé es negro como brea de calafate pero inteligente, más que muchos blancos. Puede estar seguro de que si asoma la cara por la puerta sin la tía en carabina, le entregaré esta nota. No se asustará de un negro africano y fortachón, porque me recordará de los días a bordo de la fragata.

—Por Dios, Okumé, que no puedes fallarme en esta ocasión.

—¿Le fallé alguna vez? Además, estimo que esta joven sería adecuada como condesa de Tarfí.

—Calla y haz tu trabajo.

No tuve que esperar mucho tiempo, aunque había entrado en trance nervioso, sin poder apartar de mi cabeza el rostro de Eugenia. Al cuarto día, Okumé apareció ante mí con una sonrisa de millas, lo que daba a entender, antes de escuchar sus palabras, el éxito en la empresa.

—¿La has visto? ¿Has hablado con ella?

—Como siempre dice el viejo Setum, Okumé es negro y africano pero listo como un delfín. En efecto, hablé con doña Eugenia.

—¿Le molestó tu presencia? ¿Qué te dijo? ¿Leyó la nota ante ti? ¿Contestó a mis...?

—Si el señor calla su boca durante algunos segundos, podré contarle con detalle lo sucedido.

—Pues habla de una vez.

—Salió de su casa a media mañana. Debo adelantarle que se trata de una vivienda desconchada y en muy pobres condiciones. Vestía de negro y con un mantón que bien podría servir para baldear la cubierta de un buque. A pesar de tan negativos detalles, mantiene una especial hermosura, sí señor.

—Deja los detalles de velas y entra en vereda de una puñetera vez.

—Al principio se sorprendió al verme, pero enseguida reconoció a este fuerte africano. La verdad es que se trata de una joven agradable y gentil. Le entregué su nota y la introdujo bajo el manto sin leerla.

—¿Nada más? —me sentía defraudado.

—Okumé es inteligente y sabe de sus nervios —me ofreció una nueva sonrisa—. Le pedí una respuesta porque mi señor andaba muy preocupado. Dudó algunos segundos, pero acabó por leer la misiva. Sonrió y, si no me falla mi instinto, con rostro de felicidad. Me dijo en voz baja que su tía ha caído enferma de nuevo. Por esa razón, pasado mañana asistirá a misa de doce en la catedral en solitario. Debe esperarla en la puerta y hacerse el encontradizo para acompañarla a su casa.

Aquellas palabras inundaron mi pecho de alegría, al punto de abrazar a Okumé con fuerza.

—Eres un genio, amigo mío. No sé que haría en este mundo sin ti.

—Ya se lo dije. Seré negro y africano, pero listo como un...

—Como un delfín, ya lo sé. Muchas gracias por tu gestión. Beto no lo creerá.

—Beto lo cree todo porque he escuchado tus palabras —apareció junto a la puerta, con sonrisa torcida—. Eres un hombre de suerte y naciste con especial estrella, *Gigante*. Tienes el camino abierto en claros. Pídela en matrimonio y sácala de ese cuchitril.

—Vanos, Beto, no aligeres la maniobra en exceso. Tan sólo coincidí con ella unos días.

—¿Unos días, dices? Una larga navegación desde el Río de la Plata hasta las islas británicas, con un reñido combate, sangre y lágrimas conjuntas. Creo que deberíamos celebrar el éxito en la empresa de inmediato. Sería apropiada una de esas frascas de vino espeso que se mantienen con polvo en la bodega de tu pobre tío, capaces de sacar todas las penas del alma.

—Yo no tengo pena alguna, al revés.

—Bueno, era una frase solamente. Y si no tienes penas, mejor todavía, debemos celebrarlo.

Bebimos dos frascas y comimos como viandantes en ayuno forzoso. También reímos, al tiempo que sentía una gran felicidad en el pecho, pensando ya en el próximo encuentro con esa joven de quien, sin duda, me sentía perdido en locuras.

El domingo, día primero de diciembre, me encontraba en la iglesia catedral media hora antes del comienzo del Santo Sacrificio. Vestía mi mejor uniforme pequeño, que no era cosa de rematar en falsete. Además, así cobraría prestigio al acompañar en solitario a una joven. Y aunque era un día de viento cortante, apenas sentía el frío porque los nervios se amadrinaban a las tripas en caliente, al tiempo que debía frotar mis manos. Aquel día no gané una onza para mi salvación eterna, puedo jurarlo. No elevé un solo rezo, sino que observaba a los feligreses conforme tomaban asiento en los bancos. Y debían faltar pocos minutos para el mediodía, cuando la vi penetrar en el templo. También ella observó mi presencia, cerca de la entrada, porque hizo un mohín con los labios mientras continuaba sus pasos hacia las primeras filas.

He asistido a misas concelebradas de larguísima duración, pero jamás pensé que encontrara un sacerdote con tal lentitud en su sagrado oficio, como el de aquella fría

mañana. Durante la eucaristía volví a observarla a corta distancia, ajeno al sacramento y la debida religiosidad, lo que poco me preocupaba en aquellos momentos. Por fin, una vez finalizada la ceremonia, comencé a salir con los primeros feligreses, quedando a pocos pasos de la puerta. Y también se alargaron aquellos segundos como horas de temporal, hasta que observé su figura, bajando los escalones hacia la placita. Me dirigí a ella, destocándome y haciéndome el sorprendido.

—Qué sorpresa, Eugenia. Mucho me alegro de verla de nuevo. ¿No viene su tía doña Catalina con usted en esta ocasión?

—Tampoco ha de exagerar la nota, Santiago —la joven debió tapar su boca, con visible esfuerzo para no reír—. Pero también yo me alegro de verlo y sin compañía. La verdad es que el otro día, cuando nos encontramos, sufrí mucho, no sabe cuánto, especialmente por mi tía. Quería explicarle la terrible situación que sufrimos, pero no podía. Comencemos a caminar despacio por la calle de Santiago o llamaremos demasiado la atención.

Caminamos despacio en la dirección señalada, buscando el socaire de aquel viento que cortaba el alma. A pesar de la raída y ajada indumentaria de Eugenia, la encontré más guapa que nunca, con las mejillas arreboladas de frío, emoción o ambas circunstancias al tiempo. No debí esperar mucho para que entrara en explicaciones.

—Desde que fuimos repatriados de Inglaterra, tras el desastre sufrido a bordo de la fragata, todo fue un sinvivir en la familia, una situación de angustia permanente que a nadie deseo.

—¿Qué sucedió? —pregunté, interesado, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Regresamos a la Corte para iniciar una nueva vida, según las propias palabras de mi tía. Sin embargo, a los dos meses, sin haber recibido un ochavo y con el ajuar completo perdido en la navegación, doña Catalina decidió vender todo lo que poseía en Madrid; una pequeña casa, mobiliario y enseres, salvo los muy personales. Había aceptado la oferta de su hermana, viuda también de un oficial del Cuerpo de Batallones, para residir con ella en Cartagena. Y ahí comenzó la nueva tragedia. Cuando intentó vender la morada de la calle Arrieros, resultó que no pertenecía a mi tío, don Pedro Masdeu, sino a su hermano Borja. Este señor, si puede llamarse así a un bicho de mala camada, un truhán de medio pelo, ejerció sus derechos y no le dejó tocar ni una pieza de tela de la casa. De esta triste forma, marchamos a Cartagena con una mano delante y otra detrás. Sin olvidar los cinco jóvenes a cargo porque, al menos el mayor de ellos, mi primo Pedro, se había incorporado al Ejército.

Se ofreció un respiro en la agitada narración, bien para tomar fuerzas o temiendo entrar en la peor parte. Pero siguió a los pocos segundos.

—En Cartagena pareció que recobrábamos el aliento, aunque seguíamos sin recibir un solo atraso de la viudedad. Fuimos muy bien acogidos por su hermana, María de la Anunciación. Aunque no le sobrara para vivir, manteníamos cierto decoro. Pero fue entonces cuando cayeron sobre nosotros las plagas de Egipto. La ciudad departamental sufrió una terrible epidemia de fiebre amarilla. Y nos alcanzó

de lleno.

—Murieron tres de los hijos.

—Mucho peor. Murieron los cinco y su hermana.

—¿Los cinco? ¡Válgame el cielo! Creí entender a su tía que había perdido tres de ellos por las fiebres.

—Mi tía se encuentra mal de la cabeza y cada día ofrece noticias diferentes, como si rehuera la realidad. Hay tardes que los llama a todos a la mesa, como si se hallaran con vida. También ella y yo caímos enfermas pero, por gracia divina, nos repusimos. Y ése fue otro momento terrible. Debimos abandonar la casa, que tampoco pertenecía a su hermana. De nuevo a la calle. Fue cuando decidimos venir a Cádiz, por encontrarse destinado aquí el hijo mayor. La viudedad, que a tan poco alcanza, nos llegó por fin, aunque continúa con atrasos indecorosos. Al menos, podíamos pasar con la ayuda de Pedrito. Pero como parece que la desgracia persigue a la familia Masdeu sin descanso, mi joven primo murió en el combate del pasado 21 de octubre, como ya sabe.

—Se prometieron recompensas a los que habían perdido...

—Dice bien, Santiago. Más promesas que no se cumplen. Nuestra situación es, y siento vergüenza decirlo, más que precaria, de pobreza extrema. Una prima lejana de mi tía nos acogió en su casa, si puede llamarse así a esa vergonzosa vivienda, donde apenas nos alcanza el mínimo sustento. Como podría comprobar a la vista, su salud es deplorable y temo que entre en permanente locura en cualquier momento. Hace unos días volvió a caer enferma, con una fuerte tos agarrada al pecho, que le hace delirar algunas noches. Pero más bien creo que se trata de pura debilidad porque, la verdad, no nos alcanza el capital ni para comer. Dios mío, si supiera que le cuento nuestras miserias, sería capaz de matarme. Pero no puedo mantener más este acto teatral. Quiero trabajar donde y como sea, de institutriz en noble casa o cualquier otro puesto de cierta dignidad. Pero me niega su autorización.

Conforme escuchaba sus palabras, sentía un agudo dolor en el pecho. Y no sólo porque se tratara de personas a las que estimaba, especialmente a la joven de mis amores, sino al pensar que la esposa y madre de hombres caídos en defensa de su patria, se viera abocada a tan espantosa situación. Volví a escuchar la voz de Eugenia.

—Pero parece que Dios aprieta pero no ahoga. Hace dos días, como llovido del cielo, nos llegó un aporte de la Gobernación de Cádiz. Y en un monto que no podíamos ni soñar. Creo que mi tía todavía no se ha percatado bien de lo que, para nosotras, significa esa cantidad. Hasta llegué a creer que de error se trataba.

En aquel momento sentí enrojecer mis mejillas, como si hubiera cometido el peor de los pecados. Deseaba mostrar sorpresa, como si se tratara de situación normal, pero no debí conseguirlo.

—Bueno, les habrán entregado las mensualidades atrasadas.

Eugenia, que como pude comprobar con el tiempo era una mujer de extraordinaria viveza e inteligencia, me miró fijamente a los ojos durante alargados

segundos. Y creo que allí encontró la verdad.

—Ahora lo comprendo todo. Había caído como una chiquilla. Ha sido usted, Santiago.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere? —sabía que me era difícil en grado máximo mentir, y con aquellos ojos clavados en los míos daba la guerra perdida de antemano.

—Qué tonta he sido, por la Santísima Virgen. Creer que, por fin, se nos hacía justicia, cuando tal palabra ya no existe en España. ¿Cómo no lo he supuesto antes? —movía la cabeza hacia ambos lados—. Debíais habérmelo dicho. No necesitábamos una cantidad tan elevada. Y, la verdad, tampoco yo soporto vivir de la caridad de...

Ahora fui yo quien detuvo su parla sin ofrecerle alternativa. La tomé por el brazo y paré la marcha, cuando alcanzábamos el punto donde las había encontrado días antes. Hablé con energía y decisión, esas salidas que me atacan en momentos de trance, como si las palabras brotaran de las tripas.

—Eugenia, te hablaré con claridad y la verdad por delante. Y no estimes como apresurada locura lo que es sinceridad. Estoy enamorado de ti desde el primer día que nos conocimos a bordo de la fragata *Fama*. Cuando os encontré en esta misma calle, sentí una pena inmensa al suponer vuestra situación pero, al mismo tiempo, una intensa felicidad al comprobar que renacía mi cariño. Quiero que seas mi mujer.

Podía esperar cualquier tipo de reacción, a excepción de la que se produjo. Eugenia rompió a llorar, como si hubiera recibido el peor de los daños. Me sentí desfallecer, creyendo que no existía perdón para mi falta. Por fortuna, nadie paseaba por la calle.

—Perdone si la he ofendido, Eugenia, o me he tomado una confianza no concedida. No quería...

Ahora, en cambio, apareció una sonrisa desmadejada en sus labios, al tiempo que con sus dedos tapaba mi boca.

—No digas eso, Santiago —sentí un dulce sentimiento al comprobar que me concedía mayor confianza en sus palabras—. También yo te tengo en especial estima desde aquellas semanas que pasamos juntos. Y bien sabe Dios que he pensado mucho en ti. Hace pocos días, cuando apareciste de nuevo en mi vida, entendí que era el regalo del cielo que ya correspondía a mi trágica y desgraciada vida. Pero en esta situación tan terrible que sufrimos, si accediera a tus pretensiones, podrían creer..., todos creerían que esta pobre huérfana se agarra a la primera tabla de salvación que pasa a su lado.

—No digas eso, Eugenia. Además, me importan un rábano las opiniones de los demás. Me haces feliz al escuchar esas palabras, con las que he soñado en muchas ocasiones. Pero, por favor, dejad que os ayude. Vivo en una casa palacio de la calle de la Amargura, donde nada falta. He heredado los bienes de mi padre, que no son pocos, y tan sólo mantengo la responsabilidad de mi hermana Rosalía. Pero eso ya te lo explicaré con detalle. ¿Qué puedo hacer por vosotras?

—Lo primero y principal, que nada sepa mi tía. Y como nos encontramos en esta

situación, sin ropa digna siquiera para presentarnos en público —señaló su vestimenta con desprecio—, es difícil que acepte una simple visita. Como es fácil suponer, sentimos vergüenza hasta de la morada donde habitamos.

Por mucho que daba vueltas en la cabeza, no encontraba solución inmediata al problema. Pero no me preocupaba mucho en aquellos momentos. Me limité a respirar a fondo la felicidad que se había extendido por mi vida en tan pocos minutos.

—De momento, podemos continuar con este mismo sistema. Haré que os ofrezcan una casa más adecuada a un bajo precio. ¿Te parece bien?

—Eres demasiado bueno y generoso en extremo —volvía a enrojecer sus ojos—. Siento vergüenza de que mantengamos esta conversación. Te agradezco mil veces que me ofrezcas matrimonio, pero deberíamos conocernos un poco más. Creo que eres impulsivo en extremo y eso, la verdad, me da miedo. Y no es que..., no es que dude de mis sentimientos ni de los tuyos, pero sería necesario asentar un poco más nuestra relación, antes de dar un paso de tal importancia. El verano pasado cumplí diecisiete años y...

—Y es el momento ideal para que seas mi mujer.

Habíamos llegado a su portal que, en efecto, no llamaba a elevar voluntades. Eugenia pasó unos pocos metros más allá, antes de detenerse.

—Debo volver con ella. Espero que la pobre se recupere aunque, en la situación que se encuentra, puedo llevar las riendas. Con esas pagas atrasadas que nos alcanzaron —entonó con ironía—, conseguiré que coma algo más y suficientes alimentos de salud. Yo te dejaré razón para vernos de nuevo. ¿Qué número de la calle Amargura es tu casa?

—La casa palacio que hace esquina con el callejón del Tinte. Allí se mantendrá de guardia Okumé, si me encuentro de servicio.

—De acuerdo. Espera mis noticias.

—Te quiero, Eugenia, Estoy loco por ti.

Volví a mirarla a los ojos, mientras ella sonreía, con un deseo irrefrenable de acariciar su cara y besarla. Pareció comprenderlo porque se movió con rapidez, aunque a modo de despedida rozó mi cara con sus dedos, fríos como la nieve aunque dejaran regueros de calor en mi piel.

—También yo te tengo en mi corazón.

Abrió el portón con rapidez, perdiéndose en un pequeño patio interior. Y ahí quedé yo, embelesado con el mundo y deseando cantar, acción que jamás había llevado a cabo en mi vida. Caminé hacia el interior de la ciudad entre callejuelas desconocidas, sin tener en cuenta por donde transitaba. Pero eran detalles superfluos porque, en aquellos momentos, todo me parecía del color de rosa y no podía apartar el rostro de Eugenia del pensamiento. Volví a palpar mi mejilla, allí donde ella la había rozado. Creo que, por primera vez, sentí esa especial felicidad que nos ofrece el amor de una mujer. Una sensación que ahora, tantos años después, echo de menos como si se tratara del aire necesario para espirar.

4. Viático solemne

Mi situación personal había dado un vuelco profundo tras la sorprendente reaparición de Eugenia en mi vida. Las conversaciones mantenidas con ella, su precaria situación familiar y los planes de futuro embastados a carga ligera, se amadrinaban a mi estela con nerviosismo y preocupación. Sin embargo, el trabajo al lado del general Escaño se mantenía por las mismas cuerdas, de sol a sol y sin descanso. Pero además de las normales preocupaciones de cada día, que no eran pocas, así como las demandas de imposible cumplimiento y las justas reclamaciones que eran elevadas por conducto reglamentario a quien debía satisfacerlas, se producían altibajos y noticias sorprendentes con excesiva repetición. Estas salidas de línea complicaban todavía más el día a día, sin la posibilidad de ofrecernos ese mínimo respiro de tranquilidad que tanto necesitábamos. Como decía el general Escaño, cruzábamos una situación que requería jornadas de cuarenta horas.

Creo que fue en los primeros días del mes de diciembre cuando, en una de las visitas regulares que don Antonio giraba a la residencia del general Gravina, tuve la oportunidad de saludarlo. Aunque, en teoría, se trataba del obligado y periódico despacho que un mayor general lleva a cabo ante el comandante general de la escuadra, la verdad es que Escaño le presentaba muchas rosas y escasos cardos, dado el estado del enfermo, que oscilaba en demasía con el paso del tiempo, no siempre en concierto. Pero para mí, aquel día en particular constituyó una agradable sorpresa. Si en ocasiones anteriores quedaba en una de las salas de recibo en compañía de algún ayudante, a la espera de que terminase la audiencia, aquella mañana se produjo una excepción que mucho he agradecido a lo largo de toda mi vida por su significado. Gracias a ella, después de todo, tuve la oportunidad de conocer y tratar de cerca a uno de los grandes personajes de la Real Armada, aunque tras la lectura de los cuadernillos escritos por mi padre reservara la opinión sobre su conducta en determinadas ocasiones.

Debo adelantar que tampoco la de aquel día era una visita más, sino especialmente motivada por las noticias transmitidas por el cirujano mayor de la escuadra, don Fermín Nadal, sobre el empeoramiento de la salud del general. Aunque hasta entonces, a pesar de la indudable gravedad y con diferentes altibajos, se esperaba una evolución favorable de su herida, parecía haber cambiado el panorama a ras de borda, con un mayor pesimismo del facultativo. Hasta tal punto llegaba la preocupación de don Antonio, que el parte elevado por el cirujano en la tarde del día anterior había sido, a su vez, transmitido íntegro por mi general al príncipe de la Paz, de acuerdo a sus órdenes de mantenerlo informado al punto de la salud de don Federico.

Llegamos a la magnífica residencia que el general Gravina poseía junto a la plazuela de Santiago en una mañana de un frío intenso, esos días de sol gaditano

acariciados por un nordeste frescachón que se mete bien dentro de los huesos, y te hace apretar la casaca con fuerza contra el pecho. Nada más descender del carruaje, quedé una vez más admirado al contemplar la belleza y magnitud del edificio, que mucho parecía decir de su fortuna personal. Don Antonio debió comprender el rumbo de mis pensamientos, porque entró sin dudarlos en explicaciones.

—Esta casa fue adquirida por el padre del general a un adinerado comerciante y prestamista gaditano, Benito de la Piedra, cuando don Federico ingresó en la Real Compañía de Guardiamarinas en 1775. Nunca quiso desprenderse de ella. Algunas frases acaban por adquirir especial significado en la vida con el paso del tiempo —sonrió don Antonio con tristeza—. El general Gravina me dijo una vez hace algunos años, que en este edificio se encontraba su futuro. Al preguntarle por el significado de sus palabras, me respondió que si no moría en la mar o en el palacio Gravina de Palermo, le gustaría que fuese aquí.

—¿Vive todavía su padre? Debe ser persona de edad muy avanzada.

—En efecto pero, según parece, todavía anda en buena salud. Por fortuna, don Federico pudo visitarlo, después de muchos años de ausencia, tras la paz de Amiens, antes de pasar a la embajada de París. Es un gran señor don Juan de Gravina y Requesens, quinto duque de San Miguel, príncipe de Montevago y marqués de Santa Elisabetta. Tuve el placer de conocerlo hace bastantes años en Palermo, donde nos recibió con exquisita hospitalidad, así como a su esposa, doña Leonor de Nápoli y Montaperto, mujer de extraordinaria belleza e hija del príncipe de Resuttana. Bueno, don Federico se refiere a ella siempre como doña Eleonora, porque suele utilizar el idioma italiano cuando habla de su familia.

—¿Mujer de extraordinaria belleza? Bueno, eso..., eso..., quería decir... —me sentí avergonzado por mi imprudencia, sin saber cómo salir del atolladero. Por fortuna, don Antonio entró en auxilio de confianza.

—Quieres decir, joven bellaco —Esaño empleaba un tono abierto en chanza, al tiempo que me golpeaba el brazo con afecto—, que el hecho de su extraordinaria belleza, así como otros detalles que prefiero guardar en sobre, dieron pábulo a los rumores malintencionados extendidos en Francia, de los que se hicieron eco algunos españoles como tu tío Santiago, experto en ese tipo de comentarios. Y tú pareces seguir sus pasos al ras —Esaño sonreía—. Y ahora ya por claros y sin que lo repitas jamás, te aseguro que nunca creí la comentada y pretendida bastardía de don Federico respecto a don Carlos el Tercero. Esa noble señora, de la que no se debe hablar el falso por cortesía y dignidad, engendró diez hijos con vida.

—¿Diez hijos? No sabía que el general Gravina tuviera tantos hermanos.

—El mayor y heredero de la casa es Girolano, hombre de cejas enhiestas como botalón de bauprés y, he de reconocerlo, agrio carácter. Por tratarse de una familia muy unida a la Santa Iglesia durante generaciones y con derechos adquiridos, muchos de ellos entraron en religión, como Berengario, Miguel, Gabriel María y Pedro. Precisamente este último es, en estos días, el Nuncio Apostólico de Su Santidad ante

la Corte del Rey Católico, que llegó de Madrid hace una semana, para visitar a don Federico. El general siente especial debilidad por él, pero también por sus hermanas María, Giovanna y Caterina.

—Tiene buena memoria para recordar todos esos nombres, señor.

—He pasado muchos años al lado del general que, como sabes, es muy propenso al carteo oficial y particular. Además, gusta de recordar su patria napolitana y los miembros de su familia. Tan sólo me falta mencionar a su hermano Salvatore, como él lo llama, que debe ser la oveja negra de la casa, sin oficio ni beneficio conocido. Bueno, se trata de una suposición tan sólo.

—Entonces, ese sobrino del general, el alférez de navío Notalbartolo, que tomó parte en la toma de la Roca del Diamante, es hijo de una de sus hermanas.

—Un hijo de su hermana María. El general también le dispensa un especial cariño, detalle que bien tuvimos en cuenta tu padre y yo durante la campaña a las Antillas y el combate sufrido en aguas del cabo Finisterre. Continuó toda la campaña junto al tío, hasta acabar siendo herido en su pierna, de escasa gravedad, a bordo del *Príncipe* en el último y desdichado combate.

Entramos por fin en la posada del general, siendo recibidos por su mayordomo, el inseparable y fiel Antonio Mazanini, napolitano de hombros cargados y endeble aspecto físico, pero gran fortaleza interior y extraordinaria inteligencia. Y ya el buen hombre dejaba notar en su rostro la preocupación que parecía embargar a toda la casa. Tras saludar a otros miembros del servicio, porque allí don Antonio se movía como potro por cuadra propia, pasamos sin pérdida de tiempo a los aposentos privado del general, al que encontramos sentado en un cómodo butacón, con el brazo herido extendido sobre un cojín y un aparatoso vendaje sobre la parte que rodeaba el codo. Aunque el galeno había asegurado días atrás que podría flexionarlo en poco tiempo, no parecía posible tal medida a vista cercana ni con milagros de convento.

Ya de entrada puedo asegurarles que, a pesar de esperar encontrar un hombre desmejorado y abatido por alargada enfermedad, me causó una impresión mucho más negativa su aspecto. Había visto por última vez al general a bordo del buque insignia, el navío *Príncipe de Asturias*, pocos días antes del combate cruzado en aguas del cabo Trafalgar. Ahora parecía otra persona, perdida su digna prestancia, con rostro cadavérico y febril, muy magro de carnes, respiración agitada, así como extenuado de cuerpo y alma.

En el aposento se encontraban en aquel momento Porlier, el inseparable secretario Barreda y el marqués de la Solana, a quien Su Majestad había concedido pocos días antes en propiedad la Comandancia General de Andalucía con el Gobierno de Cádiz. Persona de trato agradable, el general don Francisco Solano era hijo del viejo marqués del Socorro, a cuyas órdenes había servido Gravina cuando era un joven oficial. Pero también sentía especial aprecio don Federico por su hermano Estanislao, que había sido uno de sus ayudantes en Tolón, en contacto directo y diario con mi padre.

Nada más verme y antes de ser presentado, escuché la voz de don Federico, con escasa fuerza aunque suficiente claridad.

—Estoy seguro de que eres el hijo de Francisco Leñanza. Cómo se repite la sangre, Dios mío, para beneficio de la Real Armada y de España.

—En efecto, señor general. Es un honor para mí saludar a vuestra excelencia, de la que quedo a la orden con el debido respeto y sumisión.

—¿Te llamas Francisco, como él?

—No, señor. Me concedieron las primeras aguas bajo la advocación del apóstol Santiago en honor de mi tío, el brigadier...

—El inolvidable *Pecas* —Gravina sonreía—. Nunca olvidaré aquel pequeño diablillo, con valor encastrado hasta la galleta. Puedes estar orgulloso de tu familia pero, en especial, de tu padre. Era un hombre extraordinario en todos los aspectos que se pueden requerir a un ser humano, y debes sentirte feliz al evocar su nombre y su memoria. Sin duda alguna fue uno de mis hombres, como suelen decir quienes me critican. Creo que desde nuestra primera experiencia conjunta, bastante penosa por cierto, a bordo de la flotante *San Cristóbal*, anduvo medio amadrinado a mi persona durante toda su carrera. Y fue un honor tener a mis órdenes a un oficial de tanto valor. Su muerte, como las de Churruca, Galiano y tantos otros son pérdidas irreparables para la Armada, más que las de cien navíos.

—No debe hablar tanto, señor —intervino Barreda, que no sólo actuaba como secretario sino también como hijo protector—. Dijo don Fermín que debía mantener la máxima tranquilidad en todo momento.

—No es posible la tranquilidad con tanto desafío a nuestro alrededor. Vamos Antonio —se dirigía a Escaño—, cuéntame las últimas novedades.

—Ninguna nueva importante, señor —mintió con descaro y aplomo su mayor general—. Como siempre, se hace lo que se puede, que no es poco, y se intentan alistar los navíos y otras unidades dentro de nuestras posibilidades. Pero hoy le veo más agotado que otros días, y no debería cargar la mano con informes sin mayor importancia. Debe descansar como ordena don Manuel Godoy, y dedicarse por entero a su restablecimiento.

—Cada día que pasa veo más lejana esa posibilidad. En fin, así es la vida. Esta penitencia me ha sido impuesta por Nuestro Señor Jesucristo, y he de llevarla con resignación —aunque intentaba mantener el talante habitual, se le observó un rictus de dolor en el rostro, al tiempo que apretaba el puño del brazo herido. Quiso cambiar de conversación, intentando elevar una sonrisa que quedó a medio camino—. No olvidéis auxiliar a los franceses. Ayer vino el almirante Rosily a verme y anda preocupado con las reparaciones de sus buques.

—También nosotros, señor, y en ese sentido recibimos oficio del príncipe de la Paz. Pero ya sabe que no podemos hacer más, si no llegan caudales para adquirir los necesarios pertrechos. Y no es poco lo que los franceses adeudan ya a nuestra Real Hacienda, sin que se aprecie el rastro de esos dineros. Pero no cuide de tales

problemas, que todo se resolverá. Ya andamos sus generales y comandantes embarcados en esa empresa.

—¿Y tu pierna, Antonio? Parece que ya no cojeas a la vista.

—La doy por curada, señor, aunque a veces me tiree la costura y expulse algunos humores al gusto. Al menos, ya no necesito ser trasladado a esta casa en sillas de manos, como en los primeros días, ni el auxilio de un cayado. Todos los oficiales heridos de la escuadra evolucionan favorablemente.

—Si te falla la pierna, puedes apoyarte en Leñanza, que es fuerte.

—Ya lo he hecho más de una vez.

Mantuvimos una conversación poco trascendente y pronto nos despedimos. La verdad es que el propio general era consciente de su debilidad y limitaciones aunque, según aseguraba Barreda en protesta, dedicaba demasiado tiempo a leer informes y elevar cartas personales al dictado. En una de las salas de recibo coincidimos con el cirujano, don Fermín Nadal, que acudía para efectuar nueva cura. Escaño se interesó directamente con él.

—¿A qué se debe este repentino cambio de pronóstico? Éramos bastante optimistas hasta el día de ayer.

—Y yo el primero, señor. La verdad es que ya no me preocupan tanto los puntos de supuración, de donde han dimanado varios senos con algunas esquirlas huesosas, lo que obligó a las necesarias dilataciones. El general mantiene el estado febril, aunque varíe en demasía, así como la hinchazón que llega a alcanzar proporciones alarmantes. Sin embargo, estimo que el problema principal es la pérdida de sangre. Cuando procedo a extraer las esquirlas, medida necesaria aunque tremendamente dolorosa, que el enfermo lleva con extraordinaria resignación, se producen hemorragias que cada vez son más difíciles de atajar. Y esas pérdidas aumentan la debilidad del general y retardan su curación en exceso, con los peligros añadidos a toda herida abierta.

—Cuando habla de extraer esquirlas huesosas, ¿se refiere a sacar trozos de hueso de la herida? ¿Cómo puede ser eso posible? —Escaño preguntaba con cara de incredulidad.

—Es habitual en estas heridas traumáticas sobre articulaciones —el cirujano parecía más seguro de sus palabras, extendiéndose en la explicación—. Las esquirlas, es decir, los trocitos de hueso en descomposición, acaban por ser expulsados del cuerpo hacia el exterior como humores malignos en supuración. Por esa razón hay que proceder a su extracción con rapidez.

—¿Sabe lo que le digo, don Fermín? Aunque hable con mucha seguridad y verborrea científica, no me creo una palabra de todo eso. No he asistido a clases en el Real Colegio de Cirugía, desde luego, pero ya se lo dije la misma tarde en que cayó herido el general. Por los clavos de Cristo, debían haberle amputado el brazo sin pérdida de tiempo y no sufriríamos tanta historia de esquirlas y milongas. Don Horacio Nelson padeció una herida muy parecida en el codo, tras su desastroso asalto

a la ciudad de Tenerife, y a las dos horas lucía el muñón con orgullo. Y era peor el caso, por tratarse de su brazo derecho.

Para mi asombro, Escaño le lanzó al cirujano la última parrafada con tono seco y mirada cortante. Quedó el cirujano amilanado durante unos segundos, incapaz de responder. Por fin, pudo articular algunas palabras en voz queda.

—Fue la decisión que tomamos tres facultativos, señor, con la aprobación del comandante general. Es posible..., es posible que con el cariz que toman los acontecimientos ahora, esa sugerencia que ya le escuché a bordo, hubiese sido la medida más apropiada aunque, desde luego, muy traumática.

—¿Muy traumática? No diga sandeces, por favor. No es trauma para un oficial de guerra de la Armada perder un miembro del cuerpo. El único y verdadero trauma es la muerte.

Me mantuve asombrado y en una muy incómoda situación durante la charla mantenida por don Antonio con el cirujano jefe. No era habitual en el general utilizar un tono tan agrio y destemplado con una buena persona, a la que yo en particular apreciaba, por haber recibido muestras de piadoso cariño tras la muerte de mi padre. Al mismo tiempo, el ánimo quedaba bajo mínimos porque, hasta el momento, no había pensado en la real posibilidad de que el general Gravina pudiera morir, una circunstancia que ahora se abría en claros con inesperada velocidad. Por el contrario y según deducía de sus palabras, el general Escaño parecía convencido de la posible tragedia desde el primer día, razón por la que se cebaba a diario en la actuación de los galenos, culpándolos de no haberse atrevido a tomar la medida adecuada en los primeros momentos.

Otra circunstancia que nos entristecía mucho era la información suministrada por Barreda, al explicarnos que el general sufría intensísimos dolores de forma casi permanente, sin contar las terribles curas a las que era sometido. Aunque fiel a su norma rechazaba el láudano, le era suministrado de tapadillo por sus incondicionales en las cenas, un tazón de sopa ingerido a la fuerza. Al menos, conseguían que disfrutara algunas horas de descanso, que tan necesarias se consideraban. Porque en opinión de su secretario, la debilidad aumentaba de forma imparable. Lo cierto es que abandonamos la residencia con la moral bajo cubierta y temiéndonos lo peor.

Aunque mucho preocupaba a don Antonio el estado del general Gravina, no por eso dejó de lado sus muchas obligaciones. Tanto en su posada como en las periódicas visitas que girábamos al arsenal de La Carraca, ahora que ya se manejaba bien con la pierna herida, no descansábamos más que unas pocas horas de la noche. Beto se había incorporado al grupo y como su buen humor era contagioso, pronto don Antonio encontró agradable su compañía y las oportunas chanzas que mucho nos hacían reír, una medicina muy necesaria en los momentos que vivíamos. Sin embargo, como ya andaba varios días sin noticias de Eugenia, los duendes comenzaban a recorrer mi estómago sin descanso, una preocupación que intentaba

evitar a la vista.

Pero las sorpresas se mantenían al tiro. Creo que fue el día 13 de diciembre, cuando nos alcanzó noticia alarmante desde la residencia del general Gravina por boca del teniente de navío Espinosa, al punto de que salimos para la plazuela de Santiago sin mayor dilación.

Nada más cruzar el zaguán de entrada, comprendimos que la situación era de evidente peligro. Fue don Tomás Ayalde, quien desempeñara la segunda comandancia en el Príncipe durante el combate, quien puso al corriente con rapidez a don Antonio.

—Como sabe, señor, hace dos días sufrió don Federico una hemorragia que le repitió horas después, aunque fue atajada por el cirujano con cierta facilidad. Sin embargo, hace un par de horas encontramos el vendaje de nuevo en rojo y perdiendo sangre de forma alarmante. Por fortuna llegó don Fermín en escaso tiempo y lleva más de una hora intentando cortar la hemorragia que, en este caso, parece de importancia.

Nos mantuvimos en el recibidor con Ayalde, Valdés y Uriarte en tensa espera. Sentía cómo se podía cortar el aire con una cuchilla por la tensión acumulada. Fue una hora interminable, con el general Escaño en paseo nervioso y a grandes zancadas por la estancia, aunque todavía mostrara una pequeña cojera. Por fin, se abrió la puerta y apareció el cirujano con el rostro demudado y bañado en gotas de sudor, a pesar del frío que reinaba en la casa. Miró a don Antonio con cierta prevención, antes de hablarle con voz apenas perceptible.

—Don Federico ha perdido mucha sangre, señor. Ha sido uno de los peores momentos de mi carrera, y pueden estar seguro de que he vivido situaciones espantosas. Creí que no sería capaz de cortar esta hemorragia, que ha reincidento en demasiadas ocasiones. Pero la situación ha empeorado mucho. La verdad..., la verdad es que podemos esperar lo peor en cualquier momento.

Nadie respondió, como si el simple hecho de pronunciar una sola palabra fuera capaz de romper un hechizo o la última posibilidad de sanación para nuestro comandante general. Don Fermín continuó en el mismo tono.

—Con gran serenidad me ha preguntado por el futuro, exigiéndome absoluta sinceridad. Le he contestado que debía prepararse...

Aunque dejó en el aire el final de la frase, todo quedaba diáfano como un día de sol. Escaño preguntó.

—¿Cómo lo ha tomado?

—Con una extraordinaria resignación, digna de alabanza. Me ha dicho que ya lo veía venir y que, por favor, avisáramos al padre cura don Pedro Gómez Bueno.

—Pues cumplan su orden al punto.

Nos mantuvimos fuera de sus aposentos, en los que se movía tan sólo el mayordomo y Barreda. No se por qué, pensé que asistíamos a los últimos momentos del general Gravina y así me lo mostraban los rostros de los demás oficiales. Volvimos a sufrir una tensa espera, hasta que apareció un sacerdote de escasa estatura

y entrado en carnes, quien sin pérdida de tiempo se dedicó a su cometido. Minutos después, cuando abandonó el dormitorio, supimos por su boca el contenido de la conversación, que recuerdo palabra por palabra.

—*Gracias por acudir con tanta solicitud, don Pedro. Quiero confesar mis pecados porque estimo llegada la hora definitiva.*

—*No debe perder la esperanza de vivir, señor, nunca sabemos cuando...*

—*Me encuentro muy tranquilo, padre. Poco me importa dejar este mundo, pero deseo morir como un buen cristiano.*

Una vez hubo confesado con el padre Gómez Bueno y besado el crucifijo que siempre lo acompañaba, ahora situado en una mesita cerca de la cama, el sacerdote se sorprendió por las siguientes palabras.

—*Padre. ¿Cuándo me trae el viático?*

—*Cuando así lo desee.*

—*Sin pérdida de tiempo. Tan sólo he de disponer del necesario para que mi mayor general de las instrucciones a la escuadra. Es mi deseo que asista todo el personal a mis órdenes.*

—*Entiendo que desea un viático solemne.*

—*Así es. Creo que es mi obligación como comandante general de la escuadra y haber sido herido en combate, tal y como previene el ceremonial marítimo.*

—*En ese caso, cuando usted diga.*

—*¿Podría ser mañana por la tarde, de cinco a seis?*

—*Desde luego.*

—*Perfecto. Le agradezco todos los detalles que ha tenido conmigo. Cuando salga, por favor, indique que pasen a verme Barreda y el general Escaño.*

Don Federico explicó a sus hombres los deseos establecidos para la ceremonia con todo detalle. Aunque Escaño se mantuvo en silencio, protestó el secretario. Y tenía razón sobrada el capitán de navío Barreda, porque el viático solemne era una ceremonia demasiado larga y agotadora para una persona que ya se encontraba extenuado. Por esta razón y sin preguntar a nadie, salió disparado en busca de don Pedro Gravina. El Nuncio Apostólico, que se mantenía en Cádiz junto al hermano, comprendió las razones expuestas por el secretario y acudió con urgencia a la plazuela de Santiago, para intentar convencerlo sin pérdida de tiempo.

—*Federico, no estás en condiciones de soportar una ceremonia como la*

que reclamas. No me hables de ordenanzas, porque no es necesario. Puedes recibir al Señor de forma más sencilla, sin necesidad de gastar unas fuerzas de las que no dispones.

—No te preocupes, Pedro, que me aguantarán las fuerzas para este último e importante invite. Además, no olvides que he de dar ejemplo a mis hombres hasta el último momento, y esa última lección es mostrarles cómo debe morir un buen cristiano.

Como ya vaticinaba don Antonio, nadie consiguió que el general cambiara de opinión. Y puedo asegurar por la salud de mi alma que no olvidaré aquella ceremonia, capaz de enervar la sangre al más osado. Bien es cierto que había visto morir a hombres cerca de mí, algunos con extremo y penoso sufrimiento, pero siempre he tomado la muerte como una vicisitud más del servicio a bordo, una posibilidad real del combate. Sin embargo, aquella situación de esperarla en casa, cual especial invitada, así como asistir a una ceremonia que tan poco habla de la vida, dejó mi alma prendida en tinieblas durante varias semanas.

A las cinco de la tarde del día catorce de diciembre de aquel nefasto año de 1805, en la plazuela de Santiago no cabía un alma más. Me dio la impresión de que no sólo el personal de la escuadra, sino todo el pueblo de Cádiz se concentraba para la triste ceremonia, bien en los balcones de las casas particulares o tras el cordón de seguridad formado por los soldados del Cuerpo de Batallones, en el previsto recorrido desde la casa de don Federico hasta la inmediata iglesia de Santiago. También encontré cierto paralelismo con los momentos en los que, durante la Semana Santa, se encuentra presto a salir en solemne procesión a las calles gaditanas el Cristo de la Piedad. Sin embargo, era de resaltar el profundo silencio que reinaba por mar y tierra, tan impropio cuando la muchedumbre se reúne en público con cualquier motivo.

Poco antes del comienzo de la ceremonia, habíamos cumplimentado al comandante general con otros mandos de la escuadra. Y para mi sorpresa, comprobamos que nuestro general sonreía y se abrían rastros de cierta felicidad en su rostro. Vestía para la ocasión el uniforme grande de capitán general de la Armada, donde destacaba la banda de la orden de Carlos III sobre el pecho. Su cuerpo reposaba sobre la cama endoselada de gran tamaño, un lecho que, para la ocasión y por indicación precisa del enfermo, lucía un servicio de cama napolitano de rico damasco rojo, bordado por damas cortesanas de Palermo, con los escudos de la familia Gravina en los faldones. No había dejado nada don Federico a la improvisación, sino que había cuidado hasta el último detalle.

Cuando esperábamos el comienzo de lo que, en mi interior y sin reflejarlo una mota en el rostro, consideraba como un acto de excesiva teatralidad para quien se encontraba a las puertas de la muerte, tuve la suerte de conseguir una situación privilegiada, junto al general Escaño, en uno de los balcones del primer piso de la vivienda. Fue el momento en el que comenzó a escucharse el repique de campanas,

comenzando con tañidos suaves, como enmudecidos por trémolo y celestial sordina, para ir ampliando su volumen, al tiempo que otras piezas de mayor tamaño, incluso las de parroquias cercanas, se unían a aquel sacrosanto concierto. Don Antonio me comentaba los detalles, incluso los fallos de uniformidad que observaba en algunos oficiales o funcionarios de la Corona. Porque el mayor general no sólo era persona enterada en temas de táctica naval, códigos, ordenanzas y otras materias propias del oficial en la mar, sino un verdadero experto en todo lo que al ceremonial marítimo se refiere.

Por fin, de la puerta de la iglesia parroquial de Santiago, abierta y acoderada con pestillón por goznes a fuerza, apareció marcando el paso lombardo de funerala un piquete de marinería de la escuadra, armados con pica y cintas de gaviero. Los diez marineros, pertenecientes a las diferentes dotaciones de los buques, vestían en gloria de luces, como jamás los había observado en mis ocho años de servicio. La especial tarea había sido llevada a cabo con esmerada precisión, según tuve conocimiento, por don Tomás Ayalde, que costeó de su propio bolsillo los gastos ocasionados. Cada marinero portaba de forma orgullosa chaqueta marsellesa en color azul con ancha vuelta en un rojo muy vivo, pantalón azul listado, chaleco pardo, gruesa faja roja, botines de teriol, rematando por último la cabeza con una chistera corta de color negro.

Conocía por mi parte con detalle la citada uniformidad porque, un mes atrás, me la había dictado el general Escaño con todo detalle para la necesaria obligatoriedad a bordo de todos los buques de la escuadra. No era más que una sana intención, ésa de cubrir la permanente laguna en la uniformidad de nuestros marineros que, como norma habitual, deambulaban a bordo medio desnudos o con trapos tomados al desgaire. Por desgracia y a causa de la pertinaz escasez en los fondos, nunca fue llevada a cabo con la necesaria rigidez, aunque sí alguna norma colateral como la prohibición de mostrar la melena sobre los hombros, así como el pelo recogido en coleta engrasada por cintas o redecilla.

Veinte pasos tras el piquete de la marinería, desfilaban a paso lento y parada de honor dos filas de oficiales, todos los de la escuadra francos de servicio, con uniforme grande, engalanado con bandas o veneras a disposición. Los cuatro últimos, recogidos más al centro de la comitiva, cambiaban el sable reglamentario de honor por fanales cortos en la mano, dando paso al palio. Era éste de grandes dimensiones y ricamente bordado, ejemplar traído para la ocasión desde el Real Hospital de Marina, obsequio recibido de la infanta doña Isabel, una de las seis hijas de don Carlos III. Bajo el rizo de puerta aparecía, majestuosamente engalanado con los hábitos arzobispales, el Nuncio Apostólico de Su Santidad en la Corte, don Pedro de Gravina y Nápoli, con un cirio en sus manos. Bajo el cuerpo del palio, el cura principal de la iglesia de Santiago, don José Ruiz y Román, amparaba en los pliegues de un rico paño de hombros el Santísimo Sacramento. Cerraba el rizo posterior don Pedro Gómez Bueno, sacerdote más antiguo de la parroquia y confesor personal de don

Federico. Tras él formaban en dos filas el resto de sacerdotes, todos ellos con cirios encendidos en sus manos. Una vez de puertas a fuera, todo el personal presente en plaza y balconadas doblaron las rodillas, aumentando si cabe el silencio sepulcral que reinaba en el mundo, o así me lo parecía a mí en aquellos momentos de extrema tensión emocional.

Llegada la comitiva a la puerta principal de la residencia, entraron los oficiales en el patio, mientras el grupo de sacerdotes cubría portal en santidad, dando paso al arzobispo de Nicea y familiares. El padre don José Ruiz, con voz emocionada y vibrante, exclamó cuando cruzaba el dintel la frase obligada:

—¡Paz a esta casa!

—¡Y a todos los que habitan en ella! —contestaron los sacerdotes y acompañantes.

Fue el momento en el que, siguiendo las instrucciones establecidas por Escaño y Ayalde, pasamos al dormitorio del general, alineándonos junto a las paredes los generales, jefes, comandantes y oficiales de la escuadra, así como el capitán general de Andalucía. Por su parte, don Pedro Gravina, seguido por el padre Ruiz, atravesó el patio, subiendo por las escaleras hasta la primera galería, cubierto el suelo por ramas de tomillo y mejorana, tal y como se realiza cuando procesiona el Santísimo en el día del Corpus. Llegados al dormitorio, don Pedro Gravina se arrodilló en un almohadón rojo preparado junto al lecho. De esta forma, los dos hermanos quedaban enfrentados al pequeño altar presidido por la bellísima talla del crucifijo familiar, rodeado de candelabros de plata y jarrones de cristal repletos de crisantemos.

Dio comienzo la alargada ceremonia de la que no perdí un solo detalle, aunque la emoción erizara mi piel y calentara la sangre en turbonadas por las venas. A pesar del día frío, llegó un momento en el que la atmósfera era demasiado densa, al punto de sentir dificultad para respirar y cierto calor en el rostro. Había perdido un poco el hilo de los acontecimientos, cuando escuché la voz grave de don José Ruiz, que llevaba a cabo una más de las interrogaciones preceptivas en la ceremonia:

—¿Perdonáis de corazón a todos los que os han hecho injuria o algún pesar?

Todos sabíamos lo que debía responder, pero el rostro de don Federico parecía abstraído y perdido en el más allá. La tensión pareció subir todavía un escalón más, al tiempo que escuchamos cómo su hermano, cual apuntador teatral, le susurraba en voz queda: Debes contestar, sí, perdono. Sin embargo, no arrancaba el enfermo hasta que, para sorpresa de los presentes, largó con voz más fuerte de la habitual una frase que creo escuchar todavía en el día de hoy:

—No he conocido jamás quien sea, ni quien pudiera ser mi enemigo.

Tras unos segundos de inesperada pausa, continuó la ceremonia, hasta llegar a su conclusión en la que don Federico recibía el viático del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Y aunque me encontraba casi petrificado, dirigí la mirada alrededor, encontrando rostros de emoción más o menos contenida, aunque el secretario Barreda, el mayordomo Mazanini, el ayuda de cámara José Palavicini y el criado de

toda la vida, Luis Gemonte, se abrían en lágrimas sin reparo. Por el contrario, don Antonio, cuyo apego religioso no alcanzaba el nivel de su general, se mantenía impertérrito, sin haber movido un solo músculo del cuerpo en los muchos minutos que ya me producían un inesperado y profundo cansancio.

Dimos por fin recibo a la ceremonia. Y aunque esperábamos que el general Gravina sintiera un profundo agotamiento, no fue así, lo que consideré porción milagrosa del viático recibido. Así se lo expuse a don Antonio, cuando regresábamos a su domicilio.

—Parece haber recobrado vida con el viático.

—Esas mejorías no suelen anunciar nada bueno. Pero es cierto que le ha bajado la inflamación del brazo y aparentaba un estado menos febril. En fin, todo es posible con nuestros cuerpos, cuyas interioridades y verdades nadie conoce. Ni todos los galenos en su conjunto, desde luego. Por cierto, *Gigante*.

—Diga, señor.

—Cuando me he despedido del general, le he comentado mi intención de mudarme a la Isla de León, capital del departamento marítimo, para no perder tanto tiempo en traslados y alentar en lo posible el alistamiento de los navíos. Como el teniente general Álava se instala en Cádiz, repuesto de sus heridas, quedará encargado de la correspondencia, como es de Ordenanza. Es mucha la faena en el arsenal y con la distancia se pierde mucha influencia. Prepáralo todo con Beto.

—Así lo haré, señor.

De esta forma, al día siguiente de la inolvidable ceremonia que quedó grabada a fuego en mi cerebro, incluso con pesadillas nocturnas en las que aparecía mi cuerpo en la cama endoselada, trasladamos cuerpos y almas a la cercana ciudad, especialmente pliegos, cartas, papeles e informes en cantidad suficiente para llenar un carromato de cuatro pies. Y en mi opinión no sólo pesaba en el ánimo de don Antonio la necesidad de encontrarnos cerca del arsenal, sino también lo que considerábamos como próxima muerte del comandante general y la necesidad de preparar acciones y atisbar un futuro entre compañeros. Por mi parte, tomé con Beto y nuestro servicio una pequeña casa en las afueras, cercana a los primeros pasos del arrecife, pero bastante confortable. Como es lógico suponer, corrían a mi cargo los gastos, porque el pobre Beto seguía sin oler una paga a pesar de las promesas recibidas. Pero así andaban para bien o para mal las casas de todos los oficiales de la Armada, ruina y miseria corrida por largo.

Aquella repentina mudanza trajo como única preocupación el posible contacto con Eugenia, que debía establecerse a través de la casa en la calle de la Amargura. Por esta razón alerté a uno de los antiguos criados de la casa, Bonifacio, para que estuviera atento a la posible visita de la joven y le entregara una nota escrita de mi mano. En ella le explicaba el necesario movimiento, pero con promesa abierta de asistir a la dominical misa de mediodía en la catedral gaditana, trasladándome para ello desde la Isla de León. De esta forma, esperaba no romper el contacto e intentar

mantener la situación bajo control, aunque no se tratara de cuestión sencilla. Porque me seguía recomendando los intestinos pensar que tía y sobrina se mantuvieran en aquel domicilio, más propio de viandantes o pobres de remisión. Pero ya se sabe que las cuitas de amor relanzan el espíritu por una banda, mientras cubren de preocupaciones y dolor la contraria.

5. Tiempo avante

Aunque no al ritmo que a todos nos habría gustado, los navíos de la escuadra del Océano, o aquellos que podían incluirse en ella, se iban rehabilitando de forma adecuada. Y no eran pocos los inconvenientes a la contra, como las faltas de existencias en algunos pertrechos de imposible adquisición, la necesidad de reajustar los mandos por los ascensos producidos y la permanente dificultad en reclutar dotaciones adecuadas, una asignatura esta última que, en verdad, dábamos por perdida de antemano. De todo ello informábamos con la debida exactitud y puntualidad al Secretario de Marina, don Francisco Gil y Lemus, así como al todopoderoso príncipe de la Paz, que gustaba y exigía hasta el conocimiento del número de pajes embarcados en cada unidad.

Fue de gran alegría recibir en la mayoría general la novedad de que los navíos Castilla y Terrible salían del arsenal para fondear en Puntales y La Clica, con lo que se podían desahogar en alguna medida los abarrotados caños, así como comenzar la necesaria distribución de sus equipajes^[12]. Se caminaba a paso de tortugón, es cierto, pero siempre que una nave avantea, puede batir las olas. Y días después elevaba nuestros ánimos divisar las siluetas a flote, aunque todavía les faltara el remate de sus aparejos y, por fin, quedar listos para desempeñar comisión de guerra. Bien es cierto que esta última condición, capaz de abanicar por alto nuestros oídos y prevista en la ordenanza, nos alcanzaba en aquellos momentos como cuentas de coral y de forma más bien simbólica.

Pero continuando con nuestras exigencias, otros tres navíos, Montañés, San Justo y San Fulgencio, se encontraban casi listos de remate, a falta tan sólo del cobre necesario para el forro de sus costados, un tema que no parecía posible solucionar de momento, por mucho que don Antonio cargara los diablos en boquera y por escrito. En cuanto a las carenas obligadas, se guardaba turno religioso entre buques españoles y franceses, con no pocas quejas de los nuestros. Como cálculo aproximado, estimábamos poder disponer de todos los navíos, aquellos once capaces de ser alistados, en los próximos tres meses, aunque todavía escasearan de forma inevitable pertrechos y gente de mar. De forma particular, las obras en el navío Príncipe de Asturias, nuestro buque insignia y principal preocupación del general Escaño, seguían a buen ritmo, quedando listos sus palos y jarcias mayores, a falta de arbolado, en aquellos días de diciembre. Y en esta razón había entrado a fondo nuestro general, decidiendo acortar la guinda^[13] de la nueva arboladura en 3 y 4 pies, tras algunas discusiones mantenidas con los ingenieros.

Pero no todas nuestras preocupaciones se centraban en el alistamiento de la escuadra o las unidades que podían pasar a depender de ella. Porque la bahía se mantenía bloqueada al copo por los britanos, con aumento peligroso de unidades en las últimas semanas, según nos informaban de forma puntual desde la torre vigía de

Tavira. No se impedía, de momento, el tráfico menor portuario, aunque debieran intervenir en algunas ocasiones nuestras cañoneras y otras unidades menores en su defensa. Ello nos movió a establecer un adecuado cálculo de la armadilla defensiva; lanchas, botes, cañoneras, tartanas y cualquier unidad menor capaz de montar como mínimo un cañón de a 24. Y tal medida no afectaba solamente al empeño defensivo en la bahía gaditana, sino también en Algeciras, Málaga y Cartagena, esta última por aviso de un posible ataque inglés, que resultó infundado. Y aunque me esforzaba con orgullo en este aspecto que consideraba de vital importancia, don Antonio nos aclaró por sinceros su opinión al respecto.

—No confiéis tanto en la utilización de esas armadillas, que debemos considerar en su justo término, como sistemas defensivos puntuales y de excepción. Pero no una norma estable de defensa.

—No le comprendo bien, señor —argüí a la contra y un tanto decepcionado—. Esas pequeñas unidades han prestado un excelente servicio en otras ocasiones y se trata, sin duda, de un arma de guerra puramente española, en la que hemos sentado cátedra.

—Desde luego, especialmente en ataques contra plazas fortificadas. También gracias a su correcta utilización, libramos la ciudad de Cádiz y nuestra escuadra de los intentos llevados a cabo por el almirante Nelson tras el combate de San Vicente, así como en repetidas ocasiones por los puertos franceses del canal meses después. Pero se trataba de una situación perentoria y con gran inferioridad de unidades de línea, en un momento determinado. No me entendáis mal. Debemos estar orgullosos de que fuera el teniente general don Antonio Barceló quien las utilizara por primera vez, cuando el gran Sitio de Gibraltar de 1779 a 1783. Pero nuestro glorioso marino mallorquín las creó para esa específica misión, atacar plazas sitiadas con apoyo de la fuerza naval, como también llevó a cabo en el verano de 1784 contra la plaza de Argel. Pero no es bueno basar nuestra actuación naval en esas armadillas de orden menor, que tanto gustan al príncipe de la Paz por su escaso costo, así como sus inferiores necesidades de personal y material. No olvidéis que la mejor forma de defender un litoral y su tráfico, por encima de cualquier otra consideración, es poseer una escuadra adecuada. Ahí es donde me gustaría sentar cátedra. Todo lo demás son milongas de pobres sin futuro.

—Debemos ser optimistas, señor. Todavía poseemos una poderosa Armada, capaz de atemorizar —alegó Beto, que apoyaba mi postura.

—No creo en los optimismos de patria chica, sino en la verdadera realidad. Lo que aseguras es pura teoría, por mucho que nos duela, muchacho. Bien es cierto que eso nos salva la cara y protege ante el Emperador de los franceses, aunque sea una opinión personal que no debe salir de esta sala —Escaño levantó el dedo índice de su mano derecha hacia nosotros, en claro gesto admonitorio—. Supongo que lo dices porque ayer mismo recibimos del Secretario del Despacho^[14], el listado de unidades en nuestra Armada al día de hoy —don Antonio tomó un pliego que mantenía sobre

la mesa, al tiempo que utilizaba un tono de triste ironía—. Gloriosa lectura es ésta, sí señor. La Real Armada de Su Majestad Católica cuenta en la actualidad con 42 navíos, 30 fragatas, 20 corbetas, 4 jabeques, 15 urcas, 50 bergantines, 4 paquebotes, 10 balandras, 38 goletas, 3 lugres^[15], 4 balahuses^[16], 2 místicos, 2 galeras y otras unidades menores. En total, 230 unidades a flote. Una poderosa Armada —el general dejó caer el pliego sobre la mesa—. Por Dios, señores, no caigan en la trampa de los pliegos escritos. ¡Este documento es falso de solemnidad! Pero, ya os digo que esta lista debe circular por otras cancillerías y puede salvarnos el pellejo.

Beto quedó perplejo ante aquella última frase, aunque yo sabía bien por donde navegaban los pensamientos del general.

—Bueno, señor, ya sabemos que no podríamos alistar al punto todas esas... —entró Beto de nuevo con mesura y voz baja.

—Muchachos, por favor, no os engañéis vosotros también. Un barco no es un casco a flote, ni mucho menos. No podemos llamar navío de línea a un vaso de madera sin arboladura, aparejos, velas, artillería ni su adecuada dotación. En esa lista aparecen números, pero nada más. ¿Cuántos navíos podríamos alistar en el día de hoy, aún disponiendo en los arsenales del material imprescindible? Vamos, contestad mi pregunta —el general apremiaba.

—Pues unos veintitantos —aventuró Beto.

—Suprime los tantos y aún te quedarás largo. Tened en cuenta que, en estos días, el noventa por ciento del gasto se desvía a este arsenal gaditano. Con suerte, a mediados del año que viene podremos contar con diez o doce navíos, a los que habría que sumar los cinco de la escuadra del general Salcedo en Cartagena, aunque me jugaría los rizos a que por allí deben andar bajo mínimos. Eso es todo, en cuanto al material. Bueno, y unas pocas fragatas, que no alcanzarán la decena. ¿Y los hombres de mar y guerra para dotarlos? La matrícula de mar no existe prácticamente, al igual que nuestra flota mercante. ¿Volvemos a las levas e incorporamos personal del Ejército? El combate que libramos en aguas del cabo Trafalgar tuvo lugar a las pocas horas de salir a la mar y con aguas en ritmo cortesano. ¿Os imagináis a esas dotaciones en una campaña alargada, con temporal y mar de leva? En el pasado combate, muchos navíos no contaban con más de cincuenta hombres de mar, ¡de verdad! ¡Esa es nuestra Real Armada en el día de hoy! Y quien diga lo contrario, miente como un bellaco.

Don Antonio se movió inquieto, mientras balanceaba la cabeza hacia ambos lados, antes de continuar.

—Muchos de nuestros compañeros protestan porque no se construye un solo navío desde la maldita guerra que mantuvimos contra la Convención francesa, causa principal de nuestra imparable decadencia, hace diez años. Pero aunque se trate de un factor importantísimo, no es definitivo. ¿Y los oficiales? Ya sé que no debería abordar en público ese espinoso tema, pero en estos momentos disponemos de 34 brigadieres, 86 capitanes de navío y 136 capitanes de fragata solamente. Se trata de un número

escaso, con tanto ascenso generalizado que en poco beneficia al servicio. Pero no olvidéis un factor todavía más importante. ¿Cuántos de ellos gozan de la necesaria experiencia de mando en la mar? Por favor, si la mayoría anda sin suficientes monedas para comprar unas medias decentes y, de esta forma, poder cumplimentar a un superior. Muchas listas, órdenes de alistamiento y planes embastados sobre las nubes. ¡Todo falso! ¡Malditas sean las barraganas de Argel y las putas toninas que las engendraron!

Aunque era bastante normal escuchar de vez en cuando algún juicio negativo por boca del general Escaño, aquella mañana parecía dispuesto a reventar venas de un momento a otro. Beto y yo callamos, mientras nuestro jefe tomaba asiento con rostro congestionado.

—Bien, muchachos, no debería llegar a estos extremos y menos todavía delante de vosotros. Bien sabe Dios que me gustaría opinar de otra forma, pero no hay nada peor en esta vida que cerrar los ojos a la realidad, una actitud muy al gusto de nuestra Corte.

Aquella conversación tendió un poco nuestro ánimo a la baja, pero don Antonio tenía toda la razón. Cuando leía algún escrito del príncipe de la Paz sobre alistamiento de unidades, comprendía el estado de ánimo de nuestro general. Porque en el papel se empleaban términos de gloria, como si fuéramos capaces de llevar a cabo misiones que quedaban a miles de millas de nuestras posibilidades. Y nuestros oficiales en tierra, las viudas y los huérfanos, a pesar de las promesas establecidas, muriendo de hambre y decrepitud, como la familia de mi querida Eugenia.

En el aspecto puramente personal, me encontré con Eugenia tres domingos más a la salida de la catedral. Precisamente en el último de ellos, cercanos a dar el carpetazo final al nefasto año de 1805, que podíamos borrar del calendario histórico sin merma alguna, me comunicó alarmantes noticias sobre el estado de salud de su tía, situación que repercutía en su vida de forma determinante. Y aunque la citada enfermedad era positiva desde un punto de vista egoísta para mi persona, porque propiciaba nuestros encuentros con cierta libertad, comprendía su angustia, lo que me llevó a estudiar las posibles soluciones.

—Ayer la visitó el médico de la Armada al que diste aviso, lo que mucho te agradezco. Pero tras llevar a cabo un minucioso examen, me comunicó una muy pesimista impresión. La tos continua bien agarrada al pecho, a veces de forma muy violenta, y sus problemas respiratorios son, en su opinión, definitivos. A pesar de los medicamentos prescritos, no cree que viva más allá de un par de semanas y, en su sincera opinión, tan sólo es preciso hacerle lo más dulce posible el tránsito definitivo. Los momentos en los que parece dormir, o así lo creía yo, son de verdadero peligro. Según el cirujano, se encuentra más allá, como un cuerpo sin vida. Y en uno de esos trances que sufre, no regresará. Te advierto que mucho la quiero, porque se ha portado conmigo como una verdadera madre, sin obligación en tal sentido. Sin embargo, para que siga sufriendo como hasta ahora, más vale que nuestro Señor la

ampare bajo su manto cuanto antes.

—Te comprendo.

—¡Dios mío, qué va a ser de mí! Uno a uno fui perdiendo a mis padres, tíos, primos y toda la familia. ¡Qué horroroso pecado habré cometido para merecer una suerte así!

Eugenia perdió el control, hasta caer en un llanto sin posible consuelo. Me sentía desgarrado por su dolor, que no hay escenario de tristeza comparable a los llantos de una mujer. Comprendí que la situación me obligaba a actuar sin pérdida de tiempo y me lancé a una solución que rondaba por mi cabeza en los últimos minutos.

—Debes ser fuerte, Eugenia, como lo has sido hasta el momento. Siempre aparece el sol tras el temporal. Cuando Dios tenga a bien llamar a tu tía a su lado, deberás partir hacia la Corte sin pérdida de tiempo.

—¿Hacia la Corte? ¿Estás loco? ¿Qué puedo hacer allí yo sola, sin nadie que me proteja? Aunque me concedan la orfandad de mis tíos, al haber sido amparada por un brigadier del Ejército como hija, no me llegará un real en meses.

—Por favor, Eugenia, olvidas un detalle muy importante. No está sola, ni mucho menos. Me tienes a mí. Quiero que seas mi mujer y...

—Te agradezco el ofrecimiento una vez más, y aunque no esté bien confesarlo, también a mí me encantaría ser tu esposa. Pero no podemos atajar el problema con esa solución. Los dos nos encontramos en periodos de luto, es escaso el tiempo durante el que nos hemos tratado y no sería conveniente...

—Ya lo sé. Quería decir que cuando tu tía fallezca, deberás salir para la Corte, donde vivirás sin problemas con mi madre.

—¿Tu madrastra y tía?

—En efecto, aunque nunca me gustó llamarla así porque como a madre la considero. Pero también en el palacio de Montefrío viven mi hermana y mis primos. María Antonia es una mujer admirable y bondadosa en extremo. Ella se encargará de ti como de una hija, puedes estar segura. Y así pasará el tiempo hasta que consideres llegado el momento de unirnos en matrimonio.

Eugenia me miró a los ojos con una expresión mezcla de amor y agradecimiento. Como andábamos camino de su casa y nadie aparecía en las cercanías, tomó mi mano con especial ternura.

—Deben haberte enviado mis padres desde el cielo en mi auxilio, Santiago. Pero no debo aceptar. ¿Cómo podría vivir en tu propia casa, precisamente en nuestra situación? Sería improcedente desde cualquier perspectiva. No es posible. Si mi pobre madre se encontrara todavía entre los vivos, no lo habría consentido. Puedo encontrar trabajo, que no me asusta. Puedo dar clases de piano y cuidar niños en alguna noble casa. Ya tuve una posibilidad en esa escala hace algunos meses...

—Eugenia —la tomé por los hombros con decisión—. Olvida esos pensamientos. Las situaciones graves exigen medidas extremas, pero necesarias. Nadie hablará mal de ti por vivir en el palacio de Montefrío porque, aunque la considere mi casa, no lo

es en realidad. María Antonia se encargará de todo, puedes estar segura. Okumé, que es como un hermano para mí, se encargará de acompañarte en alguna de las caravanas de seguridad que parten cada semana hacia la Corte, porque esas carreteras se encuentran infectadas de maleantes.

—Bueno, Santiago, no adelantemos acontecimientos. Abordemos cada problema en su momento. Te advierto que yo todavía confío en los milagros y espero que Dios conceda uno a mi tía. La pobre bien lo merece.

Así, con esa solución tomada al paso del viento, pareció quedar resuelto el problema que, por desgracia, se abriría a Eugenia en breves días. Al menos, quedé tranquilo por mi parte. Y me sentía feliz, porque ya mis pensamientos cabalgaban en avanzada. Calculé con euforia desmedida que, en unos pocos meses, Eugenia podría ser mi mujer. Siempre, desde luego, que no se alistaran fuerzas navales suficientes y consiguiera embarcar, un deseo que ya le había comunicado al general Escaño. Sin embargo y de momento, no quedaba más camino que esperar, confiar en una paz o un milagro.

Hablando de milagros, en aquellos últimos días del mes de diciembre, pareció producirse uno en la persona de don Federico Gravina. El día de nochebuena, acudimos a la residencia del general, para cumplimentarle nuestros deseos de buena voluntad y respeto en tan señalado día. Y ya antes de entrar en sus aposentos, encontramos al cirujano don Fermín Nadal con una amplia sonrisa en su rostro, en animada charla con Barreda, inequívoca señal de que las novedades andaban por buen derrotero.

—Espero halagüeñas nuevas por el ambiente que se respira —señaló don Antonio.

—En efecto, señor general —el cirujano adelantaba el mentón con cierto orgullo—. No puedo decir que esperara una reacción tan positiva. Debe haber sido celestial intervención o los efectos producidos por el viático en el enfermo.

—Aunque creo en la bondad del Altísimo, más confío en las propias fuerzas del cuerpo humano porque, como sabe, tampoco deposito sinceras esperanzas en los ungüentos y curas que administran los de su clase —Escaño entraba en tono de chanza, aunque yo sabía que entonaba su verdadera opinión.

—Pues alguna debió ser la razón. El general no ha vuelto a sufrir las hemorragias que tanto me preocupaban, cuestión de vital importancia. Pero, al mismo tiempo, la fiebre ha disminuido hasta llegar a desaparecer en muchas horas del día. Para colmar el vaso, la hinchazón se rebaja poco a poco, hasta quedar reducida en el día de ayer al tercio superior del antebrazo —don Fermín presentaba los hechos como si se tratara de una victoria personal.

—Y esta noche ha dormido bastantes horas, sin necesidad de administrarle láudano —terció Barreda, eufórico.

—¿Continua con esas delicadas extracciones? —preguntó Escaño al cirujano.

—En menor cantidad. Ayer tarde llevé a cabo una nueva cura, con extracción de

dos pequeñas esquirolas del cubito, sin hemorragia añadida. Pero esta mañana parece haber desaparecido la hinchazón por completo. Tan sólo ha surgido una pequeña supuración en la flexura, pero muy superficial. La verdad, señor, que cambio mi diagnóstico y soy optimista de nuevo, tanto así que, si no aparece alguna nube a la contra, espero que en las próximas horas pueda levantarse el enfermo. Si el proceso continua en la misma línea, le he autorizado a que pasado mañana, día en el que el Nuncio su hermano cumple años, pueda celebrarlo con él sentado a la mesa.

—Esta mañana —intervino Barreda—, ha escrito de su puño y letra al príncipe de la Paz, para felicitarlo por la Navidad y el día de San Manuel. Y si don Federico toma la pluma, es que todo regresa a la normalidad.

Mientras Escaño murmuraba frases ininteligibles para sus adentros, pasamos a sus aposentos, segunda ocasión en la que tenía el honor ser recibido por un capitán general de la Armada. Lo encontramos vestido de uniforme y sentado en un cómodo sillón, con el brazo izquierdo en cabestrillo y la casaca holgada para posibilitarlo, con una gruesa manta sobre las rodillas. En esta ocasión disfrutamos de una alargada charla y entramos en algunos detalles sobre el alistamiento de los buques, así como disposición de unidades. La verdad es que parecía haber recobrado fuerzas y el rostro mostraba otro color, aunque todavía se le apreciaban gestos de dolor imprevistos y repentinos. Por esa razón nos extrañó que tocara con extrema naturalidad el tema de su muerte. Se dirigió a Escaño con seriedad.

—Antonio, he redactado una memoria complementaria al testamento que firmé tras el viático. En él te lego el primero de mis bastones de mando, aquel del puño en oro —señaló un mueble donde destacaban las empuñaduras—. De esta forma quiero demostrar mi aprecio por ti, al tiempo que reconozco la lealtad con la que me has servido durante tanto tiempo, en alguna ocasión incluso por encima de tus propias convicciones.

—No es momento, señor, de pensar en testamentos, sino en la brisa marítima que azota la bahía y futuras operaciones a bordo, que ya le veo con otra cara. Todo ello sin olvidar los problemas de la Armada y el camino de resolverlos.

Aunque don Antonio era de mayor edad, Gravina le dirigió una mirada paternal, al tiempo que ofrecía una bondadosa sonrisa.

—Todo se encuentra en manos de Dios, como bien sabes. Pero deseo que todos los detalles se encuentren bien cerrados y sin puntas abiertas.

Cuando abandonamos la residencia y nos dirigíamos en el carruaje hacia la Isla, comenté mi optimismo con don Antonio.

—Es difícil creer que don Federico se haya recuperado de esa forma y en tan escaso periodo de tiempo. Parece otra persona, si lo comparamos con el rostro cadavérico que mostraba en la ocasión anterior.

—No te engañes, Santiago —la voz del general destilaba tristeza y resignación—. Como dicen los hombres del campo, don Federico lleva marcada la muerte en el rostro. El cirujano dirá lo que quiera, y lo considero un buen profesional, pero he

visto muchos hombres en la misma situación. Ojalá me equivoque, pero no creo que supere esta herida, aunque todavía disfrute de algún periodo de falsa mejoría.

La verdad es que estimé como excesivamente negativo el comentario de don Antonio, que achaqué a su falta de confianza en los profesionales de la Medicina y la Cirugía. Y pronto lo olvidé porque en el despacho nos esperaba Beto con una noticia poco agradable.

—Hemos sufrido una pérdida, señor.

—Malas noticias no, por favor —Escaño se dejó caer en su sillón, moviendo el brazo como si deseara apartar un molesto insecto.

—El convoy que salió desde Huelva con cincuenta embarcaciones para esta plaza, ha sido atacado la pasada noche por tres fragatas británicas.

—Ya lo han hecho en ocasiones anteriores, sin éxito. El mes pasado perdimos una cañonera, pero arribó el convoy sin novedad.

—El convoy no ha sufrido pérdidas y ha llegado el trigo que tanto se necesitaba, porque tan sólo dos tartanas del comercio, las más rezagadas, debieron regresar al puerto de salida en prevención. Pero de las fuerzas de protección hemos perdido dos lanchas y un místico. Por fortuna, solamente pueden contarse cuatro heridos entre nuestros hombres, uno de ellos con cierta gravedad.

—En ese caso no es tan desagradable la nueva. Los ingleses aumentan el número de fragatas entre sus fuerzas de bloqueo y quieren ahogar por llano hasta el pequeño transporte. Aumentaremos las unidades de escolta y, tal y como se les ordenó, que barajen la costa al palmo, donde no pueden ser alcanzados por las fragatas.

Creí que se trataba del momento oportuno para entrar en un tema al que daba vueltas por mi cabeza en los últimos días.

—Como hay falta de oficiales, señor, me gustaría proponerme como voluntario para mandar alguno de esos místicos o balandras, que protegen a los convoyes que traen grano para la Armada.

—Y yo también, señor, con todo el respeto —se apresuró a añadir Beto.

—¿Pero qué ayudantes tengo yo? —don Antonio protestaba sin convicción—. Las guerras no se ganan solamente en la mar. Ya tendréis tiempo de que vuestros huesos se humedezcan y se tiñan de verde. No os preocupéis, que acabaré por conseguiros alguna buena comisión en la mar tarde o temprano.

—Por cierto, señor, había olvidado decirle que, en su ausencia, ha tenido una visita, en este caso femenina —Beto mostraba una sonrisa burlona—. Me ofrecí para resolver su problema, pero la dama quería hablar personalmente con usted.

—¿Visita femenina? —no parecía don Antonio muy propenso a las bromas en aquella mañana—. Seguro que se trata de alguna viuda que acude a llorar por su pensión. Como de costumbre, sólo podemos darle falsas esperanzas.

—En efecto, aduce que no recibe la pensión que le fue concedida por Su Majestad desde hace cuatro meses. Pero lo extraño del caso es que vestía traje femenino, pero con los colores del uniforme de Marina como distintivo militar. Creo que debe andar

con la mollera largada entre las nubes.

—Quién tiene la cabeza metida en las nubes eres tú, y bien dentro. Debéis leer más sobre los anales de nuestra historia naval —Escalaño hablaba con tono de clara reconvencción—. Sin duda, se trata de doña Ana María Soto. ¿Se ha marchado esa señora?

—En efecto, ése era su nombre —Beto parecía asombrado—. No sabía que fuera conocida suya. Ha dicho que regresará otra mañana.

—¿Cómo podéis ser tan ignorantes? Esa señora fue en su momento el soldado Antonio María de Soto, cordobesa y con más arrestos en las venas que muchos de nuestros bragados soldados.

—¿Una señora soldado? —Beto debía pensar que quien había perdido la cabeza era su general.

—Eso he dicho y corroboro. Firmó asiento como soldado en junio de 1793, declarando ser Antonio María de Soto, natural de la villa de Aguilar, en la provincia de Córdoba, de dieciséis años de edad. Su primer destino fue de embarque, a bordo de la fragata *Mercedes*. Tomó parte en el ataque de Bañuls y la defensa de Rosas, durante la Guerra a la Convención francesa. Posteriormente, participó en el combate del cabo de San Vicente, así como a bordo de las lanchas cañoneras que defendieron la bahía de Cádiz contra los ataques de Nelson, donde demostró un valor extraordinario, siendo propuesta por sus jefes para las oportunas distinciones. Por último, y a bordo de la fragata *Matilde*, sufrió heridas en el pecho, razón por la que fue descubierta por el cirujano como hembra. Fue el momento en el que solicitó licencia absoluta por ser mujer, declarando su verdadero nombre como Ana María Antonia.

—Parece increíble —afirmé convencido—. Una mujer con un...

—Si ibas a decir con un par de huevos, has acertado de lleno. Al menos en el sentido de su valor. Por su heroicidad, demostrada en repetidas ocasiones, así como acrisolada conducta y singulares costumbres con las que se comportó durante el tiempo de servicio, Su Majestad le concedió dos reales de vellón diarios por vía de pensión. Y como especial concesión de nuestro Señor don Carlos, la posibilidad de usar los colores del uniforme de Marina como distintivo militar en los trajes propios de su sexo. En total, sirvió como soldado voluntario cinco años y cuatro meses, y habría seguido de no ser descubierta como mujer. Con posterioridad se le concedió el grado y sueldo de sargento primero de Batallones. Pero podéis estar seguros de que es toda una señora, a quien tuve el honor de saludar en un par de ocasiones.

—Pues todavía se encuentra en..., quiero decir que todavía aparenta un... —Beto no sabía como salir del aprieto.

—Si quieres decir que a sus veintiocho años todavía es una mujer atractiva, aciertas de nuevo. ¿Por qué das tantas vueltas para llegar a esa definición? Y no me miréis de esa forma, que toda mi relación con ella ha sido saludarla cortésmente en un par de ocasiones y nada más. Siempre andáis pensando...

Don Antonio parecía haber recobrado el buen humor. La verdad es que la noticia me dejó asombrado. Y tuve también yo el honor de saludar a la señora soldado pocos días después, cuando repitió la visita a nuestro general. Tal y como suponíamos, no le llegaba el sueldo ni la pensión, con padres enfermos y mil necesidades. Pero así navegaba el grano en nuestra Institución, con una miseria que movía los corazones al tiento, mientras un sentimiento de vergüenza propia nos invadía sin remedio.

6. Desenlaces

Tras las semanas de aparente calma que había disfrutado bajo las órdenes de don Antonio de Escaño, mucho trabajo de papel y escritorio pero, en verdad, escasos lances de nervios y con oleaje moral a la baja, la vida a nuestro alrededor comenzó a acelerarse conforme entramos en el nuevo año del Señor de 1806. Aunque se trate de norma habitual en la existencia del ser humano esos cambios más o menos esperados, son de especial dimensión en la Armada y sus hombres, conformando agitaciones que mueven la sangre en altura, bien sea en la mar o en tierra.

Por fin y no sin repetidos oficios, el príncipe de la Paz tuvo a bien aceptar el plan embastado en la mayoría general para el despliegue de las fuerzas sutiles bajo nuestra jurisdicción, así como de otras cercanas que nos afectaban en cuanto a su necesaria coordinación. De esta forma, se reducían las de los apostaderos de Algeciras y Málaga, aceptando la propuesta del jefe de escuadra don Bruno de Hezeta de que el primero quedara compuesto por 8 cañoneras, dos místicos y tres botes bajo el mando del capitán de navío Lino Trujillo, mientras para el segundo se asignaban 5 cañoneras, 2 místicos, tres faluchos y un bote comandados por el capitán de fragata Mourelle de la Rúa.

En cuanto a la bahía gaditana, que era la mayor preocupación y directamente bajo nuestras órdenes, la defensa quedaba compuesta por 20 cañoneros y 10 faluchos, divididos en 5 trozos, uno de ellos emplazado en Rota, dos más en La Caleta, con los dos restantes de reserva en el muelle de Cádiz. También había sido aprobado que las dotaciones estuviesen compuestas por personal de la escuadra y bajo el mando de la misma. Don Antonio daba a este aspecto una gran importancia, tanto para prevenir un posible ataque inglés, circunstancia estimada como poco probable en aquellos momentos, así como el auxilio al tráfico menor, tan necesario día a día. El bloqueo que podríamos denominar como de fuerzas mayores, había disminuido de forma notable alrededor de la bahía aunque, en verdad, también la escuadra combinada se encontraba bajo mínimos. Por el contrario, aumentaban las unidades de mediano porte enemigas, un intento de asfixiar nuestro comercio menor y evitar la llegada de caudales de las Indias, que se necesitaban de forma perentoria en las arcas de la nación.

Precisamente para cuadrar las dotaciones de las fuerzas sutiles, Escaño aceptó gustoso la petición del general Gravina, en el sentido de dar oportunidad a su sobrino, el teniente de fragata Pedro Nortarbartolo, de la dotación del navío *Príncipe de Asturias*, por quien sentía especial cariño. Decidimos destinarlo al mando de la cañonera n.º 3, en la segunda división asignada al apostadero del muelle de Cádiz, bajo el mando del capitán de fragata don Pedro Valencia. Y debo aclarar por avante, que el joven palermitano de tan digna familia, era valeroso y con celo permanente en el servicio, aunque algo apocado de formas y falto de ese arranque interno tan

necesario en las empresas de mar. Precisamente, una de las últimas cláusulas añadidas por el general en su alargado testamento, establecía que a dicho sobrino se le entregara el reloj de longitud que solía utilizar a bordo en sus navegaciones.

Entrados en el nuevo año, la salud de don Federico volvía a resquebrajarse en aquel ir y venir desventurado, como si el destino deseara conceder a don Antonio de Escaño especiales dotes de premonición. Y conste que el restablecimiento había sido tan pronunciado, que su inseparable secretario, el capitán de navío Barreda, había pensado en la posibilidad de entonar un solemne Te Deum en agradecimiento. Sin embargo, debió ser en el mes de febrero, cuando nuestro general nos comentó en su despacho un dato que recuerdo como si lo escuchara en estos momentos.

—Camina a peor la salud de don Federico Gravina, aunque se trate de una desgracia presumible. Vuelven a ser muy pesimistas en la casa, comenzando por el cirujano. Al menos y según parece, le ha hecho muy feliz recibir en el día de ayer una nota personal de Sus Majestades. En ella nuestro Señor le dice textualmente: *Gravina mío, La Reina y yo siempre pensamos en ti. En la ocasión fuiste un héroe, y ahora todos necesitamos de ti como un amigo. Lo es tuyo como siempre. Carlos y Luisa*. No deja de ser gracioso. ¡La Reina firmando el billete con declaración de sincero cariño! —la voz de don Antonio sonó con retinte de burla e ironía—. Qué vueltas y cínicas profesiones nos ofrece la vida.

—¿Por qué no lo iba a firmar? —preguntó Beto inocentemente, aunque ya sabía yo por donde disparaba el mayor general.

—No ha destacado nunca nuestra Señora por su amor hacia don Federico, especialmente en los últimos años. Mas bien al contrario, destila un odio irracional hacia su persona, cuya razón nunca llegué a comprender. Es posible que concentrara en nuestro general la inquina y desprecio que sufre por nuestra Institución. Ya sé, muchachos, que suena dura esa frase, pero así es sin duda posible. Alguien debería explicar algún día el porqué de esta negativa postura, o quien la ha aconsejado para llegar a tal extremo.

—Nada sabía de esa... —Beto mostraba rostro de sorpresa.

—Ni debes comentarlo jamás fuera de estas paredes —atajó Escaño con dureza—. Bien es cierto que, para bien o para mal, se trata de comidilla en trasiego diario por cualquier despacho de la Secretaría.

—Las acciones de nuestros corsarios parecen doler a la Gran Bretaña, señor —cambié el tercio para salir de arenas—. Especialmente los basados en Algeciras han mordido con fuerza en pequeñas unidades, que acuden a abastecer la plaza gibraltareña con independencia.

—Siempre fueron muy rentables las acciones del corso a lo largo del siglo pasado, incluso durante las guerras en las que mostramos una clara inferioridad naval. Por desgracia, nunca comprendieron en la Corte sus beneficios, así como la necesidad de ser generosos con los armadores en los porcentajes de reparto y agilidad con los expedientes de presa. Pero en estos días son muy cambiantes las órdenes, con lo que

se perjudica ese esfuerzo que puede ser, de momento, el único papel a jugar para ofender a los enemigos. Como nos mantenemos sometidos al diario capricho del Emperador de la Francia, seguimos sus dictados al pie de la letra, no siempre en norma de guerra.

—¿Lo dice por los buques austríacos, señor? —preguntó Beto.

—Entre otros. Hace semanas se ordenó el apresamiento de todas las unidades bajo ese pabellón, y creo que se tomaron quince que fueron llevadas al puerto de Algeciras. Ahora se ordena lo contrario y su inmediata liberación, sin compensar a los armadores en justicia. Pero no debemos cumplir los deseos de nuestros aliados, aunque vengan de ese Bonaparte en persona, que vayan contra las normas internacionales signadas en ley de honor. No es posible apresar unidades de una nación con la que no estamos en guerra declarada, o pareceremos marinos britanos sin escrúpulos.

Escaño pareció pensar unos momentos, como si recordara un detalle importante.

—Por cierto, como sabéis la semana próxima abandona el navío *Príncipe de Asturias* el caño de La Carraca y pasa a la bahía. Aunque todavía le falte algún retoque en aparejos y armamento, creo que es el momento oportuno para mudarnos a él y preparar los relevos.

—¿Los relevos? ¿A qué relevos se refiere, señor? —pregunté, interesado.

—Aunque se trate de un triste pensamiento, debemos actuar con la necesaria frialdad. No creo que don Federico Gravina aguante con vida muchas semanas más. La muerte se le echa sobre los hombros en oleadas, queramos o no. Cuando tal desdicha acontezca, el teniente general Álava se hará cargo del mando de la escuadra del Océano, por ser el general subalterno más antiguo. Y será el momento de que por fin entregue la mayoría general, que no es mi empleo acorde para tal destino y me mantengo en él por respeto a quien se abre en su último viaje. Creo que será nombrado para tal puesto el brigadier don Francisco Riquelme. Por esa razón, mudaremos nuestros cuerpos y bagajes al navío insignia y, de esta forma, podremos preparar el relevo de forma adecuada y como marcan las ordenanzas.

Nos tomó por sorpresa a Beto y a mí aquella noticia, aunque ya deberíamos haberla supuesto. El general Escaño comprendió nuestra intranquilidad, saliendo al paso con rapidez.

—No debe preocuparos tal medida, de momento. Si me asignan el destino que supongo, podréis continuar los dos como mis ayudantes, hasta que os encuentre un embarque adecuado.

—¿Dónde supone que le asignarán, señor? —pregunté en voz baja y con ciertas dudas.

—Eso lo sabrás a su debido tiempo, muchacho. Te pica demasiado la curiosidad.

De esta forma, quedamos con la inquietud prendida, aunque Beto pareció prever el futuro con bastante seguridad. Una vez a solas, lo discutimos.

—Seguro que le conceden la capitanía general de este departamento. No pueden

dejar a un teniente general con su prestigio en un segundo término, aunque algunos lo quisieran.

—Así fue siempre la carrera de don Antonio, siendo postergado una y otra vez sin merecerlo, con asombro entre sus compañeros. Si no llega a ser por las intervenciones directas de don José de Mazarredo y don Federico Gravina, andaría todavía como capitán de navío o brigadier.

—Eso cambió tras el combate del día 21.

—Aquí nada cambia, Beto, por muchos combates que se abran a muerte. Pero si aciertas y nuestro jefe pasa destinado a la capitanía general de este departamento, en poco se alterará nuestra vida, aunque ya no pisaremos cubierta.

—Poca cubierta hay hoy en la Armada para pisar con ciertas posibilidades. Para estar fondeado en permanencia y mano sobre mano, prefiero los pliegos de la correspondencia.

A pesar de la seguridad que exponía Beto en cuanto al futuro destino del general Escaño, no las tenía todas conmigo y comencé a sopesar las diferentes posibilidades que se abrían. Porque también se podía pensar en la capitanía general del departamento cartagenero, bajo el mando del recién ascendido a capitán general de la Armada don Francisco de Borja, quien ya navegaba con ochenta años a sus espaldas. Mucho se comentaban sus deseos de rendir servicios, por causa de los repetidos achaques. Pero dejé las elucubraciones que llevaba a cabo por puro egoísmo y a causa de la situación amorosa que atravesaba, pensando que le debía lealtad máxima a don Antonio y a sus órdenes seguiría hasta que lo estimara necesario.

La enfermedad de la tía de Eugenia continuaba su curso negativo y definitivo, aunque la agonía se alargaba en el tiempo mucho más de lo que mi amigo, el cirujano primero de la Armada Pascual Valverde, había pronosticado. Y como inesperado auxilio a la situación que se podía crear a mi alrededor, recibí un recado de mi madre con nuevas positivas de interés, aunque aparejara de costado una nube negra de considerable tamaño. En primer lugar me comunicaba la muerte de Setum, ese africano de inquebrantable lealtad hacia mi padre, a quien se había dedicado en cuerpo y alma durante gran parte de su vida, desde que escaparan del cautiverio en el poblado de Tarfí. Aunque sabía de su penosa situación, reacio a seguir viviendo sin la presencia de quien suponía su razón de ser, era un duro golpe por haber sido considerado con toda razón como un miembro más de la familia. Y gracias a él disfrutaba del mismo fervor en la persona de Okumé, una operación embastada con miras al futuro y sabio raciocinio.

Aunque era Setum de religión mahometana, María Antonia aceptó los deseos expresados como última voluntad por ese personaje al que tanto debíamos, de ser enterrado cerca de su señor. De esta forma, en ceremonia de tapadillo y con absoluta discreción, se dio bendita sepultura a Setum en la ermita de la hacienda de Santa Rosalía, con la obligación de mantener en lacre y a puerta cerrada tal detalle. María

Antonia repetía aquella frase de mi padre, cuando aseguraba que Dios y Alá eran una misma cosa, y que sólo los hombres con sus egoísmos personales los habían diferenciado.

Al mismo tiempo, María Antonia me comunicaba que, casi restablecido al ciento de su enfermedad el primo Francisco, ahora los galenos veían con buenos ojos una temporada cerca del ambiente ventoso y marítimo. Por dicha razón habían decidido pasar durante una temporada a la casa palacio gaditana. Mucho me alegró tal medida, tanto por poder abrazar a la familia, como por lo que significaba de facilidad para mi relación con Eugenia, aunque debiera acomodar las puntadas. En el fondo de mi ser no dudaba que la joven caería bien a mis primos y hermana, así como a la que todos considerábamos madre muy querida.

La verdad es que en aquellos últimos días del mes de febrero, la única duda que albergaba mi pecho era si la muerte de la tía se produciría antes o después que la del general Gravina, porque los dos caminaban de la mano en aquella siniestra carrera. Pero antes de que se produjera ninguna de las esperadas desgracias, cuando embocábamos la última semana de febrero, arribaron los miembros de mi familia a la calle gaditana de la Amargura. Fue una ocasión de mutua alegría, como siempre supone reunir a los seres queridos. De todas formas, me preocupó la visión de mi primo Francisco, demacrado, magro de carnes y débil por más, una situación que poco alentaba en futuros. Mucha debió ser la alarma en su momento porque, según palabras de María Antonia, ahora se encontraba en situación de rosas comparándolo con su estado semanas atrás. Al menos, como era un muchacho de vivísima inteligencia, había comprendido la imposibilidad de atender al servicio de las armas con su debilidad general y repetidos achaques del pecho, aceptando que no navegaría por mares lejanos como soñaba. Intenté alentarle en el sentido de que alguno de los hombres en la familia debía quedar en tierra y cuidar de la casa y los asuntos económicos, hasta ahora sobre los hombros de administradores y la vigilancia de nuestra madre, lo que pareció aceptar de buen grado.

Por mi parte, estaba deseando que tanto María Antonia como el resto de la familia conocieran a Eugenia. Se resistía ésta sin embargo, presa de una vergüenza y timidez insuperables, lo que era motivo de discusión entre nosotros.

—Ha de ser más pronto que tarde, Eugenia. Ten en cuenta que cuando tu tía muera, deberás pasar a vivir en la calle de la Amargura con ellos.

—¿Cómo puedo vivir con quien no conozco? Además, es tu domicilio particular. Hasta los duendes se espantarían de tal acción.

—Poco me importan los duendes y sus familias particulares. Debes recordar que tu caso es distinto. Supongo que no pensarás continuar en la vivienda de esa lejana parienta, de carácter insoportable y que tanto te ha hecho sufrir.

—Al menos nos ofreció su ayuda.

—Eugenia, por favor. Te instalarás con mi familia hasta que nos casemos. No discutamos más sobre este asunto que doy por zanjado. A no ser, claro, que hayas

cambiado de opinión y no me consideres digno de...

Entré en varas por falsete y con rostro compungido, para forzar la vuelta. Eugenia tomó mi mano para responder con rapidez.

—¡Cómo puedes pensar algo así! Sabes muy bien que estoy deseando ser tu mujer. Pero deberemos esperar algunos meses. Precisamente por la seguridad de mis sentimientos es por lo que no debo aceptar tu ofrecimiento.

—No tienes otra salida. Además y para tu tranquilidad, estaré arranchado a bordo del navío *Príncipe de Asturias*. Tan sólo nos veremos los domingos, siempre que no suframos faena con el general. Ya verás cómo acabas queriendo a María Antonia y a mi hermana en pocos días.

—Eso ya lo sé.

Creo que por fin conseguí convencerla, aunque era una mujer dura y tozuda en aquel aspecto particular, lógico después de todo. El domingo siguiente, a la salida de la misa de doce en la catedral, se produjo el encuentro tan esperado por mi parte. De un solo golpe conoció a mi madre, hermana, primos y Beto. Creo que la pobre lo pasó mal en aquel primer contacto y no sólo por su habitual timidez. Mientras Eugenia movía sus manos con evidente nerviosismo, comprendí que también mostraba claros signos de vergüenza por sus pobres vestidos. Paseamos durante un rato alargado en el que me sentí muy feliz, al comprobar la intuición e inteligencia de mi madre, quien había comprendido perfectamente el problema y la sinceridad de nuestros sentimientos desde el primer momento. Hábil como pocas mujeres, comenzó sus especiales maniobras para allanar el camino. Aunque Eugenia rechazó, cohibida, la invitación para el almuerzo, comprendí que el telón había bajado de una vez, y era sólo cuestión de tiempo profundizar en aquellas relaciones.

Pero no fue la presentación de Eugenia a mi familia la única sorpresa agradable del día. Mientras paseábamos por los alrededores de la Catedral, Beto se situó junto a mi hermana Rosalía. Y aunque me crean suspicaz en exceso, puedo asegurar que creí observar ciertas miradas entre ambos que mucho decían o, al menos, eso me pareció entrever. También aquel detalle me hizo muy feliz, como es fácil suponer. Hasta el momento, Rosalía había rechazado cualquier intento por parte de María Antonia en buscarle adecuado partido. En broma solía contestar con aquella repetida frase de mi tío Santiago, cuando aseguraba que ninguna mujer de la familia casaría con un figurín de Corte. Y como estimaba a Beto como un hombre cabal en todos los sentidos, aunque no aportara fortuna propia, podía ser la solución magnífica y esperada. La verdad es que aquella noche dormí muy relajado y con una sonrisa en la boca.

En los primeros días de marzo embarcamos en el navío *Príncipe de Asturias*, alistando la mayoría general como se debía. Y puedo jurar por todos mis antepasados que sentí una muy triste impresión al comprobar donde había vivido mi padre sus últimos momentos, el lugar del alcázar donde había caído herido y donde, por fin, había entregado su alma. Lo mismo debió pensar el general Escaño, que se mantuvo

en silencio mientras recorríamos el buque para comprobar su estado casi definitivo. Pero también es cierto que el simple hecho de encontrarnos a bordo reanimó nuestros espíritus, aunque supiéramos que, de momento, no podíamos pensar en navegaciones de altura.

Fue en aquellos mismos días cuando don Federico Gravina sufrió un empeoramiento notable, temiendo por su vida en cualquier momento. Nadie dudaba ya de que se trataba del principio del fin y a ello nos preparamos. Como volviera el enfermo a pedir los sacramentos, su hermano el Nuncio concedió el pertinente permiso para decir Misa en un pequeño altar, levantado en su dormitorio frente al lecho. Asistieron los más íntimos, algunos con lágrimas en los ojos. Por mi parte acompañé a don Antonio, pero permanecí en la sala de recibo. El criado particular de toda la vida, Luis Gemonte, desconsolado hasta la galleta, me ofreció la última información.

—Se muere mi señor.

—No debemos perder la esperanza —dije como única salida.

—No hay esperanza posible. Creo que por el amor que le profesamos, nos dejamos engañar durante semanas en una falsa esperanza. Don Federico le ha pedido al padre don Pedro Gómez Bueno que se quede con él esta noche. Presiento que no llegaremos a mañana.

Y poco erró el fiel servidor, porque tras un largo día de sufrimiento y delirio, al amanecer del día 9 de marzo, todos comprendían cercano el momento definitivo. Escaño y yo llegamos a las siete de la mañana, tras haber dormido unas pocas horas. Reunidos con él sus más cercanos, Barreda, Escaño, Álava, Porlier y algunos más, a todos pidió perdón por si en alguna ocasión los había ofendido. Hasta el general Escaño, que solía ser una persona fría y con dominio absoluto de sus sentimientos, me contó los últimos instantes de su comandante general con los ojos a punto de picar lágrimas. A las once de la mañana cayó en un pesado letargo, el cierto anuncio de la próxima muerte. Mientras el padre Gómez continuaba con el rezo de una larga letanía, Escaño, mayor general de la escuadra, comprobaba el pulso del moribundo como fedatario oficial. Y fue a las doce y cuarto de aquel soleado 9 de marzo de 1806, cuando don Antonio depositó suavemente el brazo de don Federico sobre la cama, mientras hacía el movimiento de cabeza que todos esperaban. Don Federico de Gravina y Nápoli, capitán general de la Armada y comandante general de la escuadra del Océano, había muerto.

Debo reconocer que mucho me entristeció el fallecimiento de don Federico Gravina, aunque no lo hubiera tratado con la suficiente profundidad. No podía olvidar que mucho había laborado en beneficio de la carrera de mi padre en la Real Armada, cobijándolo bajo sus alas y ofreciéndole el necesario impulso en momentos importantes. Del mismo modo, le agradecía el cariño mostrado a mi persona en las ocasiones que fui recibido por él, así como las palabras emotivas y entrañables pronunciadas en honor de mi padre y mi tío Santiago. Sin embargo, también deben

comprender las dificultades para aclarar mis reflexiones sobre su conducta, tras haber leído los cuadernillos de mi padre con detenimiento. Aunque en mi fuero interno criticara alguna de sus actuaciones personales, como fue aceptar la salida de la escuadra bajo su mando al absurdo suicidio en Trafalgar, todo se perdona al ser querido cuando traspasa el umbral definitivo.

Con la muerte del general cayó sobre los hombros de Beto y míos un trabajo extra, porque don Federico había dejado escrito al punto concreto los detalles para los momentos posteriores a su fallecimiento y don Antonio de Escaño, como mayor general, se creyó en la obligación de que se cumplimentara al pie de la letra. De esta forma y aunque fuese tarea hartó desagradable, comprobamos cómo el criado personal, su mayordomo y el ayuda de cámara establecían la capilla ardiente en el salón de honor de su domicilio. El cadáver fue depositado sobre el suelo sobre un paño negro, enmarcado por cuatro grandes cirios preparados en la parroquia castrense, en los que se encontraban grabados la insignia de capitán general. Se le vistió con el uniforme grande, donde destacaba sobre el pecho la venera de la orden de Santiago y la banda de la Cruz de Carlos III, teñida ésta de sangre en su parte central desde el 21 de octubre, cuando la metralla abrió su carne en aguas cercanas al cabo Trafalgar. En las esquinas, cuatro soldados del Cuerpo de Batallones rendían guardia con fusil a la banda, mientras ya doblaban en la lejanía las campanas de las Casas Consistoriales como especial honor.

Cuarenta y ocho horas se mantuvo la capilla ardiente, por la que desfiló un sinnúmero de oficiales de la Real Armada, así como muchos gaditanos, tanto ilustres como del pueblo llano. El día 11 por la mañana se trasladó el cadáver del general a la iglesia del Carmen para el debido funeral, carrera que fue cubierta por fuerzas del Ejército y la Armada en rondo de honores. Por fin, los porteadores, generales de Marina, depositaron el féretro, de terciopelo negro galoneado en oro, sobre un túmulo de cuatro cuerpos alzado en el crucero. Pero lo más extraño para mí, inexperto por más en tales menesteres, fue lo que sucedió a continuación.

Una vez finalizado el funeral *corpore insepulto*, se bajó el ataúd a la capilla baja del Panteón, que allí llaman del Carmelo. Fue el momento en el que se traspasó el cadáver a otro ataúd de plomo y, aunque había sido embalsamado por los mejores expertos de la ciudad, Barreda y Porlier decidieron llenar la caja con espíritu de vino. De esta forma, estimaban que se conservaría en mejores condiciones su cuerpo, un detalle cuya rentabilidad no alcanzaba a comprender. También me llamó la atención que en una caja aparte, de tamaño reducido, se guardaran las entrañas del general. Una vez preparado, por fin acudimos al enterramiento en un pequeño camposanto, situado junto a la iglesia de San José de Extramuros.

La verdad es que aquel día acabamos agotados, como si hubiéramos sufrido un combate con sangre corrida en cubierta durante alargadas horas. Cuando regresábamos en nuestro carruaje, don Antonio mostraba rostro sombrío y pensamientos perdidos en el más allá. También él sentía la tristeza, como era lógico

pensar, tras muchos años trabajando mano a mano al lado de quien ya se había marchado para siempre. Intenté enhebrar conversación y alejarlo de tristes recuerdos.

—Ha sido una hermosa ceremonia, dentro de su propia tristeza, como nunca había observado.

—Don Federico Gravina gustaba mucho de las grandes ceremonias, ceñidas con el mayor esplendor y boato. Y para no cambiar un ápice su norma de vida, así preparó su muerte. Cada uno es dueño de sus actos y deseos pero, la verdad, no son necesarios tantos desvelos para llevar a cabo la singladura final, sin miedo a temporales o restingas peligrosas —pareció arrepentirse de sus últimas palabras—. Bueno, esa es mi opinión al menos.

Nos mantuvimos en silencio, sin saber qué decir. Ahora fue nuestro general quien intentó cambiar el tema.

—Bueno, no todo son malas noticias. He sabido a través del Secretario del Despacho, que dos de nuestros corsarios han apresado un total de ocho fragatas inglesas en aguas cercanas al Río de la Plata, siendo conducidas al puerto de Montevideo.

—¿Ocho fragatas? —pregunté con cierto alborozo, que no eran muchas las nuevas de ese tipo en las últimas semanas—. Mucha falta nos hacen.

—Desde luego. Quedarán para la defensa del Río de la Plata, uno de los objetivos britanos, así como las costas de Chile y el Perú, tan faltas de elementos navales. A ver si alguna rinde pronto viaje en la península con caudales, siempre que sean capaces de romper los bloqueos impuestos a martillo.

—Falta hacen esos pesos, bien lo sé yo. Las pagas y recompensas prometidas no llegan ni en olores —alegó Beto, que sufría directamente el problema por encontrarse atrasado de pagas en seis meses.

—Así nos movimos siempre desde que ingresé en la Real Armada. Incluso cuando se hacían elevados dispendios en construcción naval y pertrechos, os hablo del reinado de don Carlos III, fue la Hacienda reacia a entregar lo que debía al personal. Recuerdo que durante el Gran Sitio de Gibraltar, el pobre Cosme Damián Churruca no podía salir a la calle por no disponer de medias aceptables a su persona. Y así se mantuvo hasta que recibió auxilio familiar. Una verdadera vergüenza.

Volvió a reinar el silencio espeso, como si no fuéramos capaces de mantener una conversación elevada sobre mínimos. Volvió a entonar don Antonio, con la misma gravedad.

—Debo escribir al príncipe de la Paz sin pérdida de tiempo, comunicando los últimos acontecimientos. Nunca gusté de narrar muertes, tarea de la que siempre intenté escapar. Sin embargo, también es cierto que han sido muchas las que debí redactar a lo largo de mi vida.

—Lo comprendo, señor.

Aunque los funerales se repitieron en diferentes parroquias, comenzando por la de Santiago a la que don Federico dispensaba especial fervor, nos dedicamos de lleno a

nuestro trabajo inmediato. Y por poco que nos gustara, no era otro que preparar el previsto relevo. Aunque todavía no se hubiese remitido nota oficial en el sentido esperado, de acuerdo a la sucesión del mando, tomaba el de la escuadra del Océano y apostadero de fuerzas sutiles de Cádiz, de forma interina, el teniente general don Ignacio María de Álava, quien en el pasado combate del día 21 había izado su insignia a bordo del navío *Santa Ana*, donde fue herido. Y le fue concedido el destino en propiedad por Su Majestad poco después, por Real Orden de 8 de mayo.

Aunque don Antonio deseaba llevar a cabo la entrega de la mayoría cuanto antes, una indisposición en su relevo lo impidió hasta el día primero de mayo. Tal y como preveíamos, para el destino de mayor general fue nombrado el brigadier don Francisco Riquelme, hombre de pocas palabras pero tenaz como pocos en el trabajo, aunque no dispusiera de los conocimientos profesionales del general Escaño. En aquellos momentos, la escuadra estaba formada por los navíos *Príncipe de Asturias*, insignia, *Castilla*, *Terrible*, *San Justo*, *San Leandro*, *San Fulgencio* y *Montañés*, así como la fragata *Flora*, todos ellos fondeados en la bahía. Por su parte, continuaban el alistamiento en el arsenal de La Carraca los navíos *Santa Ana* y *Vencedor*, esperándose su incorporación en pocas semanas. También las goletas *Verdad* y *Firmeza*, botadas dos meses atrás en el arsenal, quedaban incorporadas a la escuadra, una vez fueran armadas. Por último, en los estados de fuerza correspondientes a la entrega, se computaban como fuerzas sutiles del apostadero 28 unidades entre cañoneras, obuseras y diferentes botes armados.

La verdad es que tanto Beto como yo andábamos en ascuas por lo incierto de nuestro futuro. Por fin, el día anterior a nuestro desembarco, don Antonio se sinceró con una sonrisa en la boca.

—Bien, creo que ya habéis sufrido bastante. En pocos días llegará la Real Orden por la que Su Majestad me concede la capitanía general del Departamento Marítimo de Cádiz. Así que si deseáis continuar bajo mis alas, os ofrezco manteneros como ayudantes. Además, no debéis preocuparos por el alojamiento, porque la capitanía dispone de pabellón.

Aceptamos, agradecidos, que no era cosa de quedar a sueldo de cuartel por aquellos días, especialmente Beto que malvivía entre velas de suspiro. Además, una voz interior repetía en mis tripas que debía seguir pegado a las faldas del general Escaño, que ése era mi futuro abierto en posibles, por lo que no lo dudé un solo segundo. Deben tener en cuenta que tanto tiempo aleccionado por Setum y Okumé, con sus extrañas creencias tribales, daba por cierto cualquier presentimiento.

De esta forma abandonamos el navío *Príncipe de Asturias*, donde mi padre perdiera la vida, el día 9 de mayo. Y no sé por qué razón, al atravesar la plancha en despedida y pisar tierra, no volví la vista atrás como era norma habitual en mi comportamiento. Aunque se trataba del mejor tres puentes^[17] de la empobrecida Armada, nada quería saber de aquellas cubiertas regadas con sangre de mi familia.

7. Un agradable descanso

El nuevo trabajo a las órdenes del teniente general Escaño en la capitanía general del departamento marítimo se abrió en luces parecidas al anterior, en cuanto a dedicación y esfuerzo personal se refiere. Cambiamos una responsabilidad naval pura, como era llevar adelante la mayoría general de la escuadra del Océano, por otra de corte orgánico y jurisdiccional, aunque también con miras a la mar porque, como bien decía don Antonio, no sólo en las cubiertas de los buques se ganan las guerras ni se engrandecen las armadas.

Del departamento dependían los trabajos del arsenal de La Carraca, con la permanente problemática del personal de maestranza, pertrechos, armamentos y remates, sin olvidar las discusiones abiertas con los ingenieros, tanto para las obras en curso en unidades navales, como aquellas otras necesarias en tierra. Pero también los diferentes apostaderos, desde el cabo de Gata hasta la frontera portuguesa, quedaban bajo la bota y presentaban problemas a diario. Y por encima de cualquier otra preocupación se alzaba la falta de recursos dinerarios, un problema que soportábamos sobre los hombros con abierta desesperación, porque no se avistaba una solución definitiva en muchas millas por la proa. Se nos exigían soluciones desde los cuatro puntos cardinales cada mañana. Y en algunos casos de forma apremiante, como la recién llegada de proporcionar vestimenta de ordenanza para las tropas de Batallones y Brigadas de Artillería, sin un duro fuerte a disposición para afrontarla. En resumen, mucha orden perentoria en papel, aunque los reales de vellón escasearan como perdices en tormenta.

También nos afectaban los cambios de jurisdicción de unidades, a las que éramos sometidos desde la Secretaría o la mano directa del príncipe de la Paz, ese botarate que entraba al detalle de la vela cuadra sin mínimos conocimientos para tales cuestiones. Y de vez en cuando, don Antonio llegaba al límite con las venas en rojo, acabando por saltar en alto como si le hubiese picado una avispa en el trasero.

—Más de uno debería ingresar en casa de endemoniados, con beneficio inmediato de nuestra Institución. Todavía disponemos de una respetable Armada, aunque alguno no parezca comprenderlo. Pero no será necesario ningún combate más para desbaratarla al ciento, que ya se encargan los polluelos en la Corte de tal cometido. Si no se mantienen los buques como es debido, acabaremos por deshacerlos uno a uno. Como último ejemplo, tenemos el caso del navío *Glorioso*. Una vez arribado a Málaga tras su azarosa y alargada navegación por fuera de las órdenes recibidas, se debería investigar la conducta de su comandante de forma inmediata, su relevo y que el buque pasara de inmediato a Cartagena para incorporarse a la escuadra del general Salcedo. Pero se alude imposibilidad de tal comisión, no comprendo por qué, y queda en situación de desarme en dicho puerto, pasando la dotación a esta plaza. Divina palabra la de desarme, que parece solucionar toda contingencia en las unidades

navales.

—También perdemos los dos de Vigo —alenté para mantener la discusión.

—Otro caso más de desidia. Los navíos *España* y *América* quedaron en esa hermosa ría tras la campaña de las Antillas, cuando arribamos con demasiados enfermos bajo cubierta, por su precario estado y condiciones. Y como se estima peligroso su pase a Ferrol para recibir la necesaria carena, se ha ordenado su internamiento en la ensenada de la Portela, donde deben de quedar en estado de desarmo y a disposición del comandante de la fragata *Sabina*. Y como en la escuadra de Cartagena faltan 1200 hombres, la solución tomada es desarmar los navíos *Paula* y *San Joaquín*, para completar con sus dotaciones las de las demás unidades. Vamos dejando rastros por todos los puertos. ¡Estamos en situación de guerra, por Dios! Todos sabemos que es peligroso pasar de un puerto a otro con superioridad enemiga, pero no por eso hemos de desarmar nuestros navíos, ni olvidar nuestras obligaciones. El riesgo se encuentra amadrinado a nuestra profesión, condición asumida desde que vestimos este glorioso uniforme.

Don Antonio se encontraba lanzado a la brega y sin posible freno. Mientras paseaba a grandes zancadas por su despacho, continuó la arenga que parecía dirigir a sus propias entrañas.

—Lo mismo sucede con los caudales de Indias, imprescindibles para la marcha de la nación. Por supuesto que se trata de empresa arriesgada, pero para eso nos parieron a los oficiales de la Armada. ¿Acaso descubrimos medio mundo con navegaciones galanas? Tu padre —me señaló con el dedo— navegó por las altas latitudes en las Californias, entre hielos y olas en ampollas donde perdió una mano, regresando a puerto como tantos otros con escorbuto pero con la satisfacción de haber cumplido con su deber. A mediados del siglo pasado, con una superioridad británica manifiesta en la mar, alcanzó la península don Antonio de Gaztañeta con escuadra atiborrada de caudales americanos. Nos sobran arrestos para esas empresas. Lo que no parece de recibo es esa nueva teoría de don Manuel Godoy, de no asumir riesgo alguno, desarmando poco a poco gran parte de nuestras unidades mayores. Eso sí, están pendientes día a día de las fuerzas sutiles por toda nuestra costa; cañoneras, bombarderas, faluchos y botes armados para defendernos y proteger el comercio ribereño. Eso está bien, desde luego, y como tantas veces hemos repetido, sentamos cátedra en su empleo. Pero no debemos cegarnos porque ése no es el fin. No podemos acabar por ser una Armada de fuerzas sutiles. La Marina de una nación con nuestra proyección ultramarina necesita escuadras poderosas de navíos y fragatas. ¡Escuadras!

—Sin dinero en los arsenales, señor —entró Beto con voz templada—, acabarán rindiéndose a pique gran cantidad de unidades por falta de carena. Y no son pocos los que ya se encuentran en dicha situación.

—¡Por todas las rabizonas de Estambul y los marrajos que las engendraron! ¡Desidia! ¡Pura desidia! Que me den un par de bergantines o fragatas ligeras, y yo

mismo me comprometo a traer caudales de Indias para remediar nuestra penuria. Aunque también es cierto que, muy posiblemente, la plata quedaría en la Corte para otras necesidades. De forma directa, sólo nos conceden los pagos correspondientes al caudal de represalias de los diferentes apostaderos, que no alcanzan ni para los vientos. Debería desaparecer de una vez el despotismo y la tiranía a la que nos abocan quienes no merecen ser bien servidos.

Quedamos sorprendidos por la salida del general. Aunque ya lo conocía lo suficiente y sabía por donde circulaban sus pensamientos, que ésa es una de las razones del ayudante, rozaba el límite por aquellos días. Así lo comprendió con rapidez, para pasar a mover las manos como si deseara borrar un problema del encerado.

—Bueno, muchachos, no hagáis caso de mis palabras, que ando con la moral un poco decaída. Pero vosotros sois culpables —esbozó una sonrisa—. No tirarme de la lengua, que hoy me salta en la boca como una serpiente.

Esa era la situación real de nuestra Armada por aquellos días, bajo mínimos de caudales, armamentos, pertrechos y, especialmente, con la moral bien metida en la sentina. Todo se ajustaba al mínimo, incluso la escuadra del Océano, con siete navíos disminuidos de personal hasta el límite y ningún general subalterno, siguiendo órdenes directas de la Corte. Y por esas troneras nos movíamos sin que pudiéramos hincar el diente al gusto. Era muchísima la labor a desempeñar en los arsenales, pero de todo faltaba, incluso personal de la maestranza que era licenciado por falta de pagas, una irreparable pérdida de grandes profesionales.

En cuanto a nuestra vida particular, arranché con cierta comodidad en el mismo edificio de capitanía en unión de Beto, con Okumé al tanto de las necesidades de todo tipo, que cumplía a entera satisfacción. Y los domingos pasábamos con el carruaje a la ciudad de Cádiz para visitar a la familia, sin olvidar los amores respectivos, y hablo en plural porque ya no me cabían muchas dudas sobre las intenciones de Beto hacia mi hermana. Así le entré a medias de chanzas y veras, el primer domingo del mes de abril, cuando alistábamos cuerpos para el necesario traslado.

—Ya veo que has conseguido chupa y medias nuevas, con la paga atrasada que te alcanzó esta misma semana. ¿Vistes tan elegante por alguna razón especial?

Beto, que las veía venir por largo, esbozó media sonrisa. Aunque su confianza conmigo era absoluta, el tema de su amor por mi hermana todavía le cohibía lo suficiente como para entrar en sinceros.

—No me des la tabarra, *Gigante*, que bien te conozco y eres un sacamantecas del demonio.

—Era una sencilla pregunta solamente, querido amigo y compañero.

—Si he de almorzar en la casa de tu madre, debo vestir con la suficiente corrección en su honor. ¿No te parece? Otra cosa bien distinta era cuando andábamos los dos en solitario por ese digno palacete, sin etiqueta ni exigencias de rigor.

—No será solamente por mi madre, que otras dos jóvenes se encuentran presentes

y merecen tu respeto. Por cierto, creo que mi prima Cristina será una mujer de gran belleza. ¿No crees?

—Sé por donde navegas, culebrón. Tu prima es una niña preciosa de doce años que mucho promete, sin duda. Y tu hermana es una mujer por la que suspiraría cualquier hombre con un par de onzas en la sesera.

—¿Mi hermana? —continuaba en tono de chanza, al observar los nervios de mi compañero—. No había caído en ese detalle. Tienes toda la razón. Es una mujer como pocas y con muchos pretendientes en la Corte.

—Ya veo que hoy estás dispuesto a batir la cubierta con descalcador. Sé perfectamente que no soy un partido adecuado para ella, porque ando con las alas gachas noche y día, así como denodados esfuerzos para mantener un vestuario mínimo y adecuado —bajó el tono de su voz hasta un imperceptible murmullo—. Pero algún día, cuando muera mi abuelo, espero que mi madre...

—No digas estupideces, Beto. A mi hermana le importa un pimiento tu posición económica. Además, si no me equivoco, cosa poco probable porque la conozco muy bien, tienes bastantes posibilidades.

—¿Bastantes posibilidades? ¿A qué te refieres? ¿Te ha comentado algo? —preguntaba con rapidez.

—No hablo más, que siempre suelto la lengua en demasía. Lo que ha de ser, será. Pero no llores sobre posición económica, herencias y esas mandangas, que poco importan a mi hermana y a mi madre —decidí volver a hurgar en sangre con broma—. Ya sé que no estás a la altura de otros jóvenes cortesanos, pero se podría...

—¡Calla la boca o te la partiré al bies! No quiero hablar más del tema.

—Calma, tiburón aragonés. No te preocupes, y ahora hablo en serio. Llevas mucho terreno ganado. Por cierto, dile a mi hermana que te llame Beto de una vez. Me saca los nervios a flor de piel escuchar Adalberto en cada momento.

—No tengo la confianza suficiente.

Estas bromas se fueron extendiendo con el paso del tiempo, conforme esa relación parecía afianzarse. María Antonia, que había captado las señales con claridad, me preguntó sobre mi compañero con la necesaria discreción. Le expliqué su vida y milagros. Pero el aspecto principal fue convencerla de que se trataba de un hombre honrado, valiente, sincero y, por encima de cualquier otra consideración, enamorado de Rosalía hasta los huesos. También ella quedó contenta con mis explicaciones.

Por fin llegó lo que esperábamos desde muchas semanas atrás. Entrábamos en la última semana del mes de mayo, cuando me llegó recado a través de un criado de la casa, en el sentido de que la tía de Eugenia había pasado a mejor vida, y nunca más cierta tal aseveración. Me concedió licencia don Antonio para el necesario traslado a Cádiz, que realizamos a uñas. Como la noticia no me tomaba de nuevas, había tenido tiempo de prepararlo todo, pensando en los gastos que tales desgracias conllevan, con el incuestionable apoyo de mi madre. Y a pesar de las protestas de Eugenia, que

mostraba las escasas monedas a su disposición, conseguí que aceptara mi ofrecimiento. De esta forma, llegué a la destartalada casa de donde quería rescatarla. Y como era de esperar, la encontré envuelta en lágrimas de dolor con el velatorio de la tía.

Como tantas otras veces a lo largo de mi existencia, hube de agradecer por alto la solicitud e inteligencia de María Antonia, esa persona extraordinaria que tanto significó en la vida de todos los miembros de la familia. A veces pensaba en la suerte corrida por mi padre, al haberse encontrado unido a dos mujeres de tal categoría personal, faltas de egoísmo como pocas y con entera dedicación a los suyos. Acepté de buen grado la compañía de mi madre, y allí acudí con ella, espantado de que comprobara dónde moraba mi pobre prometida. Pero era mujer de una pieza, capaz de hacer sencillo el mayor de los problemas. Tomó a su cargo la situación, comenzando por hacer callar a la insoportable parienta con escasas y autoritarias palabras, para pasar a rematar las acciones que era necesario abordar.

Dos días después, celebramos el funeral y entierro con la necesaria dignidad en la parroquia de Las Angustias. Ya María Antonia había tomado suficiente influencia sobre Eugenia, al punto de convencerla para que aceptara un traje de tafetán negro y encaje en el preceptivo luto. Y aunque el hábito no haga al monje, debo reconocer que la encontré hermosísima en la triste ceremonia. La pobre sufrió mucho la pérdida de quien, en verdad, había actuado como su verdadera madre, aunque rematara la vida en la más pura indigencia.

También llegó el temido momento porque, en verdad, no las tenía todas conmigo. Eugenia seguía ofreciendo resistencia a trasladarse a nuestra casa, llegando a ofrecer la posibilidad de trabajar como profesora de francés con los hijos de un noble gaditano que conocía su situación. Fue el momento en el que María Antonia y mi hermana atacaron el toro por los cuernos, hasta conseguir convencerla tras una alargada conversación. Por fortuna, Eugenia y Rosalía habían hecho una buena amistad, condición que en mucho facilitaba la maniobra. Quedó convencida de que entraba en la casa de la calle de la Amargura como invitada por su amiga Rosalía. También yo le expuse que Beto bebía los vientos por mi hermana y pasaba algunas fiestas en casa como invitado, estableciendo la situación como similar y sin problemas añadidos.

De esta forma, dimos carpetazo al problema que me había hecho navegar por olas negras durante demasiados días. Por fin, todo parecía abrirse en colores de gloria, si exceptuamos la situación que atravesaba nuestra Armada y España en general. Y no sólo se trataba de sufrir una Real Hacienda con las arcas en tinieblas, sino la indecorosa condición de un gobierno y Casa Real donde todo se movía al puro egoísmo personal, incapaces de mirar por el bien de la nación que, aunque muchos no lo comprendieran, todavía conformaba un imperio ultramarino extraordinario.

La vida se nos hizo más placentera tanto a Beto como a mí, con los amores en

camino de rosas y a buen recaudo. Me alegraba día a día comprobar que mi hermana se mostraba feliz, contestando en positivo a los escauceos amorosos de mi compañero, aunque todavía no hubiera encarado el asunto con ella por derecho, lo que estaba dispuesto a realizar en el primer momento favorable. Sin embargo, continuábamos con los vaivenes en nuestro destino, ayudando a don Antonio de Escaño en un trabajo que, muchas veces, era de imposible realización. Y así entramos en el verano gaditano, abierto a calores y vientos caprichosos de alivio. Creo que fue por el mes de Julio cuando el teniente general Álava se entrevistó con don Antonio para entonarle las amarguras de su escuadra; falta de pertrechos, personal y pólvora de calidad. En realidad, a pesar de tratarse de la unidad que podríamos denominar como la élite de nuestra Marina, de los siete navíos que formaban la escuadra del Océano, tan sólo el *Montañés*, *San Justo* y *San Fulgencio* se encontraban al completo de su armamento, llorando los demás por faltas, entre ellos el mismísimo insignia.

De aquellos días, recuerdo con bastante exactitud la visita que giró a capitanía el capitán de fragata don José de Vargas y Ponce. Era este oficial un personaje famoso en nuestra Institución por sus estudios históricos, siendo catalogado por muchos como el más privilegiado en esa loable tarea, en compañía de Martín de Navarrete. En aquella época estaba a punto de cumplir su primer trienio como director de la Real Academia de la Historia, organismo en el que había ingresado a los 26 años de edad. Aunque dedicado a labores públicas con el gobierno en etapas anteriores, ahora se centraba por completo en su cometido histórico. Sin embargo, desde el primer momento me pareció entender que admiraba en mucho a don Antonio de Escaño, desde que formara parte de la dotación del navío *San Fulgencio*, mandado por nuestro general durante la guerra a la Convención francesa, con operaciones en Tolón, Genova y Cerdeña de grave riesgo. Y era este navío, según palabras del general, el mando en el que más había disfrutado a lo largo de su carrera, aunque hubiese sido herido de cierta gravedad.

Mucho agradó a don Antonio la visita, porque también él apreciaba en mucho a su antiguo subordinado y lo tenía en alta estima. Además, y esto es opinión de mi propia cosecha, ambos entraban en acuerdo al discutir el posible rumbo de España, esas ideas que pregonaba el político Jovellanos con quien Vargas había trabajado muy a la mano. Como me encontraba en plena tarea en el despacho del general y se me autorizó a permanecer en él durante la audiencia, norma habitual en don Antonio Escaño, pude escuchar su conversación, recordando viejos tiempos y experiencias. Sin embargo, cuando hablaron con cierta profundidad sobre el combate habido en aguas cercanas al cabo Trafalgar y las diferentes actuaciones allí decantadas, escuché una frase del historiador que se quedó grabada a fuego en mi cabeza, unas palabras que enlazaban de lleno con las sugerencias escritas por mi padre en sus cuadernillos.

—Aunque sé de su especial aprecio por quien fue comandante general de la escuadra en el combate, así como la lealtad que siempre ha guiado sus actos, señor, algún día *la Historia debería pedir las explicaciones debidas al afable y cortésano*

general don Federico Gravina.

Quedó don Antonio serio y pensativo ante aquellas palabras que encerraban yugo candente, mientras intentaba por mi parte dirigir la mirada hacia levante. Sin embargo, nada reprochó el general por alto, sino que le contestó con medida parsimonia.

—Es usted duro en el análisis, Vargas.

—Con la confianza que me concede, puedo asegurarle que se trata de opinión desapasionada. Y como le conozco bien, creo que no anda muy separada de la suya, aunque nunca lo aceptaría en público ni bajo tortura de la Inquisición —sonrió con franqueza—. Nadie como usted ha conocido al general don Federico Gravina, de eso no hay duda. Y en pro de la verdad histórica, debería llevar a cabo un análisis de su carrera hasta el día de su muerte.

—No es misión mía recabar datos para la Historia, aunque mucho guste de su lectura. Bastantes preocupaciones tengo ahora. Ésa es su obligación como historiador, y estoy seguro de que se documentará lo suficiente.

—Lo estoy haciendo. Pero ya supongo que usted nunca me contestaría a las preguntas que desearía realizarle.

—Puede estar seguro —Escaño esbozó una sonrisa—. Y no crea que no comprendo la necesidad de transmitir la verdad histórica, o su máxima aproximación, a las siguientes generaciones, una labor en la que habéis trabajado de forma magnífica algunos oficiales. Pero lo que se habla con el jefe directo en la cámara, allí debe quedar sellado en lacre de honor.

Fue una interesante conversación, sin duda, de la que recogí trozos para un análisis posterior. Y no fue mi único encuentro con don José de Vargas, con quien años después coincidí en situación difícil, aunque ya llegaré a esa estadía en su momento.

En plenos calores veraniegos, fue citado don Antonio de Escaño a la Corte para llevar a cabo la audiencia preceptiva con Su Majestad, norma habitual tras el ascenso a teniente general. Y no crean que gustó la distinción a nuestro general, tan alejado de esos amores por la vida palaciega y cortesana que cegaban a otros compañeros. Alegaba que era mucho el trabajo por cubrir, cuestión cierta, pero yo sabía por donde corrían en verdad sus pensamientos. De esta forma, aprestamos bagajes para el traslado, pensando que tanto Beto como yo lo acompañaríamos en la inmediata comisión. Sin embargo, la sorpresa me llegó cuando decidió concederme licencia por aquellos días, alegando que con un ayudante era suficiente para la maniobra. También esgrimí como especial razón que llevábamos muchos meses de dedicación absoluta al trabajo sin un ligero descanso, y que necesitábamos orear las mentes algunos días. Prometió a Beto la misma medida a su regreso. Y no puedo decir que no gustara de la propuesta porque, en verdad, echaba de menos unos días de entera libertad.

Fueron dos semanas de disfrute permanente, con la compañía de la familia y, de forma especial, la de Eugenia. Mi amor por ella crecía más y más, al punto de desear

acelerar la fecha de nuestra boda. Ella, más cuerda y apoyada por María Antonia, ralentizaba mis deseos aunque ya embastábamos la posibilidad de llevar a cabo el enlace en el último trimestre del año. Mi madre fue la encargada de apagar los fuegos.

—Tiene razón Eugenia —me decía una mañana en la que conversábamos a solas —, una joven que me parece muy cuerda y sensata. Estoy de acuerdo cuando considera escaso el tiempo transcurrido desde la muerte de la que consideraba su madre. Ya sé que no dudas de tus sentimientos y ella tampoco, pero nunca las prisas llegan al concierto por bienes. Octubre o noviembre será una buena época.

—No es fácil la espera.

—A la edad que disfrutas, querido hijo, toda espera es difícil de aceptar —me tomó la mano con ternura—. En ese aspecto te pareces más a tu tío Santiago, que todo lo quería al disparo de pistola. Por cierto, estimo que la relación de Rosalía con tu compañero Adalberto marcha también por buen camino.

—Así es. Hablé con ella ayer en serio y sin tapujos. Parece que no le cabe duda alguna sobre su amor por Beto. La verdad es que me alegro mucho. Ya sé que mi buen amigo es pobre, aunque algún día le alcance parte de la fortuna de su abuelo aragonés, que se aferra a esta vida con ferros de razón y sin soltar un cobre.

—También yo me alegro de esa relación. Aunque la mayor parte de los padres buscan buenos partidos económicos o de nobleza añadida para sus hijos, nunca defendí esa opinión. Tampoco tu padre, como bien sabes. Es preferible un hombre bueno y que la quiera de verdad, como es el caso, sin olvidar que se trata de un oficial de la Real Armada, aunque no camine vuestra Institución por senda de rosas en estos días. Debo aclarar también que tu amigo Beto tiene mucha suerte. Se lleva una mujer extraordinaria y con una dote nada despreciable. Reconozco que me cae bien este aragonés vivaracho, aunque lleve sangre italiana en las venas.

—Creo que, en este caso particular, prima la parte aragonesa, madre.

—Mejor que mejor.

Las dos semanas de ocio y placer sin medida llegaron a su fin con rapidez, como suele acaecer con los periodos de nuestra vida abiertos en dulce.

Debíamos estar a mediados del mes de agosto, cuando me llegó razón del regreso de Beto a Cádiz. Como es lógico pensar, lo atacé con rapidez en busca de información.

—Nada de particular. Ya conoces a don Antonio, que pasa por los corrillos de Corte sin entrar a rebato. Según sus propias palabras, disfrutó de una muy cordial acogida por parte de Su Majestad don Carlos, así como una más alargada con el príncipe de la Paz, también de máxima cortesía, aunque estoy seguro de que le contó algunas verdades. De esas que poco gustan a las altas magistraturas. Y dos días después, muchas horas de parla con el Secretario del Despacho. Creí entender por sus comentarios, que ha mejorado en mucho su opinión sobre el capitán general don Francisco Gil y Lemus, comprendiendo la dificultad de su misión. La verdad es que

don Manuel Godoy le niega una mínima independencia de juicio y todo papel ha de pasar por su mesa, cuestión que en mucho dificulta su trabajo. En fin, si descontamos los terribles viajes de ida y retorno, con calores y fríos extremos, escaso vino en el pesebrón y demasiados saltos por roderas, ha sido una comisión más que aceptable.

—Me alegro mucho. Mañana regresaré a su lado.

—Debes hacerlo sin falta. Me ha concedido dos semanas de ocio y libertad absoluta, por lo que debes ocupar tu puesto. Además, me comunicó que desea hablar contigo a la mayor brevedad.

—Será porque entras en ese periodo de descanso que tanto esperabas. Y bien que lo mereces. Mi hermana estará contenta —le guiñé el ojo en señal de complicidad.

—No debe tratarse tan sólo de mi periodo vacacional. Algo se cuece en su mollera, y me parece que entras por derecho en sus planes.

—¿En sus planes? ¿De qué planes hablas?

—Nada sé en concreto. Pero suelo oler el puchero a suficiente distancia, y ya conozco a nuestro general lo suficiente para estimar cuándo anda su cerebro en ebullición. Apuesto mi escasa faltriquera, a que nos encontramos en uno de esos momentos.

Quedé con la mosca tras la oreja ante aquellos comentarios. Tenía bien presente que Beto era una persona inteligente por más y las cazaba al vuelo. Como era norma habitual en mí, comencé a desenrollar la madeja por mi cerebro en adelante, vueltas y revueltas sin más conclusiones que una interminable noche con los ojos abiertos de par en par. Y no andaba desencaminado mi compañero, porque al día siguiente la vida me ofreció una de sus benditas sorpresas, de esas que nos cambian el norte y relanzan el espíritu dormido. La verdad es que llegó en el momento oportuno, pensando como hombre de mar y oficial de la Real Armada, cuya carrera se encuentra por encima de otros muchos detalles.

8. Inesperada oportunidad

Llegué muy temprano al despacho del general en capitanía y, como era habitual en su conducta, ya andaba don Antonio sumergido entre informes y pliegos, con un tazón de café caliente en la mano. No comprendía la afición por esa bebida negra y amarga que se imponía cada día más entre nuestros compañeros a bordo y en tierra, por la que nunca mostré especial agrado. Por mi parte prefería, como norma para abrir un nuevo día, la leche tibia migada, gachas con torreznos o, si llegaba el caso del máximo disfrute, un tazón de chocolate en hervor con tostones en navegación propia. Sin olvidar en avanzada, por supuesto, las ricas tajadas de tocino que tanto animan el alma para el trabajo. Pero volviendo a aquella mañana calurosa que nunca olvidaré, no sé si por propia deducción o influenciado con las palabras de Beto, me pareció entrever en el rostro de mi jefe que alguna nueva doctrina se cocinaba en su perola.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, muchacho. ¿Has disfrutado de estos días? ¿Marcha todo bien en la familia y los amores?

—Al compás de las olas, señor. Ya me contó Beto, que cumplió la comisión sin novedad y más bien al gusto.

—Así es, dentro de lo que cabe. Debo reconocer que fue Su Majestad cariñoso en extremo con mi persona, interesándose por los que todavía arrastran mermas desde el combate y la situación de nuestros hombres en general. Le conté la verdad, sin correr demasiados tintes negros, porque estoy convencido de que lo llevan ciego en cuanto a realidades. Pero tampoco inquirió en especiales detalles, salvo los de la muerte de don Federico Gravina, que mucho le ha afectado.

—¿Se encontraba Su Majestad la Reina presente? Creo que mucho gusta en acudir a las audiencias con los militares.

—No andaba por allí. Y no sonrías por lo bajo, que te adivino los pensamientos.

—¿Y su conversación con el príncipe de la Paz? —sabía que entraba en el límite, pero la sonrisa del general me dio pie para continuar recabando información.

—Una entrevista muy distinta. La verdad es que ha sido mi primer contacto con don Manuel a fondo, porque hasta ahora siempre fue cuestión de saludos y despedida. Debo reconocer que se encuentra muy al día de todo detalle concerniente a la Marina, como si se tratara del propio Secretario del Despacho, lo que no es de extrañar como todos sabemos. Después de un informe general sobre el departamento marítimo, como era mi obligación, le entré a fuego con otras opiniones sobre temas generales que entiendo de gran importancia. Insistí en el elevado y penoso número de nuestras unidades mayores en camino de desarmo, o casi a pique por falta de carena.

—¿Tomó bien la andanada?

—Para mi sorpresa, me alegó en acuerdo al ciento pero declarando que, en estos días, no podemos hacer otra cosa. Por ejemplo, me confirmó que ha dictado el

desarmó del navío *San Carlos*, perteneciente a la escuadra de Salcedo, porque necesita recorrer sus fondos. Ha ordenado que su tripulación y guarnición se empleen en el resto de la escuadra. Y según parece, el navío *Terrible* y la fragata *Flora* andan en peligro. En fin, la cantinela de siempre. Pero como es de contagioso optimismo, insiste en que ya llegarán tiempos mejores, especialmente cuando la Gran Bretaña sea invadida y derrotada por el Emperador Bonaparte, una condición en la que no puedo creer y así se lo declaré. También le expuse el problema diario que se nos presenta en el servicio, al discrepar en aspectos importantes las *Ordenanzas Generales de la Armada* con la nueva *Ordenanza Naval*. Y no era grano menor, porque el príncipe apadrinó con buenos ojos la segunda, de la mano del general Grandallana. Me ha prometido, sin embargo, que se suspenderá la observancia de la segunda.

Quedó en silencio, como si pensara con detenimiento las palabras que debía entonar a continuación. Me llamaron a zafarrancho sus siguientes palabras.

—Ven aquí, *Gigante*. Siéntate frente a mí. Tengo que comunicarte un dato del mayor interés, en el que puedes estar involucrado.

Obedecí la orden, mientras los duendes comenzaban a navegar por las venas sin descanso. Sabía que iba a recibir una noticia del mayor interés para mi persona, por lo que la piel comenzaba a moverse a cuenta propia.

—Usted dirá, señor.

—En primer lugar deseo felicitarte porque hoy cumples veintidós años, si no andan desencaminados los datos en tu expediente personal.

—Así es, señor. Muchas gracias.

—Como sabes, pocas decisiones tomo a la ligera. He estudiado tu expediente personal y he de reconocer que eres un oficial muy completo. No se trata de elogios ni lisonjas inmerecidas que no vienen a cuento, sino de realidades fáciles de comprobar. Has sufrido situaciones de mar y guerra, algunas de ellas muy penosas, con demostración de valor hasta la cofa. Duros combates, hundimientos, situación de prisión en Inglaterra y herido en las aguas de Trafalgar. Pero también me interesa mucho tu faceta de buen navegante, como la travesía que llevaste a cabo en la fragata *Santa Clara*, durante aquel movido traslado de El Callao al Río de la Plata. Sufristeis mares ampolladas hasta el bordón por el cabo de Hornos, y eso marca espuelas en la piel, antes de que pasaras a la fragata *Fama* donde, según tengo entendido, conociste a tu prometida.

Exhibió una mueca burlona y medio escondida. Me extrañó que se encontrara al día de tanto detalle profesional y familiar, a no ser que Beto se hubiera explayado durante los viajes. Debió advertirlo en mi cara porque continuó con una franca sonrisa en la boca.

—Ya sabes que me entero de cualquier detalle tarde o temprano. Es bueno para el hombre contraer matrimonio y asegurar la descendencia propia, siempre que no altere a la mala su dedicación al servicio, que debe anteponerse a cualquier otra condición. Y si piensas en mi avanzada soltería, debes tener en cuenta que no todos hemos

tenido la suerte de encontrar a lo largo de la vida la mujer adecuada. Pero volviendo al tema que me interesa, creo que eres la persona indicada para una comisión de mar muy importante que hemos de afrontar. Una comisión muy delicada y discreta.

El rumor en brazos y piernas pareció acrecentarse a rebato, al tiempo que una suave oleada de calor me invadía desde los pies a la cabeza. Me lancé a las aguas por derecho.

—No tengo que decirle, señor, que soy voluntario para cualquier misión de mar que estime oportuna. Ya le comenté en más de una ocasión...

—No hace falta que continúes en esa línea porque estoy al tanto y conozco tus deseos perfectamente. Por esa razón, más las cualidades expuestas anteriormente, he pensado en ti porque, en esta ocasión, necesito un oficial joven y de toda confianza. Pero a todas las razones expuestas has de sumar una de la mayor importancia en este caso particular. Esta comisión cuyos datos vas a conocer, exige la máxima discreción, un aspecto que considero vital para el éxito de la empresa —me miró a la cara con extrema seriedad, al tiempo que los duendes volvían a machacar las tripas—. *Gigante*, no repetirás nada de lo que te voy a exponer, ni las razones que me llevan a tomar la decisión. Confío en tu palabra.

—La tiene por adelantado, señor.

—Bien, estoy seguro de ello —se detuvo unos segundos, mientras masajeaba sus cabellos en un gesto suyo muy habitual—. Mi conversación con don Manuel Godoy fue extensa en muchos aspectos y también abordamos la necesidad de que los caudales de Indias lleguen a la península porque, sencillamente, dependemos de ellos para subsistir. Estamos arruinados de cama a cuna. Para colmo de males, los franceses nos adeudan, solamente por las obras llevadas a cabo con sus buques en el arsenal de La Carraca, más de veinte millones de reales que no acaban por pagar.

—Ya leí el memorando del comandante general del arsenal en ese sentido, señor, y es vergonzoso.

—Una vergüenza más, podríamos decir. La parte más negativa de las guerras mantenidas contra la Gran Bretaña, además de sus ataques a la marina comercial, puertos de ultramar y mermas producidas en la Armada, es la disminución en las rentas del Rey procedentes de nuestras provincias ultramarinas. Conforme avanzaba en la conversación con don Manuel Godoy, me pareció notar en sus palabras un tono crítico a nuestra capacidad marinera, lo que no podía admitir en ningún caso. Me ofrecí a su persona para marinar cualquier unidad o escuadra y romper los bloqueos necesarios, acarreando a España esos caudales que tanto necesitamos. Me contestó de forma un poco ampulosa y prepotente, que era misión nuestra y así lo había declarado al Secretario de Marina. Creí entender, y no creo equivocarme, que de forma más o menos velada, nos declaraba responsables. Vamos, que somos los culpable de que no lleguen los fondos de ultramar.

—Es injusto, señor.

—Injusto y falso de toda solemnidad, desde luego. Y como no soy de los que

ocultan las cruces, le hablé por las claras, gustara o no. Le aseguré que estamos dispuestos a arriesgar lo que sea necesario por una misión ordenada, hasta la vida si es preciso, como hemos demostrado en muchas ocasiones a lo largo de los siglos. Podemos traer caudales de Indias o navegar por los hielos de las Altas Californias, aunque también es posible morir en el empeño. Pero para llevar a cabo tales operaciones se nos debe ordenar en concreto y, desde luego, disponer de los elementos mínimos. Le comenté como añadido, la imperiosa necesidad de que los fondos lleguen donde se necesitan de forma perentoria, exponiéndole una vez más la precariedad general de nuestra Marina, de sus hombres y, muy en particular, de la escuadra del Océano, aspecto que debe primar por encima de todo, si queremos que la Real Armada cuente alguna onza de peso en el concierto de las naciones marítimas.

Un nuevo descanso en aquella conversación que para mis adentros se alargaba como cable de ancla fondeada en marea gruesa. Me mantuve en silencio porque sabía que la guinda estaba cercana a la superficie.

—Sin esperarlo por mi parte, me largó un envite a la cara —Escaño hizo un gesto con sus manos, como si intentara explicar la situación—. Es muy joven el príncipe de la Paz y, a veces, se lanza descontrolado ladera abajo. Pero en contra de la opinión de muchos compañeros, le reconozco capacidad y dedicación máxima al gobierno de la nación en momentos de extrema dificultad, aunque no podamos olvidar que su persona ha sido de las más responsables en la situación creada que sufrimos en estos días. Pero, bueno, ataquemos el flanco que nos interesa, el envite de don Manuel Godoy a la Armada. Me comentó de sopetón y sin esperarlo, que el Virrey de Santa Fe había depositado 2.123.147 pesos de cuenta del Rey en el apostadero de Cartagena de Indias. Iban a ser embarcados en una fragata, que acabó por arribar a La Habana en lamentable estado, tras un encuentro sufrido con corsarios britanos, lo que impidió la operación. Y sin más cuentos me espetó: *Envíe un buque bien velero y con dotación aguerrida. Recoja ese depósito y aplíquelo a esas acuciantes penurias del arsenal de La Carraca para la puesta a punto de la escuadra del Océano. Quiero hechos y no solamente peticiones.*

—¿Podría aplicar esa cantidad sin contar con el cargo de la Real Hacienda?

—Parece ser que sí, aunque también yo lo consideraba cuestión imposible. Pero el príncipe continuó en la misma línea, agregando con un tono cercano al enfrentamiento: *Esta conversación queda entre usted y yo, Escaño, con el conocimiento del Secretario del Despacho. Esa cantidad se encuentra dada por perdida, al haber entendido los funcionarios en los primeros momentos, que la fragata había sido apresada. Hágase con esos fondos, general. Con el simple y discreto conocimiento del Comisario General de su departamento marítimo, utilícelos en esa escuadra que tanto necesitamos. Ya sé que no es una cantidad definitiva, pero puede aligerar pensamientos y adquirir la pólvora de calidad que tanto me solicitan. Pero no olvide un aspecto muy importante. Si fracasa en el empeño, no vuelva a cubrir mi mesa con tanta petición.*

—Todo un envite, señor. Pero injusto al ciento, que no se puede cifrar en el éxito de una operación el necesario auxilio a la Armada.

—Ya lo sé, *Gigante*. Este jovenzuelo debería tener mayor respeto por Instituciones que le sobrepasan en categoría. Pero en este caso particular entraba la vergüenza propia en el saco, y no podía rechazar el guante lanzado.

—Lo comprendo, señor. Como decís, no se trata de un monto definitivo, desde luego, pero esa cantidad podría paliar mucha escasez. Entonces, entiendo que le aceptó el envite, si así puedo denominarlo.

—No sólo puedes, sino que es la pura y jodida realidad.

Escaño volvió al silencio. Me miró una vez más a los ojos, como si intentara escudriñar mis más íntimos pensamientos. Intenté mantenerme impasible en la postura, cuestión nada fácil porque preveía lo que se arracimaba por el horizonte con claridad.

—Supongo que ya vas llegando a la sentina y atisbas con claridad mi intención. Confío en ti, *Gigante*, y necesito hacerlo en un joven oficial. Por esa razón he repasado tu expediente personal a la letra, sin olvidar lo que he comprobado con mis ojos a lo largo de estos meses de trabajo. También tu padre me habló mucho de ti en elogiosos términos, y mi buen amigo era una persona en la que confiaba al ciento. Le prometí que cuidaría de ti, pero no entra esa promesa en la decisión que he tomado, puedes estar seguro. Creo que eres la persona indicada para esta delicada e importante misión. Hace falta arrojo, valor y conocimientos marineros. Los cumplés todos o, al menos, eso estimo. Y como es fácil suponer, no se trata solamente de traer a nuestras arcas esos millones de pesos, que son muy importantes, sino de demostrar a ese engolado príncipe y su corte de aduladores, que los oficiales de la Real Armada somos capaces de navegar sobre aguas montañosas, evitar bloqueos de muerte, combatir a sangre corrida y cumplir con nuestra obligación hasta el último suspiro.

Aunque pueda parecer extraño y difícil de creer, se evaporó en mi interior la situación nerviosa como por encanto. Los duendes dieron paso a una ola de inmensa tranquilidad, una invasión de extrema dulzura. Decidí que era llegado el momento de intervenir.

—Traeré esos pesos de regreso a Cádiz, señor, aunque tenga que dejar la piel y la vida en la empresa.

—Te creo capaz de ello. Pero debemos tener en cuenta muchos detalles y abordar esta empresa como se merece. Te recuerdo la necesaria discreción, punto de la mayor importancia. Esta tarde hablaremos con más tranquilidad sobre la operación que anda bastante pergeñada en mi cabeza. Pero ahora haz pasar al comandante general de La Carraca, que debe estar esperando en la antesala.

—Sí, señor.

Abandoné el despacho de don Antonio en volandas, como si no rozara el entarimado del suelo con los pies, un sentimiento de plena felicidad. Y como es fácil comprender, mis pensamientos navegaban ya a bastantes millas por la proa,

imaginando mil y una acciones que la mente adelantaba en gloria. Pero también pesaba la responsabilidad contraída, que no era cuestión despreciable. Una tremenda responsabilidad caía sobre mis hombros, desde luego, pero esa importancia añadida aumentaba todavía más la sensación de completa satisfacción.

Sufrí una alargada espera a lo largo del día, minutos sin fin, un conjunto que me pareció cercano a la eternidad. Porque atravesamos la meridiana y la tarde sin que don Antonio me avisara para continuar la conversación embastada a medio camino. Y aunque me dejaba ver por su despacho con cualquier pretexto, nada alegaba el cartagenero que, estoy seguro, debía presagiar el sufrimiento de mis carnes, o cargaba velacho sobre los miasmas cerebrales extendidos en la mollera a luces cerradas. Pero todo en esta vida presenta su luz propia tarde o temprano, hasta destemplan la guita en descanso. Cuando ya daba la batalla por perdida y se acercaba la hora, puntual como siempre, en la que el general se hacía servir la cena por su criado de muchos años, el fiel Bernardino, escuché el soniquete de campana que me sonó a cañonazo de unidad amiga en apoyo. Aunque intenté aparentar normalidad de formas, acudí ante su presencia en escasos segundos.

—¿Me ha llamado, señor?

—Supongo que lo esperabas. Te veo todo el día dando vueltas sobre mí como una moscarda cojonera, *Gigante* —esgrimía esa media sonrisa socarrona que tan bien conocía, lo que indicaba un periodo de humor más que aceptable—. Supongo que las noticias prometidas, o la falta de ellas más bien, te corroen las sentinas.

—La verdad, señor, no pretendía...

—Deja las falsas excusas a la banda, que también yo he sido sacristán en cuaresma. Debemos continuar la conversación emprendida y aclarar bastantes detalles. Dile a Bernardino que prepare dos cubiertos a la mesa, si aceptas mi ofrecimiento para acompañarme en la cena.

—Por supuesto, señor. Y se lo agradezco como merece.

Parco como siempre en sus comentarios, continuó leyendo un informe mientras el criado preparaba los servicios en la mesa que solía utilizar, adosada en el mismo despacho cerca del ventanal de poniente. Una vez sentados frente a frente, pasó a comentar detalles sin mayor importancia, mientras atacábamos una sopa de colada y ajos a la que era muy aficionado, seguida por un guiso de cordero a la llana, sin los encebollados y especias utilizados por Okumé que tanto halagan las carnes y mi paladar. Tampoco nos excedimos en los caldos, porque la frasca de vino que cubrimos con rapidez no fue repuesta, sin que de mi boca brotara un mínimo requerimiento. Sin embargo, fue pródigo en el postre, muy marinero porque asemejaba las natillas con galleta, aunque éstas de buena calidad. Por fin y como sorpresa final, se dirigió al sirviente.

—Retira los servicios y acércame esa frasca de brandy añejo que mantienes a resguardo de malvados. Dos copas, por supuesto. Y puedes retirarte, Bernardino, que

no te necesitaré más.

Acostumbrado a los deseos de su señor, el criado sesentón y encorvado retiró los servicios en escasos segundos, quedando sobre la mesa una frasca de brandy templada al gollete. El propio general relleno las dos copas con generosidad, antes de preguntarme.

—Supongo que te gusta el brandy. Éste es de buena calidad y con suficientes años en la barrica.

—Presenta buen color. Muchas gracias, señor.

Bernardino desapareció de la escena en silencio. Don Antonio se retrepó en su sillón, mientras sorbía con aparente placer de su copa. Encontré bueno y fuerte el brebaje, sintiendo un calorcillo en el estómago que aplacaba los nervios entablados.

—Bueno, muchacho, entremos en faena de una vez. Te advierto que siempre he defendido la opinión de que a un comandante de buque en la mar, se le debe conceder la mayor independencia. De poco sirve establecer mil y una instrucciones porque, una vez largadas las amarras, el comandante del barco pasa a ser Dios y como tal le pertenece el mundo. De todas formas, como mi experiencia marinera es notablemente mayor, aunque sólo sea por los años de servicio a bordo, y esta empresa en la que nos embarcamos la estimo como de la máxima importancia, estableceré las recomendaciones pertinentes para su mejor cumplimiento o, si lo prefieres, facilitar tu tarea.

—Desde luego, señor. Y puede estar seguro de que las seguiré todas al punto.

—Me parece bien, pero deberás confiar más en tu cerebro e inspiración marinera, llegado el momento. La misión impuesta a fuego será alcanzar en el buque a disposición la costa de Tierra Firme, para acabar fondeado en Boca Chica. Una vez en el interior, visitarás al Jefe del apostadero de Cartagena de Indias^[18], brigadier don Federico Malsana, a quien mostrarás un documento reservado que te haré llegar antes de salir a la mar. A continuación, procederás a embarcar el cargamento de los pesos, supongo que en plata, con la máxima discreción, para regresar sin pérdida de tiempo al puerto de Cádiz. Recuerda bien que debes arribar en el tornaviaje a este puerto. No sirven para la ocasión arribadas alternativas o tomar otro fondeadero para la descarga, a no ser que la situación marinera entre a negras de tal forma que no te quede opción. Debes tener en cuenta que esos pesos se asignan a este arsenal y los gastos de la escuadra. Si los caudales alcanzaran otra localidad, podría venirse abajo el negocio. ¿Comprendes?

—Perfectamente, señor.

—El aspecto primordial de la misión es la necesaria y obligatoria discreción. No llevarás órdenes escritas, salvo ese documento del que te hablaba y que, en estos momentos, se encuentra en la caja, dirigido al Jefe del Apostadero, firmado por mí y el Secretario de Marina, documento que deberás mantener a buen recaudo. Nadie a bordo debe estar al corriente del destino final de la navegación salvo tú, como comandante, y el segundo que escojamos porque es el llamado a sucederte en el

mando si llegara el caso, que Dios no lo quiera. Es más, deberás correr la noticia de que sales para cualquier otro destino, un puerto canario podría ser el adecuado. También cuando partas de Cartagena en tornaviaje, intentarás despistar sobre la derrota a seguir y el puerto de destino. Habla de Portobello o La Habana, por ejemplo. No olvides que los britanos mantienen informadores en todos los puertos principales, especialmente en los de Indias, posibles de alentar trasiego de caudales. Y debes recordar en todo momento que..., que bordeamos la legalidad, si puede llamarse así. Espero que comprendas la importancia.

—Queda claro como la luz del sol, señor.

—Es posible que te preguntes por qué entrego una misión de tal importancia en manos de un teniente de navío joven y, posiblemente, sin la experiencia necesaria. No ha sido una elección fácil que, sin embargo, llega amadrinada al conjunto de la operación. He pensado mucho en el tipo de buque ideal para esta empresa y llegué a la conclusión de que debía ser un bergantín. Necesitamos una unidad capaz de estibar el cargamento con garantía pero, al mismo tiempo, muy velera y, más importante todavía, capaz de dejar atrás a la mayor parte de las unidades conocidas de porte igual o superior, que serán las peligrosas si llegas a topar con ellas. Pero pienso en un bergantín aparejado con una buena cangreja^[19] como mayor, capaz de bolinear al palmo y caer a la banda como una falúa. No interesa en esta ocasión aprovechar los vientos largos porque, como te explicaré después, evitarás las derrotas clásicas. Y si decidía utilizar un bergantín, debemos recordar que tales unidades son mandadas por tenientes de navío o de fragata, según el porte. De esta forma, sería sospechoso que apareciera al mando un capitán de fragata u oficial de empleo superior. Todo debe aparentar la más absoluta normalidad, una comisión rutinaria de correo o transporte hacia un puerto cercano. ¿Sigues mi razonamiento?

—Muy bien, señor. Tiene razón porque ya me preguntaba la posible causa de que esta operación no fuera mandada por algún oficial de mayor categoría y experiencia. ¿Ha pensado en concreto el bergantín...?

—Llegaremos a ese importante punto como remate final de la parla. Ya calzo demasiados años, y si no sigo la línea establecida en la mollera, me pierdo —movió las manos como si pidiera calma a un auditorio inexistente—. Como te decía, la derrota no debe ser la clásica que toman los buques en su navegación hacia las Antillas. Nada de alisios a favor de damas ni derrotas directas. Como estimo que podrás encarar la empresa el mes próximo, septiembre, una vez en franquía de San Vicente o su meridiano, aproarás con rumbos del tercer cuadrante hasta alcanzar suficiente latitud. Y ya de ahí queda a tu libre albedrío, que la mar se toma como se presenta y es absurdo ofrecer más indicaciones. Creo que para evitar las fuerzas británicas del bloqueo presentes cerca de esta bahía, se te abren dos posibilidades; ceñirte a la costa africana o a la nuestra. ¿Qué opinas?

Entendí que, con esta pregunta, don Antonio intentaba calibrar mis posibilidades en la decisión.

—Dependerá de muchos factores, señor, probablemente a tomar en el momento definitivo. En estos días, los escasos correos que se dirigen a las islas Canarias, se atracan bastante a nuestra costa en la ida. Sin embargo, en el tornaviaje entran lamiendo el cabo Espartel para barajar las piedras africanas. Según tengo entendido, en los últimos informes de la torre vigía de Tavira y las unidades pequeñas, los britanos utilizan como bloqueo cercano unas cuatro fragatas en relevo, así como algún cúter, goleta o balandra. También oscilan en sus intentos, porque algunas semanas acechan hasta los convoyes menores de la costa, y otras se separan a media línea. Los navíos, cuyo número ha decrecido en los últimos meses, corren de Gibraltar hacia Lagos a suficiente distancia. Creo que sería más seguro y con más posibilidades de alivio barajar nuestra costa y la portuguesa al palmo, antes de embocar el océano. Las fragatas no me preocupan porque espero que el andar del bergantín sea superior. Tan sólo el uso conjunto de fragatas y unidades menores puede suponer un peligro cierto.

—Me parece un análisis muy correcto. Después de todo, el trayecto de ida no es tan importante, porque nada llevas de valor y arriesgamos solamente un sencillo bergantín. Es en el tornaviaje donde no es posible fallar. Porque debes grabarte esa frase en la mollera —me miró fijamente a los ojos, antes de repetir sus palabras—. Por Dios que no podemos fallar.

—No daremos la blanda en esta misión, señor.

Ofrecí una sonrisa de seguridad. Y en verdad que me sentía más seguro de mis posibilidades, conforme avanzábamos en la conversación. Bien es cierto que intentaba evitar el pensamiento de la tremenda responsabilidad, si no quería verme atenazado por garfios de tensión.

—Dios te oiga, que mucho apostamos en este envite. Y bien sabes que no soy jugador, sino calculador en grado máximo. Pero a veces el destino nos pone en el disparadero sin posible retorno. Pero continuemos. Hay un aspecto que debemos encarar, aunque no sea una norma utilizada por la Real Armada. Todo tiene su excepción en la vida y no estoy dispuesto a perder la ronda. Deberás llevar a bordo diferentes pabellones.

—¿Cómo hacen los britanos cada día, señor? —pregunté extrañado.

—En efecto. No olvides que tu padre consiguió regresar a Cádiz con el navío *Santísima Trinidad*, tras el combate de San Vicente^[20], gracias a una treta parecida. Y no le salió mal al viejo zorro, aunque no fuera de los partidarios en utilizar tales añagazas. Desarbolado como estaba, navegando en bandolas y con muchas bajas, se vio acechado por una división inglesa.

—Momento en el que izó el pabellón británico sobre el español, para indicar que se trataba de presa marinada por los ingleses.

—En efecto, ya veo que estás al corriente de las aventuras de tu progenitor. Y tragarón los putos britanos de su propia medicina. Por esa razón y como caso especial, incorporarás pabellones de la Gran Bretaña y de la Orden de Malta, por

ejemplo.

—Un pabellón austríaco también vendría al pelo, señor, dada la actual situación de alianzas.

—Tienes razón, me parece una buena idea. Ya decía yo que tienes mucho de tu tío, el pequeño *Pecas*. Llegado el caso, te autorizo cualquier artimaña, aunque sea más propia de bellacos. Recuerda que disponemos en La Carraca de uniformes británicos de oficiales, infantes de Marina y gente de mar que tampoco estaría mal embarcar —volvió a esbozar una sonrisa—. Piensa en los más mínimos detalles, sin desechar posibilidad alguna por extraña que parezca. Y por encima de todo, debes tener en cuenta que no hay prisa ninguna. ¡Ninguna! Es igual que emplees un mes que cuatro o seis en la navegación. Y nada de ataques ni enfrentamientos, aunque se te ofrezca a la mano capturar una pequeña balandra. Debes regresar con esos pesos a cualquier precio, aunque sea el día del juicio final. Pero nunca pueden caer en manos de los ingleses, porque perderíamos los caudales y, más importante, nuestra dignidad ante el valido. Si llegando en tornaviaje a San Vicente te ves comprometido con fuerzas inglesas, no lo dudes, popa al enemigo sin dudarlo y rumbo a los dioses. Y si fuese necesario, larga al agua cañones y lo que consideres oportuno para arañar una milla más. Naturalmente, seremos muy exquisitos en que los víveres y la aguada se hagan con elementos de seguridad y para un periodo elevado de tiempo.

—Falta un aspecto muy importante, señor.

—Habla sin rodeos.

—Además del bergantín en cuestión que, según sus propias palabras, dejaremos para el tramo final de la conversación —me permití una ligera sonrisa—, necesitaré una buena dotación.

—Ya lo había pensado. Podrás escogerla al gusto. Pero también en ese aspecto debes moverte con pies de plomo y no levantar sospecha alguna, que las golondrinas vuelan por alto. Si se corre la voz de que un bergantín se arma en dulce y con dotación escogida, muchos pensarán que se encierra prenda en la bodega. Debes hacer todo con una exquisita discreción y perdona que me repita tanto, pero lo considero el aspecto fundamental de la misión.

—Lo comprendo perfectamente, señor.

Se hizo el silencio. Y mucho pesaba después de una conversación con tan importantes detalles, que iba grabando uno a uno en mi cabeza. Pero una pregunta saltaba en mi pecho y no pude detenerla.

—Pensaba preguntarle por la artillería, señor, pero esa cuestión se encuentra amadrinada muy por corto a la unidad. ¿También podré escoger el bergantín?

—Bien, llegamos al punto culminante que ya podemos abordar. Había estudiado uno a uno todos los bergantines que se encuentran a disposición en el departamento, unos seis que, por desgracia, no andan con las maderas al gusto. Tanto así que comenzaba a considerar la posibilidad de utilizar una goleta bien proporcionada, de doce o catorce cañones, pero se limita demasiado su capacidad de carga. También

pensé en los jabeques.

—¿Los jabeques, señor? Creía que se trataba de unidades más apropiadas para el Mediterráneo.

—Y así se concibieron. Pero hace tres o cuatro años, como los paquebotes no daban más de sí para cubrir el correo con las Antillas, se pensó en utilizar los jabeques *San Sebastián* y *Murciano*, siendo trasladados a Ferrol. Al final se desistió de la idea, pero por otros motivos. En mi opinión los de aparejo redondo están bien cualificados^[21], incluso los remos auxiliares pueden otorgar especial favor en determinados momentos. Pero necesitamos un buque más velero.

—Con el jabeque *Murciano* participó mi padre en las operaciones sobre Argel del verano de 1784^[22].

—Y se enfrentó después a una fragata berberisca, a la que chamuscó los bigotes con un par de huevos. La verdad es que esas unidades, y me refiero a los jabeques de vela redonda que llamamos chambequines, son en la práctica unas fragatas auxiliares o de segunda, que presentan un porte superior a las corbetas. Pero volvamos al tema —el general observó cómo movía mi copa vacía entre las manos—. ¿Quieres que rellene tu copa?

—Lo aceptaría gustoso, señor.

—Debes perdonarme, pero soy poco dado a estas formalidades y no suelo embarcar más de una copa en la saca. Como te decía, andaba en esas disquisiciones todo el día de ayer y esta misma mañana cuando, sin esperarlo, me ha llegado una posible e inesperada solución. Parece una cortesía especial caída de los cielos. Y ha sido con la visita del jefe de escuadra don Bruno de Hezeta.

—Esta misma tarde.

—Sí. Es buena señal. Debes saber que aunque tenga fama de mente cuadrículada y persona que fía todo en la perseveración y constancia, lo que es cierto, también creo en la suerte y ésta parece favorecernos en la empresa. Entre los temas que traía Hezeta bajo el brazo, se encontraba la petición de que el bergantín capturado hace dos semanas por las unidades de la armadilla basadas en Algeciras bajo su mando, fuera declarado como presa a favor de las fuerzas del apostadero. El litigio proviene porque el personal de la fortaleza de Punta Carnero exige tomar parte en el reparto, ya que, según ellos, sus fuegos resultaron muy importantes para conseguir la rendición del buque britano. Lo hemos discutido a fondo y voy a apoyar su petición. En vista de la derrota seguida y el escenario donde fue atacado, poco pudieron influir las baterías de la citada fortaleza. Si acaso, recomendaré a la superioridad que se deje a la voluntad del personal de Algeciras el que, de forma voluntaria, se gratifique a los de la batería con alguna parte de la presa. También debemos reconocer como se merece a quienes, en efecto, actuaron con diligencia y rapidez. Pero el aspecto principal, como puedes suponer, es la presa conseguida, ese bergantín llamado *Respect*, aunque ya en el informe llega denominado como bergantín *Respeto*.

—¿No quedó muy dañado tras el combate? ¿Es de buenas líneas? —lancé mis

preguntas en andanada.

—Según Hezeta, en cuyo ojo marinero mucho confío, se trata de un magnífico bergantín, construido en Inglaterra pocos meses atrás. Su porte es de dieciocho cañones, con diez piezas de a 8^[23] y ocho de a 6. Como suele gustar a los britanos, emplea aparejo clásico de *bergantín*, como se decía antiguamente en nuestra Marina. Arbola trinquete^[24] con aparejo redondo y el mayor con una cangreja de respetable tamaño, de esas que te hacen ceñir a la bola. Por supuesto incorpora foques y estayes. El aparejo, con sus velas de respeto, se encuentra como flor de cuño. En fin, podemos declarar que, según las noticias recibidas, ese buque se acopla al ciento con la idea que se embastaba en mi cerebro. Por fortuna, el comandante britano no era de los más ariscados y arrió el pabellón al verse rodeado por las cañoneras, que le disparaban a tiro de pistola y entraban con los chuzos en la mano. Por esa razón apenas recibí más de diez o doce impactos, con destrozo de algún pasamanos, tambucho de popa y el bote. Escasos daños de fácil y rápida reparación. Supongo que cuando regrese a su patria el comandante rendido, será fusilado tras el pertinente consejo de guerra, que estos ingleses no se andan con chiquitas en esos trances.

—Desde luego. Si me permite decirlo, señor, suena un poco raro ese nombre, *Respect* o *Respeto*.

—Coincidimos en la opinión. Lo rebautizaremos a nuestro gusto. Bueno, la verdad es que ya lo he pensado y propondré a la superioridad el nombre de *Penélope*.

—¿Penélope? Bergantín *Penélope*. Suena bien. ¿Era quizás el nombre de su madre?

Tal y como salían las palabras de la boca, me arrepentí por considerarlas absurdas. Y coincidió con una alargada carcajada de don Antonio, al punto de llegar a batir palmas, situación poco normal en su seriedad habitual.

—Mi santa madre, que Dios guarde en su seno, se llamaba Cristina. Pero el hecho de que me encuentre en situación de soltería, no quiere decir que haya dejado de correr algún lance de amores. Penélope se llamaba una señora a la que tuve especial aprecio, hace muchos años allá por tierras del sur americano, aunque se trata de pura casualidad. La verdad es que me llegó el nombre a la cabeza y lo encontré acorde con el buque y la misión. Las primeras ideas suelen ser las mejores.

—Bergantín *Penélope* —disfrutaba con sólo nombrarlo—. Será mi primer mando, señor, sin contar unidades de las fuerzas sutiles.

—Es un hermoso mando un bergantín, de los que elevan el espíritu a las nubes. Tu padre mandó uno de guardiamarina, tras apresar el *Hércules* a los britanos en el puerto africano de Tinsuf, aunque le durara el mando unos pocos días. Bueno, a cambio recibió el condado que luce en tu apellido. Pero no adelantemos acontecimientos. Confío mucho en la opinión marinera de Hezeta, pero quiero que mañana por la mañana salgas hacia Algeciras y lo recorras de quilla a perilla. Ya le he adelantado a Bruno que lo cuide con especial cariño, porque es posible que lo demos de alta en la Armada. Sé que no será plato de gusto para sus hombres, porque

esperarán recibir mejor presa si lo venden en subasta. Pero le he prometido ser generoso, aunque tenga que sacar los dineros bajo las piedras. Revisa bien ese barco y regresa para informarme.

—Habrás que traerlo a Cádiz, si es necesario alguna reparación.

—Desde luego. Si decidimos continuar adelante con su elección, lo necesitaremos en el arsenal de La Carraca. Además, también yo quiero echarle el vistazo definitivo. Aprovecharemos que todavía porta nombre britano a popa y no es muy conocida su pérdida, para llevar a cabo esa corta navegación, aunque tomaremos las medidas adecuadas. No podemos arriesgar ahora que nos ha caído esta prenda del cielo. Pero llega el momento de las preguntas por tu parte. ¿Alguna duda o punto oscuro? Te concedo libertad absoluta para abordar cualquier cuestión, aunque pueda ser considerada impertinente.

—Ninguna duda de momento, señor. Lo único que me llega a la cabeza es agradecerle que haya pensado en mi persona para esta importante misión, y me conceda un mando en el que tanto he soñado.

—No se trata solamente de un privilegio, muchacho. También te lanzo a la cara una bala de a 36, y bien calentita. Ya sabes lo que significaría fracasar en esta empresa.

—No fracasaré, señor.

Don Antonio volvió mirarme con ese gesto que le había descubierto otras veces, como lo haría un padre para con su hijo más querido. Volvió a hablar con un tono lastimero, cansado quizás.

—No creas que ha influido mi amistad con tu padre, ni el hecho de que seas mi ayudante en la elección tomada. En un asunto así no me casaría ni con el arzobispo de Nicea, bien lo saben las zorronas del harén. Soy absolutamente sincero cuando digo que, en mi opinión, eres la persona con las condiciones ideales para llevar a buen término esta peligrosa y arriesgada empresa.

—Muchas gracias por esas palabras, señor general. Nunca le defraudaré.

Don Antonio comenzó a levantarse, que ya picaban la hora a la que normalmente solía retirarse. Pero todavía bullía en mi estómago un cáncamo a medio digerir. Como me había concedido venia al ciento, le lancé la piedra.

—Debo pedirle un favor por adelantado en cuanto a la dotación, señor.

—Habla.

—Quiero por segundo comandante al teniente de fragata Adalberto Pignatti y, de esta forma, que ya mañana me acompañe a Algeciras.

—¿Quieres dejarme sin ayudantes? —volvió a sonreír—. La verdad es que presentía esa petición. Aceptada porque la misión es más importante que otra cosa, y el segundo debe ser persona de tu máxima confianza. Le había concedido dos semanas de asueto. No creo que le guste mucho.

—Estará encantado cuando sepa el motivo. Porque tendrá que saber los detalles desde el primer momento.

—Ya te dije que el segundo debe estar al día. También yo confío en él y creo que puede ser la persona adecuada. Pero te repito que la dotación es cosa tuya, si te conduces con la debida discreción.

—Muchas gracias, señor. Le juro por todos los Leñanza que reposan en camposanto, que no se arrepentirá de la confianza concedida.

—Eso espero, *Gigante*. También yo me juego mucho en este envite. Bien sabe Dios que esperaré tu regreso como el santo advenimiento.

Por fin me retiré, de nuevo volando entre dulces pensamientos. Y puedo asegurarles que ahora la felicidad se mezclaba con una absoluta determinación. Atrás quedaban los duendes y los nervios abiertos en canal, para dar paso a una gran seguridad en mis posibilidades. En aquel mismo momento me juré con toda solemnidad que regresaría a Cádiz con el preciado cargamento o caería en la empresa. Embocaba el momento más importante de mi vida hasta el momento y, posiblemente, uno de los principales de mi carrera. Sin apenas percibirlo, hice la señal de la cruz, al tiempo que pensaba en mi padre. También a él le prometí no fallar en la ocasión.

9. Algeciras

Como es lógico pensar, aquella noche dormí unas pocas horas solamente. Entraba en sueños como tartana rastrera, barajando las piedras a trompa del viento, pero pronto me asaltaban visiones de toda índole en las que aparecía a bordo de un hermoso bergantín, con mando sobre tablas, cuerpos y almas. Y no siempre cuadraban los espectros en son de gloria. Lo mismo imaginaba un regreso triunfal a Cádiz, tras haber burlado bloqueos y atravesado crestas de espuma, mientras en otras sin solución de continuidad se presentaban escenas del *Penélope* desarbolado por la mar o las balas britanas, mientras el preciado cargamento caía en manos enemigas o se perdía hacia el fondo de la mar sin posible remisión. A pesar de este teórico quebrando, me encontraba feliz, inmensamente feliz, mientras esa especial tensión se ceñía al centro y agarrotaba los sentidos con gozosa plenitud.

Tal y como había previsto, a las cinco de la mañana regresaba a la realidad con severa impaciencia, tras ser volteado con fuerza por Okumé. Porque a pesar del sueño alicortado, la modorra se mantenía profunda. Mi buen africano había preparado regias tajadas de tocino y un buen tazón de leche tibia, que atacué como corsario al abordaje. Quien profesaba como amigo, secretario y criado, concedor de mi espíritu al palmo, entró en comentarios.

—Me parece observar que ha cambiado el cuadro al ciento, señor. Alguna relevante noticia le ha debido llegar a los oídos en caricias. Y como anoche se sentó a la mesa del general, estimo que fue de su boca por donde le llegó el aliento.

—¿Está el carruaje preparado? —intentaba desviar la conversación, porque creía capaz a Okumé de descubrir mis más escondidos pensamientos. Y no es que desconfiara de la persona más fiel y entregada a mi persona, pero nada debía salir de mis labios.

—Por supuesto, aunque todavía no sé a dónde nos dirigimos. Nunca organicé un traslado con tal desconocimiento. También me preguntó Rafael, por si era necesario tomar alguna medida especial respecto a los animales.

—En primer lugar, debemos marchar a la casa de Cádiz, para recoger a Beto. Y sin perder un segundo, continuaremos hacia el puerto de Algeciras. Si fuera posible, regresaríamos hoy mismo a última hora. Pero, en verdad, no sé si será preciso hacer noche allí. Lo decidiremos sobre la marcha.

—No gustará una pizca a don Beto volver al servicio, justo en el momento que comenzaba a disfrutar de unos días de descanso.

—No creo que le importe mucho.

—Pues con todos los respetos debidos a sus silencios, señor, eso quiere decir que las noticias son buenas, porque incluyen a don Beto en la leyenda y, en su conjunto, suena la castaña a comisión de mar poco despreciable —me dedicó una sonrisa que marcaba su dentadura blanca en abanico—. Okumé es negro pero sabe leer los

pensamientos.

—En verdad que lo siento, Okumé, pero en esta ocasión nada puedo comentarte.

—No es necesario que lo haga, señor. Ya sabe que para mí es trabajo sencillo comprender lo que le sucede en cada momento.

—Calla, brujo africano, o haré que te den cañón. Deja la charla y partamos de una vez —golpeé su hombro con afecto.

Salimos de escotillón hacia la calle de la Amargura, largando trapos al viento con los animales a secar pellejos. Atravesamos las puertas de tierra y nos lanzamos ladera abajo, acuciando a Rafael que parecía dormido todavía. Por fin arribamos a la casa, donde sin pérdida de tiempo comencé a mover el cuerpo de Beto, que se mantenía sobre la cama en el más dulce de los sueños. Y todavía sin comprender nada, se encontró retrepado en el asiento del carruaje, cabalgando en dirección a Algeciras.

—Creo, querido amigo, que has entrado en locura de forma definitiva. ¿Podrías decirme, al menos, de qué se trata en esta ocasión? ¿Has recibido alguna imperiosa orden del general Escaño? Me prometió que en dos semanas no sería necesario...

—Calla la boca de una vez, Beto, y remata esos chorizos a medio destripar. Ya sabrás lo que es necesario en su momento.

La verdad es que sufría en los fondos. Desde que entrara en mi vida, nunca había guardado secretos con Okumé y ahora lo relegaba a las claras.

Me pareció entender que mostraba un gesto de tristeza, como si creyera haber perdido mi favor. Su voz me llegó como pronunciada en la distancia.

—Puede poner a don Beto al día de las nuevas recibidas, señor. Ya sabe que me dejaría arrancar la piel y quemar los ojos con hierro candente, antes de pronunciar una palabra que pudiera producirle algún mal. Pero si ya ha perdido toda confianza en mí, puedo pasar al pescante con Rafael y dejarle en libertad.

Me sentí mal. Miré directamente a Okumé, el amigo fiel que ya había salvado mi vida al rescatarme de las aguas. Y la verdad es que si había algún ser humano en la faz de la tierra en la que podía confiar por completo, era él. De esta forma, me decidí.

—No será necesario. Ya sabes que eres para mí como un hermano o algo más, Okumé. Pero lo que vas a escuchar tan sólo lo conoce el príncipe de la Paz, el Secretario de Marina y el general Escaño. Esta información no debe salir jamás de vuestros labios, ni bajo tortura —señalé a los dos con el dedo.

—¿De qué se trata? —Beto, ya despejado y con su habitual curiosidad, se movía inquieto en su asiento—. Por Dios, *Gigante*, habla de una vez.

—De acuerdo.

Despacio y con todo detalle, narré la conversación mantenida con don Antonio de Escaño la noche anterior. Los ojos de Beto se agrandaban conforme avanzaba en el relato, mientras Okumé se mantenía impasible, como si ya conociera al punto cada detalle. Aunque mi compañero intentó interrumpirme en un par de ocasiones, detuve su avalancha con un gesto de mi mano hasta dar término. Y por fin, rematada la faena, consiguió lanzar sus habituales exclamaciones.

—Así me coman las tripas todas las ratas marineras y sus queridas hermanas, las putorronas del puerto. No creería lo que has dicho si no mostraras una seriedad tan solemne y me hubieras despertado en el día que comenzaba una licencia. ¿Es verdad punto por punto? ¿Nos ha caído esta bendición del cielo sin solicitarla en especial rogatoria? ¿Un bergantín de dulce para un viaje a las Indias, contigo como comandante? ¿No será un sueño?

—Un sueño que puede acabar con nuestras carreras, especialmente la mía, o con las vidas de ambos. Pero tienes razón, habría dado una de mis manos, o las dos posiblemente, por ser nombrado para una comisión de tal importancia y naturaleza. Sin embargo, es cierto como el día y la noche, no lo dudes. Y aunque debemos desterrar las prisas de nuestros corazones, no es cosa de perder el tiempo en alabanzas. El mes de septiembre sería bueno todavía para salir de estrepada, porque hemos de tomar la derrota hacia el norte. Ya sabes que octubre cubre los cielos y lanza los barómetros bajo cubierta.

—Bien, estoy de acuerdo, pero todo dependerá de las condiciones en que se encuentre este bergantín britano. ¿Has dicho que su nombre es *Respect*? Vaya denominación para un buque. Estos ingleses carecen de imaginación para los bautismos navales.

—Nosotros podemos llamarlo en firme como bergantín *Penélope*.

—¿*Penélope*? —pareció pensar unos segundos—. Bueno, es un nombre atractivo. Habrá que tallar esas letras en popa con redondilla y bien doradas.

—De momento hay que llevarlo al arsenal de La Carraca tal y como se encuentra. Esperemos que las noticias del general don Bruno de Hezeta sean ciertas, aunque no suele ser de los que elevan su fantasía por riscos.

—Nada ganaba porque, si de forma definitiva y como esperamos, pasa a las listas de la Real Armada, perderán bastantes reales de la presa.

—Don Antonio me aseguró que será bastante generoso en este caso.

—No lo creerán.

—Espero disponer de tiempo suficiente para preparar lo necesario —Okumé entró en escena con rostro preocupado. Y como de costumbre, se adelantó a mis pensamientos—. Ya sé que todo debe llevarse a cabo con la debida discreción, señor, y así se hará, que Okumé es negro pero inteligente. Para una navegación de tal altura, será cosa interesante y jugosa hacerse con buenas paletillas, embutidos frescos en ristras, quesos bien curados, cecinas de calidad y vino espeso del qué tanto gustan. Todo poco a poco y sin llamar la atención.

—Sin olvidar el bacalao para los viernes —alegó Beto entre risas.

—De ese detalle ya se encarga la Real Armada, don Beto. Pero no ría tanto, que ya pedirá mis servicios en limosna de ahorcados, cuando la carne en salazón se pudra y el agua apeste a sentina.

—Perdona, Okumé. Ya sabes que soy tu más fiel admirador. Y, por favor, no olvides esas especies con las que adobas el cordero.

De un humor excelente, ése que confiere la juventud aunque se encaren mares de montañas blancas, nos detuvimos unos pocos minutos, cuando ya el sol se elevaba a lomos, en la venta que llamaban El Hogar de Sancho, cercana a la villa de Tarifa. Pero no dejé que se alargara el descanso, porque achuché a todos para masticar a batientes y continuar al ritmo establecido, aunque los animales sudaran los cueros en blanco. Y la verdad es que en estos días, tantos años después, siento envidia de aquel espíritu que nos lanzaba a la aventura con inusitado ardor, esa pasión indomable por la mar y los barcos de la Real Armada, dispuestos a todo por cumplir la obligación impuesta.

Llegamos a media mañana al puerto de Algeciras, ya con el día encapotado a ceniza y un viento fresquito soplando desde levante. Y como siempre que anduve por aquella zona, no dejé de observar la Roca del Peñón gibraltareño en la distancia, esa montaña de oprobiosa vergüenza al contemplar la bandera británica izada en el castillo árabe. Recordé que allí habían luchado a muerte mi padre y el tío Santiago, ganando ascensos y cobrando heridas que casi dan con sus vidas. Pero no era momento de perderse en los recuerdos, por lo que sin dudarle un momento y siguiendo las indicaciones recibidas, nos dirigimos hacia la Jefatura del Apostadero Naval de Algeciras, rimbombante nombre para denominar lo que más parecía un cuartelillo de fortuna. En realidad, no era más que un viejo caserón sin muchas aspiraciones, con fríos y humedades excesivas, situado a pie de playa y muy cercano del embarcadero. Había sido cedido a la Armada para su libre utilización en el verano de 1779 por don Salustiano Toldrá, vecino de la ciudad, con motivo del bloqueo impuesto a la plaza de Gibraltar, cuyas fuerzas navales quedaron al mando del jefe de escuadra don Antonio Barceló. Y, en verdad, tan sólo la presencia de guardia armada en la puerta principal, compuesta por unos pocos soldados de los Batallones de Marina, indicaba el fin al que era sometido.

Detuvimos el carruaje junto a la entrada, pero ya antes de acometer el cuerpo de guardia, nuestra mirada se abanicó en gracia al contemplar, fondeado con dos anclas y al abrigo, junto al embarcadero de las lanchas, un hermoso bergantín. Beto también lo había observado y escuché sus palabras.

—Ahí lo tenemos, *Gigante*. Por nuestra Señora del Rosario, que es hermoso hasta reventar la madre. Y para regusto propio, no se le aprecian excesivas muescas de combate a la vista.

—Según tengo entendido, el destrozo sufrido en el pasamanos debe ser a la banda de estribor, que ahora nos queda oculta a la vista. Pero tienes razón, tan sólo se observa el bote reventado y algún armazón alzado en picas. Poca faena para nuestros carpinteros. Pero vayamos a presentarnos al Jefe del Apostadero, que estoy deseando pisar esa cubierta.

—Comparto la querencia.

Tras interrogar al soldado de guardia, fuimos acompañados por un cabo hasta el piso superior, donde nos esperaba el capitán de fragata Valdeleón, ayudante del

general. Se encontraba al tanto de nuestra visita porque, tras ofrecerle nuestros respetos en fórmula, atacó de frente.

—El jefe de escuadra don Bruno de Hezeta ha salido hace pocos minutos para inspeccionar las baterías de La Punta. Pero como ya sabía de su llegada, me ordenó que les facilitara la visita al bergantín britano. Pero antes, si puedo preguntarles, ¿a qué viene este imprevisto interés del general Escaño por un bergantín? No les miento si aseguro que mi gente no está muy contenta, y debió largar hasta las muelas en sangre para echar mano a la presa.

—Pues nada sabemos con detalle, señor —alegué con decisión y candida mirada—. El teniente general don Antonio de Escaño tan sólo nos indicó que le echáramos un vistazo, para informarle de su estado. Según parece, y le hablo de oídas, quieren que estas unidades lleven a cabo los correos con los puertos mediterráneos y las islas Canarias.

—¿Los bergantines? Bueno, allá cada cual con sus manías —tampoco él parecía encantado con la idea de entregar la presa—. Tienen un bote preparado en el embarcadero y el alférez de navío Puerta, que fue quien comandó la presa hasta el fondeadero, les acompañará en su recorrido. Espero que cuando acaben la inspección, ya se encuentre el general en su despacho.

De esta forma y sin más conversación, Valdeleón llamó al oficial mencionado quien, tras ponerse a nuestras órdenes, se ofreció a dirigirnos al embarcadero. Una vez en el bote preparado al efecto, fue escasa la boga necesaria de los cuatro marineros hasta alcanzar el bergantín. Llegamos a su altura por la balconada de popa, donde podía leerse en un color rojo y brillante la palabra *Respect*. En dicho momento, cayó el patrón a estribor para tomar dicha banda del buque, donde avistamos una escala de gato preparada de antemano. Sin dudar, trepamos por ella con agilidad. Por fin, pisamos la cubierta del que para mí ya era el bergantín *Penélope*, sintiendo una oleada de satisfacción en el pecho difícil de explicar con palabras. Aunque todavía se trataba de pensar en futuros, me encontraba en el buque que comandaría a través del Mar del Norte^[25] hacia las Indias, atravesando la mar infinita. Los duendes regresaron a roer las tripas, pero en este caso era de pura felicidad.

Aunque el alférez de navío Puerta intentaba dirigir la visita por el barco de una forma más bien rápida y superficial, mostrando las muecas y destrozos con todo detalle, decidí tomar el control de la situación, que no cuadraba en el pensamiento propio esa idea. De esta forma, recorrimos el bergantín desde los guardines del timón hasta el barbiquejo del bauprés, con todo detalle y durante varias horas. Ni siquiera nos detuvimos cuando ya sobrepasábamos la hora del almuerzo con claridad, aunque en las caras de los que nos acompañaban se dejara escuchar el ruido de tripas vacías.

La verdad es que sacamos una impresión inmejorable del estado del buque, todavía impregnado con el perfume de las gradas de construcción del arsenal primitivo. Y debíamos andar con tiento en las conversaciones mantenidas entre Beto

y yo, que no era posible dejar traslucir ni una mota nuestras verdaderas intenciones. Por esta razón, entrábamos en comentarios un tanto absurdos, como dos ayudantes que se ven obligados a informar a su general con extrema puntualidad.

—La artillería es impecable y recién facturada —decía Beto sin demasiado entusiasmo—. Y todas las llaves de fuego en perfecto estado.

—En ese aspecto nos llevan marcada delantera los britanos desde hace muchos años —recalcó Puerta—. Incluso nos sorprendió descubrir dos carronadas, también nuevas de trinca, una emplazada en el castillo y la segunda en la toldilla.

—Es bastante habitual en las unidades británicas destinadas como corsarias —alegué por derecho—. Esos montajes pueden ser definitivos en los momentos de abordaje, pero también para evitarlos. Si le soy sincero, Puerta, todavía no comprendo como consiguieron tomarlo con las lanchas.

—No fue faena sencilla, señor, que les debimos entrar a caldos de muerte y en manada —alegó el joven y fuerte oficial con elevado orgullo.

—Sin embargo —alegué a la contra y el falsete—, los destrozos recibidos son de mayor calado a los que suponíamos. Además de la estructura dañada en cubierta, es necesario retocar la jarcia mayor del trinquete y el estay del foque.

—Tampoco es de entidad importante, señor, si me permite el comentario —el alférez de navío, que había tomado parte en la presa, defendía su parcela—. Fácil trabajo para los carpinteros y contraamaestres. Las mesas de guarnición se encuentran a plomo y sin rasguño. Estimo que las muestas son más aparentes que reales. Y este bergantín no es como alguno de los nuestros, porque cuenta con dos cofas planas bien aparejadas, razón por la que el general lo denominó en un principio como bergantín-polacra.

—Pero los de ese tipo utilizan velas redondas en el mayor, sin cangreja. Bueno, la verdad es que son muchas las variedades y nunca se definen al completo. Pero éste en particular podría cumplir al palmo, sin duda, su cometido como buque correo, si así lo decide el general —apostilló Beto.

Aparte de esos comentarios entrados en comedia de feria que me avergonzaban un poco, por mi parte tomaba buena cuenta de los detalles, sonriendo para mis adentros. Como alegaba el joven oficial, unos pocos retoques de los carpinteros podían dejar el barco listo para navegar en perfectas condiciones y sin faena extraordinaria. Y como ya mis pensamientos se ceñían sobre el necesario movimiento del buque a Cádiz, me alegraba en mucho el estado general a la vista. Porque no sería necesario trasladar personal de la maestranza del arsenal de La Carraca para llevar a cabo esas mínimas reparaciones iniciales, que podían ser acometidas por el propio personal destacado en el apostadero.

Por fin, entrados de lleno en la tarde, regresamos a la Jefatura del Apostadero. Fuimos recibidos por el jefe de escuadra don Bruno de Hezeta, de quien había escuchado muchos y elogiosos comentarios. También sabía de otros detalles particulares, leídos en los cuadernillos de mi padre. Destacaban de forma especial los

de sus misiones por las aguas de las Altas Californias, así como los sinsabores sufridos en la guerra a la Convención francesa por las costas catalanas, donde sufriera un Consejo de Guerra en injustas condiciones. Nos recibió con extrema cordialidad y atención.

—Bienvenidos a este apostadero, señores. Lamento no haberme encontrado para recibirles esta mañana, cuando llegaron, pero tenía concertada una visita de inspección. Espero que hayan recibido el apoyo necesario para llevar a cabo su trabajo. Por cierto, Leñanza, supongo que usted es hijo del jefe de escuadra. Bueno, ascendido a teniente general aunque el pobre no llegara a saberlo.

—Así es, señor.

—Conocí a su padre y casi coincidimos en nuestras aventuras por el departamento marítimo de San Blas, en las costas de Nueva España. También trabajamos juntos, años después, en la bahía de Rosas, cuando se produjo el desastre del navío *Triunfante*.

—Eso tenía entendido, señor.

—Era un gran hombre, que no mereció morir tan pronto. Pero, bueno, entremos en madeja. ¿Qué les ha parecido nuestra presa?

—Una magnífica unidad, que se mantiene en perfectas condiciones por ser de nuevo cuño —contesté con sinceridad—. Entiendo que, con un poco de trabajo de carpintería, puede quedar lista para pasar a Cádiz, si así lo decide el general Escaño.

—No sería mayor problema, si no se topan con un par de fragatas largando trapo desde proa. Con vientos por las amuras, este bergantín es capaz de dejar atrás a casi todas las unidades británicas empleadas en el bloqueo. Pero con toda sinceridad, señores, mucho me extrañó el repentino interés de don Antonio de Escaño en una unidad de este tipo. Y digo esto porque estimo que, hoy en día, se les concede un escaso bagaje operativo. Y conste que muestro mi desacuerdo con tales consideraciones. Las unidades ligeras de dos palos son imprescindibles en toda Armada, especialmente en la situación de bloqueo que sufrimos.

—Estoy de acuerdo con sus palabras, señor —indiqué con sinceridad.

—Además, bastantes quebraderos de cabeza le llueven a diario al general Escaño en el arsenal de La Carraca, con el alistamiento de la escuadra y la escasez de fondos que sufrimos. Porque no debemos olvidar que, como es de ley, la presa debe ser abonada tras la pertinente comisión del Tribunal de Presas, cuya labor es tediosa hasta reventar venas. Se deben valorar los cargos que se venden a la Provisión de Marina, así como los efectos que llaman de cargo en frío y los dineros que abrigaba la caja en el momento del apresamiento, monto total que debe elevar el comisionado al conocimiento de Presas. Y por fin, debe mostrar firma en acuerdo el Comisario Ordenador y Tesorero de Marina de servicio en el departamento marítimo como Depositario de Presas, con lo que se cierra el círculo diabólico del papeleo. La verdad es que con este martirizador sistema, más vale no apresar pieza enemiga. —Hezeta sonrió de buen humor.

—Por desgracia, nada sabemos de ese tema, señor —alegué con suavidad—. Ojalá estuviéramos al día de esos papeleos, señal de que habíamos tomado alguna presa al enemigo.

—Bueno, todo eso se lleva a cabo con mayor facilidad en la capital del departamento marítimo. Me dijo el general Escaño que se intenta aumentar las unidades capaces de llevar a cabo transporte o correo con las islas, por lo que son necesarios buques de este tipo, bien veleros y con capacidad de carga. En fin, señores, nuestros superiores siempre saben lo que se ha de hacer.

—Informaremos a don Antonio de acuerdo a sus instrucciones y previsiones, señor general —no quería entrar en comentarios que podían derivar a oscuros.

—De acuerdo. Pero creo que no han almorzado una miga todavía. ¿Piensan regresar a capitania esta misma tarde? En ese caso, no deberían hacerlo en situación de ayuno cuartelero. Si así lo desean, puedo conseguirles alojamiento para esta noche con los oficiales de las lanchas.

—No será necesario, señor —contesté con rapidez—. Es mucha la faena sobre la mesa y ya conoce la dedicación de don Antonio de Escaño al trabajo. Sin embargo, le aceptamos con mucho agradecimiento un ligero almuerzo, antes de nuestro regreso a la Isla de León.

—Muy bien, lo que deseen. Ofrezcan mis respetos al general Escaño y comuníquense que quedo a la espera de su decisión final sobre esta unidad que, en puridad, se denomina hoy en día *Respect-presa*.

—Así lo haremos, señor general.

Sin perder tiempo, como acuciados por prisa enfermiza que los oficiales del apostadero achacaron a esa querencia natural de la persona al rescoldo propio, tomamos un ligero refrigerio en la cámara de oficiales, para embarcar a continuación en el carruaje y tomar el camino de regreso con todo el aparejo largado a los vientos. Comenzaban a caer las luces grises, cuando divisábamos la sombra del Peñón gibraltareño en la distancia, desde la colina. Y una vez a recaudo de orejas indiscretas, Beto no esperó más de unos segundos en largar a pulmón batido su plena satisfacción.

—¡Qué vivan las hembras de Piura, las mujeres más hermosas del mundo conocido! Nos ha caído en los brazos un bergantín de dulce y con barnices de bautismo.

—Un regalo largado en directo desde los cielos. Don Antonio de Escaño debe tener especial olfato para olisquear estos manjares a distancia y sin mayores datos a disposición. Un bergantín de reciente construcción, con el aparejo que calculábamos como ideal para la misión impuesta, una bodega espaciosa y, por fin, aparejo y cabuyería en tronco de luces, que hasta los cables de las anclas parecen haber sido elaborados el día de ayer. Y los respetos del trapo en un porcentaje más elevado del habitual.

—Dos cangrejas de respeto en el pañol. Un lujo. Bueno, y la artillería de superior

calidad a cualquier unidad de nuestra Armada.

—En efecto aunque, en verdad, se trata de un aspecto menos importante. Lo que necesitamos es ser veleros, andar la milla al viento como el cormorán y bolinear a la cuarta. Y por encima de todo, desear que no debamos utilizar la artillería en ningún momento. No es que haga ascos al combate, pero para la comisión ordenada sería ideal no tener que abrir fuego. En cuanto a las carronadas, deberíamos desembarcarlas. No es nuestra misión y cuanto menos peso llevemos en cubierta, mejor.

—Estoy de acuerdo, aunque cualquier comandante ofrecería con gusto un par de pagas, por disponer de esos montajes. Pueden representar una ayuda formidable en ocasiones de apuro —Beto quedó dubitativo unos segundos, antes de continuar—. Bien pensado, tampoco hacen daño a bordo y, llegado el momento con prisas en acecho, siempre podemos largarlos al agua sin mayores problemas.

—Tienes razón.

—¿Te dijo el general cuándo deberemos acudir a esta bahía para recogerlo?

—No tocamos ese detalle particular. Pero es de suponer que cuanto antes. Deberemos escoger una dotación inicial, aunque dudo de la oportunidad de esta medida que llamaría la atención.

—Bueno, el general Hezeta se ofreció a que la dotación de presa, ampliada con el personal que se estime necesario, lleve a cabo el transporte. Eso ofrecería una mayor naturalidad, sin levantar sospechas.

—Estoy de acuerdo. Además, don Antonio aludió a la posibilidad de navegar sin pabellón. Saliendo de Algeciras al atardecer y con vientos generosos, deben arribar a la bahía gaditana sin problemas y en un tiempo escaso. No se consideraría como condición normal que los dos ayudantes del capitán general se trasladen al apostadero de Algeciras al mando de una dotación, para marinar la presa hasta Cádiz. Debemos obrar como si se tratara de un simple transporte. Que lleven a cabo las reparaciones necesarias con su personal, naveguen a Cádiz y, una vez en el arsenal de La Carraca, lo dejaremos en dulce.

—Esto merecería un brindis, señores —Okumé escuchaba con atención—. Estoy seguro de que les entraría bien al cuerpo una frasca de vino.

—Dios te bendiga, amigo mío. No sé que sería de nosotros sin tu permanente auxilio —entró Beto sin pérdida de tiempo, mientras pasaba la lengua por sus labios—. ¿Dejaste alguna a mano?

—Desde luego. Y un par de chorizos porque, con el tiempo empleado en la manduca, deben andar con el estómago rendido.

Okumé abrió la cesta, para sacar una ristra de chorizos, media hogaza de pan y una generosa frasca de vino rojo, que nos supo a gloria. Pero el africano quería mostrar su buen humor.

—Han comenzado la misión principal de sus carreras, señores. Y no pueden fallar en ésta, porque podrían quedar marcados de largo. En fin, ya me ocuparé de que todo

se desarrolle como ha de ser.

—Pareces el general Escaño —Beto ya sabía de mi amistad y confianza con Okumé, situación que había asumido como propia—. Pero tienes razón.

—Supongo que querrás embarcar en el bergantín *Penélope* —miré al africano en guasa.

—No podrían largar amarras sin mi presencia a bordo, señor —volvió a mostrar la blanca dentadura—. Soy capaz de destapar el entramado de esta misión y pasar noticia a los britanos si me dejan en tierra. Además, Okumé es negro y africano, pero más listo y fuerte que la mayor parte de los blancos.

—Esa frase se la escuché muchas veces a Setum, dirigida a mi padre.

—Y de él la he tomado, como tantas otras recomendaciones que intento seguir al palmo.

Bebimos y comimos con ganas, hasta dar cuenta de dos frascas de vino y toda la comida embarcada por el sabio de piel oscura. Reíamos por cualquier detalle, de excelente humor, como jóvenes guardiamarinas embarcados de lleno en su primera experiencia naval. Beto entraba con comentarios de chanza y bromas al gusto sin descanso, que eran contestadas por Okumé con especial ocurrencia. Pero el comentario del africano había sido certero porque, en verdad, habíamos dado comienzo a la misión que podía marcar nuestro futuro. Pero no era cuestión que me preocupara una sola onza en aquellos momentos. Más bien al contrario, mis pensamientos se centraban en el mando de un bergantín nombrado para misión oceánica, el sueño de todo teniente de navío. Creo que fue uno de los días más felices de mi vida, de esos que se deben guardar a fondo en los recuerdos para cuando llegan los tiempos malos, que también aparecen tarde o temprano amadrinados a la ola.

10. Faena de carga

Arribamos a la Isla de León bien entrada la noche, maltrechos de cuerpo y agotadas las fuerzas más allá de la raya, pero con la moral elevada hasta la galleta. Por desgracia y para rematar la jornada, nos había caído un aguacero bien entrada la tarde que, como era habitual en aquella vereda del demonio con más curvas que una sirena, dejaba los límites para machacar ruedas. Y no perdimos un solo segundo en comentarios, porque atacamos el catre para entrar en dulces sueños con extrema rapidez, preparados para informar a nuestro jefe en la siguiente jornada.

De común acuerdo, llegamos al despacho del general a las siete de la mañana. Y bien que debió trabajar Okumé para devolvernos a la vida, porque era mucha la querencia del cuerpo a los cobertores. Por fin, con los ojos a medio camino, alcanzamos la secretaría donde, para sorpresa propia, tuvimos que esperar algunos minutos. Don Antonio, saliendo también de la norma, todavía no había bajado de sus aposentos. Para rematar las sorpresas, no era bueno el aspecto de su cara cuando, unos minutos después, nos recibió.

—Buenos días, señor.

—No tan buenos, señores, y hago extensiva la penosa expresión a todos.

Quedamos en silencio, mientras nuestro jefe se movía por el despacho con movimientos lentos, frotando sus cabellos sin descanso.

—Anoche cené con el general Álava y algunos comandantes de la escuadra a bordo del navío insignia, un ágape largo en discusión, pero también en carnes y tragos. Ahora lo pagan los cuerpos sin remisión, especialmente el mío, poco habituado al desmadre. Menos mal que, desde mis lejanas experiencias a bordo de los jabeques con el general don Antonio Barceló, muy dado a cenas copiosas, guardo a buen recaudo esas hierbas amarillas que se recogen en la montaña menorquina de la Mola. Tomadas en infusión, alivian los excesos como milagro de San Genaro.

—Mi padre también era muy devoto de esas flores que llaman manzanilla. Parece que, como dice, alivian por largo los males del estómago.

—Bueno, el estado del cuerpo no debe condicionar nuestro trabajo, o eso debemos intentar al menos. Pero tampoco vosotros presentáis un aspecto como para lanzar hurras al sol, aunque por vuestra cara estimo que la comisión girada al apostadero de Algeciras ha sido más que positiva —nos ofreció una sonrisa paternal—. Vamos, largad el buche, que os veo con ganas de entrar al quite, y no es mucho el tiempo a disposición.

No esperamos un segundo más. Como correspondía, me convertí en portavoz y expuse al general con todo detalle la inspección que habíamos pasado al bergantín, sin olvidar aspecto alguno. Beto apoyaba con gestos o alguna entrada en cuanto podía, exagerando a veces alguna cualidad. Pero dimos fin sin que nada quedara en el aire.

—Ya veo que habéis recorrido ese bergantín al palmo. Buen trabajo, muchachos. Me alegro de haber acertado en mis premoniciones y confiar en el juicio del general Hezeta. Aunque parece que entramos en suerte demoníaca hace años, alguna vez debe sonreímos la blanca.

—¿Quiere que prepare un escrito para el jefe del apostadero en el sentido de que se aliste...?

—No será necesario, *Gigante*. Para desgracia de mi cuerpo, que no se encuentra hoy para alharacas de monja, dentro de una hora pasará a recogerme el general Álava, precisamente para marchar a Algeciras. Hace algunas semanas que deseamos comprobar las baterías de costa y la armadilla del apostadero, pensando en futuras operaciones contra el comercio britano con destino a Gibraltar, de acuerdo con las instrucciones recibidas del Secretario de Marina. Anoche, durante la cena, quedamos para hacerlo en el día de hoy. Y bien sabe Dios que me gustaría cancelar esta comisión si fuera posible.

—Si quiere, señor, podemos dar aviso al general Álava para que la suspenda.

—Nada de eso. Cuando el cuerpo se encuentra mal por culpa propia, no debe pagarlo el servicio. Con las hierbas y el tono del sol espero entrar en cuerdas rápidamente. Como suponía que estaríais de regreso en la noche y dispondría de vuestro informe al punto, no necesitaré explayarme en la visita al bergantín. Pero si que incidiré en la necesidad de que se lleven a cabo las mínimas reparaciones, para que ese buque sea trasladado a este arsenal a la mayor brevedad. No os preocupéis que soy experto en apresurar las telas sin que el público olisque motivos ocultos. Son muchas las opciones disponibles para que no sospechen la realidad. Además, puede ser oportuno el apoyo de las unidades de la armadilla de Algeciras, si el tiempo no se abre a luces.

—Puede ser de gran utilizad, señor. ¿Qué ayudante desea que le acompañe en este día?

—Ninguno. Prefiero que el general Álava se explaye en solitario conmigo.

—En ese caso, señor, quedamos para lo que ordene. A partir de ahora, seguiremos las pautas que nos indique al punto.

—Lo primero y principal es que aparezca el bergantín *Penélope* por los caños. Por cierto, debo solicitar a la Secretaría que se le aplique ese nombre oficialmente en nuestra lista de buques. Espero que, como lo solicita un capitán general de departamento, no se me niegue tal prebenda. En el mismo oficio, propondré sus nombramientos como comandante y segundo. A continuación, deberé actuar con diligencia para manejar de acuerdo al tribunal de presas y toda esa mandanga de leguleyos. Pero se os presenta mucho trabajo por la proa. Podéis ir pensando en la dotación, aspecto que considero primordial, así como los víveres necesarios, respetos que no se encuentren a mano en el buque y todo lo imprescindible para una misión como la que vais a encarar. Os dejo libertad absoluta porque os conozco y sé de vuestro buen hacer y prudencia. Pero no seáis parcós en exceso, ni penséis que

vuestras exigencias pueden llevar a nuestro arsenal a la ruina, entre otras circunstancias porque se encuentra en esa triste situación desde hace bastante tiempo —elevó su primera sonrisa de la mañana—. En casos como éste y si se precisa, podemos hacer alguna excepción sin levantar la moscarda por alto.

—Lo que mande, señor.

Beto y yo regresamos a nuestro escritorio, dispuestos a comenzar el trabajo. Y no era de tronco mediano el árbol a derribar, conforme encarábamos el listado de los puntos principales a tener en cuenta. Pero el entusiasmo elimina barreras, especialmente cuando se calzan pocos años en el carruaje. Mi compañero apuntó de entrada lo que ya rondaba por mi cabeza.

—*Gigante*, don Antonio habla de la dotación en general, pero creo que el aspecto fundamental y donde nos jugamos gran parte del éxito de esta empresa, es en la gente de mar. Sin equipaje de garantía a bordo, nada será posible. El general te dio mano libre en ese aspecto y por ahí debemos comenzar.

—Estoy de acuerdo contigo. Por esa razón tengo a mano el Reglamento General de Guarniciones y Tripulaciones —tomé de una gaveta emplazada sobre la mesa un cuadernillo, pasando a la tercera página sin dudarlo—. Beto reaccionó con rapidez al observar los pliegos.

—Me parece que ese reglamento es bastante antiguo, *Gigante*. Hay otros posteriores.

—En efecto. Éste que manejo es el que hizo desarrollar el baylío don Antonio Valdés cuando era Secretario de Marina, allá por 1788. Ya sé que el actual ministro, don Francisco Gil y Lemus, lo actualizó hace un par de años, pero con especificaciones para los diferentes tipos de navíos, fragatas y urcas solamente, sin especificar las unidades menores de dos palos. Como recordarás, se trataba de un intento para aceptar de lleno las repetidas peticiones de las escuadras, en el sentido de aumentar las dotaciones de los navíos. Por esa razón, en cuanto a los detalles de los hombres necesarios en un bergantín, debemos utilizar el viejo.

—Tienes razón. Después de todo, tampoco es importante porque don Antonio nos concederá el personal que le solicitemos.

—Pero todo dentro de un orden. No olvides que debemos ser veleros y correr la milla al salto. Demasiados hombres aparejan mayor cantidad de víveres y aguada a bordo, con un desplazamiento conjunto mayor. Sin contar que también sería un tanto sospechoso.

—De acuerdo. Comienza pues con la sinfonía.

—Bien. En cuanto a oficiales de guerra, como ya el comandante y el segundo están nombrados por el dedo insigne del Altísimo, nos faltan solamente dos alféreces de navío y un alférez de fragata.

—Sin olvidar algún guardiamarina, que esos jóvenes siempre alimentan el negocio.

—No me olvido, zoquete. Debías saber que en el reglamento no se especifica el

número de los de ese empleo en cada unidad porque es variable, dependiendo de los que haya disponibles para embarcar.

—Ya lo sé. Pero también se dice claramente que se embarcará el mayor número posible para ayudar a su formación. ¿Te imaginas que nos hubiese caído en gracia una comisión como ésta cuando rumiábamos de guardiamarinas en la Academia?

—Como para ganar el cielo y volar desde la cofa. Pero entremos al grano. De los dos alféreces de navío que nos corresponden, uno podría ser este Julián Puerta que ayer nos acompañó en la visita al bergantín. Ha demostrado su valor con las lanchas y ya conoce el barco bastante bien por haberlo marinado en presa. Además, es valiente, tiene brazos como mástiles y parece fuerte como un toro.

—Me parece una buena idea. Pero no olvides que los de esa clase y envergadura comen como animales. De esa forma, rebajan el nivel de los víveres.

—No digas tonterías —la salida de Beto, tan aficionado a la comida en abundancia, me hizo reír—. Bien, aceptado éste, nos falta uno.

—Si te parece, podríamos decírselo al alférez de navío Ramón Echagüe, que tenía a mis órdenes en el navío *San Agustín*. En el combate del pasado 21 de octubre se portó como un jabato en alas y acabó con tres heridas en pecho y piernas, sin abandonar su puesto de combate. Por desgracia, también este vasco es del tamaño de un roble e ingiere alimentos como un náufrago.

—No lo conozco pero, si lo crees oportuno, queda aceptado. La verdad es que no me llega a la cabeza otro con especiales condiciones.

—Te repito que se trata de un oficial excelente. Tras el combate del día 21, habría merecido dos ascensos por el valor demostrado.

—Pues no se hable más. Puerta y Echagüe rellenan el cupo de los de ese empleo. Sigamos la marcha. El alférez de fragata podría ser Julio Menéndez. Es buen chico y, según creo, también se alumbró por alto en el combate como guardiamarina a bordo del navío *Santa Ana*.

—Perfecto. Además, como trabaja aquí con nosotros en la secretaría, lo conocemos bien. Es inteligente, incansable para el trabajo y menudo de carnes, lo que puede compensar el nivel. En cuanto a los guardiamarinas, creo que un par nos vendrían bien, llegados al caso. Pero no conozco a ninguno.

—Tampoco yo. Le pasaremos la patata al general. Seguro que pregunta a la Academia, para que el Capitán los designe. En cuanto a los oficiales mayores, necesitamos un contador hábil, de esos que no les importa bordear la..., bordear la legalidad. ¿Me comprendes?

—¿Crees que acabo de ingresar en la Real Armada? Lo comprendo y aplaudo.

—En el navío *Santísima Trinidad* se encontraba embarcado uno bastante jovencito, de los que llaman *de quinta*, más listo que una liebre encamada. El contador principal lo enviaba de pesca por el arsenal, con buenos rendimientos. Creo que se llamaba Miguel Sarmiento. Lo vi hace algunas semanas en el arsenal de La Carraca.

—Muy bien, elegido para la cacerola. El capellán lo dejó a tu elección. Pero que no sea de barriga ancha y misa corta.

—Que lo designe el general, así como al cirujano segundo, aunque éste último lo prefiero con experiencia de sangre y no demasiado joven. Pero en cuanto a estos oficiales mayores, nos falta el que estimo de capital importancia.

—Seguro que te refieres a los pilotos —contestó Beto con rapidez—. Nos corresponden un piloto 2.º y un pilotín. El primero de ellos debe tener mucha experiencia en esta costa, especialmente desde la bahía de Cádiz hasta el cabo de San Vicente. Es muy posible que, por esa zona, debamos lamer las piedras con los dientes, si el juego llega a tornarse en vinagre.

—Es muy posible. Pero también debe conocer la costa norte africana al palmo, por si debemos cambiar los planes y ceñirnos a esa banda, bien sea a la ida o en el tornaviaje. Y si tiene experiencia en navegación de altura, especialmente por las Antillas y Tierra Firme, mejor todavía. Pediremos consejo al general, que conoce hasta los presidiarios del cuartel.

—¿Cuántos oficiales de mar nos corresponden?

—Once en total. Según especifica el reglamento, deben ser un segundo contramaestre, un primer guardián y uno segundo, dos calafates, dos carpinteros, un cocinero de equipaje, un patrón de lancha, un patrón de bote y un maestro de velas.

—Considero fundamentales, en primer lugar, el contramaestre y los carpinteros. También en un segundo plano, un calafate y el maestro velero. Sin olvidar al cocinero, por supuesto, aunque nosotros dispongamos de Okumé. Bueno, si el comandante me permite comer con él en su cámara.

—Lo pensaré y siempre que seas parco. Tienes razón en tus juicios, pero también es importante el patrón de lancha, que puede ser decisivo en determinadas ocasiones. Lanzados a la arena y como el general nos dio mano ancha, tomaremos lo mejorcito de cada pastel.

—A los comandantes de las diferentes unidades no les gusta ceder sus mejores piezas, amigo mío.

—Hay mucho oficial de mar pasado a cuartel en tierra, aunque los mejores, sin duda, se encuentran embarcados en los buques de la escuadra. Pero no olvides que el general Álava está en el ajo del asunto y es el comandante general. Los oficiales de mar son importantísimos y debemos exigir lo mejor.

—De acuerdo. Continúa.

—Nos corresponden 30 soldados de tropa de infantería, 8 de tropa de artillería, 6 artilleros preferentes, 15 ordinarios, 18 marineros, 20 grumetes y 4 pajes. En total, 112 hombres. Y ya de entrada, me gustaría aumentar los soldados de Batallones, con un experimentado teniente a la cabeza.

—¿Piensas tomar alguna presa al corso? No es ésa nuestra misión.

—Lo digo por la necesidad de que nadie llegue a desertar. Como espero conseguir lo mejor en cada ramo, no nos podemos permitir perder un solo hombre a lo largo de

toda la comisión. Es muy importante la presencia de suficiente guardia armada en cubierta, cuando fondeemos en Cartagena de Indias.

—Después de una larga navegación, donde puede aparecer cualquier cristo crucificado y muescas en la sangre, a los hombres les gustará pisar tierra.

—Sabes bien que desertaría un buen número de ellos. Nada de bajar a tierra y guardia en cubierta para que desistan de la tentación los buenos nadadores. Les conseguiremos sus necesidades a bordo.

—¿Piensas seguir la costumbre británica de las Queen's Caroline Daughters^[26]? —Beto reía divertido—. No es habitual en nuestra Armada.

—Me importa un rábano el método empleado, ya sea con hijas de la reina Carolina o aguardiente en abundancia. Que disfruten con largura a bordo, pero no quiero un solo desertor.

—De acuerdo. Me parece una buena idea. Pero pasando a otro tema capital, si disponemos del respaldo de los grandes jefes como es de esperar, debemos exigir auténtica gente de mar. Ya sabemos que se trata de la gran tragedia en los buques de nuestra Armada —Beto movió la cabeza con pesadumbre—. En el navío *San Agustín* decía nuestro comandante, don Felipe Jado de Cagigal, que no llegaban a cincuenta los hombres de mar, de verdad, embarcados. Y hablamos de una dotación de setecientos hombres.

—Esa norma era extensible a todos los demás. De ahí nos llega el desastre entablado en la Real Armada durante los últimos quince años. Pero no olvides que, en este especial caso, estamos tocados por la mano de los dioses. Necesitamos 18 marineros de verdad, con sal en las venas y costras de escaramujo en los huevos. También una docena de grumetes, por lo menos, con las mismas cualidades. Sin olvidar los artilleros, por supuesto, con experiencia y de Marina.

—Los del Ejército embarcados en la escuadra dieron bien la cara el día 21 —alegó Beto.

—Por supuesto. Pero algunos toman mal la mar y ésta es una navegación de mucha brega. Además, el número es muy corto y podemos asegurar la tajada.

—Por cierto, creo recordar que, en situación de guerra, se aumentan esas dotaciones.

—Solamente para navíos y fragatas en proporción al número de cañones.

—No recordaba ese detalle. Bien. Si todo sale como hemos planeado, no quedará duda alguna de que dispondremos de la mejor dotación de la Armada. Otro gallo habría cantado si, en el combate librado en aguas de Trafalgar, todos los navíos hubiesen dispuesto de suficiente personal escogido al gusto, como hacemos ahora nosotros.

—En ese caso, los británicos habrían optado por una táctica bien distinta, no te quepa duda. Pero volviendo a nuestro tema, no debemos olvidar que la prudencia es el factor que nunca podemos soslayar. Quiero decir que, como el número total de hombres a seleccionar es escaso, si vamos picando poco a poco en las diferentes

unidades de la escuadra, no cantará mucho la galera y pasaremos desapercibidos.

—Hay que ganar esa vena al precio que sea, desde luego. Creo que tenemos suficiente mano izquierda y palabrería de feriantes para conseguirlo. De todas formas, nos resta por enfocar un aspecto que también presenta su miga. Nada hemos hablado del necesario adiestramiento.

—¿A qué te refieres?

—Deberemos acoplar a la dotación en un tiempo relativamente corto y a un tipo de barco que, posiblemente, no conozcan, a no ser que en la necesaria selección amplíemos la mano hacia las pequeñas unidades.

—No creo que sea necesario. Los buques pequeños amarran con mayor fuerza a sus buenos ejemplares.

—De acuerdo. Insisto en que me preocupa el necesario adiestramiento. Sin embargo y para nuestra desgracia, no sería prudente observar un bergantín con maderas y aparejo en dulce, dotación escogida y completa, víveres embarcados para varios meses, así como los dos ayudantes del general a bordo, navegando por la bahía en adiestramiento de mar y guerra.

—Bueno, hay formas de largar estopa sin que se aprecie una brizna con el antejo. Una vez el *Penélope* listo de tablas, fondaremos en algún paraje discreto de la bahía. Y ahí daremos leña al personal de sol a sol si es preciso. No sabemos el tiempo del que dispondremos para este cometido, porque todo dependerá de lo que tarde en aparecer el barco para entrar en el arsenal. Pero es incuestionable que, si es posible, deberíamos abandonar estas aguas en el mes de septiembre. El contramaestre y los guardianes deberían tener alargada experiencia en buques de dos palos.

—Pues ya sólo nos queda entrar al tacho. Como tenemos el día sin jefe a quien adorar, tomemos el carruaje y partamos hacia el arsenal de La Carraca para comenzar las pesquisas. ¿Te parece?

—De mil amores. Ya sabes que odio esta oficina con los cinco sentidos, especialmente desde que veo cercano el embarque.

—No se hable más. Demos comienzo a la operación.

Como es fácil suponer, los estragos del cuerpo habían pasado a sotavento sin dejar mella. La euforia que disfrutábamos no tenía límites, una sensación que ofrece fuerzas supletorias. Pero también es cierto que, de vez en cuando, la cabeza chascaba el freno porque, en verdad, todavía no disponíamos de buque y el castillo soñado podía venirse abajo con estrépito. Pero esas nubes negras las apartaba de un manotazo sin mayor problema, que todo se abría en claros por la proa.

Pasamos el día en el arsenal visitando buques, conversando con otros compañeros en adecuada investigación y recorriendo almacenes y depósitos. Aunque nos separamos al llegar, coincidimos en la hora del almuerzo en la posada del recinto militar, acabando por rendir la jornada cuando las luces comenzaban a caer. Y fue buena la idea de no regresar muy tarde al despacho, porque pocos minutos después hacía su aparición don Antonio, todavía con rastros de dolor en el rostro.

Lo pusimos al corriente de nuestros planes con extremo detalle y, en general, mostró acuerdo en casi todo sin pestañear. Sin embargo, a veces entraba en pequeños comentarios, ofreciendo mejores soluciones a las proyectadas. Y lo que entregamos en sus manos, lo asumió por derecho, que no era don Antonio de los que dejan para otro día los muertos en descomposición. En cuanto a su visita al apostadero algecireño, todo se había cubierto al gusto, quedando bien ajustadas las órdenes para el traslado del ansiado *Penélope* a los caños de La Carraca.

A partir de aquel día, el aceleramiento mental al que nos sometimos fue de los de aparejo de capa y bombarda. Por fortuna, nuestro general nombró a un ayudante más para su destino personal, el capitán de fragata Bernardo de la Vega, quien era hombre de su máxima confianza y con graves problemas económicos para echar adelante su alargada prole, sin un real en la faltriquera. Pero conforme pasaban los días, los nervios se dejaban ver en la superficie. Suspirábamos por atisbar la llegada de nuestro bergantín a las aguas cercanas, como si se tratara del amor perdido y esperado con maligna pasión. Y tampoco podíamos entrar en requerimiento diario al general, que bastantes cargas pesaban sobre su espalda.

Con marejada gruesa entablada en nuestras vidas profesionales, poco acudimos en aquellos días a la casa gaditana. Pero así es la vida del hombre de mar. Porque, para bien o para mal, los barcos tiran tanto o más que los amores. Y nada podíamos aclarar de nuestro nuevo cometido, condición que nos dejaba en ocasiones sin respuestas. De todas formas, las mujeres disfrutaban de un especial olfato, por lo que atisbaban a las claras los nervios entablados y las conversaciones partidas a mitad. En este punto, tanto Beto como yo decidimos que, llegado el momento de la despedida, dejaríamos en el aire toda información. Tan sólo ofreceríamos el dato de que se trataba de un transporte a las islas, posiblemente Canarias, con una duración de la navegación indeterminada.

También llegamos al convencimiento, sin dudarle un solo minuto, de que nuestras bodas debían esperar forzosamente al regreso. Y hablo en plural porque ya Beto y Rosalía, con amores y urgencias desatadas, tocaban ese tema a las claras. Por mi parte, no es necesario aclarar que me habría gustado unirme en matrimonio con Eugenia antes de salir en una comisión, con tornaviaje en fortuna desconocida. Pero fomenté los necesarios preparativos, a los que ella se acopló con verdadera alegría.

Hay fechas en nuestra vida que son difíciles de olvidar, esas que se mantienen grabadas a fuego sin posible rechazo y gustamos recordar. Ahora que repaso estas viejas historias de mi agitada existencia, una de ellas fue la del 24 de agosto de aquel año de 1806, un día entrado en calores y con un sol capaz de derretir la brea sin hornillo. Aunque seguíamos con nuestras particulares y discretas gestiones, que ofrecían hasta el momento muy positivos resultados, acudíamos cada mañana al despacho del general para comentarle con rapidez alguna duda, o elevarle una posible petición de auxilio. Aquella mañana, bien temprano, nos recibió con una especial sonrisa, de esas que escondían siempre alguna andanada o caricia de vientos. Y

aunque me preciaba de conocerle hasta los poros, no caí en la cuenta hasta escuchar su información.

—Parece mentira que os encontréis en este edificio todavía. Tenía razón mi buen amigo Francisco Leñanza, que Dios guarde, al asegurar que las nuevas camadas en la Real Armada han debido perder el brío de otros tiempos.

Beto y yo nos miramos con curiosidad, sin saber a qué cuestión se refería nuestro jefe.

—No le comprendo, señor —comencé con un ligero titubeo.

—Pues resulta que el bergantín *Respect-presa*, de nombre poco atractivo pero que debe resultaros interesante, se encuentra fondeado en la bahía gaditana frente a la Casería desde las últimas horas de ayer tarde. El alférez de navío Julián Puerta, que lo marinaba en transporte, se presentó en esta mayoría general poco después —el general observó nuestros movimientos nerviosos, preparados para partir a escape—. No es necesario que apresuréis el paso, que se le ha ordenado pasar al arsenal de La Carraca con la marea de esta mañana.

Sentí un cosquilleo de felicidad por todo el cuerpo, como el niño que le ofrecen una preciosa rongigata en la distancia.

—¿Quiere decir..., quiere decir, señor, que ya apareció? —también a Beto le costaba articular sus palabras.

—Os veo un poco atolondrados esta mañana. ¿Abusasteis de los caldos anoche? —don Antonio se divertía a nuestra costa—. Bueno, antes de que salgáis de estampida, debo comunicaros una buena noticia. Como los oficios corren al soplo cuando se les anima en conveniencia desde las altas magistraturas, tengo ya la respuesta que esperaba.

Aunque no sabíamos de qué hablaba, don Antonio removía la montaña de papeles establecida sobre su mesa. Por fin, pareció encontrar los pliegos que buscaba. Comenzó a leer con especial entonación lo que parecía una Real Orden.

Don Francisco Gil y Lemus, capitán general de la Real Armada, Secretario del Despacho de Marina, me dice con fecha de 16 del presente lo siguiente. «El Rey ha resuelto que el bergantín apresado por las fuerzas sutiles del Apostadero de Algeciras, a quien se dio el nombre de Respect-Presa, sea conocido en la Armada en adelante con el título de Penélope, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario».

—Pero si todavía la comisión de presas no ha... —comencé para detenerme, al observar la mano autoritaria del general.

—Debía adelantar acontecimientos y un capitán general puede concederse algunas licencias —sonrió con picardía—. Esta misma mañana comenzarán esos trabajos de expertos leguleyos, que rematarán con extrema rapidez, podéis estar seguros. Y sin perder tiempo, ya está avisado el comandante general del arsenal para

retocar los pequeños desperfectos del bergantín. Ahora es cuando comienza vuestro trabajo de verdad; pertrechos, víveres y todo lo necesario. Como tengo la lista de la dotación escogida, haré que, al tiempo que desembarcan los que han marinado la presa hasta aquí, embarquen los nuevos. Pero, bueno, falta otro documento importante por leer.

Volvió a tomar el mismo pliego, para continuar su lectura.

—El bergantín nombrado como *Penélope* en esta misma cédula, quedará interinamente bajo el mando del teniente de navío don Santiago de Leñanza y Cisneros, conde de Tarfí, con todas las preeminencias y prerrogativas que tal situación le confieren. A la mencionada unidad se le otorgarán las asignaciones de boca y mesa que para tal se previene en las normas del Comisario General del departamento marítimo de destino.

Aunque todo me sonaba a rosas, tan sólo una palabra desafinaba de la sintonía. Y como estaba lanzado a la banda, pregunté con temor en los labios.

—¿Comandante interino ha dicho? No lo comprendo, señor.

—No debes preocuparte por ese detalle, *Gigante*. Eran necesarias las prisas y debía hacerse así. Es posible que cuando llegue el nombramiento definitivo, te encuentres a bastantes millas de distancia, o así lo espero. Pero como dependes de mi Autoridad, permitiré por orden la salida a la mar en comisión con estas circunstancias.

Respiré, aliviado, al tiempo que el corazón normalizaba sus latidos. Ahora volví a escuchar las palabras del general Escaño, aunque parecían llegar desde la lejana distancia.

—Recibe mi más sincera enhorabuena, señor comandante del bergantín *Penélope*.

Apreté la mano que me ofrecía don Antonio, mientras notaba el brazo de Beto sobre mi hombro en silencioso afecto.

—Muchas gracias, señor. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

—Lo que espero no olvidar es que aparezcas por la bocana de la bahía con ese cargamento que espero, y con el bergantín entablado a cruces de oro.

—No se preocupe, señor, que observará esa estampa. Y si no llega a verla, puede estar seguro de que la saga de los Leñanza ha llegado a su fin.

—Tampoco seas cenizo *renegrío*, como se dice en esta tierra —don Antonio parecía de extraordinario humor aquella mañana—. En cuanto a ti, Beto, tu nombramiento como segundo comandante, así como el del resto de los oficiales, te serán entregados mañana en mi mayoría general.

—Muchas gracias, señor.

Don Antonio volvió a tomar asiento, largando sus últimas palabras mientras parecía dedicar su atención a otro legajo que cuadraba en su mesa.

—Bien, muchachos, pasados los momentos de gloria y contagiosa efusión, os recomiendo que mováis el culo para dedicar el necesario tiempo a vuestra faena, que no es corta ni blanda. ¿Acaso no deseáis ver vuestro bergantín en el arsenal?

—Pues si no manda nada más, señor.

Salimos a escape. Pero llegados a nuestro despacho, me detuve durante unos segundos para retomar la respiración perdida. Beto entró por derecho sin pérdida de tiempo, con palabras emocionadas.

—Enhorabuena, comandante. Eres un hombre de suerte, *Gigante*, aunque lo mereces como nadie. Y bien sabe Dios que me alegro por ti. Espero que triunfes en toda regla.

—Deberías decir *triunfemos*, porque embarcas en este proyecto a saco. Y el éxito de la arriesgada misión sólo será posible si mi segundo comandante entra en faena con los cuernos por delante. Dado que, si Dios no lo remedia, vas a emparentar con los Leñanza, cuidaré de ti como mereces. No quiero que mi hermana me reproche haberte perdido.

—Ya que sacas ese tema, quería decirte que..., quería decirte que mi intención es...

—Casarte con mi hermana. Ya me lo dijo ella, que no guarda secretos conmigo. Si después de tanto galanteo y requerimientos, aceptados por Rosalía, no la llevas al altar, soy capaz de acabar contigo. Cuando regresemos de esta comisión, si es que volvemos a puerto algún día, nos casaremos los dos al tiempo. ¿Te parece bien?

—Te juro que cuidaré de ti para que no te arrepientas. Ahora es doble el motivo para desear un tornaviaje glorioso.

Abandonamos capitanía general entre risas y chanzas. La verdad es que cualquiera que observara dos jóvenes oficiales de la Real Armada, caminando en aquellas circunstancias, no podría siquiera sospechar el grado de felicidad que navegaba por sus cuerpos. Pero así es la juventud, abierta a la vida como si se tratara de una mar infinita en glorias azules. Y para colmar el vaso, ni siquiera una voz interior nos avisaba de que abordábamos una empresa de las de lomo y gatillo, donde una y mil desventuras podían embarcarnos por negro en cualquier momento.

11. De sol a sol

Decía mi padre en sus escritos a los que tantas ocasiones me refiero, repitiendo una de las habituales frases de su admirado general don Antonio Barceló, *que cuando la mano del comandante pisa la cubierta de su buque con decisión y energía, puede ahogar hasta los más íntimos pensamientos de todos los miembros de su dotación*. Y viene esto a cuento porque, acostumbrado en mis años de servicio a observar el desarrollo de los trabajos en el arsenal de La Carraca, o en cualquier otro de la Real Armada, pareció de ensueño y encanto comprobar cómo se llevó a cabo el alistamiento y puesta a punto del ya reconocido como bergantín *Penélope*. Y no entiendan que, con estas palabras, intente menoscabar un ápice la diaria labor o baja calidad de los operarios de nuestra maestranza, así como de otros profesionales cualificados en los diferentes ramos profesionales, porque en nada tenían que envidiar a los de cualquier otra Marina, doy fe de ello. Me refiero en este caso tan particular a la prontitud en aprestar pertrechos, incluso alquitrán y pinturas que se daban por inexistentes, llevar a cabo las necesarias reparaciones de maderas y jarcias, así como aliviar cualquier necesidad de composición o remate con una velocidad que estimaba imposible.

No se olvidó el maestro mayor encargado de los trabajos en su conjunto de ningún detalle, ni siquiera de la especial encomienda a los *carpinteros de lo blanco* para suprimir aquella palabra *Respect* en el coronamiento del espejo de popa^[27]. Fue sustituida con gran regocijo propio por ese precioso nombre de *Penélope*, tallado en redondilla y con letras doradas, que comenzó a aparecer en mis sueños cada noche. Y aunque se me consultó la posibilidad de cambiar el mascarón de proa^[28], que asemejaba en burdo un profesor de navegación con libro abierto en mano, por nuestro clásico y obligado león rampante, lo negué porque podía obrar en positivo para la empresa, y nada en contra se me había ordenado. De todas formas, fue una de las muchas consultas elevadas al general Escaño por si nos saltábamos la norma en exceso, que mostró su acuerdo.

La dotación del *Penélope* se completó al copo sin mayores problemas. Y aunque sea una frase fácil de escribir, parece imposible de creer en aquellos años de terrorífica penuria en el personal profesional de los buques. Pero debemos recordar que, tras el telón, se encontraba el inestimable auxilio de don Antonio, un general con capacidad para atender mil y un problemas al tiempo, así como ceder algunos minutos, no pocos, a nuestras demandas. El alférez de navío Julián Puerta, que nos mostrara el bergantín en Algeciras con cierto regusto amargo por lo que estimaba como pérdida proporcional en la presa, expresó una extraordinaria alegría, como era de esperar al serle ofrecido el destino. Y tanta era su jovial felicidad, que repitió un ciento de veces la misma frase.

—Hasta el último día de mi vida le agradeceré que haya pensado en mí, señor.

Decía mi padre, muerto en el empleo de capitán de fragata, que nada existe más hermoso en la vida, que navegar en un bergantín. Y, según creo, por altura y de correo entre las islas.

—Usted fue el encargado de marinarlo desde Algeciras hasta esta bahía, así como propiciar a la brava su captura. Creo que lo merece de sobra. Pero, dígame. ¿Cómo se porta nuestro querido *Penélope* en la mar? Quiero respuesta sincera y por lo llano.

—Le juro, señor, que este bergantín anda sobre las olas ligero de pensamientos y besando las aguas, como dama de corte entre gasas. No le exagero una mota. Es velero como un alcastraz y dado a partir el puño^[29] en su justa proporción, como debe ser dada su clase. Pero también cae a la banda con pulsar la rueda en suspiro y, dato fundamental, ciñe contra los ángeles en bandada^[30]. Es un barco marinero como nunca probé aunque, es cierto, mi experiencia sea escasa.

—Me alegra escuchar esas palabras porque se trata de las condiciones ideales para cumplir nuestra misión. ¿Se le presentó algún problema con los buques britanos del bloqueo?

—No, señor. De acuerdo con las instrucciones recibidas del general Hezeta, abandonamos la bahía al anochecer y con viento fresco. Nos atracamos a la costa en lo posible, como es lógico. Por desgracia, cayó la ventolera a cubierta a media travesía, para preocupación nuestra, y al amanecer observamos dos fragatas inglesas por la amura de babor. Podían haber intentado cubrirnos la proa si largaban el trapo al copo, pero no se decidieron o pensaron que no llegarían a tiempo, porque ya salían a cubrir nuestra derrota las lanchas de La Caleta. Debe tener en cuenta que navegábamos sin una onza de peso a bordo, capaces de volar por alto con un vagajillo^[31] verbenero. Comprobé los principales elementos del buque en función, y todo lo hallé correcto. Bueno, tan sólo observé problemas en la bomba de picar^[32], agarrotada a destiempo, aunque es de las modernas britanas con doble émbolo y nueva de trinca.

—No se preocupe que ya la pondrán en juego. Muchas gracias por la información. Le aseguro que me alegro de tenerlo a bordo bajo mis órdenes. Ahora vaya a presentarse al segundo comandante, teniente de fragata Pignatti, que le ofrecerá más detalles.

—Lo que mande, señor. Y una vez más, le agradezco que haya pensado en mí.

La verdad es que casi todos los miembros de la dotación mostraron voluntariedad y agradecimiento por haber sido escogidos, especialmente aquellos que andaban mano sobre mano, sin monedas en vivo. Y aunque llevó su tiempo y dedicación, nos entrevistamos con cada uno de ellos para comprobar sus cualidades. Pero es necesario tener en cuenta que no se trataba de una situación normal, sino excepción de bombarda. Era consciente de que pocas veces en mi vida llegaría a mandar un conjunto de hombres de tal valía en su conjunto como aquellos, escogidos uno a uno, si es que se repetía tal bienaventuranza a lo largo de mi carrera.

Entre los oficiales de mar se produjo un caso curioso. En principio había sido

propuesto y nombrado para el destino de contra maestre mayor o principal, el segundo en su clase don Benigno Esteras, recomendado por el mayor general don Antonio Escaño y con excelentes informes, procedente del navío *Castilla* que había pasado a situación de desarmo. Además, presentaba la ventaja de su dilatada experiencia con embarque de varios años en un buque de dos palos. Pero el mismo día de presentarse a bordo se encontró enfermo, con calenturas en alza y tos cerrada al pecho, al punto de alarmarnos y decidir su rápido envío al Real Hospital.

Pensé que la suerte se cebaba en contra por primera vez cuando, para mi sorpresa, pocas horas después se presentaba a bordo el contra maestre primero don Ginés Paredes, con insistentes deseos de hablar personalmente conmigo. Acepté el deseo para encontrarme con un hombre corpulento y ya cincuentón, pero todavía con arranque y fuerza para descalzar un mastelero. Aunque cohibido en principio, no tardo mucho tiempo en entrarme con sus razones.

—Verá, señor comandante. Acabo de tener conocimiento de que el contra maestre segundo Esteras, buen amigo, se dirige enfermo al hospital y queda vacante su puesto. Por suerte y pura casualidad, le he escuchado que se forma nuevo equipaje para barajar las islas en este hermoso bergantín. Además, me llamó la atención tener noticia de que su comandante era el teniente de navío don Santiago Leñanza. Con todo el debido respeto y si me permite una pregunta. ¿Es usted pariente del jefe de escuadra don Francisco Leñanza, que murió durante el combate de pasado 21 de octubre a bordo del *Príncipe*?

—Su hijo.

—Bendito sea Dios y los cielos que lo amparan. Cómo se suceden los años —me miró durante unos segundos de forma entrañable, casi paternal, como si me hubiera conocido desde el nacimiento, antes de continuar—. Muchas veces escuché a su señor padre hablar en tono de especial cariño sobre usted con el segundo de a bordo, teniente de navío Orzeta, cuando todavía debía gatear por los suelos en sus primeros años de vida.

—¿Conoció a mi padre?

—Tuve el gran honor de ser su primer contra maestre a bordo de la fragata *Sirena*, desde que embarqué en ella por aguas de Cerdeña, cuando todavía se llamaba la fragata *Helena-presa*, recién tomada a los franceses revolucionarios, nuestros enemigos de entonces. Y viví con él momentos inolvidables de todo tipo, con olas blancas y negras. No es porque me refiera a su progenitor en plan de lisonja inmerecida, pero era un hombre de verdad, muy humano con los subordinados pero, al mismo tiempo, sin que le temblara la mano y con las jabelgas en su sitio, si me perdona la expresión. Nunca olvidaré cuando nos sacó a flote, copados por la niebla entre una división enemiga, aunque chamuscados de pólvora hasta la cofa. Navegamos en bandolas y con ayuda del dios Neptuno hasta alcanzar la costa levantina en milagro. Pero bien le dimos al pelo a una de las fragatas enemigas, que acabó por perderse en el infierno, y a un navío que, sin embargo, nos largó estopa

hasta empolvar nuestros bigotes.

—Recuerdo haber leído en sus escritos aquella delicada aventura. La fragata *Sirena*^[33] fue su mando más querido. Me alegro de conocerlo y escuchar esas palabras. En fin, si puedo hacer algo por usted, no tiene más que decírmelo por las claras.

—Pues la verdad, señor, es que estoy amarrado al muerto con pocas esperanzas a la vista y sin un ochavo en la bolsa. Al igual que el contramaestre Esteras, también yo desembarqué del navío *Castilla* y no se abre luz por la proa. Quiero embarcar. ¿No podría hacerme un hueco, en el puesto que estime oportuno? Daría las dos manos y una de las piernas por formar parte del equipaje de este buque y, de esa forma, navegar otra vez bajo el mando de un Leñanza, porque de sangre pareja como la de su padre no puede salir una cría cambiada.

Me hizo gracia su salida porque, en verdad, no sonaban sus palabras a flores oportunas sino a sinceros de ley. Don Ginés Paredes era cartagenero y hablaba con ese deje particular que sesea y abronca las consonantes, bueno para el manejo de los nostramos.

—Puede estar seguro de que lo haría encantado, pero me corresponde a bordo por reglamento un solo contramaestre segundo. Y ya veo que usted es primero en su clase.

—No me importaría cobrar como guardián^[34] segundo por embarcar con usted, señor.

Dudaba en aquellos momentos. Conocía bien la norma, pero aquel hombre me inspiró desde el primer momento una gran confianza.

—Haré lo que pueda, aunque nada le prometo.

—Sé que lo conseguirá, como su padre cobraba todas las prendas que perseguía. Lástima que nos haya dejado tan pronto.

Lo intenté y lo conseguí. Debo reconocer que no fue empresa difícil porque, siguiendo el consejo de Beto, lo metimos en el listado de tapadillo, aunque don Antonio notó la tabla despuntada y tan sólo nos ofreció una sonrisa de complicidad. Pero estoy seguro de que fue un auxilio en directo de Nuestra Señora de Valdelagua, a la que era tan devoto como mi padre y por su consejo, aunque jamás hubiera visitado su ermita ni observado la estampa de su imagen. Digo esto porque si el primer contramaestre a bordo es pieza fundamental, amadrinada por corto al comandante en los peores momentos, fue una suerte disponer de aquel personaje, bueno, leal, honrado y duro donde los haya, capaz de bracear el trinquete con los dientes.

Como les decía, completamos el equipaje y guarnición como si se tratara de la falúa real. El piloto segundo, don Cosme Pareja, me causó una inmejorable impresión desde el primer momento, aunque Beto lo encontrara un tanto apocado. Nos demostró, sin aspavientos ni falsos orgullos, que conocía su profesión y, más importante todavía, la costa sur de la península y la norteafricana al dedillo. Sería

auxiliado en su cometido por un joven pilotín granadino, Martín Dalavera. El resto de los oficiales mayores estaban por descubrir, con un capellán entrado en años por más y un cirujano, don Eusebio Córdoba, que aseguraba experiencia suficiente por haber sufrido sangre a tonel a bordo del navío *Bahama*, donde asistió a la muerte de aquel gran hombre de mar que fue su comandante, don Dionisio Alcalá Galiano.

Los oficiales de mar también cubrían a coro el concierto. Además del contramaestre, tanto el carpintero, Pablo Mosquera, como el patrón de lancha, un murciano llamado Enrique Laporta, y el maestro de velas, superaban las mínimas expectativas. En cuanto a la tropa embarcada, conseguí un aumento hasta 34 soldados del Cuerpo de Batallones, bajo el mando del teniente Norberto Cumberras, enérgico y con bigotes abiertos en espolón. Pero donde el general Escaño bordó la mantilla fue al comprobar que los 18 marineros y casi todos los 20 grumetes eran hombres de mar, con singladuras suficientes para ofrecer seguridad, un regalo que ni por encargo a la corte celestial se lograba conseguir en aquellos días. También en los artilleros conseguimos un aumento de 2 preferentes y 2 ordinarios, alegando para el caso las dos carronadas que aumentaban el porte, de ser consideradas, hasta las 20 piezas.

Por último, cuando ya acoplábamos el personal se presentaron a bordo dos guardiamarinas, llegados directamente de la Real Compañía. Ruperto Escalera y Rafael Martín del Rosal eran muy jóvenes, especialmente el segundo de ellos, más cercano al chupete materno que al cañón. Pero ambos ofrecían espíritu y ganas de servir a la Armada en la mar, datos más que suficientes.

De esta forma, con el buque listo de costuras y hermoso a la vista como una estampa de galería, embarcamos víveres y aguada para cuatro meses, de acuerdo al pliego de órdenes. Y no se desestimó detalle alguno, que hasta los toneles, cuarterolas^[35] y pipas^[36] mostraban marcas de reciente fabricación. De esta forma, con la dotación por encima del ciento como ningún comandante habría soñado, alcanzábamos los 125 hombres, contando los dos criados particulares de los oficiales de guerra y nuestro inseparable Okumé que, por su cuenta y elección, había cargado a bordo vituallas especiales para un largo periodo. Era el momento de decidir el paraje donde fondear al abrigo y suficientemente separado de miradas curiosas, aceptando la recomendación del piloto en el sentido de hacerlo bajo el fuerte de San Luis, cuando ya el caño de La Carraca se cubre en fronda y se abre el del Trocadero.

Cuando ya calculábamos cercano el momento definitivo, Beto y yo nos acercamos a Cádiz, para despedirnos de la familia. La verdad es que fue una velada triste, porque nunca gusté de esos momentos en que dices adiós sin saber si, en verdad, volverás a ver a las personas queridas. Ya había leído en los cuadernillos de mi padre que él sufría del mismo sentimiento, aumentado en el caso de mi verdadera madre, Cristina, que evitaba esos penosos momentos. Y aunque intentamos alegrar el ambiente con bromas y chanzas diversas, fue mi hermana Rosalía quien elevó la pregunta clave.

—*Gigante*, ¿de verdad no tenéis idea de cuándo podréis regresar?

—Es complicado establecer posibles fechas, hermanita, cuando se lleva correo y transporte para las islas canarias. Pero no te preocupes que traeré a Beto sano y salvo.

Rosalía, aunque ya era conocido y admitido su noviazgo con Beto, solía ruborizarse al declararse tal condición en público. Eugenia, atenta como siempre, cambió el tema.

—Espero que también tú regreses. Poco me gustan esos buques bátanos que, según dicen, bloquean la bahía. Hasta he llegado a verlos desde la muralla de la mar. Por favor, llevad cuidado.

—Nada pueden los ingleses contra un veloz bergantín como el *Penélope*, querida. Y volveremos pronto, que hemos de casarnos todos al golpe. Debéis tenerlo todo bien preparado y al punto.

—Todo estará alistado al mínimo detalle, hijo mío —María Antonia tomó mi mano con su habitual cariño—. Pero, por favor, no arriesgues sin necesidad, que bien conozco a los de tu sangre.

En cuerdas parecidas se mantuvo la conversación, con altibajos emocionales imposibles de evitar, que acababan por derribarse en tristezas. De esta forma, creo que todos esperábamos la despedida definitiva, cortar el cordón del sufrimiento final. Y como no deseábamos mantenernos alejados del buque más que el tiempo imprescindible, dimos el adiós de punto y corte. Fue entonces cuando María Antonia, al besarme, deslizó en mis oídos sus últimas palabras.

—Por Dios, *Gigante*, vuelve con nosotros. Creo conocerte bien, y presiento que algo poco claro se mueve tras el velo de esta salida a la mar. Espero que no sea una misión demasiado peligrosa. Recuerda que no podríamos salir adelante sin ti.

—No se preocupe, madre, y quede tranquila. Preparan el ajuar de las chicas, que volveremos, aunque podemos tardar un tiempo impredecible.

—Que Dios te bendiga y proteja.

También hicimos el regreso a La Carraca en el carruaje de la casa, embutidos en pensamientos tristes, sin pronunciar palabra. Pero conforme nos acercábamos al arsenal y cuando, por fin, avistamos los palos del *Penélope*, todo quedó atrás. Porque así fue parido el hombre de mar, unido sin fisuras a los amores en puerto. Sin embargo, cuando se abre sobre las aguas, las olas barren todos los pensamientos de tierra, por muy queridos que estos sean.

Una vez acoplada la dotación en sus puestos de mar y guerra, comprobado el trapo y elementos de maniobra con extremo detalle, así como llevado a cabo los ejercicios doctrinales imprescindibles, decidí largar amarras y levar el ancla del arsenal el segundo día del mes de septiembre del año del señor de 1806. La noche anterior gozamos de cena con los espíritus abiertos a la ventura y el corazón henchido de esperanzas. Invité a todos los oficiales en su cámara con viandas de las embarcadas por Okumé, quien también se encargó de condimentar las carnes y verduras con esa especial habilidad que, en mucho, recordaba a las de su padrino de sangre Setum. Bebimos en alegre camaradería, todavía con mis hombres lanzando

chanzas sobre las islas Canarias y sus hermosas mujeres, en la ignorancia de la realidad.

Una vez rematada la sesión, Beto se reunió conmigo en la toldilla, a solas. Era una noche estrellada y fría, que nos hacía apretujar el casacón contra el cuerpo. Mi amigo y segundo fue el primero en largar tensión.

—Bien, señor comandante, mañana comienza la faena de lomos. Aunque no soy tan devoto como tú, elevaré unos rezos para que nos acompañe la suerte en esta misión que emprendemos.

—Nunca viene mal la ayuda de los cielos. Pero lo que comenzamos es un periodo de duro trabajo o, como dice don Antonio, de sol a sol. Espero que todos los hombres den lo máximo.

—¿Cuándo piensas abandonar la bahía?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Son pocos los ejercicios que hemos llevado a cabo en el arsenal, aunque parece que tenemos buena madera en la chimenea. De todas formas, debemos asegurar los pernos. Es posible que la parte más comprometida de nuestra comisión sea la salida en escape, evitando las fragatas y unidades menores del bloqueo, así como, por supuesto, el regreso por estas mismas aguas con el precioso cargamento.

—Disponemos de buenos hombres, *Gigante*. Creo que en siete días de trabajo estaremos listos para salir a la mar con plena confianza. Tan sólo alguno de los grumetes parece falto de mar y cañón.

—Sobre la marcha decidiremos, aunque también yo estimo un periodo parecido. Pero ahora debemos dormir, Beto, que mañana comenzamos la faena en serio.

—De acuerdo.

Cobramos el ancla dentro de las aguas del arsenal con la pleamar de la mañana siguiente, soleada, de frío cortante y un viento fresquito que nos bendecía en alivio. El lanchón que apodaban *La Tortuga* fue el encargado de ofrecernos un agradable remolque, hasta alcanzar la salida del caño de las Astillas, momento en el que largamos su cable. Y no crean que no sentí nervios agarrados a la piel como garfios, cuando mandé izar trinquete, mayor y foque, para gobernar al gozo de los dioses las tres millas largas que nos separaban del punto escogido. Pero el milagro se produjo, que así lo estimé en aquellos momentos de felicidad. Fue un verdadero placer, de esos que aclaran el alma hasta el infinito, cuando el *Penélope* comenzó a beber las aguas al gusto, sintiendo el rugir suave de sus cuadernas como si deseara explicarnos que echaba de menos volver al medio para el que había sido parido.

Don Cosme Pareja, el piloto, me mostró la habilidad de su oficio desde el primer momento. Además, era de agradecer su permanente modestia, como si las recomendaciones que largaba y yo aceptaba al punto, hubieran sido dictadas por mi boca. De esta forma navegamos tres cuartos de hora, largando y cazando trapo según convenía y con la debida precaución, hasta fondear las dos anclas bajo la sombra del fuerte de San Luis, este-oeste con el castillo de Puntales. Durante la última milla,

abiertas las aguas con suficiente seguridad y caído el viento a una ventolina suave, largamos todo el aparejo, más por comprobación que otra cosa. Y puedo jurar que en todas las maniobras se escucharon los chifles^[37] de los contramaestres y guardianes a ritmo, con escasa o ninguna voz, señal positiva de lo que se podía esperar de aquellos hombres.

Tal y como estaba previsto, en la mañana siguiente comenzamos los ejercicios de mar y guerra redoblados a proa y popa, una dura práctica poco deseada normalmente por el equipaje y guarnición. Por fortuna, no saltaron malas caras ni murmullos al bies, como siempre había sufrido a bordo de otras unidades. Y así continuamos día a día, sin descanso, comprobando que poca pólvora necesitaban aquellos hombres para quedar acoplados al *Penélope* como costura de calzas. Porque así debe ser con un buque en la mar, acabar por formar un solo cuerpo y una sola alma hasta rendir al máximo y un poco más de lo que de él se espera.

Llevábamos cuatro días con faena de barrancos, cuando recibimos una más que agradable e inesperada sorpresa. Fui avisado por el guardiamarina Martín del Rosal en el alcázar, de que una falúa con insignia al viento se acercaba desde el embarcadero de Puntales. Y aunque en un principio pensamos que algún general se dirigía hacia el arsenal, pronto pude comprobar que se trataba de la falúa del capitán general. Pocos minutos después, se divisaba con claridad la figura del general Escaño, de pie y con el antejo en la mano, auscultando cada detalle del bergantín. Rápidamente formamos la guardia, con el teniente Cumbreras sable a la banda y bigotes al viento. Acompañado de mis oficiales, le rendimos los honores de ordenanza al embarcar.

Don Antonio me tomó del brazo con confianza, esgrimiendo una alargada sonrisa.

—Bien, Leñanza, creo que no es mala la dotación de este hermoso bergantín, que esa cualidad se ve y huele a millas de distancia —elevó la mirada a los palos, recorriendo sus detalles principales con rapidez—. ¿Sabes una cosa, muchacho? Siento una sana envidia. Te juro por todos mis antepasados, que cambiaría ahora mismo los entorchados de general, por embarcar en este bergantín y poner proa a poniente. Pero vayamos a tu cámara, que hablemos con la suficiente confianza. Y que nos acompañe el segundo.

Pocos minutos después tomábamos asiento en mi cámara, amueblada con elegancia, sencillez y algún mueble propio que siempre muestra el sello del mando. Don Antonio rehusó el refrigerio ofrecido, como era habitual en él, para entrar por derecho en su asunto.

—Presumo que os encontráis cercanos a la partida definitiva.

—Así es, señor. Pensaba visitarlo pasado mañana para ofrecerle la novedad del alistamiento final y, al tiempo, solicitar su venia para encarar la empresa.

—No es necesario —movió sus manos en abanico, desechando mis palabras—. No crean que esta visita la llevo a cabo en razón o sentido de inspección ni nada

parecido, porque confío en vosotros y me llegaron noticias muy positivas a través del comandante general del arsenal. También sé que estáis zurrando la badana a la dotación estos días con dedicación extrema —me miró a los ojos para preguntarme con seriedad—. Supongo que estarás contento con tus hombres.

—Por supuesto y a tope, señor. Si el estado y detalle de esta dotación fuera conocido con exactitud, sería envidiado por todos los comandantes de los buques de la Real Armada.

—No lo dudes, que te has llevado algunas perlas. Bueno, algo se corre en murmullos, que es imposible ocultar la luna en noche despejada. Pero por fortuna, se achaca a mi especial predilección por los que eran mis ayudantes, una generosidad que suele ser habitual en nuestra Institución aunque poco recomendable. Podéis quedar tranquilos, que nadie sospecha la verdadera misión que vais a realizar.

—Me alegro mucho, señor, porque hemos intentado maniobrar con toda discreción.

—Bueno, entremos al trapo. ¿Cuándo piensas levar las anclas? No pienses que deseo acelerar tus disposiciones, porque los acontecimientos se desarrollan de acuerdo a mis planes y sin retraso. A partir de ahora, es tu responsabilidad y se trata de una mera pregunta.

—Si el tiempo se mantiene en las presentes condiciones, en tres o cuatro días estaré listo para abandonar la bahía. Tan sólo desearía que soplara un poco más de viento, aunque nada puede ser perfecto. Por esa razón y con la excusa de adiestrar a la dotación de la lancha, su dotación se acerca hacia las barbas de la bahía, porque aquí el viento se apaga y no dispongo de datos suficientes. En opinión del piloto, debe aumentar el soplado y rolar a noroeste en los próximos días.

—Es muy posible. Bien, una de las razones principales de mi visita es hacerte llegar algunos documentos que te serán necesarios. Uno de ellos está dirigido al jefe del Apostadero de Cartagena de Indias, brigadier don Federico Malsana, para que autorice el embarque del cargamento. Es un buen hombre, que estuvo bajo mis órdenes. Pero también llevas otros tres, lacrados en sello como el primero, para quien sea necesario entregar. En ellos se especifica la misión encomendada y la especial recomendación por parte del Secretario del Despacho para que se te ofrezca el debido auxilio, en caso necesario. Nunca se sabe lo que la mar puede brindarte cada día y debes estar preparado. En caso de ser apresado, que Dios no lo quiera, no olvides utilizar la lona de rendición^[38].

—Por supuesto, señor. Pero esa bandera no se arriará de este bergantín, puede estar seguro, que la clavaremos con pernos de a 15 —yo mismo me extrañé de la decisión con que largué aquellas palabras.

Don Antonio volvió a sonreír, al tiempo que me entregaba los documentos. En su presencia, los introduje en el escritorio de cierre a seguro. Volví a escuchar sus palabras.

—En caso de que te surjan problemas en las Antillas, bien sea por combate o

temporal, recuerda que solamente el arsenal de La Habana cuenta con los medios suficientes para recomponer un buque con seguridad.

—Esperemos que no sea necesario, señor —apuntó Beto con decisión.

—El hombre propone en tierra planes y proyectos, pero después la mar dispone sobre cubiertas y almas a su gusto. Todo es posible sobre las aguas. Para la salida seréis auxiliados por las fuerzas sutiles de la bahía. Al regreso, sin embargo, no será posible porque puede ser cosa de semanas o meses, sin aviso previo. También puedes tener problemas en las Antillas, que allí reina el corso con base en muchas islas inglesas. Si me aceptas un consejo, no te ciñas demasiado a la costa en las puntas o restingas de aquellas islas, porque es donde suelen aguardar los corsarios en parejas o tríos, bien escogidos los puntos con el barlovento a su favor.

—Lo tendré en cuenta, señor.

—Bueno, creo que ya sobran las palabras. Cuando lo estimes oportuno, estás autorizado para largar el aparejo y aproar a tu destino. Que los dioses de la mar os guíen en amparo. Lo necesitaréis.

—Muchas gracias, señor.

El general Escaño, en un gesto poco habitual en él, nos ofreció un abrazo emocionado. Recuerdo muy bien sus últimas palabras, cerca de mi oído, cuando ya lo despedía en la meseta.

—Cuídate, *Gigante*, que se lo prometí a tu padre.

—Lo haré, señor. No se preocupe, que pronto apareceremos por capitanía a visitarlo.

—Que la Virgen del Rosario escuche esas palabras.

Nos mantuvimos en cubierta, mientras la falúa del general se alejaba, ahora en dirección al arsenal de La Carraca. En esta ocasión, don Antonio no se giró a popa para observar nuestro barco. Ese fue el momento en el que, como bien sabíamos, se cortaba toda relación con la tierra gaditana y con el mundo. No se trata de exageración, que así se siente el hombre de mar cuando encara este medio caprichoso y cambiante en altura. Los dados estaban lanzados contra las crestas de las olas, pero nuestra confianza era absoluta.

12. Proa al destino

El 8 de septiembre, un domingo entrado con nubes en racimo, de esas que en las costas del sur riegan de proa a popa con finas gotas al quite, celebramos a bordo por primera vez el santo sacrificio de la Misa. Ofició de llano el capellán, don Andrés Pliego, aragonés bisojo de voz baja, tripón de abanico y cincuentón, con quien no era fácil enhebrar una larga parrafada, salvo peligro inminente de perder la paciencia y, posiblemente, el alma. Al día siguiente decidí llegado el momento de pasar a la bahía y navegar con el trapo^[39] hasta la galleta en sus aguas, que el personal de mar debía demostrar sus habilidades en aguas vivas. Poco a poco, como acaba por suceder en esta vida lo bueno y lo malo, se acercaba el momento decisivo, y así lo entendían todos los miembros de la dotación, hasta el paje Gabrielillo, gracias a su profesionalidad.

Levamos las anclas con los viradores y el esfuerzo de nuestros hombres enganchados a las barras del cabrestante como burros en la noria, sin murmullos a la contra. Eran los primeros momentos de la mañana, cuando ya las luces de ceniza mostraban aguas tristes en gris y el poniente soplaba fresco, aunque por nuestra situación de cierre entrara tontón y con algún rebufo indeseado. Como simple precaución, que nunca sobra en la mar, lanzamos la lancha al agua por si fuera necesario su concurso, aunque preveía que cuadraban los marcos con holgura para salir a la bahía sin demasiada deriva. Una vez libres de los ferros y ya sin nervios aferrados a la tripa, largamos trinquete, mayor y foque, con lo que el *Penélope* saltó al gusto manteniendo la proa con rumbo norte cuarta al oeste. Y pronto debí orzar para tomar una cuarta más por necesidad, tras haber avanteado el castillo de Puntales.

Nuestro bergantín metía la proa al viento con galanura, engolfado en su propio placer cual rabizona de puerto, buena señal porque así se muestran en la mar los barcos que pueden ejercer dominio. Siguiendo la conocida derrota que a la vista se marcaba, y los consejos del piloto al concurso, con rapidez dejamos atrás La Cabezuela para atacar de lleno esa hermosa bahía gaditana que han cantado poetas y escritores durante siglos en justo halago. Tal y como había leído en diferentes ocasiones, mi padre definía tan maravilloso paraje en sus escritos como un rincón incomparable, donde la mar, los ríos y los caños parecen haber depositado a su paso con especial gozo gotas mágicas y menudas, que emergen orgullosas para formar esas bellas ciudades con nuestra historia prendida en sus faldas. Y creo que acertaba de lleno al enjuiciar que, posiblemente, en el mismo momento de la creación, el gran Dios se decidiera por embastar aquel laberinto milagroso, en un último y artístico esfuerzo para trazar el tajo final de la gloriosa península ibérica. Fueron momentos de nostalgia con los recuerdos abiertos y la figura del querido progenitor grabada en blanco.

Con la perla gaditana por el través de babor, largamos todo el aparejo a los cielos,

momento del milagro que se produce en la mar a diario y pulsa la sangre a tono de vertiente. El contramaestre mayor, don Ginés Paredes, se situaba a mi lado en el alcázar como es norma habitual en la mar, con el chifle en la boca abierto en sinfonías. Porque ya se sabe que, durante las maniobras, *mucho pito y poca voz, velas al viento y honor*. Creo que en ese momento di gracias a todos los cielos, porque mis hombres parecían haber navegado en el *Penélope* media vida, que ni una sola de las velas bebió en falsete. Fue una primera y magnífica demostración, que superaba cualquier esperanza. Y como era lógico pensar, me pregunté una vez más qué habría podido suceder con nuestros navíos en los últimos combates, si hubiesen dispuesto de equipajes tan profesionales como el de mi buque.

Dedicamos el resto del día para llevar a cabo más ejercicios y acople definitivo de los diferentes puestos de la dotación en la mar, con maniobras continuas de dar y cobrar el aparejo, viradas por avante y en redondo, ejercicios de artilleros y tropa, avisos de zafarrancho y prevención para el combate, así cómo toda situación que pudiera atravesar un buque en la mar, incluida la del temporal abierto con aparejo de capa y el trinquete en calzones^[40]. Tal y como habíamos supuesto, conforme ahondábamos en la bahía, el viento acabó por entablarse del noroeste y fresco de fuerza, situación que deseaba para días futuros en cuanto a su velocidad, no desechando un ligero role hacia el sur que nos aliviara de bordos excesivos. La satisfacción era general entre los oficiales, que sólo era necesario mirar sus caras y escuchar sus exclamaciones. Tal y como esperaba, no tardó Beto en llegarse al alcázar para entrarme con halagos.

—Aunque no debamos propagarlo a los vientos, disponemos de una muy buena gente de mar, capaces de marinar este barco al punto en cualquier mar conocida o por conocer.

—Muestro mi acuerdo total contigo. No creía que, con tan escaso tiempo dedicado al adiestramiento, la mayor parte de la dotación se hiciera con la marcha sin vacilaciones al paso. Pero para enroscar la serpiente y llegar al ciento, tan sólo el primer guardián, don Serafín, parece un tanto blando y debería apretar los hierros un poco más al personal del trinquete.

—No has sido el único en observarlo. Ya se lo ha dicho don Ginés, y no con rodeos, que tu contramaestre es de rigor y cuantas claras.

—Me alegro. Bendita sea nuestra suerte. Esperemos que no decaiga y nos siga acompañando.

—Seguirá con nosotros, no lo dudes. Por cierto, ¿dónde piensas fondear al atardecer, o pretendes navegar durante toda la noche?

—Esa era la idea inicial que bullía por mi cabeza, para establecer las guardias nocturnas. Pero si continuamos a este ritmo de entera satisfacción, fondearemos en el placer de Rota para descanso de los hombres, que pronto deberán dar el do de pecho.

—¿Cuándo llegará ese momento? —Beto se mostraba impaciente.

—No seas pesado, que lo sabes perfectamente. Si el viento se mantiene de fresco

hacia arriba, pasado mañana, cuando comiencen a caer las luces, nos abriremos hacia Chipiona para comenzar la galopada.

—Me parece bien.

—Tal y como hemos hablado con el piloto, pretendo navegar muy atracados a nuestra costa, si hay presencia britana. En caso contrario, podríamos aproar por derecho al cabo de Santa María, con bordadas hacia dentro según se muestre el viento.

—Si aparece alguna fragata inglesa, nos puede tomar con barlovento muy ganado, si es que se mantiene este noroeste.

—Creo que la situación no admite dudas. En caso de clara inferioridad de maniobra, caeremos hacia la costa o, llegado el caso, orden de virada y vuelta a casa. Las indicaciones de don Antonio son tajantes en ese sentido. No debemos asumir un solo riesgo, siempre que sea posible. Mañana nos abriremos un poco más a la mar durante los ejercicios, intentando reconocer algún buque inglés.

—Por desgracia o para beneficio, no es buena la visibilidad. Según las lanchas que pasaron esta mañana, se han avistado dos fragatas, un cúter^[41] y dos balandras en los últimos días.

—Más me preocupan el cúter y las balandras, especialmente ésa que, según nos comentaron hace días, ronda los 20 cañones de porte. Unidades pequeñas en conjunción de ideas pueden tomarnos al copo, y dar tiempo a que la fragata madre nos entre con fuegos.

—La noche puede ser nuestra aliada. Aunque todavía andamos con la luna en menguante.

—Estas nubes son espesas y deben ofrecer cortina suficiente.

Estas ideas rondaban desde bastantes días atrás por nuestras cabezas. Pero como siempre he opinado que cada problema debe embocarse cuando el plato está servido, esa primera noche abiertos a la bahía decidí fondear en el placer de Rota para que nuestros hombres disfrutaran del merecido descanso. Y una vez con los ferros bien clavados, no pude dejar de pensar que a esas mismas aguas arribaron los primeros buques españoles que salieron vivos del combate habido en aguas del cabo Trafalgar. Y como con vientos del tercer cuadrante la mar entra en esa zona con entera libertad, llegó a dismantelar algunos navíos que andaban con los mástiles prendidos en filásticas, entre ellos el insignia español. Y los destrozos causados al rendir el palo mesana del *Príncipe*, estuvieron cerca de romper la cabeza del general Gravina. Después de lo visto y sucedido, es posible que hubiese sido mejor para el comandante general y, de esa forma, evitarle el calvario posterior.

El día siguiente repetimos parecidas maniobras y ejercicios, con el mismo y agradable resultado. El viento se mantuvo en las mismas cuerdas, arreciando la lluvia fina en algunos momentos, hasta calar las coletas. En esta ocasión navegamos con rumbos de componente sur, hasta alcanzar las diez millas del castillo de San Sebastián. Fue el momento en el que avistamos un navío britano de dos puentes

rebajado^[42], acompañado de una fragata que demoraban al sur-suroeste y rumbo de encuentro con el *Penélope*. Aunque no mostraban todo el aparejo largado ni intenciones claras, viramos para retornar a la bahía y evitar problemas. Por el contrario, no avistamos unidades menores, esas que se mantenían más presentes en mi cerebro. Y por la tarde decidí fondear más adentro, frente al Toruno, que no era cosa de mostrar nuestras tablas demasiado a las claras y lo que consideraba como puesta a punto del bergantín estaba finalizada. Tan sólo sentí no llegar a hacer fuego real con nuestras baterías para comprobar el adiestramiento de los artilleros, pero era condición poco recomendable en aquellas circunstancias. Sin embargo, cuando llegáramos a mar abierta, después de cruzar el cabo de San Vicente, pensaba llevarlas a cabo aunque gastara en exceso la pólvora del Rey.

Como suelen decir esos viejos nostramos^[43] que siempre andan con el refrán en la boca, los dados estaban lanzados a la boca del dios Neptuno y ya era cosa de encomendarse a las especiales advocaciones de cada uno, sin olvidar que la buena mano y el trabajo facilitan la labor de los dioses. Aunque no fuera anunciado más que a los oficiales, como pensaba abandonar la bahía al día siguiente, ofrecí rancho extraordinario a la dotación, con víveres de salud y vino al doble copete. Mis hombres se lo merecían de largo y no sabíamos cuando volveríamos a disfrutar de tranquilidad, si es que esta llegaba algún día.

Aunque la noche era fría, después de cenar con los oficiales en la cámara y regar los alimentos con especial caldo rojo y espeso, mientras el noroeste arreciaba en algunos momentos, decidí tomar un paseo por la cubierta. No llovía pero las nubes ocultaban la luna al completo, circunstancia que deseaba con especial fervor para los días siguientes. En el momento que alcanzaba el castillo, Okumé, que no se separaba de mi persona una pulgada, largó una de sus habituales sentencias.

—Todo saldrá bien, señor, y regresaremos en gloria dentro de algunas semanas. Y después, las dos bodas sin perder tiempo, que ya necesitamos otro *Gigante* en casa.

—Navegas a demasiada velocidad, amigo mío.

—No me ande con esas, señor, que bien lo desea.

—El regreso se puede demorar bastante, semanas o meses, que todo se encuentra en el aire.

—Mejor, así podremos disfrutar de la mar y este hermoso bergantín el tiempo suficiente. Ya he elevado mis rezos, con uno especial dirigido hacia el espíritu de Setum, que se mantiene entre nosotros.

Miré hacia él. Aunque en la oscuridad no podía observar las facciones de su cara, estaba seguro de que debía mostrar un aspecto solemne. Debió entenderlo así al continuar.

—Aunque me bautizaron y creo en la fe católica, señor, no puedo olvidar otros sentimientos que se encuentran muy prendidos en mi corazón. Y no es malo sumar peticiones, que alguna no ha de fallar, venga de donde venga.

—Puede que tengas razón.

—Como sabe que Okumé siempre es sincero, le diré que tan sólo echo de menos un tercer palo. Nunca había navegado en un buque de dos.

—No necesita más este bergantín para adelantar a otros de tres. Y por esa razón lo escogimos. Precisamente, el *Penélope* presenta una arboladura superior a la que es normal en los de su clase.

—Pero enverga menos velas.

—Hay diferentes tipos de bergantines. El nuestro lo podemos definir como clásico o redondo, aunque algunos de este tipo, para aprovechar los vientos largos, aparejan una mayor^[44] redonda, bien sola o en doblete con la cangreja. Pero también está el bergantín-goleta, que se diferencia de éste por ser de líneas más finas y, por lo tanto, menos bodega, con aparejo de goleta en el palo mayor. El bergantín-corbeta, muy usado por los britanos, son los redondos de mayor porte y con una mesanilla a popa para largar la cangreja. Pero hay más.

—¿Más bergantines todavía? No acaba nunca la serie.

—También existe el llamado bergantín-polacra que, en realidad, es una polacra de dos palos, con cofa en el mayor y casco de bergantín redondo, así como masteleros de juanete sobre crucetas. También se denominan como bergantín de palo tiple. Y no sigo porque, aunque no veo tu cara, debes aburrirte.

—A mí el que me interesa es el *Penélope*, señor. Y como le decía, echo de menos más velas a disposición. Por ejemplo, a proa solamente disponemos de dos focues.

—Foque y contrafoque, aunque en caso de temporal puede envergarse en el nervio inmediato al estay del trinquete, en lugar del contrafoque, una vela reforzada que llaman foque de capa o trinqueta, aunque el contramaestre, como muchos de su clase, también la denomina *malos vientos*. De esta forma, equilibra el efecto de la cangreja en el aparejo de capa. Recuerda, además, que nuestro foque también es de superficie mayor a la usual.

—Ése que don Ginés Paredes llama maraguto.

—También se le conoce como marabuto. Son viejos nombres de nuestro rico vocabulario marítimo, que algunos nostramos no quieren olvidar y hacen bien. Recuerda que ya a principios del siglo XVI, existían escuelas de mareantes en Sevilla, y con nuestros libros náuticos aprendieron a navegar casi todos los europeos. Muchos lo desconocen al escuchar palabras que ahora se utilizan, procedentes de los idiomas inglés o francés.

—Pues debían recordárselo a esos franchutes orgullosos. Pero regresando a mi tema, debo repetir que me gustan los buques con muchas velas. Nuestro palo trinquete utiliza solamente la vela trinquete, así como el velacho y juanete. Podía llevar alguna más en altura.

—Sería posible con esta arboladura. Pero todo se debe mirar con el conjunto de superficie vélica a disposición, sin olvidar el porte^[45] y dimensiones. Supongo que también echarás de menos alguna vela más en el palo mayor, donde envergamos solamente cangreja, gavia y juanete de mayor.

—A ese juanete, don Ginés lo llama periquito.

—Ya lo he escuchado, aunque en ese punto se equivoca. Periquito suele llamarse al juanete del palo mesana. Pero en las costas del levante, de donde procede nuestro contramaestre, le aplican el nombre de periquito al juanete situado más a popa, sin tener en cuenta el palo. Pero mira, todo es igual si el barco anda ligero sobre las aguas, y esa es la cualidad que más necesitamos. Tenemos mucha superficie de trapo, porque debes sumar los dos estayes, aunque otros bergantines utilicen tres más pequeños. No te preocupes, que pocos nos avantearán en la mar. Y en esta comisión, como bien sabes, lo principal es llegar y regresar, sin que nos alcancen fragatas ligeras y nos metan balas en las encapilladuras.

—Ya le he dicho que todo saldrá a pedir de boca. No sé si encontraremos problemas en el camino, porque son muchas las millas a recorrer. Pero estoy seguro de que regresaremos a esta hermosa bahía con el cargamento a bordo. Y después de la boda, supongo que deseará disfrutar algunos días en la hacienda *El Bergantín*.

—¿Quién te ha comentado tal detalle? Ni siquiera Eugenia sabe que ése es mi plan —mi extrañeza era verdadera.

—Okumé es negro y africano, señor, pero inteligente —estaba seguro de que sonreía, feliz—. En esa hacienda se casó su padre y fue donde, en realidad, se despidió de él antes de ingresar en la Armada. Y usted tiene gran admiración por aquel gran señor que nunca olvidaré y me libró de la esclavitud. Recuerdo esa tierra extremeña con especial cariño, como le ocurría a Setum. Allí cazamos buenas piezas.

—Eres tan brujo como él —lo tomé por el hombro—. Pero guarda bien la boca.

—Ya sabe el señor que soy una sepultura.

De esta forma tomé los sueños aquella noche, última al abrigo de la bahía gaditana, si el siguiente día se abría en racimo de luces como esperaba. Y no crean que dormí a saltos o estragado por la responsabilidad, sino de un tirón. La verdad es que tan sólo unos pocos segundos elevé los habituales rezos a Nuestra Señora de Valdelagua, así como alguna pérdida y rápida ensoñación hacia el rostro de Eugenia.

El día 11 de septiembre amaneció con cielos muy cerrados, nubes negras arracimadas por el tercer y cuarto cuadrante, viento fresco, horizontes tomados y pronóstico lluvioso. Para colmo de dichas, el viento rolaba poco después y por trazas al sudoeste, condición inesperada que en mucho nos facilitaba la derrota^[46]. La situación era buena para nuestro negocio, bien lo sabe Dios, por lo que desayuné unas regias tajadas de tocino y leche migada con ganas y buen humor. Beto, que andaba en términos parejos y su acostumbrado tazón de café en la mano, emitió el primero de los presagios.

—Continuamos con la suerte a ritmo. Este role del viento nos entra a perlas, aunque ya veremos donde queda entablado.

—Desde luego. Es un aspecto afortunado aunque no imprescindible. Porque si el viento del noroeste condicionaba la carrera al *Penélope*, más lo haría a los que no son

capaces de bolinear como nuestra joya.

—Menos los que pudieran entrarnos desde el sur del cabo Santa María. Pero, bueno, tampoco debemos doblar la vara en exceso, que son excelentes estas condiciones para la empresa —recalcó Beto—. Tan sólo pediría un poquito más de fuerza en el viento.

—No vendría mal. Y que continúen los horizontes tomados hasta mañana.

—Bueno, entremos en los planes definitivos. Creo que, esta tarde, durante el crepúsculo, podríamos salir fuera de bahía con rumbo sur, por si acecha alguna unidad britana, para después en las sombras caer con claridad hacia el norte.

—Me parece buena idea. De momento, dejaremos que los hombres descansen hasta mediodía. Después del almuerzo levaremos y comenzaremos a correr millas al albur, como si se tratara de un buque en control y apoyo de las fuerzas sutiles. Y ya entrados en el atardecer, decidiremos el camino a tomar.

—De acuerdo.

Aunque como reza el dicho, *el hombre de mar siempre protesta a bordo, por mucho o poco viento, mala o buena mar, vino agrio, aguardiente verde o ron aguado*, la verdad es que afrontábamos el comienzo de la empresa en una situación ideal, si no volvía a rolar el viento y nos topaba de cara. De todas formas, aunque hasta el momento me había mantenido tranquilo y sin mayor agitación interna, conforme pasaban las horas y se acercaba el momento de la partida definitiva, sentí crecer la tensión en la sangre que circula por las venas. Daba comienzo a una arriesgada operación, la más importante de mi carrera y de especial trascendencia para el prestigio de la Real Armada. Y como ya ahora, cuando escribo estos recuerdos con muchos años a la espalda y medio desarbolado de cuerpo, camino entrado en sinceros por la paz de mi alma, pueden creerme si les aseguro que el último aspecto despuntaba sobre los demás. Porque el amor a esa Institución ha primado a lo largo de mi vida por encima de los calzos. Pero cuando arrancaba esperanzado hacia el destino incierto, sufría condiciones suficientes para engarfiar las tripas a cualquiera y pensar, al menos en alguna ocasión, que todo se podía ir a la ronza^[47].

Brindamos durante el almuerzo, todavía mis oficiales pensando en la belleza de las mujeres canarias que, por cierto, es una verdad irrefutable. Pero no era llegado el momento de desenterrar la verdad. Y tampoco hablaban mal las leyendas sobre la belleza femenina allá por el virreinato de Santa Fe^[48] porque, según solía narrar con especial guasa mi tío Santiago, las que habitan el valle del Cauca dejan sin respiración a cualquier hombre que por allí se acerque, y es lugar donde se hace tarea imposible la prédica del celibato. Pero ya andaba yo a lo mío, estableciendo en la carta con el piloto los posibles rumbos a tomar.

Alcanzamos el mediodía en las mismas condiciones, aunque el viento mareara los tientos por el tercer cuadrante. La mar se mantenía picada y con cabras de espuma, pero se apreciaba una clara tendencia a aumentar. Por fin, tras el almuerzo, levamos las anclas y corrimos bahía afuera con proa al noroeste, comprobando una vez más

que el *Penélope*, con el viento a seis cuartas, hacía brotar espuma a popa con borbotones de honor. Y con cambios de rumbo y aparejo sin motivo preconcebido, continuamos navegando hasta avante el bajo del Diamante por babor, momento en el que caímos a la banda contraria para dejarnos correr empopados y con todo el aparejo largado. No habíamos avistado unidad britana alguna, lo que ofrecía una mayor confianza, aunque éstas suelen aparecer cuando menos se desea.

Las horas pasaban con lentitud sin que variaran las condiciones. Tan sólo el viento oscilaba en fuerza, con algunas rachas de frescachón y recio que nos obligaba a arriar los juanetes en justa precaución, mientras la mar se aconchaba en gruesa, haciendo que el buque aumentara su parla en protesta. Pero pronto comenzaron a declinar las luces, al tiempo que otra vez nos calaba esa lluvia fina que persistía a lo largo de la semana sin misericordia. Fue el momento en el que Rafael Martín, el más joven de los guardiamarinas, encargado en ayudantía de señales y drizas, me preguntó con inocencia.

—¿Cuándo izaremos el pabellón, señor?

—No es necesario, caballero^[49], salvo en los momentos de reconocimiento, entradas y salidas de puerto o instantes previos al combate. Por ahora seguiremos en blanco, como es habitual.

Pareció extrañado el niño, que de hecho lo era, aunque cerró los paños. Era un tema el del pabellón que ya había hablado en profundidad con Beto y el resto de los oficiales, aunque ahora fue el alférez de navío Puerta quien me confirmó las previsiones.

—Tenemos a disposición los pabellones británico, austriaco y napolitano, por si fuesen necesarios, señor. Además, le recuerdo que poseemos el código de reconocimiento británico.

—Muy bien, Julián. Fue una suerte que apresaran este bergantín sin que el comandante dispusiera de tiempo suficiente para largar los códigos al agua. Si llegara el caso y se mantienen en vigor, los utilizaríamos, no le quepa duda. En esta ocasión no pienso conceder una sola oportunidad al diablo.

—Me parece muy bien, señor comandante. Quien a hierro mata, al mismo hierro candente debe morir.

Era llegado el momento. Nos encontrábamos cinco millas al oeste de la ciudad de Cádiz, cuando ordené aproar hacia el bajo del Quemado, como si intentáramos dirigirnos hacia Chipiona o Sanlúcar de Barrameda. Junto a la timonera, el piloto marcaba puntos en la carta.

—¿Todo en orden, don Cosme?

—Sí, señor. Si se mantiene este viento, en un par de horas podemos quedar tanto avante con el bajo de Salmedina. En ese punto deberá decidir. Parece que el viento quedó bien entablado del sudoeste y es posible que aumente de grados. Estimo que la mar llegará a gruesa.

—Puede ser que los ingleses hayan mudado sus posiciones más al sur, por si el

tiempo se tuerce a malas, lo que no debemos descartar. Es posible que me decida por aproar directamente al cabo de Santa María.

—De Santa María al cabo de San Vicente, señor, puede ser la etapa de esta costa más preocupante. Como sabe, el puerto portugués de Lagos es la zona de aprovisionamiento para los britanos que bloquean a poniente. Si el tiempo se endurece, también es posible que busquen allí el tenedero de refugio más apropiado.

—Tiene razón. Todos sabemos de la neutralidad portuguesa, que tanto daño nos ha hecho en las últimas guerras. En ese puerto no sólo se abastecen de víveres y aguada al gusto, sino de cualquier pertrecho de necesidad sin obligación de correr al arsenal de origen. Algunos de nuestros generales llaman a esa ciudad, en broma, *Lagos Harbour*. Bueno, son varias las opciones. Desde el cabo de Santa María, incluso podemos abrirnos en bordada hacia el sur y, de esa forma, quedar francos para aproar con posterioridad hacia el noroeste.

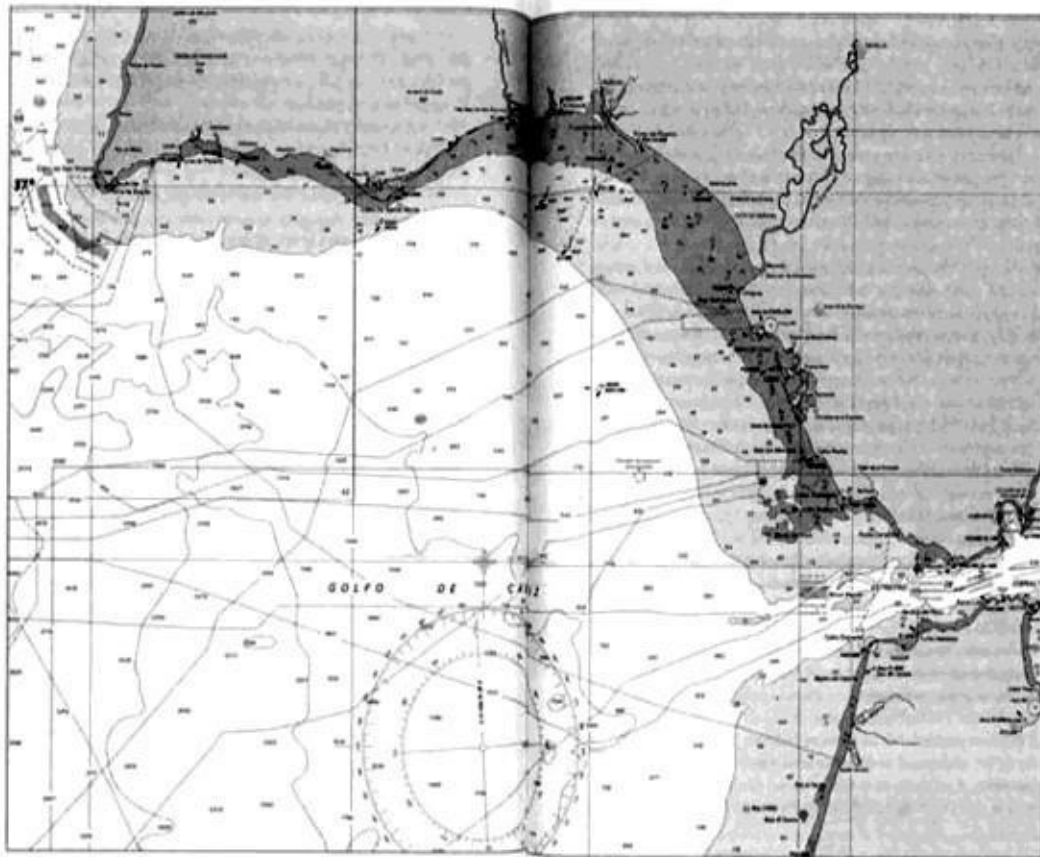
—¿Noroeste? —el gesto del piloto expresaba una clara interrogación, pero pareció comprender la verdad con rapidez—. Entiendo, señor, que no son las Canarias nuestro destino cierto.

—Tendremos que correr bastantes millas más, don Cosme. Comprenderá que debía guardar silencio por orden superior hasta la salida definitiva a la mar. En la primera ocasión disponible, reuniré a los oficiales. Nuestro destino cierto no es otro que las Indias y, en concreto, el hermoso puerto de Cartagena.

—Pues si le soy sincero, señor comandante, no sólo le diré que me complace una nueva visita por esas costas, sino que ya me maliciaba algo parecido —sacudió la cabeza contra su mano, como si gustara en verdad de la noticia—. Tal y como se encuentra La Armada en estos días, no es normal que se consiga un equipaje de esta categoría para un sencillo bergantín. Pero aunque la derrota sea la que indica, deberemos correr algo más hacia el sur.

—No haremos una derrota convencional. Nuestra misión es muy importante. Tan sólo debemos pensar en alcanzar nuestro destino y regresar con lo que carguemos en Cartagena, sin exponer el *Penélope* a los fuegos enemigos. Por esa razón, subiremos en latitud, una zona media entre la derrota de ida y el tornaviaje habitual. Pero ya decidiremos ese punto en concreto cuando hayamos avanteado el cabo de San Vicente.

—Muy bien, señor.



De esta forma, ya entrados en penumbra y con la luna cerrada al completo, mantuvimos el rumbo impuesto. La verdad es que, en aquellas condiciones, no estimaba posible un avistamiento porque, como es de suponer, había prohibido a bordo de forma tajante los tarros de luz y la más tenue de las velas. Tan sólo se mantenía la excepción del farolillo de mano en foco que utilizaba el piloto cuando le era necesario, así como la lamía de la bitácora. Pero en la amanecida correríamos por terrenos peligrosos y debíamos estar alerta con mil ojos a la lúá^[50].

A bordo se establecieron las guardias de babor y estribor nocturnas, así como las de los oficiales, al tiempo que se alistaban los cañones con cartuchos preparados. A las nueve de la noche, estimó don Cosme que nos encontrábamos a la altura del bajo Salmedina, momento en el que enmendamos la proa en vuelta tres cuartas a babor. También debimos retocar el aparejo a la medida, para entrar en ligera bolina mura a babor, proa al cabo de Santa María, teniendo en cuenta el abatimiento. Y como las rachas aumentaban de nuevo, cargamos los juanetes en prevención, con lo que estimamos un andar cercano a las ocho millas^[51]. Calculamos una distancia inicial al cabo de Santa María de 25 leguas^[52], así como 17 más para avanzar San Vicente.

Me mantuve en el alcázar toda la noche, arrebujaado en el casacón y recubierto con el hule de arsenal que desprende olor a brea de calafate. Y ya se dejaba notar el frío, por lo que recibí con entusiasmo un tazón de sopa caliente con tropezones de tasajo, una excepción para el comandante por mano de mi buen africano, porque ya se había ordenado apagar los fogones.

—Gracias, Okumé.

—Si el Dios del barco no se mantiene en forma, mal acabaremos todos. También le he incorporado al caldo un buen chorro de aguardiente, que siempre entona el cuerpo a bendición.

—Ya le apreciaba un gustillo especial.

—Y si sigue aquí esta noche, como preveo, le haré llegar alguna taza de ese brebaje^[53] que compramos cerca de la hacienda de Santa Rosalía.

—Bien sabe Dios que no lo despreciaré.

La noche se hizo larga, como era de esperar. Por fortuna, el viento se mantenía en cuerdas aceptables y el *Penélope* andaba por camino de rosas, aunque encapillara alguna que otra ola con espuma de más. Tampoco Beto estaba dispuesto a echar una dormida, aunque así se lo recomendara.

—No podría pegar los ojos. En la amanecida reconoceremos el cabo de Santa María.

—Así debe ser. Y la descubierta a esa hora será la más importante o peligrosa.

—Por desgracia, los britanos están acostumbrados a mantener bloqueos con mar llana o temporal en ampollas —aseguró Beto con voz amarga—. Buenos marineros son esos culebrones, no cabe duda, que no hay mejor escuela que mantenerse en la mar durante años.

—Del cabo Santa María nos abriremos a barlovento lo que el bergantín aguante, si es posible. Tampoco es bueno pasar a la vista del puerto de Lagos.

—De acuerdo. Si avistamos algún buque portugués, deberíamos izar el pabellón británico.

—Muy bien. Siempre protestamos de esa costumbre britana, pero en esta ocasión no pienso conceder una sola oportunidad, aunque obremos como jodidos sacamantecas.

Por fin comenzó a clarear el horizonte por la proa en un rojo teñido a gris, normalidad cotidiana que en la mar, sin embargo, llega a alcanzar momentos de gloria cuando el disco de oro rebaña la superficie. Aquel día no debía ser de los más bellos con el tiempo que sufríamos, aunque era bueno para nuestra cuenta. De esta forma comenzó a bullir el crepúsculo matutino, momento en el que ordenamos a los dos vigiadotes^[54] escalar la jarcia e instalarse bien arriba, para llevar a cabo una rápida descubierta cuando las luces lo permitieran.

Ya se distinguía con claridad la costa portuguesa, lo que nos hizo enmendar el rumbo una cuarta a babor, braceando las vergas al tranco. El *Penélope* aceptó la bolina impuesta con gusto, sin que el trapo llamara en protesta. Y el piloto me informaba que por el través de estribor reconocía la isla de Culatra, junto al cabo de Santa María, que da entrada a la barra del puerto de Faro. De esta forma amanecía el nuevo día de regular cariz, con cielos achubascados, mar cercana a gruesa, buena visibilidad y temperatura demasiado fría para la época del año en que nos encontrábamos. Por fortuna o desgracia, que nuestra causa era diferente a la normal navegación, había cesado de llover. Pero a simple vista no aparecía ninguna

embarcación, lo que también engordaba el cochino.

A lo largo de la noche, conforme aumentaba la mar, fueron cambiando los sonidos que emitía el bergantín. Y puedo jurar que eran de felicidad, como si se encontrara encantado de volver a luchar contra las olas que tomaba por la amura con verdadero placer. Ya saben que los hombres de mar aseguran que los buques disponen de vida propia. Así lo creía a ciegas mi padre y yo seguía su ritmo. Precisamente el ruido de las cuadernas, baos y toda su estructura es la encargada de notificar a los vivos esa vida que sufren o disfrutan. Y es de especial atención cuando mueren, que así llegué a escuchar los lamentos del navío *Santísima Trinidad*, el coloso de los mares, cuando se hundió tras el combate de Trafalgar. Juro por mis antepasados que distinguí con claridad sus cantos de muerte, conforme abandonaba esta vida para sumergirse en el seno del dios Neptuno.

Con las primeras luces reuní a mis oficiales en el alcázar, para comentarles la realidad de nuestra misión. Y me gustó comprobar su alegría, al comprender el honor que se les brindaba con esta arriesgada misión. Del mismo modo, ordené que lo hicieran extensivo a sus hombres, sin especiales detalles sobre el cargamento, porque como norma habitual me gustó mantener a la dotación al día de los acontecimientos, siempre que no dañara al servicio. Quedé con Beto y el piloto, decidido a cambiar la proa.

—Hemos abatido más de lo previsto —aseguré mirando al piloto.

—Media cuarta, señor. La mar fue aumentando poco a poco, hasta quedar en gruesa. Pero sinceramente, no creo que duren mucho tiempo estas cabras rompiendo.

—Como sabéis, quería enmendar para separarme de la costa portuguesa. Pero vamos a llegar al límite de la bolina. ¿No sería mejor una bordada franca al sur?

—Yo se lo recomendaría, señor —apunto don Cosme—. Así quedará libre de manos unas horas después.

—También yo estoy de acuerdo —apuntó Beto—. De esa forma, si navegamos unas 40 millas al sur, podemos caer francos al noroeste después, librando San Vicente.

Pensaba ordenar la virada por avante a rumbo sur, cuando se escuchó la voz potente del vigía establecido en el palo mayor.

—¡Una vela, seis cuartas a babor!

Si normalmente esa voz en la mar arrincona la rutina y anima los corazones de todo marino, en situación de guerra abierta templea los cueros al bies. Más todavía en nuestra situación, que nada queríamos saber de encuentros con otras unidades. De forma automática, Okumé me alcanzó el anteojo^[55], maniobra que imitaban Beto y el alférez de navío Puerta. Pero aunque barríamos la zona declarada, nada podíamos observar, cuando escuchamos de nuevo la voz rasgada.

—¡Tres palos! ¡Aparejo de fragata!

Pensé para mis adentros que, como debía estar escrito en el libro del destino, comenzaba la faena para la que había sido nombrado, una vez rendido el periodo de

mero placer. Bien es cierto que nada concreto señalaba la voz de aparejo de fragata, salvo que el vigiador había avistado un buque con tres palos y aparejo redondo. Pero entonces sí que sentí cómo el cuerpo entraba en tensión, ésa que te hace pensar a fondo, aferrar los nervios y estar preparado para decidir en pólvora y sangre. Porque en momentos de duda o temor, todas las miradas se dirigen al comandante, el dios del barco, confiando en él todas sus esperanzas de vida.

13. Alas y rastreras

Mi primer pensamiento que alcanzó a golpe de maza mi cerebro, fue analizar con orden las posibilidades que se ofrecían a las bandas, en vista de la posición relativa de ambas unidades y la dirección del viento. Pero tampoco se deben adelantar los acontecimientos en estos menesteres, porque todavía andábamos sin conocer con exactitud el tipo y nacionalidad del buque avistado, así como la marcación exacta respecto a nosotros. De momento, nos limitábamos a barrer el horizonte con los anteojos sin descanso, como dama enjaretada en fiesta de carnaval, aunque con negativos resultados. El guardiamarina Ruperto Escalera había sido enviado a la cofa del palo mayor para aumentar la información, y ya cantaba el caballero a la brava pocos minutos después.

—¡Fragata con más de 30 cañones, abierta de siete a ocho cuartas a babor! ¡Navega a un largo con todo el aparejo! ¡No muestra pabellón!

—Nada veo todavía —Beto parecía con ganas de trepar por la jarcia y ampliar su campo de visión—. Maldita sea la rata negra que parió a Moctezuma en noche de tormenta. Lo malo es que esta zorróna nos toma por barlovento.

—Ya lo asumimos al atracarnos a la costa. La liebre salta por su reguero y hay que afrontarla a ojo. Pero no adelantemos especulaciones —hablé con calma, intentando enhebrar una sonrisa de tranquilidad—. Es importante comprobar la posición relativa exacta. No es lo mismo seis que ocho cuartas^[56], si queremos mostrarle el anca y salir por cuernos. Pero como debemos presumir que es inglesa, de momento actuaremos como ellos. Caballero —me dirigía al guardiamarina Martín del Rosal—, icemos el pabellón britano en el pico de la cangreja.

—A la orden, señor comandante.

Fueron largos minutos los que se sucedieron a continuación, con los oficiales apiñados a mi alrededor en espera de alguna decisión, que todavía no era posible tomar. De todas formas, con el tapete a blanco o negro, una medida parecía abrirse con meridiana claridad: navegar a la máxima velocidad hacia el cabo y largar millas a popa. En fin, pensamientos de ida y vuelta en carrete llano, multiplicando los ojos a las bandas. Me dirigí al piloto con decisión.

—Don Cosme, en derrota directa al cabo San Vicente, ¿cuánto podemos caer a estribor para limpiar las piedras al palmo? —Un momento, señor.

El piloto marcó el punto^[57] sobre la carta de forma automática, que bien quedaban los accidentes de la costa a la vista. Por fin, tomó las medidas con el angular, antes de dirigirse a mí de nuevo.

—En estos momentos, señor, el cabo de Santa María nos demora al norte cuarta al leste y unas cuatro millas. De esta forma, podemos enmendar a estribor una cuarta tan sólo, para abrazar en caliente la punta de Sagres, un poco más al sur del cabo.

—Creo recordar que esa punta es limpia.

—En efecto, señor. Puede entrarle a limpiar fondos sin temores adentro. Pero le recuerdo que, con esta derrota, pasaremos solamente a unas siete millas del puerto britano-portugués de Lagos.

—Poco importa ya ese puerto, que la negra se acerca a las claras por la banda contraria. Por todos los santos, que en estos momentos deseo un viento cascarrón. Bueno, ordene una cuarta de rumbo a estribor.

—Sí, señor.

Mientras corregíamos la proa, nos separaban todavía unas dieciséis leguas del cabo de San Vicente, el punto que podía significar la libertad definitiva para nuestro buque, si esa fragata intentaba cortarnos las piernas. Porque abriendo el viento a popa del través, no podría cobrarnos una pulgada de distancia. Pero todo eran meras elucubraciones que se agitaban en la mollera, sin que nadie atisbara agitación alguna en mi rostro. Por fin, Beto consiguió observar la fragata con su antejo.

—Ya veo a nuestra querida acompañante. Una hermosa fragata, con un porte cercano a los cuarenta cañones, si no los supera. Apuesto tapete con ventaja si aseguro que, a la vista, la muy zorróna es britana de nacimiento. Y si alguna duda flotara en el aire, debemos apartarla, que esa gacela nos llega con todo el aparejo largado y ánimo claro de cortarnos la proa.

—Parece que no le frena nuestro pabellón —hablaba con mis tripas en voz alta—. Bueno, hemos de dar hasta el último suspiro. ¡Don Ginés!

El contraestre se acercó más a mí, antes de responder.

—Mande, señor comandante.

—Hemos de sacar hasta la última pulgada en el andar de este buque. Y largue las pañoletas al aire si es necesario. Que ninguna vela pierda una onza de viento.

—No se preocupe, señor, que ya veo la fragata y no ha de cazarnos.

Para entrar en ayuda, el contraestre cruzó los dedos hacia el agua, un tributo al dios Neptuno muy habitual en los de su clase. Y pobre de aquel que ría ante tales creencias, salvo desear su maldición inmediata.

—Nos restan unas cinco horas para doblar el cabo, señor —apuntó el piloto, que parecía conocer mis pensamientos.

—Bien —me giré hacia el segundo—. Beto, ordena zafarrancho y prevención para el combate. Con cada mono en su árbol, los buques andan a mejor ritmo. Y por si acaso, hemos de estar preparados.

—De acuerdo.

De esta forma, comenzó la caza aunque, por desgracia para nosotros, en este caso hacíamos el papel de liebre, función que poco gusta en la mar cuando te persigue un buque inglés con más del doble de tu artillería y calibres superiores. Pero ya con la gacela a la vista, comprobé que se mantenía por el través de babor. Mucho debería navegar para llegar a distancia de tiro efectivo.

—Roguemos a los cielos para que no se nos rife una vela ni falte un solo cabo —alegó el alférez de navío Puerta en lo que más parecía rezo particular.

—No sea cenizo, Puerta. Por fortuna, las velas son inglesas y de excelente calidad. No sonría, que es garantía de orden. Aunque sea triste declararlo, en los últimos años nuestros arsenales ofrecen trapo de segunda que se rifa con facilidad, especialmente por los gratiles^[58]. Ya lo sufrí a bordo del *Santísima Trinidad*.

Con extraordinaria rapidez, que mucho decía a favor de nuestro personal, Beto me ofreció la novedad de que todos los hombres se encontraban en sus puestos de combate. No llegué a ordenar que se entregara la oportuna ración de aguardiente rebajado, que se bebe antes de entrar en fuego, ni llevé a cabo la arenga preceptiva de todo comandante porque no esperaba llegar a tan arriesgada situación, que podía significar lo peor. Pero por si acaso, apareció Okumé con mi sable y el grueso pistolón heredado de mi progenitor. El guardiamarina Martín del Rosal miró la segunda de las armas con especial atención, sorprendido de que la empuñara con abierta confianza. Me dirigí a él con afecto.

—Ya veo que se extraña, caballero. Tenga en cuenta que este arma, antigua pero segura, perteneció al más valiente general de mar del pasado siglo, don Antonio Barceló y Pont de la Terra, azote de piratas berberiscos. Solía abordar las unidades corsarias con el chuzo en una mano, la pistola reglamentaria en la otra y, para rellenar los huecos, este pistolón encastrado en el cinto hasta los huecos, según sus propias palabras. Y así cobró un elevado número de presas corsarias para honra de Su Majestad, sin olvidar un buen puñado de esclavos con destino al presidio. Mi padre sirvió a sus órdenes y de él lo recibió como especial prebenda, poco antes de embarcar en el jabeque *Murciano*, usándolo por el resto de su vida hasta el mismo combate de Trafalgar. Como le habrán explicado en la Escuela Naval, debemos seguir las tradiciones.

Acompañé estas palabras con la acción, colgando el sable de su biricú y encajando el pistolón en el cinto.

—Esa moscarda debe abrir buenos agujeros en la barriga —afirmó Beto de buen humor.

—En efecto. Y más de uno quedó con los ojos partidos en sangre por su acción.

Las dos horas siguientes se deslizaron en suave tensión. El viento se mantenía frescachón de fuerza, oscilando su dirección entre el sudoeste y alguna cuarta caída al sur. Por una parte, debía vigilar nuestra proa, ligeramente tendida hacia fuera del cabo por el posible abatimiento, pensando que no era bueno entrar en la necesidad de caer forzados a babor, aunque fuéramos capaces de bolinear todavía un par de cuartas más. Pero también con el ojo contrario marcaba a la fragata, que disminuía la distancia al navegar con todo el aparejo y con el viento casi a un largo, situación ideal para las gacelas. Pero pronto debió comprender, que con aquella situación relativa y las velocidades de ambas unidades no alcanzaría la posición deseada, por lo que comenzó a largar las rastreras^[59].

—Mucho arriesga ese britano, parto de tonina rabizona y enano bujarrón —alegó Puerta con rapidez—. Con este viento, se juega perder alguna de esas velas.

—Porque ve la partida en balanza negativa —replicó Beto, pegado el ojo a su largomira—. Cierra distancias, pero no creo que llegue donde desea.

Ya observábamos la fragata con claridad, navegando como los ángeles sobre las olas. Y bien saben los dioses que no hay visión más hermosa en la mar, que una gacela bebiendo los vientos al tope. La voz del alférez de navío Echagüe me volvió a la realidad.

—La fragata acaba de izar pabellón inglés, señor, y nos pide reconocimiento.

—Ya sabe lo que ha de contestar. Somos el bergantín de Su Majestad británica *Respect*, con dirección a Porstmouth. Por supuesto, utilice la clave que se indica en el cuaderno inglés de señales.

—Sí, señor.

Izamos en la driza la señal correspondiente. Dudaba que el britano mordiera el anzuelo, pero nada perdíamos con la intentona, que cualquier segundo de duda redundaba en nuestro beneficio. De hecho, pocos minutos después, la fragata volvía a izar nueva señal, cuyo significado deducimos del cuaderno apresado.

—Señor comandante, ordena que nos pongamos en facha^[60] sin demora.

—En facha se meterá por huelgos su madre y todas las compañeras putorronas del puerto de Gosport —saltó Beto por alto en uno de sus habituales arranques—. Que nos meta una bala bien calentita por el anca, si es que puede.

—La fragata larga las alas de gavia, señor —informó Puerta, que no perdía un detalle de su aparejo.

—Nuevo riesgo y aumentado en calibre, que le puede saltar contra los ojos en cualquier momento —afirmé con rapidez—. El olor de la presa aviva el sentido marinero de los britanos hasta cotas desconocidas. Sabe que necesita una o dos millas más de andar, y es capaz de largar la camisa del cocinero por un botalón.

—Me parece que el pirata bucanero quedará bien jodido en la ocasión.

Transcurrieron dos horas más, alargadas al tranco como jornadas de prisión. Pero ya se ofrecía a la vista con esperanza el cabo de San Vicente, formando línea sinuosa por la proa, ligeramente abierto a la banda de estribor. El piloto anunció que atravesábamos el momento en el que el sol cruza la meridiana, mero formalismo marinero porque el disco quedaba oculto tras la rumazón. Y para entrar en sinceros, aunque alardeaba en mis comentarios con seguridad de que no llegaría la fragata a darnos caza, comprendía que podía alcanzar posición para disparar alguno de sus cañones de a 24. En ese caso, si la suerte le acompañaba por alto, entraba en lo posible que llegara a dañarnos el aparejo lo suficiente para que el *Penélope* perdiera alguna milla en el andar, cuestión vital que debíamos evitar a toda costa. Pero más valía pensar en hermosas mujeres y dejar las bolas negras a popa. Beto parecía andar con los mismos pensamientos en la mollera, porque pasó a comentar una de sus alegrías.

—Aunque dice el refrán con razón, que *quien muestra la popa al enemigo, caza mariposas o acaba rendido*, no me importaría mostrarle a esta fragata nuestra

hermosa popa a buena distancia.

—También yo en este caso prefiero cazar mariposas —contesté entre risas.

El cabo se acercaba con ritmo lentísimo, como si nos costara navegar cien yardas con el ancla flotante largada a popa. Pero todo es relativo en esta vida, especialmente en la mar. Creo que fue ése el momento en el que se escuchó el retumbo del cañón, cual trueno sordo de tormenta cercana. Tal y como esperaba, la fragata probaba el alcance de su artillería, disparando alguno de los cañones de mira^[61]. El pique levantó un generoso surtidor de agua por nuestra aleta de babor, pero a unas doscientas yardas solamente. Observé cómo algunos rostros perdían la alegría.

—No andarán muy lejanos sus próximos piques —largué con sonrisa falsa—. Nadie como los ingleses para fabricar buenos cañones.

—Utilizan en su manufactura un material más poderoso y resistente que el nuestro —informó Beto, buen especialista en el tema—. Por esa razón sus andanadas son más terroríficas que las de nuestros buques. Cuando comparamos las unidades inglesas con las españolas o francesas de los últimos años, todos hablan de la superioridad britana en las maniobras, del apoyo mutuo que se prestan y las excelentes dotaciones de que disponen con alto grado de adiestramiento, pero se olvidan del poder artillero. Nos llevan un buen adelanto en el estudio de la metalurgia, con ese secreto de estado que mantienen en las fábricas escocesas de su artillería. Son capaces de llegar a disparar los cañones cargados con triple bala, y aguantan sin partir. Y en mi opinión, también su táctica artillera es superior.

Volvió la fragata a disparar los cañones de mira tres veces más, para acabar haciendo fuego con ocho o diez al tiempo, cayendo los piques cercanos, uno de ellos apenas a cincuenta yardas. Fue el momento en el que también yo decidí tomar acción, aunque con los cañones de a 8 no podía albergar posibilidades. Pero era por orgullo y para animar a mis hombres.

—Preparen dos montajes de popa con el máximo ángulo para abrir fuego.

El alférez de navío Echagüe, responsable de esa brigada artillera, salió corriendo en la dirección señalada. Pocos segundos después, recibida la novedad de montajes preparados, con el sable en mano dirigido hacia los cielos ordené abrir fuego, observando los piques de nuestras balas muy cortos en distancia. No me preocupó ese detalle, porque mis ojos se centraban en la punta de Sagres como dama de ensueños, que se nos ofrecía golosa a proa y a unas cuatro millas largas de distancia, un pico del que pensaba pasar tocando sus piedras con la mano. Sin embargo, fue el momento en el que Puerta, con grito de alegría, nos bendijo con una noticia de miel.

—¡Ha partido el botalón del ala de gavia a estribor! Y, según parece, la troncha le estorba para la maniobra de dicha vela.

—Bendito sea el dios Eolo y sus soplidos en racha de gloria —la voz del piloto sonaba con evidente alivio, que ya veíamos las rasas^[62] demasiado cercanas y con peligro—. Aunque no cazaba las alas al troncho, era demasiado riesgo el que asumía ese comandante y debía partir alguna percha tarde o temprano.

—Arrían las alas de gavia y velacho —continuaba Puerta—. Parece que rinde fuegos.

—Nada de eso, señores, que la fiesta continúa.

Intenté calmar el entusiasmo al observar los fogonazos de una nueva andanada. En esta ocasión, una de las balas en rebote llegaba a tocar nuestro casco a la lumbre del agua, produciendo un sonido bronco y conocido que en poco agrada el paladar.

—Mucho ruido pero sin efecto. De todas formas, que lo comprueben —ordené, al tiempo que me giraba al contraestre—. Ya estamos cerca de la punta, don Ginés, preparados para caer un par de cuartas a estribor. Quiero que las velas beban a muerte.

—Largaremos al tiento, señor.

La fragata acababa por arriar todas las alas y rastreras, porque el viento se mantenía pero las rachas aumentaban a coro para bendición de los cielos. Pronto se notó la medida, esa milla que marcaba la diferencia. De todas formas, ya estábamos a punto de doblar la punta. Y cuando las piedras parecían tocarnos con sus dedos, ordené la caída para aproar también por corto al cabo de San Vicente.

—¡Una cuarta a estribor!

Los marineros entraron a la rueda sin dudar, al tiempo que el piloto largaba su opinión.

—Puede rascar también esas piedras, señor. Estimo que le admite una cuarta más.

—Creo que ya no es necesario —afirmó Beto—. La fragata ha perdido distancia.

—Arríen el pabellón britano e icen el nuestro —ordené con voz de felicidad.

—Bien hecho —aplaudió Beto con entusiasmo—. Que compruebe ese comandante culebrón quién le ha largado espuma a la cara. Como decía un comandante que tuve en el navío *Castilla*, ¡que se joda el inglés!

Todos rieron la salida de mi segundo. Unos veinte minutos después doblábamos por fin el cabo de San Vicente, momento en el que caíamos a estribor con libertad para navegar a un largo, con proa al noroeste cuarta al norte. El *Penélope*, como yegua de reyes, pareció recibir la orden de navegar al galope, golpeando las olas como machete. Tras el cambio de rumbo, la fragata quedaba por nuestra aleta, perdiendo distancia poco a poco y a la vista. Fue el momento en el que conseguí respirar bien adentro, sintiendo cómo el aire inundaba los pulmones y llegaba hasta los dedos de los pies.

—Bien, señores, creo que hemos ganado la primera etapa a los britanos, aunque debemos reconocer que cerca estuvimos de que nos chamuscaran los bigotes. Y si llega a tocarnos algún mastelero, nos habría ahorcado con sus fuegos en escaso tiempo.

—Qué bien toma el viento y la mar este bergantín, señor —dijo el contraestre con evidente orgullo—. Navegando a un largo, pocas unidades nos darían alcance, puede estar seguro.

Ya la fragata se perdía a popa en la distancia. Había reducido su paño con

prudencia, dando el envite por perdido con claridad. Sonreí para mis adentros al pensar lo que sufriría el comandante inglés, al comprobar que perdía una presa suculenta. Pero no nos confiamos y seguimos tocando las velas al tiento, para sacar la última yarda.

Dos horas después, volvíamos a encarar la mar infinita en solitario, lo que producía en mi corazón una sensación de gran felicidad. Ahora nos quedaban muchas millas a proa, un océano por delante, pero en mar abierto y sin cortapisas en la maniobra. Me reuní con Beto y el piloto junto a la carta.

—Debemos decidir la derrota a seguir. Creo que podemos mantener esta proa hasta alcanzar los 38 grados de latitud, momento en el que caeremos lentamente para acabar por tomar los 20 grados, más o menos. Mi idea es entrar en el mar de las Antillas entre la isla de Martinica y la de Santa Lucía.

—Por el canal de la isla de la Trinidad, señor, acortaríamos bastantes millas, y con la costa de Tierra Firme más a mano —apuntó el piloto.

—No me quiero aconchar a la Trinidad, donde los ingleses han aumentado sus fuerzas en abundante número desde el año pasado. En el puerto de Chaguaramas han basado en permanencia dos navíos y algunas fragatas. La Martinica, por el contrario, es aliada y mantiene su paso franco, especialmente desde la toma de la Roca del Diamante. También nos ofrece posibilidades de recabar aguada y algunos víveres si andamos escasos. Lo estimo como el paso más seguro para atravesar las islas de Barlovento donde, además de las unidades inglesas, existe un corso bastante severo. Una vez nos adentremos en aguas antillanas, y con suficiente margen a disposición, se nos abren muchas posibilidades, pero es posible que bien ganado el levante, aproemos por derecho a punta Gallinas^[63], para costear hasta Cartagena.

—En ese caso, señor, y a ojo de gavián, deberemos navegar, contando los bordos necesarios, por encima de las mil seiscientas leguas o cinco mil millas, y con vientos poco propicios en muchas ocasiones. En mi opinión, no deberíamos transitar mucho tiempo en latitudes altas. Recuerde, señor, que sobre los 39 grados se mantiene la derrota del tornaviaje habitual.

—Poco importa el tiempo en esta misión —apuntó Beto—. Y los vientos por esas latitudes son caprichosos aunque, es cierto, no es una derrota recomendada para la navegación hacia las Indias.

—Has mencionado la mejor de las razones para andar por esa vereda —aseguré con confianza—. Pero, bueno, señores, conforme avancemos millas a proa, se nos ofrecerán oportunidades de rectificar, llegado el caso. Sin embargo, estoy de acuerdo con don Cosme y en unos pocos días bajaremos de latitud francos, ayudados por los vientos de componente norte que, más pronto que tarde, nos acompañarán.

—Con esta derrota salvaremos las grandes encalmadas, o así debería ser —apuntó Beto—. Aunque también nos puede tomar alguna nortada de orden y hasta es posible que nos obligue a navegar contra los vientos con largas bordadas.

—Así es, señor —apuntó el piloto—. Pero por fortuna llegaremos a las Antillas

fuera de la época de esos terribles huracanes, que allí se abren como sandías en verano. Sufrí un par de ellos, entrados a tenazón, y prefiero no repetir la experiencia. El segundo de ellos nos llevó en volandas desde la costa norte borinqueña, hasta los grandes bancos de las Bahamas, cuando andaba embarcado en el navío *Mexicano* en derrota hacia La Habana. Rendimos todos los palos a desbarate. Salvamos el pellejo gracias al ancla de la caridad^[64] y un cable que mostró inesperada fortaleza.

—Bien, chupemos millas y que nuestra Señora del Rosario se abra en virtudes con nosotros.

Abiertos a la mar franca, con el viento entablado todavía del sudoeste y frescachón, perdimos de vista la costa portuguesa, un sentimiento deseado por todos. Tan sólo sobraba la lluvia putañera, que volvió a arreciar en la tarde de aquel mismo día 12 de septiembre, cuando ya los cuerpos rechazaban la humedad que se mete bien dentro de los huesos. Pero observaba a bordo un optimismo generalizado, fruto de la noticia recibida en la dotación sobre el destino cierto que debía culminar nuestra navegación. Disponía de verdaderos hombres de mar, y esa condición hace que las mentes deseen abrirse a la ventura, tan unida a nuestra vocación.

Aunque llevaba casi dos días sin dormir, me encontraba despejado cuando ya las luces caían a plomo. Paseé por la cubierta, hasta quedar amadrinado a un pasamanos de la toldilla. Beto llegó hasta mí con una abierta sonrisa en la cara.

—Hemos superado la primera experiencia negativa. Ahora ya puedo decirte con sinceridad, que no estaba tan convencido de librar esa fragata del demonio.

—Ni yo. Gracias a los cielos que rompió el botalón del ala de gavia, porque ya andaban sus piques lamiendo nuestro casco. Ahora pienso que, quizás, fue un error ceñirnos tanto a la costa.

—No lo pienses más. Teniendo en cuenta las posibles unidades a la vista, era lo más recomendable. Por fortuna, no apareció alguna unidad menor en auxilio.

—Ese era mi temor. Un cúter o una balandra nos habrían complicado la escapada. Pero deberíamos celebrar esta gloriosa cabalgada.

Me giré hacia Okumé que, sin una sola pregunta, salió disparado hacia proa. Poco después regresaba con una frasca de vino, que escanció en dos tazas generosas mientras rezaba una de sus sentencias.

—Beban a gusto, señores, que lo tienen ganado. Pero deberían dormir a pierna suelta esta noche, que ni un tarro de luz se alumbra por el horizonte. Queda mucha tela por cortar para las calzas y deben encontrarse fuertes. Me quedan dos paletillas que cociné en la bahía, adobadas al gusto. Deben atacarlas antes que se trocen y pierdan salud.

—Eres un genio, Okumé —Beto lo golpeó en el hombro con afecto—. Esas paletillas entrarán en mi estómago como barco por bahía. Y si tu señor no quiere la suya en esta ocasión, la tomaré para que no se pierda.

Reímos mientras nos dirigíamos hacia la cámara. Momentos felices que valen su peso en oro, tras haber sufrido algún trance negro. Porque en pocas ocasiones

produce el vino tan agradable sensación, ni pasa por la garganta con tal gozo. Pero Okumé tenía razón, como de costumbre. Debíamos andar fuertes de cuerpo y espíritu ante la empresa que afrontábamos y en la que tan sólo habíamos dado un pequeño paso.

14. Rutina a bordo

Durante los tres primeros días de navegación en libertad por una mar abierta e infinita, se mantuvo el viento entablado del tercer cuadrante, aunque bajara en fuerza a nivel de fresco. De esta forma, navegamos con todo el aparejo en seguridad y con placer de damas, proa al noroeste cuarta al norte, aunque la mar tomara crespones de gruesa a intervalos, con marea^[65] larga sin mayor importancia. La verdad es que el *Penélope* encajaba de buena cara las olas, los hombres cumplían con su obligación sin rechistar, de momento sin los roces que tan de ordinario aparecen a bordo, y manteníamos un andar apreciable que era el factor de mayor importancia. Comíamos millas en tal proporción, que en la amanecida del tercer día enmendé la proa al noroeste puro, para mantener un compromiso adecuado entre la subida en latitud y la navegación.

Nos habituamos a esa rutina que es la base del buen hacer en la mar, sin olvidar el necesario adiestramiento, rebajado en asuntos de mar y ampliado en los de guerra, con ejercicios de cañón y fuego real. Puedo asegurar que me hice con el barco y sus hombres sin mayor esfuerzo. De forma especial, aprecié la suerte habida con mis oficiales de guerra, mayores y de mar. También la dotación se mostraba de dulce aunque, como es de recibo en cada potaje, saltara algún garbanzo oscuro y a destiempo, todavía sin necesidad de hacerme obrar en consecuencia por malas. Porque aunque con fama ganada de oficial humano y capaz de comprender las debilidades de los hombres, nunca he pasado por alto un paso más elevado que otro, y cuando era necesario dar cañón^[66] o pasar a mayores, lo llevaba a cabo sin vacilación.

Tras esos tres días de navegación galana, entramos en la primera encalmada, con mar en leche^[67] y ni una miserable brisa para respirar, posiblemente la situación que más desespera a los hombres a bordo. Porque la niebla, el temporal o el combate se recibe de uñas y es necesario empeñarse a fondo, a veces hasta romper el alma, pero cuando el viento desaparece hasta dejar las velas caídas al suspiro, quedando el barco mecido sobre las aguas al capricho de los dioses, pocos son capaces de mantener la mente en alto. Y en esta situación desesperante, poco habitual en tales latitudes, nos mantuvimos dos días más que se alargaron como cable en fondeo de muerte. Por fin, el 20 de septiembre comenzó a morder la superficie de las aguas una suave ventolina de poniente, dirección opuesta a nuestro destino que nos obligó a aproar hacia el sudoeste cuarta al oeste, bolina torpe y avance de tortuga. Sin embargo, hábil en predicciones como siempre acaece con los contramaestres de casta, don Ginés elevó su sentencia.

—El viento se entablara en noroeste más pronto que tarde, señor.

—Dios le oiga —afirmó Beto—. Cualquier cosa menos estar mano sobre mano.

—No hay prisa, señores —afirmé por bajo—. Más vale que se mantenga esta

ventolina, a sufrir temporal de orden. Para esta misión sólo pido a Dios que el mundo conocido se mantenga en condiciones normales, sin apariciones extraordinarias de ningún tipo. Por cierto, Beto, ¿cómo anda el agua y los víveres?

—Ni una pequeña merma en la inspección de esta mañana. Tampoco han aparecido olores y la sentina todavía es respirable. —Esperemos que dure.

Debo aclarar que los hombres de secano o tierra adentro, que poco conocen de las cosas de la mar, pueden pensar al leer estos cuadernillos que la vida a bordo en tales situaciones era regalada o de verdadero placer. Por desgracia, nada queda más lejos de la realidad. La mar es solar para los hombres que en ella echaron los dientes, únicos capaces de sobrellevar o incluso sobrevivir en ese medio cambiante y caprichoso, sufriendo una alimentación especial y poco sana, así como los muchos males que en los barcos suelen aparecer. Por esa razón los oficiales de guerra de la Real Armada se negaban como norma al embarque tan habitual de voluntarios o tropa del Ejército, como sucedió en el combate de Trafalgar, porque no es fácil aclimatarse a la vida marinera en un corto periodo de tiempo. Y no es desdoro de esos hombres, que dieron todo lo que llevaban dentro y hasta la vida, pero como dice el refrán, *la mar para los peces y sus congéneres los marinos*.

Mi obsesión particular, así como la de otros muchos compañeros, fue siempre imponer esa rutina que tan necesaria se considera para llevar a bordo una vida sin mayores incidentes, especialmente en operaciones de larga duración como la que afrontábamos. Y era necesario encarar con estudiada razón las guardias, los trabajos, el adiestramiento, las comidas, los aspectos sanitarios y, muy importante, los periodos de ocio. Porque en las horas sin obligación a mano suelen producirse la mayor parte de los males a bordo, que la mente en libertad puede preñarse de miasmas peores que las epidemias.

La gente de mar se dividía en dos guardias. La primera, normalmente llamada como guardia de estribor, la formaban las brigadas impares, mientras la segunda o de babor por las pares. Daban comienzo a las ocho de la mañana y duraban cuatro horas, debiendo cada brigada asistir a la maniobra de los diferentes palos de la arboladura y sus aparejos. Cada marinero o grumete debía conocer con exactitud su sitio, porque es de vital importancia para las maniobras que cada perro reconozca la mano de su amo. Los oficiales de guerra, guardiamarinas, pilotos y algunos oficiales de mar como los contra maestres, quedaban más liberados, a cuatro guardias, menos durante la noche que se rebajaban a tres, conocidas como guardias de prima, media y alba.

A bordo la vida comenzaba a las siete y media, momento en el que las cubiertas debían encontrarse despejadas y los coyos^[68] estibados en las batayolas. A dicha hora se llevaba a cabo la primera llamada general, comúnmente conocida como toque de generala, con toque de corneta y redoblo de tambor, con recuento preciso de toda la dotación. A continuación se realizaban los ejercicios doctrinales de una hora de duración, aunque este periodo variara de acuerdo al estado de adiestramiento y los avatares que pueden alterar la vida a bordo, como temporales o navegaciones por

parajes peligrosos. Una segunda generala se producía a las 3 y media de la tarde con las mismas consecuencias.

Como les decía, fuera de los periodos de guardia, trabajos o instrucción, siempre intenté que mis hombres disfrutaran en el mayor grado posible, permitiendo los cantos, juegos de ocio, cantares y bailes con instrumentos de música, que siempre algún grumete o paje acaba por sacar las notas de cualquier instrumento. Sin embargo, también intentaba restringir al máximo los juegos de azar, prohibidos con recibo de marca porque, con mucha frecuencia, acaban en riñas de sangre, una costumbre difícil de erradicar.

Un aspecto que incide de forma notable para que el hombre de mar pueda soportar en positivo la dura vida de a bordo y, por lo tanto, desempeñar su función al máximo, era la dieta a la que debía someterse. Porque, como decía el general Barceló con razón, sin comida ni bebida mal se puede hacer la guerra. Es un tema al que siempre ofrecí la debida importancia. Aunque durante los primeros días de navegación se disponía de alimentos frescos y animales vivos, acababan por desaparecer más pronto que tarde, especialmente los primeros, momento en el que se debía recurrir a las llamadas como raciones de mar. Tres eran las más habituales en los buques de la Armada, comenzando por la de carne salada o cecina y tocino, la segunda con bacalao, aceite y vinagre, para rematar la tercera de queso y aceite. Bajo estos principios y siguiendo el *Prontuario general*, se planificaba la dieta semanal, de forma que los domingos, martes y jueves se confeccionaba el rancho con tocino; los lunes, miércoles y sábado con cecina o carne salada; dejando el bacalao para el viernes y cumplir de esta forma el precepto de nuestra religión. La ración de queso, como rancho frío, quedaba para ser entregada en caso de temporal, que impide el encendido de los hornos. Con todas las diferentes dietas se entregaba a cada hombre bizcocho de mar, llamado comúnmente galleta^[69], menestra^[70] de alubias o garbanzos, vino, agua y sal. Pero también disponíamos de las dietas de salud o raciones para los enfermos, que consistían en bizcocho blanco mullido, carnero y gallina, siempre que se contara todavía a bordo de estos animales.

A la vista de los alimentos utilizados, podemos comprobar que la salazón imperaba en las dietas, norma mal asumida por los poco iniciados en la vida marinera. Y como la ingestión de abundante sal aumenta la sensación de sed, ésa que llega a rematar el sentido en periodos de escasez, se entregaba a cada hombre cuatro cuartillos de agua al día, un bien que se debía mantener con cien ojos, porque de él dependía a veces el éxito de una expedición. Por esa razón, se inspeccionaba dos veces la aguada en cada jornada. Por desgracia, en la segunda o tercera semana de navegación el agua almacenada comenzaba a ser pestilente por su contacto con la madera, aunque tras orearla lo suficiente podía ser bebida sin mayor repugnancia. Estas dietas planificadas podían, sin embargo, sufrir variaciones, bien por descomposición alta de algún producto, así como otros elementos imprevistos como la pesca conseguida por la dotación o embarque de otros víveres en parajes

adecuados.

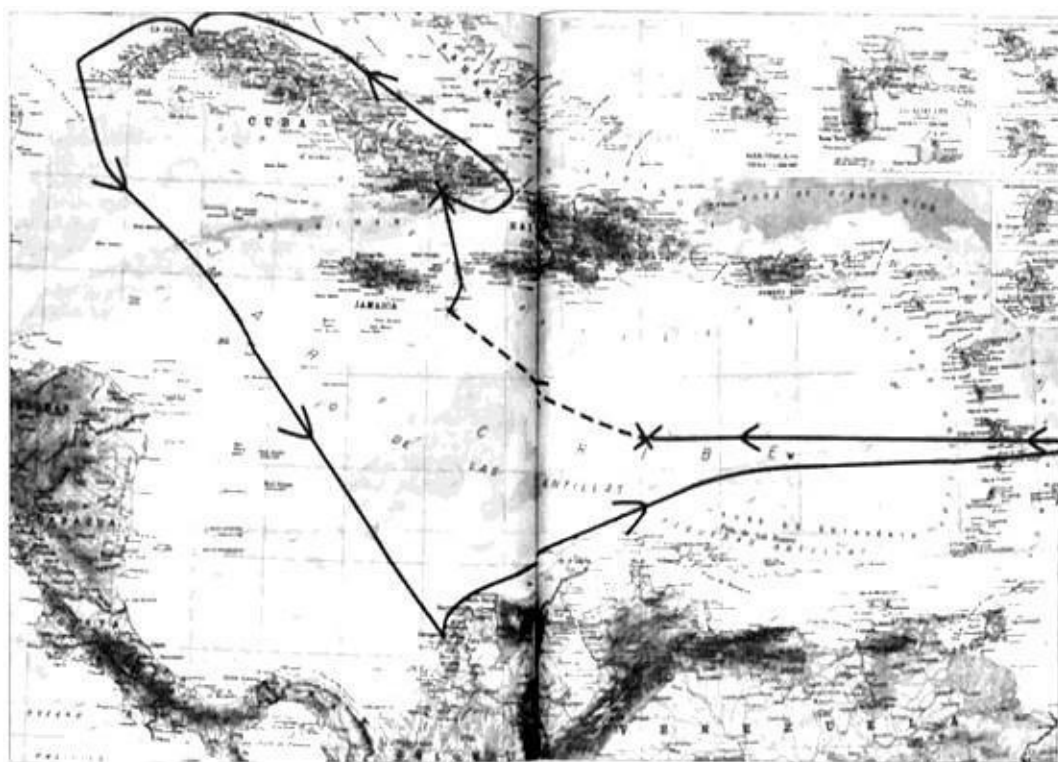
Como es lógico, para elevar el espíritu del personal se ofrecía a cada hombre dos o tres cuartillos de vino al día, así como un trago de aguardiente. Este último brebaje, tan apetecido por todos, era un material peligroso por su inflamabilidad, debiendo encontrarse correctamente almacenado y protegido, aunque muchos embarcaran de su propio y por fuera de la norma. Y era de cuidado, que más de un buque se había perdido por su causa, como el incendio del navío *Brillante*, sufrido en la dársena de Cartagena en el mes de abril de 1790, arrasado por las llamas hasta su total pérdida.

En los buques españoles, la disciplina a bordo se conservaba sin mayores problemas, porque somos de buena raza y sabemos comportarnos por derecho. A lo largo del siglo XVIII, tan sólo se había producido un pequeño amotinamiento en la tropa de Infantería de Marina embarcada en el navío *San Juan Nepomuceno*, bajo el mando de don Cosme Damián Churruca, que fue sofocado con rapidez y sin medidas extremas. Pero se debían mantener cuatro ojos y aplicar las correcciones si llegaba la ocasión. Entre los castigos más habituales para penas menores se utilizaba el sufrir los grillos^[71] con dieta de pan y agua, dar cañón al reo, la pena de baquetas, vergüenza pública amarrado al cabrestante o el descuento en el sueldo, que podía ser total, momento en el que el penado quedaba asignado a bordo como *grillete*. La pena de baquetas, habitual para la tropa embarcada, era muy temida porque se debía circular con el torso desnudo entre una fila alargada de soldados, que golpeaban sin misericordia con las baquetas de los fusiles.

Cuando la falta era de orden superior, se celebraba consejo de guerra en el alcázar, formado por todos los oficiales bajo la presidencia del comandante. Esta ceremonia era de obligada asistencia para toda la dotación franca de servicios. Al desertor se le condenaba a diez años de galeras, quedando prendido con grillos a la espera de entrar en presidio; el ladrón recibía cañón o carrera de baquetas; a quien fomentaba un motín, se le debía cortar la mano derecha; el amotinado era ahorcado sin compasión; al blasfemo se le atravesaba la lengua con un hierro candente; quien abandonaba el puesto en combate debía recibir la muerte instantánea; y por último, el incendiario debía ser pasado por la quilla, terrible pena que, normalmente, acompañaba la muerte por ahogo o, si el desgraciado sobrevivía, moría por las heridas producidas por las astillas del casco, las conchas del escaramujo o la pala del timón. Otras penas para faltas mayores eran las llamadas como caída húmeda o seca. En la primera, el reo era izado por una de sus extremidades hasta el penol de la verga del trinquete, para ser dejado caer hasta el agua. La caída seca solía acarrear peores resultados, porque el cabo de izado era de menor longitud, impidiendo la llegada del cuerpo a la superficie del mar, con lo que se producía descoyuntamiento de huesos.

Debo aclarar que estas penas mayores pocas veces se aplicaban en nuestros buques, aunque se encontraran reguladas en el Tratado V de las Ordenanzas de la Armada, en clara contraposición a la Marina británica donde se rascaban pieles a diario. En los muchos años de mi carrera, solamente en tres ocasiones me vi forzado a

ello, normalmente en combate, cuando no se puede titubear un segundo y es necesario disparar a la barriga del que intenta escapar cubierta abajo. Pero también debo declarar que fui afortunado con las dotaciones bajo mis órdenes. Sin embargo, las penas menores eran de orden habitual, especialmente por causa de las bebidas alcohólicas que fomentan con excesiva frecuencia las riñas, peleas, robos y otros altercados muy peligrosos para mantener la necesaria disciplina a bordo. Como se encontraba prohibido de forma tajante abrir fuego en cualquier lugar del buque, debíamos cuidar de la extendida práctica en nuestros hombres de tomar tabaco al humo. Mi norma fue la de prohibirla rigurosamente desde el ocaso hasta la salida del sol. Tan sólo se podía llevar a cabo en tiempos de ocio, durante el día, en las proximidades del palo trinquete y junto a un barril lleno de agua.



Todos estos pormenores se los había explicado a Okumé en diversas ocasiones, pero el africano seguía aprendiendo e inquiría detalles en su ansia de perfeccionar los conocimientos de mar, que no eran pocos con sus años a mi lado. Aquel día en el que volvía a soplar el viento en bendición, me entró con más preguntas mientras me mantenía en solitario en la toldilla.

—He estado en la enfermería, señor.

—¿Tienes algún mal? —pregunté, preocupado.

—No, señor, que bien conoce mi fortaleza y resistencia a las enfermedades. Tan sólo quería conocerla. Ya sabe que deseo estar al día de los detalles de la vida a bordo, y en otros buques no me concedieron permiso para visitarla. Como ahora soy el protegido del comandante, me es posible entrar con aire propio en cualquier rincón.

—No es la enfermería un lugar agradable, especialmente en combate.

—Si me permite una sugerencia, señor, creo que no debería encontrarse en las cubiertas bajas, donde es casi imposible respirar.

—Por debajo de la cubierta del alcázar siempre es difícil respirar, especialmente cuando, debido al estado de la mar, es necesario trincar las portas de los cañones y escotillas, aunque intentemos renovar el aire con mangueras de loneta. Pero tiene su motivo el establecimiento de la enfermería. En primer lugar, debe ser lugar seguro y apartado de hombres en trasiego. Además, las amputaciones y heridas graves provocan alaridos de dolor en muchos casos. Y no conviene que tales exclamaciones lleguen a los oídos de los que todavía se encuentran combatiendo.

—Es poco humana esa medida, señor.

—La vida a bordo de un buque no es cosa de humanos, Okumé, sino para hombres de mar, un espécimen bien distinto del género.

—Y el suelo de las enfermería se pinta de rojo, supongo que también como medida paliativa.

—En efecto, para que no llame tanto la atención la sangre, que llega a formar pequeños riachuelos.

—Deben ser terribles las amputaciones con esa sierra de arco que mantiene el cirujano en un precioso estuche. Y, según tengo entendido, se dispone de láudano en escasa cantidad.

—Muy poco porque se trata de un producto difícil de conseguir y precio elevado. Normalmente se ofrece al desgraciado aguardiente, si queda, y la troncha de cuero para morder. Sin embargo, algunos cirujanos llevan a cabo una sangría profunda con la lanceta y, de esta forma, el desgraciado pierde el sentido con mayor facilidad.

—Que Dios nos ampare. Su padre perdió una mano en las Altas Californias.

—Pero fue Setum quien se la cortó con una hachuela de abordaje, para liberarla de su atoramiento cuando la goleta se hundía. Gracias a eso le salvó la vida. Peor fue el caso de mi hermano Francisco, que le fue amputada la pierna a bordo del navío *Santa Ana* sin más auxilio que un pequeño sorbo de aguardiente y el cuero. Según me contaron y para su bien, perdió el conocimiento con rapidez.

—Por fortuna hay solamente tres enfermos en estos momentos.

—Aumentarán con el paso de los días, queramos o no. Sufriremos accidentes, que siempre ocurren en las maniobras. Y en muchos casos, las heridas acaban por ser purulentas con el tiempo. Conforme se corrompe el agua, aparecerán las sueltas de vientre y hasta el tifus, ese mal tan temido en los buques con epidemias horrorosas. En tiempos fríos, las enfermedades del pecho acaban con los más débiles. La especial alimentación tampoco ayuda a recobrar la salud, si no es de hierro.

—Y queda el escorbuto.

—La peste del mar solemos llamarla. Con alimentos de salud, como verduras, limones o carne fresca, se puede evitar. Pero también suele aparecer en los más débiles si se alargan las navegaciones, a partir de los dos meses en la mar. Recuerda que sufrimos algunos casos a bordo de la fragata *Clara*, en la navegación desde El

Callao al Río de la Plata.

—No lo olvido. Fue espantoso ver cómo aquellos hombres perdían los dientes.

—La peste marinera suele comenzar con debilidad general y dolor en las piernas. El proceso se agudiza con el sangrado de las encías y, por fin, la pérdida de dientes. En las expediciones a las Altas Californias, hubo dotaciones que llegaron a puerto con un noventa por ciento de enfermos afectados de ese terrible mal. En fin, esperemos que no se alargue tanto tiempo nuestra navegación y no suframos esa maldita peste.

—Algunos hombres enfermarán del pecho si persiste el frío. Parece mentira que no se encuentren mejor vestidos. Algunos se mueven prácticamente desnudos.

—Ése es un problema que no hemos sido capaces de solucionar en la Real Armada todavía, a pesar de las muchas y variadas órdenes en tal sentido. Pero nunca llegan los dineros suficientes para rellenar ese aspecto tan importante. Y en este barco no es para desesperar porque, gracias al contador, conseguimos embarcar mantas de baja para ese cometido. Pero tienes razón, es triste observar a los hombres con harapos y medio desnudos. Nuestra marinería merece algo más.

—En cambio, los soldados de Infantería de Marina y de Artillería lucen buenos uniformes y de cortes similares.

—Porque está reglamentado de lejos y se lleva con puntualidad. Se distinguen ambos cuerpos en que las brigadas de artillería cambian el ancla por una bomba. Debes tener en cuenta que esos hombres son los encargados de la seguridad y de que se cumplan las normas.

—El que monta guardia en la escotilla de la santabárbara, tiene orden de disparar a quien intente traspasarla sin permiso del oficial de la batería o la de usted mismo. Eso me contó el sargento Melenchón.

—Y así debe ser. Pero también se ocupan de que en el alcázar y castillo solo permanezca el personal de guardia, que se entregue la llave de la escotilla de la bodega una vez cerrada al oficial de guardia y, en combate, disparar a la barriga de quien intente abandonar su puesto. En los buques grandes también montan guardia ante las cámaras y camarotes de generales y comandantes. Se trata de un personal de especial importancia a bordo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—¿Una solamente? Llevas más de una hora preguntando, Okumé —reí a gusto al observar su gesto—. Ataca como quieras.

—No proteste, que para estar a su lado, siempre pendiente de su seguridad, debo mantenerme al corriente de toda información —mostró seriedad en su rostro—. Pero ahora se trata de simple curiosidad. ¿Por qué se descubren los oficiales al llegar a la toldilla, incluso cuando no está presente el comandante?

—No es por deferencia al comandante, sino a la bandera.

—Sin embargo, los guardiamarinas lo hacen más a menudo.

—Los caballeros guardiamarinas deben destocarse siempre que se dirijan al

comandante o al oficial de guardia. También tienen prohibido sentarse en el alcázar, así como mantenerse en la cámara de los oficiales más que el tiempo necesario para informar o recibir órdenes. Son detalles que se incluyen en su formación. Pero, a cambio, reciben otras prebendas, como mandar la guardia de honor y tesar la bandera en combate.

—Un honor un tanto peligroso —Okumé mostró su blanca dentadura.

—La mayor parte de los honores para aquellos que han escogido la carrera de las armas, incorpora algún peligro. Y así ha de ser.

—Una pregunta más, señor, y ésta es la última, se lo juro. ¿Por qué se producen esas humaredas en las cubiertas bajas un día a la semana, que las deja con extraños olores, insoportables a veces?

—Se debe a una precisa recomendación del Real Colegio de Medicina y Cirugía de la Real Armada por el bien de la salud colectiva. Como sabes, la sentina es un nido de enfermedades sin fin. Allí se envía todo lo sobrante que no es posible evacuar por la borda, acabando por formar como un pantano pestilente, incluso con excrementos y ratas muertas flotando en su marea. Los baldeos con cepillos empapados en vinagre, sahumeros a base de sofiones de pólvora, así como otras medidas intentan purificar el ambiente y evitar enfermedades o plagas. También con ese fin se ordena orear convenientemente los coyotes, mudarse de camisa y afeitarse todos los hombres una vez a la semana, lavarse los pies todos los días y peinarse cada mañana con púa trenzada para eliminar los parásitos que acaban por preñar cenizas.

—Los que se dan brea en las coletas del cabello lo tienen más difícil.

—Está permitida la coleta, aunque se intentó alguna vez su prohibición. Con la brea empapada en ella se estima, según una antigua creencia, que es posible evitar los bichos de todo tipo. Pero está demostrada su falsedad porque, al contrario, los anida con mayor facilidad. Pero, mira, gracias a esa costumbre ha salvado la vida más de uno.

—¿Cómo es eso?

—Porque cuando caen al agua, es más fácil recogerlos tirando de ella al paso.

—Dura vida la de la mar, señor.

—Diferente, amigo mío —lo tomé por el hombro con confianza—. Como te decía, los que en los barcos pasan su vida no son personas, sino hombres de mar. Y por desgracia, no abundan en los barcos de la Real Armada tales elementos en estos días.

—El bergantín *Penélope* es diferente —se dejaba sentir el orgullo en sus palabras.

—No lo sabes tú bien.

Acompañado por Okumé, a quien a bordo le habían aplicado con rapidez el apodo de *la sombra del comandante*, nos movimos hacia el alcázar, donde Beto charlaba con el contramaestre. Me dirigí al cartagenero, en quien cada día confiaba más.

—Bueno, don Ginés, ¿nos llega ese viento prometido o no? Con esta ventolina progresamos poco.

—No se preocupe, señor comandante, que soplará el noroeste bien fresco muy pronto.

—Dios le oiga. ¿Por dónde anda el piloto?

—Don Cosme anda con el sextante en ristre como caballero medieval, intentando cazar el sol en la meridiana, si esas nubes acaban por descubrir el disco lo suficiente —respondió Beto—. Por cierto, *Gigante*, ¿hasta que latitud piensas descender?

—Depende del viento, pero creo que estaría bien andar hacia poniente sobre los 32-34 grados. Y cuando nos encontremos a medio camino, podemos tomar rumbos del tercer cuadrante, hasta alcanzar el paralelo de los 14 ó 15 grados.

—Buscando el paso entre las islas de la Martinica y la de Santa Lucía, que debe andar por esa latitud. Bueno, tan sólo nos falta un poco más de empuje y que no aparezca una sola vela en el horizonte.

—Dos buenas condiciones aunque, en verdad, me conformo a satisfacción con la segunda.

Continuamos avante con la escasa ventolina hasta el día 22 en el que, como había predicho el contramaestre, el viento comenzó a rolar hacia el noroeste, aumentando de fuerza hasta fresco. Aunque no nos favoreciera al ciento, no llegaba mal para navegar por el través y mantener esa proa, hasta que nos volviera a cambiar de dirección. Y por fortuna continuamos en paz de dioses hasta el 26, en cuya mañana descubrimos tres velas abiertas por la aleta de estribor. Pero en esta ocasión no nos creó alarma alguna el avistamiento porque pasaban por nuestra popa con claridad, con rumbo de componente sur, y parecían ser mercantes de escaso porte. La verdad es que habría sido una buena ocasión para apresarlos en fortuna si eran britanos, pero nuestra misión lo impedía por las claras y mantuvimos la proa impuesta.

Cumplimos diez días de mar con andar regular, escasas bordadas y sin problemas añadidos, salvo los roces habituales de la dotación que se saldaban con algún rebencazo en los lomos o dieta de alivio. Pero, aunque pueda parecer extraño, me salpicaba la carne que todo derivara con tanta facilidad, como si la buena suerte establecida a machamartillo debiera quebrar en algún momento. Y la verdad es que la mar se muestra cambiante como las damas cortesanas, mudando la cara y el genio a su gusto y sin avisos previos. Quedaba mucha tela por cortar, como repetía Okumé en razón, y nos aguardaba alguna sorpresa poco deseada.

15. Mar de gigantes

Continuamos nuestro camino sin sorpresas a la mala ni avistamientos indeseados, circunstancia ideal y requerida que parecía otorgarnos la razón en cuanto a la derrota escogida. De todas formas, no es posible olvidar el factor suerte, que prima sobre las aguas cual rastro abierto en caza, y es tan necesario a bordo como el agua o la galleta. El viento y la mar también colaboraban a favor de la empresa; el primero mantenido entre el tercer y cuarto cuadrante, de fuerza moderada sin necesidad de cargar los juanetes salvo en un par de ocasiones; y las olas abiertas en respeto de los cuerpos, sin ampollarse por bravas en ningún momento. De esta forma, navegamos con rumbos de poniente, cayendo algunas cuartas al sur para disminuir la latitud, más o menos forzados en la ocasión pero cortando meridianos sin descanso. Y como es de suponer, la moral subía enteros porque todo parecía cuadrar en voluntad.

El día 4 de octubre, después de andar metidos en cerrazón de cielos y luces durante tres días, se abrió el sol como plato de oro y sin una nube en compañía. Gracias a esta bendita disposición, el piloto consiguió una situación de garantía, estableciendo la posición del buque en latitud de 18°-20' norte, mientras ganábamos poniente con una longitud de 57°-49' oeste. Beto y yo nos reunimos con él junto a la timonera, observando la carta donde ya aparecía el rosario de islas llamadas como Pequeñas Antillas y, dentro de este grupo, las conocidas como de Barlovento, que comprenden desde las islas Vírgenes, a levante del Puerto Rico, hasta la de la Trinidad, pegada a la costa de Tierra Firme^[72].

—Seguimos la derrota establecida, señor, aunque hayamos derivado un poco al norte en los últimos días. En estos momentos, el paso de Santa Lucía que deseamos encarar, se demora al sudoeste cuarta al sur y unas 300 millas aproximadamente.

—Muy bien. Es posible que conforme nos acerquemos a las islas de Barlovento, observemos alguna unidad británica o corsaria de libertad. Que abran bien los ojos nuestros hombres.

—Si se mantiene este viento —intervino Beto—, podemos entrar en el canal en dos o tres días como máximo. Supongo que intentarás ceñirte a la costa de la Martinica, para evitar sorpresas.

—En efecto. Si mantenemos resguardo suficiente, por derecho hacia la punta Salines, librando ese pequeño islote que se llama...

—Islote Cabrit, señor.

—Eso, Cabrit. Desde ahí, a la Roca del Diamante y ya, francos en paso, hacia el mar de las Antillas.

—Llamado en sus principios como mar de los caribes o mar Caribe —recalcó Beto, amante siempre de los detalles históricos—. Bien. ¿Y una vez dentro?

—Alejarnos de las islas de Barlovento, que huelen demasiado a la Gran Bretaña, con la mayor velocidad posible. Una vez cruzado el meridiano de los 66 grados, más

o menos y dependiendo del viento, proa firme a punta Gallinas.

—Esta mar que parece de rosas, suele ser putañera como pocas en la temporada de los huracanes —el piloto murmuraba en lamento—. Contra la costa levantina de la Martinica, con sus hermosos y traicioneros bancos de coral, se han perdido muchos buques. También por fortuna deben haber finalizado las épocas de lluvias, que entran como torrentera del demonio desde junio a octubre. Bueno, si he de ser sincero, debo admitir que nunca conocí los parajes de esta costa en seco.

De esta forma, con vientos del cuarto y primer cuadrante amainando de fuerza, continuamos navegando por el anca o incluso de generosa empopada, hasta la tarde del día 6, momento en el que el vigía cantó tierra abierta dos cuartas a estribor, una voz que mucho se agradece tras alargada travesía.

—Benditos sean los dioses de la mar, comenzando por su magnífico rey, el todopoderoso Neptuno, que nos han traído en ventura hasta estas tierras, arrastrados por carroza de ángeles —exclamó el contramaestre con su vozarrón habitual, al tiempo que largaba cruces con los dedos hacia la superficie de las aguas en agradecimiento.

—El hombre de mar es un bicho raro, sin duda —afirmó Beto de buen humor—. Cuando se encuentra anclado en tierra, desea fervientemente salir a la mar. Sin embargo, cuando ha batido millas sobre las aguas durante semanas, anhela avistar la costa.

—Así nos parieron.

—Es posible que se trate de la parte norte de la isla —apuntó el piloto, tras observar con el antejo.

—De esta isla tan sólo puedo decir que la descubrió nuestro gran almirante, don Cristóbal Colón, en el año del señor de 1503 —afirmé, recordando lo leído en los cuadernillos de mi padre.

—Los primeros desembarcos fueron sangrientos —entró Beto para rellenar la información—, con esos indios caribes en son de guerra y chupando sangre. Española fue la Martinica hasta que la ocuparon los franceses en 1635.

—Es triste nuestra historia —afirmé con un deje de amargura—. Todo el mar de las Antillas fue español y, ahora, apenas nos queda alguna pequeña isla de las llamadas menores. Menos mal que Cuba y Puerto Rico mantienen el pabellón. Y esperemos que no hagan por ellas los ingleses, ahora que dominan esta mar a su antojo.

Dirigí el antejo hacia tierra, sin conseguir descubrir accidente conocido.

—¿Es muy montañosa la Martinica? —pregunté al piloto, mientras divisaba la línea grisácea que se abría por nuestra proa.

—Se encuentra dividida de nordeste a sudeste por una sierra pronunciada, que divide la isla en dos penínsulas. Pero ese pico que tanto se eleva debe ser el monte Pelèe, un volcán muerto. Y si es así, será necesario enmendar el rumbo un par de cuartas a babor, señor. Le recomendaría dejar el reconocimiento del canal de Santa

Lucía para mañana, que poco fío de estos bancos de levante.

—Eso mismo pensaba. Beto, que carguen trapo lo suficiente. Calcula el andar del barco para estar a unas seis millas del paso en la amanecida.

—De acuerdo.

Sesteamos sobre aguas picadas durante la noche, cerrada sin un solo gramo de luna en foco. Y aunque pueda parecer extraño, dada la ventura aparejada a la misión hasta el momento, sentí aflorar la tensión de nuevo en mi interior. Los próximos días volverían a ser importantes porque, en realidad, pasábamos a navegar por unas aguas dominadas por el inglés, dueños de la mayor parte de las islas.

El día siete amaneció de excelente cariz, con cielos despejados, mar rizada y viento fresquito del nordeste, la situación que habría deseado si el genio de las aguas me la hubiera ofrecido. Habíamos rendido al sur de acuerdo a la orden establecida, para quedar en aquellos momentos tanto avante con el cabo Serré y a unas siete millas de distancia. Ordené navegar con mayores y gavias, aliviados con el foque, proa al sur-sudoeste para barajar la costa a suficiente distancia, hasta llegar a observar con claridad la Punta Enfer y el islote Cabrit que vela prendido en sus faldas.

Poco antes de virar en vuelta del oeste cuarta al norte para tomar el canal en franquía, divisamos hacia el sur la costa de la isla de Santa Lucía en poder de los britanos, a unas veinte millas de distancia. Beto volvió a incidir en el tema histórico.

—También esta isla, una de las mayores del grupo llamado de Barlovento, fue descubierta por don Cristóbal Colón, y española se mantuvo hasta ser ocupada por los ingleses en 1639.

—Como tantas otras.

—Pero en esa ocasión quedaron exterminados por los indios caribes —insistió Beto con alegría—, siendo sustituidos por los franceses. A partir de ahí, ha cambiado de manos en diversas ocasiones, hasta su definitiva conquista por los ingleses en 1803. Bueno, de momento.

—Ése fue el fracaso de las operaciones llevadas a cabo por la escuadra combinada hispano-francesa, bajo el mando del almirante Villeneuve por el mar de las Antillas. Una de sus misiones era conquistar islas britanas en estas aguas, entre ellas la nuestra de Trinidad recién perdida por la paz de Amiens. Pero el francés decidió tomar solamente esa Roca del Diamante, que aparece por estribor, y regresar de estrepada a Europa al tener noticia de la llegada del almirante Nelson.

—En la toma de la roca del Diamante colaboraron, y mucho, nuestros hombres.

—Desde luego. Don Rosendo Porlier mandaba las tropas españolas.

Avistábamos la roca del Diamante por nuestra amura de estribor, cuando ordené aproar en franquía hacia poniente. La verdad es que deseaba llegar cuanto antes al meridiano de los 66 grados y dirigirnos en demanda del puerto de Cartagena de Indias. Fue ése el momento en el que el vigía volvió a cantar.

—¡Grupo de velas por el través de babor!

—¿Qué es eso de un grupo de velas? Hay que explicarle a ese hombre cómo se

deben ofrecer los avistamientos —bramé de mal humor, antes de dirigirme al guardiamarina de guardia—. ¡Escalera! Trepe por la jarcia y aumente la información al punto.

—A la orden, señor comandante.

No era muy necesaria la medida, porque con nuestros anteojos comprobamos, pocos segundos después, la presencia de unos seis o siete buques del comercio, escoltados por una fragata y alguna unidad menor, británicas con seguridad. Pero ya cantaba el guardiamarina.

—¡Siete mercantes de mediano porte con proa al norte! ¡Escolta de una fragata y un buque de dos palos con velas cangrejas, posiblemente una goleta!

—No nos afectan —explicó Beto con rapidez.

—Estoy de acuerdo. Tan sólo tendrían alguna oportunidad si destacaran la goleta a romper trapo, que podría alcanzarnos con mucho esfuerzo y alargado tiempo, mientras la fragata progresa a continuación en su apoyo. Pero dejarían ese convoy a su propia suerte, y saben que disponemos del puerto de Fort de France en la Martinica como arribada segura.

—Esa fragata panzuda no sería capaz de acortar una sola yarda ni con viento añadido —declaró Beto, afirmado al antejo—. Pero te advierto que no me importaría entrar en la bahía de Fort de France donde, según dicen, se encuentran mujeres de especial belleza.

—Tienes razón, pero te recuerdo que estás prometido con mi hermana, segundo.

—Nada tiene que ver el amor entablado en Europa, con los sentimientos que se despiertan aquí en las Indias, a tantas millas de distancia. Además, podrías saludar al capitán general de la Martinica, el almirante Villaret Joyese, gran amigo de don Federico Gravina.

—Mi padre lo conoció cuando anduvo demasiadas semanas fondeado en esas aguas.

En efecto y aunque la goleta se destacó inicialmente media milla hacia proa en nuestra dirección, navegando generosa de alas, pronto debió recibir la orden de regresar al nido. De esta forma, mantuvimos nuestro rumbo hacia poniente, mientras el convoy acababa por cortar nuestra popa a unas cuatro millas de distancia.

Como siempre fui amante de las tradiciones, incluso las que ya se perdían entre nuestros hombres de mar, celebramos haber atravesado en ventura el Mar del Norte con algunos juegos en cubierta y rancho especial para la dotación, vino y aguardiente redoblado. A los oficiales les ofrecí un suculento almuerzo en su cámara, rematando mis últimas existencias de cordero y alargando la mano en demasía con el vino castellano, a pesar de las elevadas protestas de Okumé. Porque en su opinión, no era más que un despilfarro en grado máximo, sin reservar casi nada para el futuro. Pero esa agitación e impaciente alegría a que me veía sometido, sin saber por qué, me inducía a expresar mi satisfacción a los vientos, una medida que fue aplaudida por todos. Tan sólo el cirujano, don Eusebio Córdoba, dejó una perla negra en el

ambiente.

—Aunque los toneles sean de primera calidad, señor, ya el agua empieza a largar aromas de muerto. No nos vendría mal una aguada de calidad.

—Me parece que no ha hecho muchas navegaciones de altura, don Eusebio —repliqué con rapidez.

—Bueno, señor —parecía dudar—, es la primera vez que cruzo hacia las Indias.

—Lo comprendo. Debe saber que se trata de una situación habitual y sin mayor importancia, si se orea lo suficiente antes de ser bebida. ¿Han aparecido enfermedades de vientre?

—Alguna, pero dentro del porcentaje normal.

—No hay problema. Si se deja que el aire la bautice, el agua vuelve a tomar sabor aceptable. Pero según los cálculos de esta misma mañana, no ha habido mermas de excepción y debe sobrnos hasta llegar a puerto.

—Así es —confirmó Beto.

Todo se movía en color de flores, navegando a un largo proa al oeste cuarta al sur y con viento rolado al sudeste en bendición. Pero ya conocen esa frase tan repetida y verdadera, que anuncia la inconsistencia de la mar y sus condiciones, cambiantes al gusto como mujer caprichosa. El día 10 de octubre calculó el piloto que habíamos sobrepasado en doce millas el meridiano de los 66 grados, momento en el que decidí enmendar a babor proa al sudoeste cuarta al oeste, en demanda de la Punta Gallinas, extremo norte de la península de Guajira. Y era mediodía cuando el viento cayó a plomo, como si el dios Eolo hubiera decidido descansar de su alargado trabajo y sestear por completo. Aunque el día era despejado y con sol en altura, por el sudeste comenzó a tomar el horizonte un extraño color anaranjado, como si el crepúsculo se amadrinara con extraordinario efecto a la meridiana. El primero en abanicar predicciones negras fue el contramaestre, que no cesaba de mirar en la citada dirección, al tiempo que elevaba los ojos al cielo.

—Poco o nada me gusta ese colorete que toma el horizonte, señor comandante.

—Menos me gusta esta calmería^[73], caída por descalabro de los cielos en escasos minutos.

—Me uno a la opinión del contramaestre, señor —apuntó el piloto—. Nada bueno pueden aparejar estos cambios repentinos, y menos todavía ese color que parece aumentar de grados a marcha agigantada.

Porque la mancha anaranjada se extendía hacia nosotros al galope tendido, como si deseara embridarnos y teñirnos con su tinte hasta la galleta. También yo sufrí un ramalazo interno difícil de explicar, que nada bueno presagiaba. Porque así te hace sentir la mar, incluso cuando no eres capaz de comprender sus movimientos o razones. Una hora después, entrado el cielo de sur a nordeste en el intenso color rojizo, la mar pareció bullir por el horizonte, cabrilleando allá por el sudeste, como el agua que comienza a borbotear en la olla. Y sin razón cierta o conocida que me lo dictara, escuché mis propias palabras.

—Prepare el aparejo de capa, don Ginés, y vaya cargando de gavias arriba. Que se trinque todo elemento a tenazón, especialmente los montajes de la artillería y respetos de cubierta.

—Eso pensaba en estos momentos, señor.

—No quiero ser pesimista, señor —comenzó el piloto, que bajaba la voz cuando sus pensamientos no cuadraban en alegrías, mientras el contraamaestre comenzaba la sinfonía de pito—, pero esta situación me recuerda... —quedaron en el aire sus palabras, como si dudara de proseguir la sentencia.

—Acabe la frase de una puta vez, don Cosme —urgió Beto, que solía desesperar con la lentitud del piloto para expresar sus sentimientos.

—Aunque nos encontremos metidos de lleno en el mes de octubre y no sea de recibo, esta situación aparenta la falda de uno de esos huracanes que se mueven por fuera de las islas de Barlovento. Y quiera Dios que si es ésa la razón, nos tome por fuera de sus garras.

La verdad es que todavía hoy, tantos años después, no sabría exponer la razón marinera o científica que pudiera explicar el repentino cambio de condiciones al que nos vimos sometidos. Cuando en las primeras horas de la tarde todavía debería brillar el sol, entramos en luces de rojo oscuro, para mezclarse poco después con un gris ceniciento. Pero al mismo tiempo, el viento saltaba a fresco, para pasar a frescachón y cascarrón sin pausa, cuando ya cargábamos las gavias en prevención. Y por fin, media hora después, la estadía de ventarrón se enmarcaba en un claro temporal del sudeste, con viento aturbonado que parecía querer elevar al *Penélope* en vuelo de gaviota con las nubes. Por fortuna, la gente de mar entraba en sus puestos con rapidez y a batientes, dejando el borriquete por falda en la verga del trinquete, la cangreja a besar rizos y la trinqueta a proa. Los chifles de guardianes y contraamaestre apenas se escuchaban entre el mugido del viento y el gualdrapeo de las velas, pero los marineros cumplieron con su deber a rajatabla.

Intenté capear ese temporal que se había alzado con una fantasmagórica rapidez contra nosotros, como jamás volví a experimentar en mis muchos años de servicio a bordo. Pero si ya el viento aullaba entre las jarcias con gritos de loquería, tendiendo los palos a muerte, la mar se ampollaba en crestas blancas, batiendo nuestro casco cual juguete de feria. Aunque ya Okumé me había entregado el hule, las ráfagas de mar salada salpicaban la cara con fuerza, esas gotas de cristal cuyos efectos en la piel asemejan balines de mosquete. Beto entró en positivo para elevar la moral.

—No olvidemos que este bergantín fue construido en las islas británicas, donde mucho saben de temporales en corvejón.

—Si no aumenta grados el viento, podemos confiar —cantó el contraamaestre—. Porque en estos momentos deben correr por los sesenta o setenta nudos de velocidad estas ráfagas a turbón.

—Puede aumentar, por desgracia.

Era la voz de don Cosme, quien profesaba en alto su habitual optimismo

marinero, condición que enervaba por sistema a mi segundo. Pero no marraba el experimentado piloto una mota, porque cuando las luces comenzaban a dejarnos en tinieblas, el viento llegaba a la máxima intensidad jamás comprobada por mi persona, sin poder determinar con exactitud su dirección. Al mismo tiempo, las olas batían por marcaciones inesperadas el cuerpo del bergantín, cuyas cuadernas comenzaban a protestar como cochino en matanza. Y por desgracia, el viento se cuartelaba a su putañera voluntad, sin acomodarse una pulgada, como manda la ley de la mar, a las olas elevadas en montañas.

—La madre que parió este temporal debería pudrirse bien jodida en el harén del demonio.

Acababa Beto de pronunciar una de sus frases habituales para elevar la moral, cuando Okumé me señaló con el dedo una cresta gigantesca con rizos de nieve en las barbas, que nos entraba por la aleta de babor. Y juro por mis antepasados que más parecía una montaña de las que se observan en invierno por la Sierra Nevada. Dado el aviso a la voz en grito, nos aferramos a muerte en los pernos. Y la vi entrar con fuerza guerrera, batiendo nuestras tablas hasta pasarnos por los cuernos a ronda y dejar las ropas empapadas. Pero ya el estado de nuestros cuerpos pasaba a una estadía perdida, que tan sólo pensaba en sobrevivir, en ganar esa batalla que tantas veces se entabla entre el hombre y la mar. Y no se puede rendir la pica, que cuando la mar amenaza con comerte las entrañas, hay que gritarle a la cara y nunca darle la espalda.

Fue una noche de verdadera pesadilla, zarandeados por mar y viento a su capricho. Tan sólo nos quedaba al aire el borriquete y la trinquetilla, con la cangreja cazada a tachón en el escudo de popa, lo que don Ginés, que presumía de verbo antiguo, llamaba camisa a la *capuchina*. De todas formas, dudaba que pudieran resistir el empuje del monstruo. Porque, aunque no lo declarara, me parecía imposible que cualquier trapo o material expuesto pudiera aguantar aquellas acometidas de muerte. De esta forma comenzó a clarear, cuando ya creía llevar media vida metido en el infierno. Y lo de clarear puede ser considerado una mera esperanza, porque tan sólo una luz lechosa cubierta de rojo y negro aparecía al capricho. Escuché las palabras de Okumé, largadas a la pulgada de mi oreja para ser escuchadas con garantía.

—¿Aguantará este bergantín, señor?

—No lo sé, amigo mío. Pero siempre debemos pensar en ganar la partida y con nuestras armas, que nadie bajará del cielo para echar una mano.

—En ese caso, lo superaremos.

Continuamos el día 11 en las mismas circunstancias o peores, si es que ello era posible. Y el pobre *Penélope* comenzó a sufrir quebranto, lo que sentía en mis carnes como herida propia. Aunque nuestro buque mordía con su proa las crestas blancas de forma altiva, la metía bien dentro de las aguas, sintiendo su temblor para recuperar el sitio y no darse por vencido. Sin embargo, la primera bola negra nos atacó por culpa propia, con un cañón destrincado tras recibir una ola gigantesca, que costó romper

huesos a dos hombres para poder ser repuesto en cuerda. Debemos recordar que un montaje en movimiento libre es tan peligroso a bordo como una andanada enemiga de grueso calibre. Beto me ofreció el informe, con una pena añadida.

—Un marinero y un grumete fuera de servicio, con huesos rotos, especialmente el primero. Y hemos perdido el primer hombre.

—¿Muerto?

—Se lo llevó una ola cuando intentaba reponer la braza del borriquete. Lo recordarás porque se trata del pequeño pecoso, gaviero del trinquete, natural del Puerto de Santa María.

—Que Dios se apiade de su alma. Cuando salgamos de ésta, ordenaré al capellán que rece un responso en su memoria.

—Dios quiera que llegue la ocasión.

En la tarde del mismo día tuvieron lugar dos sucesos de importancia, aunque uno sonara más a milagro de santo. En primer lugar rendimos el mastelero del juanete de proa, que saltó a los aires con estrépito y maraña de cabuyería. También en esta ocasión dieron todo de sí y un poco más los hombres de proa, que sólo dar un paso por cubierta, aunque se hubieran tendido las barloas^[74] de seguridad, era una verdadera hazaña. La segunda le sucedió al grumete Joselito, joven renegrado y guasón de Barbate que solía animar a menudo con cantos en fandango. Una ola de las que ya contemplábamos sin asombro, a pesar de su increíble magnitud, lo sacó del castillo de proa entre los cuernos de espuma. Sus compañeros lo dieron por perdido, y creyeron en el milagro santero al comprobar que regresaba a bordo en las crestas de otra ola, hasta dejarlo en el alcázar a nuestros pies, molido de huesos. Y vuelvo a jurar que no exagero una mota la escena ni falto a la verdad, porque en la mar se producen estas realidades que más parecen ensoñaciones.

Como si se tratara de pena impuesta por el Maligno, pasamos los días 11 y 12 en la misma situación. Las fuerzas menguaban de tal forma que hasta era difícil repartir agua, galleta y queso, por el riesgo que conllevaba. Y era necesario comer para no darse por vencido. Pero en verdad que, por mi parte, comenzaba a dar todo por perdido, aunque no se percibiera una sola arruga en el rostro. En la tarde del 12 sufrimos una nueva merma, con una ola macheteada a proa que dobló el moco del bauprés, partiendo el estay que soportaba la trinqueta y amenazando el palo trinquete en su conjunto. Pero también en esta ocasión acudió don Ginés en persona, y con ayuda de hombres fuertes dieron la ligada de viento necesaria para amartillarlo con cierta seguridad. Pero para desesperación propia, parecía que el *Penélope* se iba descuartizando poco a poco, como si una rueda gigantesca de molino pasara por sus tablas.

Entramos en el día trece sin que se avistara ni de lejos un posible cambio, para desesperación de todos. Creía llevar una larga y penosa vida luchando contra aquella mar de leones, sin que las olas o la fuerza del viento decrecieran una pulgada. Pero debía estar atento a todos los cables de la navegación, recordando uno en el que no

había pensado hasta el momento, confiado por hallarme en mitad del mar de las Antillas, aunque no fuera cuestión vital en aquellos minutos. Era tanto lo que debíamos abatir hacia el norte o noroeste, que pregunté al piloto, empernado en la timonera con sus útiles medio arrebatados y el rostro envuelto en tinieblas.

—Don Cosme, supongo que disponemos de seguridad con este abatimiento.

—Depende de lo que dure el huracán, que así lo defino sin duda y en su mismo ojo de muerte. Estamos derivando mucho hacia el noroeste, posiblemente algo tendidos a poniente. Calculo que podemos andar en estas condiciones unas cien millas al día.

—¿A qué distancia queda la tierra más cercana en esa dirección?

—Con la última situación, debemos derivar en dirección a la costa occidental de la isla Española, o la oriental de la Jamaica. Y esa zona debía quedar a unas 500 millas largas.

—Pues llevamos ya más de tres días metidos en esta faena.

—Pues con dos más debemos estar pendientes de las piedras, señor, si es que llegamos a verlas.

—No sea cenizo —intenté elevar su galleta—, que las veremos todos.

Aunque pueda parecer imposible, entramos en el quinto día, deshechos de cuerpo y mente, con el *Penélope* medio destrozado, o así nos lo parecía en aquellos momentos. Y fue el día quince en la mañana, cuando Eolo y Neptuno, aliados a la contra en maligna conjunción, parecieron querer darnos el golpe de muerte. Me encontraba en la toldilla, bien apernado tras el tambucho del palo mayor, cuando el contraamaestre, que parecía avejentado en más de diez años, dio la voz de alarma.

—¡Guarda a estribor!

Miré en la dirección señalada, pensando que se trataría de una más de aquellas monstruosas moles de agua que nos atacaban sin descanso. Sin embargo, lo que mis ojos observaron sin error posible fue verdaderamente aterrador, una visión que jamás olvidé y que, por fortuna para el bien de mi alma, nunca más llegué a observar en la superficie de la mar. No era una montaña de agua coronada de espuma la que nos atacaba por el través de estribor, sino la madre de todas las montañas con sus hijos prendidos en las ubres. Volvimos a aferrarnos a los pernos, como si se tratara de un último y titánico esfuerzo. Como es momento de verdades, debo declarar que pensé en la muerte y las profundidades negras, al tiempo que se erizaba el vello de mis brazos. Escuché la voz de don Ginés, que seguía gritando.

—¡La Manta! ¡Manta a estribor!

Aunque parezca extraño, porque la mente juega a menudo en boberías sin cuento, recordé en aquellos momentos la procedencia mediterránea del contraamaestre cartagenero. Y digo esto porque así, la *manta negra*, se denominan en ese milenario mar las olas negras y gigantescas impulsadas por la furiosa tramontana, que aplastan los barcos a muerte y sin compasión. Pero en añadido, y como una acción mecánica más, escuché mis palabras dirigidas a los marineros alistados a la rueda, extraño de

que salieran de mi boca con aquella frialdad.

—¡Timón! ¡Trincar la rueda al estrobo firme!

No puede imaginar tal espectáculo, grandioso y fantasmal, quien no lo haya sufrido en sus carnes. Creía que allí acababa la vida del hermoso bergantín y los más de cien hombres que en él habían soñado y sufrido. De forma voluntaria, elevé lo que entendía como un último rezo a Nuestra Señora de Valdelagua, porque en aquel momento estaba convencido de que ningún buque, ni el navío *Santísima Trinidad*, podría ser capaz de soportar el envite de aquel monstruo. No pude pensar más, porque sentí cómo las garras de Okumé me tumbaban a cubierta, boca abajo, a la vez que mantenía mi mano aferrada como garfio al perno más cercano. Todavía escuché su VOZ.

—Agárrese a muerte, señor, o esta ola del demonio nos llevará con ella al infierno.

Y llegó la manta blanca, que así era su color. Tan sólo recuerdo que me vi inmerso en la mar, comido entre sus entrañas, mientras el *Penélope* crujía a dolor y llanto por los cuatro costados, como si se desbaratara en las mil maderas originales que compusieron su precioso esqueleto. Pero, al mismo tiempo, como si se tratara de experiencias superpuestas, me pareció percibir una nueva sensación. La garra de Okumé me mantenía con la oreja izquierda pegada a cubierta, lo que me hizo sentir una extraña vibración, como si aquella vida de madera y clavazón se negara a darse por vencida, una lucha final entablada a muerte contra el dios del mal.

Sumido en la oscuridad y creyendo que descendíamos a las profundidades del infierno, pude escuchar un ruido espantoso, como si hubiese reventado la santabárbara por los aires, o la quilla se partiera en mil pedazos. Recordé el trueno producido por las andanadas de a 36 a bordo del *Santísima Trinidad*, aunque este ruido era de mayor brusquedad. Pero al mismo tiempo, la mano de garfio perdió su asiento salvador. Comprobé, aterrado, que comenzaba a deslizarme con inminente peligro hacia babor sobre la cubierta escorada al límite, momento en el que, como especial y final aderezo, recibía un golpe sobre la cabeza. Supuse con temor que acabaría por navegar sobre la manta blanca, perdido en las aguas, cuando sentí una parada en seco. Y la hazaña se la debía a Okumé una vez más, que había trincado el hule por mi hombro en última instancia.

Necesité bastantes segundos para comprender que el *Penélope* había superado aquella ola de montañas amadrinadas, esa manta antillana que, como su hermana mediterránea, es prueba de muerte para todo buque. Y también calibré que había salvado la vida por milagro y gracias a mi africano, que repetía similar hazaña. Sentía movimientos de rodillo sobre mi espalda, pero no cuadraba la situación con la oscuridad absoluta que me embargaba, más propia del fondo del mar. Por fin, ante un nuevo bandazo, comprendí que el peso se debía a parte de la vela cangreja, cuyo gratil había golpeado mi cabeza, abatida por la montaña a su paso, por lo que intenté apartarla sin conseguirlo. Fue entonces cuando escuché unas palabras que parecían

brotar de las tinieblas, largadas con entonación de esperanza y cierto eco lejano.

—¿Se encuentra bien, señor?

—¿Okumé? Bendito sea Dios. Creo que la hemos superado, aunque parece que tenemos encima parte de la cangreja.

—En efecto. Ha partido el palo de popa, posiblemente a flor de cubierta.

—¿Partirse el mayor? No es posible.

Pero sí lo era. Por fin, conseguimos salir de la posición en que nos encontrábamos. Y no lo habría logrado sin la ayuda de Okumé y su extraordinaria fortaleza física, que comenzó la tarea de incorporarse y tratar de aligerar todo lo que reposaba sobre nosotros. Intenté ayudarlo y alzar el cuerpo, lo que conseguí tras ímprobos esfuerzos, hasta que rebasamos al completo el gratil de la vela. Fue entonces, con la luz grisácea de la tarde, cuando pude comprobar la situación del *Penélope* o los restos del mismo, que todo parecía como jarcia por bandola y en plena descomposición.

En efecto, nuestro palo mayor se había tronchado como muñeco de trapo unos seis pies por encima de la cubierta, aplastando con su peso el tambucho. Parecía imposible creer que algún accidente, sobrenatural sin duda, partiera un mástil de aquel calibre, que mostraba las gruesas astillas abiertas al aire en cuadro de derrota. Como es fácil deducir, la toldilla presentaba un aspecto desolador. Pero ya andaba el personal en faena de grados, unos hombres capaces de comerse el mundo. Cuando por fin escuché la voz de mi amigo Beto, comprendí que me encontraba vivo en este mundo, percibiendo la sensación de haber resucitado como Lázaro.

—¿Estás bien, *Gigante*? Benditos sean los dioses. No te encontraba bajo la cangreja y llegué a pensar que la manta te había llevado con ella.

—No comprendo cómo este bergantín ha podido superar la montaña blanca.

—También yo creí llegado el último suspiro de mi corta vida, aunque nunca deberás repetir esta debilidad.

Beto me miraba y tocaba, como si le costara creer la realidad. Y lo mismo decía el contramaestre, que mostraba sangre en su rostro, aunque no perdía el tiempo y ordenaba a sus hombres, voz en grito, para desenmarañar la maniobra a popa.

Sentí alivio y temor a un tiempo, así como un ligero dolor en la cabeza golpeada. Palpé la zona dañada, comprobando que no manchaba en rojo. Había sobrevivido a lo que, según estimaba como cristiano, no podía existir en la mar, y mucho menos superar. Pero al mismo tiempo comprobaba que mi querido bergantín se encontraba en las últimas y, aunque había demostrado una resistencia formidable, no sería capaz de aguantar un envite añadido. Además de los males sufridos en los palos mayor, trinquete y bauprés, la escotilla de proa había volado como pájaro de primavera, lo que hacía embarcar agua a tonel. El *Penélope* no sólo se encontraba con grave enfermedad, sino atiborrado de agua hasta barriga larga, lo que hacía más lentos y penosos sus movimientos.

Además de las faenas de aclarar el material y estibarlos en conveniencia, que todo

navegaba por su aire a pesar de las trincas de capa, se entoldaron las escotillas y portillos abiertos, para cerrar la espita generosa. Al mismo tiempo, se ordenaron brigadas para el servicio de las bombas de picar, porque era mucha el agua embarcada y no debíamos favorecer las acciones de las olas. En fin, dolor y padecimiento, porque siempre se abren mil faenas nuevas en buque sufrido de males. No olviden que una embarcación es como un castillo en movimiento.

Pero debía seguir en la brega con los restos, que nunca se puede dar la espalda a la mar. No se porqué, en aquellos momentos creí recibir fuerzas supletorias, como si desde los cielos me insuflaran sangre nueva para afrontar esa mar capaz de tragarse una catedral de ocho cuerpos. Y me decidí a ello, por mis hombres y por mí.

16. Agua de salvación

Trabajamos a muerte, con los hombres entregados en aliviar la maniobra a bordo y remendar lo que fuera posible. Pero con cuatro ojos a la mar, que con el mínimo despiste se alzaba la vida en pañuelo. Por desgracia, en un rápido y triste recuento establecimos que la manta se había llevado a tres hombres con ella; un soldado del Cuerpo de Batallones, un artillero preferente y el cocinero de equipaje, don Federico Rosal, todos ellos demasiado jóvenes para perder la vida y que en las aguas reposarían para siempre. A pesar del estado de la mar y penosa situación a bordo, unos pocos reunidos en el alcázar, bajo la dirección del capellán, rezamos un rápido responso por el descanso eterno de sus almas. Recordé las palabras que pronunciaba mi padre en estos casos, recogidas del general Barceló, al mencionar que *en la tumba del verdadero marino no se necesitan flores, porque las aguas lo recogen en su momento entre pétalos blancos*. Pero como norma general, todos nos sentíamos en aquellos momentos como si afrontáramos una nueva vida, lo que ofrecía nuevos bríos para continuar la lucha.

El último e importante problema añadido se abría por luces negras, ante la imposibilidad de achicar el agua en la medida que el buque la tomaba, a pesar de entrar a ronda todo el personal, hasta los contusos, para picar las bombas a martillo. Eran muchas las heridas abiertas en cubierta y casco, por donde se tragaba líquido a borbotones. Además, los oficiales de mar informaban de continuas pérdidas de material y aparejos necesarios, que la mar nos arrebatava golpe a golpe, en especial la monstruosa manta que pareció despojarnos de casi todo lo estibado y arranchado en la cubierta, hasta privarnos de los primeros pañales.

Otra de mis preocupaciones en aquellos momentos fue obligar a todos sin excepción a ingerir alimentos, única forma de que los cuerpos se mantuvieran con el vigor que tanto necesitábamos. Impuse la ración en frío a machamartillo con reguero de pajes, pero sabía que no era medida fácil de conseguir. Aunque parezca extraño, en tales situaciones, cuando se trata de verdaderos hombres de mar, pocos son los que intentan proveerse de algún alimento, extremados en otros quehaceres más perentorios. En cuanto a mi caso personal, no sé cómo Okumé aparecía con periodicidad para entregarme queso, cecina y galleta, que masticaba sin apenas saborear, porque hasta era difícil mantener los alimentos en la mano.

Como en tiempos de muerte las desgracias se amadrinan con fuerza y al palmo, descubrimos una preocupación más, que debía alcanzar el millar. Muchos de los toneles y cuarterolas en los que se almacenaba el agua habían sido machacados con sensible pérdida, siendo necesario restringir su consumo. Y se trataba de una medida bien teórica porque, con las preocupaciones entabladas en seguir a flote, no era posible llevar a cabo la vigilancia que se extrema en las ocasiones de racionamiento al cazo, ya que el mismo temporal lo impedía o se consideraba un problema de

segundo orden.

Las circunstancias se mantuvieron durante el resto de la mañana y media tarde, un sufrimiento que ya nos parecía situación habitual, como si hubiésemos entrado en una estada donde la mar y los vientos debían permanecer zarandeando cualquier ingenio humano, hasta consumirlo a dentelladas. Fue entonces, cuando picaba la hora segunda de la tercera guardia, momento en el que la luz lechosa comenzaba a decaer, cuando el cielo se cubrió de negro. Y como orden dictada por corneta diabólica, comenzaron a batir los rayos a nuestro alrededor sin dejar punto oscuro en la bóveda, un concierto de tal magnitud que podíamos observar detalles del barco ocultos hasta entonces con aquella luz mortecina.

Los truenos chascaban en el aire en continua sinfonía, como magníficos fuegos artificiales de Corte. Sin embargo, convencido de que habíamos perdido el apoyo de los cielos hasta rematar costuras, supuse que como guinda final de la macabra sesión, algún rayo perdido nos entraría por la galleta del palo trinquete que, para sorpresa general, se mantenía erguido como el pico de un águila orgullosa. Y pocos minutos después llegó el agua. Posiblemente, los dioses del bien o del mal decidieron desatascar las gárgolas del cielo a romper cántaros, porque en unos pocos minutos pareció abrirse la catarata del infierno. Y como andábamos en ese mundo nuevo donde todo era de dimensiones extraordinarias, también puedo declarar que ni en aguas tropicales asistí jamás a una lluvia tan intensa.

Mi primera impresión fue que no sólo nos atacaba la mar en superficie, sino que ahora los cielos deseaban embarcarnos suficiente agua desde arriba, para acelerar el hundimiento. El *Penélope* se notaba más y más pesado, respondiendo con inmensa pereza a las olas, un peligro inminente contra alguna nueva montaña. Di la orden de picar a mayor ritmo, aunque sabía que los hombres no podrían responder a un esfuerzo superior. Sufría de impotencia, esa que se siente en las venas cuando comprendes el mal y no encuentras unguento de alivio. Fue en aquellos críticos momentos, cuando el piloto soltó la primera prenda de gusto en varios días.

—Esta es la recta final del infierno, señor —ofrecía una alargada sonrisa—. Si aguantamos un par de horas más, estaremos salvados, que así funcionan estos huracanes del demonio. Con el agua a roción de cadenas, parece despedirse de los pocos que dejó con vida.

—Estoy de acuerdo con el piloto, señor comandante —declaró don Ginés, frotándose las manos con esperanza—. Esta lluvia nos salvará las tablas, que tras la cortina de agua debe entrar la calma.

—Eso será en su mar Mediterráneo —también yo elevé una sonrisa de tímida alegría.

—Todos los mares acaban por ejercer el mismo oficio y al mismo precio, señor, queramos o no.

La verdad es que se produjo el milagro que ya pocos esperaban. Entrábamos en la noche de aquel día 15 de octubre, digna de ser recordada a lo largo de varias vidas,

cuando tras una hora de interminable torrencial, la mar y el viento comenzaron a caer con el mismo ritmo vertiginoso en el que llegaron galopando. Y como si se tratara de milagro santero, que a partir de entonces comencé a creer en ellos, se abrió el cielo y atisbamos las estrellas, primera visión de la bóveda celestial tras cinco o seis días eternos.

La lluvia, esa que incrementa el caudal de los ríos para mantener la altura de las aguas en condición, salvó al bergantín *Penélope* y su dotación de la muerte, que así lo declaro y juro, si es preciso, ante los sagrados evangelios. Porque conforme amainaban las olas y el viento, mis hombres retomaban fuerzas y entraban a las bombas con mayor ímpetu. Comenzaban a creer en esa maravillosa posibilidad de salvar la vida, condición más que remota pocas horas antes.

El día 16 se abrió a luces de gloria. Aunque era difícil de creer y pellizcaba mis carnes para comprobar que no se trataba de un sueño, el crepúsculo nos bañó la cara de un cariz extraordinario. Ni una sola nube navegaba en los cielos, la visibilidad era máxima y la mar aparecía en calma, aunque se dejara notar el rescoldo de la marea. ¿Se puede pedir algo más tras sufrir una manta? El viento había quedado en una suave ventolina del sur, aunque se trataba de cuestión menor, porque sólo pensaba en restañar las heridas lo suficiente para llegar a puerto. Se atacaron los trabajos de maniobra y el bombeo del agua a ritmo, de forma que se observaba a la vista cómo el bergantín tomaba brío en sus movimientos. Sin embargo, la visión desde la toldilla seguía siendo dramática: el palo mayor tronchado, el trinquete con su mastelero de juanete en cubierta y, por último, el bauprés afirmado en emergencia y con perezoso bamboleo. Como un cañonazo, mi primera preocupación derivó hacia la navegación, que era necesario conocer dónde la mar y los vientos nos habían depositado en su caprichoso camino, tras haber corrido aquel temporal de sangre y muerte. Pero ya el piloto andaba con sus instrumentos en ristre, como si hubiéramos sufrido de pronto la misma preocupación.

Aunque la navegación como tal ciencia y práctica correspondía al piloto, de acuerdo a su calificación como *piloto práctico* o *de altura*, era responsabilidad de los oficiales de guerra comprobar que cumplía con tal obligación, aunque se tratara en general de personal competente y comprometido a fondo con su gestión. En nuestro caso particular, ya he mencionado que el piloto destinado a bordo, don Cosme Pareja, se encontraba calificado como *práctico*, aunque poseía conocimientos más que suficientes para obtener la graduación *de altura*. Aparte de los condicionantes de su carrera, lo consideraba hábil y diestro para cualquier navegación, aunque como *segundo piloto* obtuviera por sí el simple empleo equiparado de alférez de fragata. En esta ocasión lo ayudaba de firme el pilotín habilitado, Martín Dalavera, un joven asturiano oficialmente llamado como aspirante a piloto, aunque ya se encontrara clasificado como *de tercera*.

Era obligación del piloto más graduado o antiguo de los embarcados a bordo, mantener a su cargo todos los efectos que sirven para el desempeño de su sabia

profesión, o tienen con ella alguna relación más inmediata, como las banderas y faroles de señales, correderas, ampolletas, agujas y demás aparatos, estando subordinados a ellos directamente los de menor graduación y el personal destinado a custodiar sus efectos profesionales. Todos tienen la obligación de llevar puntualmente su diario de navegación, así como ofrecer al comandante, al mediodía, una papeleta con precisa expresión de la latitud observada y del punto de situación de la nave.

Se refieren estas obligaciones a las ordenanzas antiguas sobre el pilotaje, porque era conocida la corriente establecida en los últimos años, en el sentido de que los oficiales del cuerpo general asumiesen dichas funciones en forma progresiva. De esta forma, los profesionales del antiguo cuerpo se encontraban en clara disminución de atributos, que no de presencia a bordo de buques, cuyas plantillas seguían observando gran cantidad de ellos, dependiendo del porte de la unidad en cuestión. En la práctica, éramos los de mi cuerpo los responsables de supervisar la función de aquellos hombres aunque, en múltiples y variadas ocasiones, nos dieran vuelta corrida en su oficio navegador.

—Necesitamos una situación de garantía cuanto antes, don Cosme.

—Ya lo presentía, y parece que nos ha llegado la ocasión como especial beneficio. Debería perder mi categoría profesional, si no fuera capaz de conseguirlo con estos cielos —parecía feliz, tras haber mostrado un rostro ceniciento los días anteriores.

—Espero que no se le hayan desbaratado sus instrumentos náuticos.

—Estaban a buen recaudo. No se preocupe que, si se mantiene este sol, que lo hará, a la hora de la meridiana le mostraré con exactitud en la carta el punto donde se encuentra este bergantín.

Respiré de felicidad, tras demasiado tiempo de mantenerme con sentimientos de simple supervivencia y sufrir la mayor zozobra. Sin embargo, me sentía abatido de fuerzas, como niño desvalido. Okumé debió comprenderlo al observar mi rostro, porque no tardó en recomendar el camino a seguir.

—Debería descansar alguna hora, señor, o acabará por caer sin sentido sobre la cubierta —su voz mostraba determinación.

—No es posible en estos momentos. Es mucha la faena que nos queda pendiente.

—Tiene razón Okumé —intervino Beto—. Parece que el peligro ha pasado, aunque debemos trabajar mucho para que nos sea posible arribar a puerto. Y será el momento en el que deberás estar descansado y bien despierto. Duerme unas dos o tres horas, antes de que llegue el momento de la decisión.

—Debemos armar bandolas en el palo mayor y rematar el aparejo en falsa del bauprés.

—Se lo has dicho al contraмаestre hace un cuarto de hora y lo está preparando todo con los carpinteros. Hacemos menos agua de la que somos capaces de picar, lo que alivia a los hombres y pronto rematarán la faena. Sólo nos queda saber dónde nos encontramos con alguna exactitud, si ese cenizo de piloto es capaz de realizar su

trabajo, para que decidas hacia donde debemos dirigirnos.

—No seas criticón, Beto, que don Cosme hace bien su tarea.

—Es cierto, pero parece ave de mal agüero.

—Si hemos derivado hacia el norte más de trescientas millas, no sé si compensará aproar hacia Cartagena. Debemos reparar en puerto.

—Debemos atacar el problema por derecho. Los dos sabemos que ni en Cartagena, ni en ningún otro puerto de este mar pueden curar nuestras heridas, salvo el arsenal de La Habana, para continuar la misión impuesta con total garantía.

Las palabras de Beto me hicieron tomar conciencia de la dura realidad. Debíamos arbolar un nuevo palo mayor y otras obras que solamente en un arsenal de garantía era posible llevar a cabo, teniendo en cuenta un tornaviaje de seguridad con preciado cargamento a bordo. Y ese arsenal solamente se encontraba en La Habana. Con este pensamiento me tendí en la cama, después de mantenerme en pie y sufriendo bandazos durante cinco días. Y en verdad lo necesitaba, que ni siquiera llegué a descalzar los pies antes de caer en el más dulce de los sueños.

Creía escuchar un concierto lejano de voces, al tiempo que me movía entre las olas. La realidad era bien distinta porque se trataba de Okumé que, con su fortaleza habitual, zarandeaba mi cuerpo a las bandas. Y necesité de bastantes segundos para comprender dónde me encontraba y recordar la situación vivida en los últimos días.

—Debe lavarse la cara y comer, antes de acudir a la timonera, donde le espera el piloto y don Beto.

—¿Hemos derivado mucho hacia el norte?

—Creo que bastante.

—En ese caso he de acudir sin pérdida de tiempo —intenté dirigirme hacia la puerta, pero sentí las garras del africano sobre mis brazos.

—No abandonará este camarote hasta que aclare su rostro con el agua de la jofaina y ataque esas viandas, señor. Lo juro por los dioses de mi raza, aunque no los haya conocido.

Como de costumbre, Okumé tenía razón. Tras resoplar con la cara en el agua, atacé unas tajadas de tocino y bizcocho, acompañados de una frasca de vino que trasegué como maldito perdido en el desierto. Y en verdad que me sentí un hombre nuevo, aunque todavía los huesos y músculos llamaran a desbarate. Con el permiso del africano, que ya entablaba sonrisa de dientes blancos, me dirigí a la cubierta, donde Beto y el piloto discutían, acodados sobre la carta.

—Me dice Okumé que hemos derivado mucho hacia el norte.

—Con más exactitud, hacia el noroeste, tres cuartas al oeste, señor —apuntó el piloto, al tiempo que señalaba la posición del bergantín en una carta donde se apreciaba el mar de las Antillas al completo.

Observé la cruz que marcaba don Cosme. Y bien sabe Dios que lo creí porque confiaba al ciento en su sabiduría náutica, porque era difícil aceptar que el temporal

nos hubiera transportado en volandas casi quinientas millas en la dirección señalada. De esta forma, en aquellos momentos nos encontrábamos al sudeste de la punta Morant, extremo oriental de la isla Jamaica, y 54 millas de distancia, así como al sudoeste y 95 millas del cabo Tiburón, en el extremo occidental de la isla Española.

—Hemos galopado como yegua de corte a lomos de ese temporal.

—Ya le dije que podíamos derivar más de cien millas al día, y cerca hemos estado de alcanzar esa medida.

Me separé de la carta para atisbar los cielos, que todavía no me centraba en las condiciones reinantes. Por fortuna el sol se mantenía radiante, así como la ventolina suave del sur y la mar en calma, condiciones que en mucho beneficiaban las labores de remiendo. Comprobé que la bandola del palo mayor se encontraba a medio camino, con los carpinteros en faena, mientras el contraamaestre no paraba un segundo a su alrededor, explicando con todo detalle sus intenciones. También desde mi posición creí comprobar que el bauprés se movía en firme. Pero la mejor de las noticias era observar el estado general, sin maraña de cabos y con cada elemento en su sitio. Y es que con dotación de verdaderos hombres de mar, un barco es capaz de cambiar de cara y hasta de cáscara en un abrir y cerrar de ojos. La verdad es que me sentí feliz, como si el *Penélope* hubiera recibido un baño de gloria, aunque todavía sus costuras saltaran a la vista. Pero todo en esta vida se mide en proporción, y la visión de horas atrás era para largar suspiros de muerte.

—¿Qué piensas hacer?

—Deme distancias a los puertos españoles o aliados más cercanos, don Cosme.

—Las tengo aquí apuntadas —el piloto había recobrado nueva vida—. Nos encontramos a 560 millas de San Juan de Puerto Rico, 420 millas de Cartagena, 325 hasta Santo Domingo y, por último, 150 millas a la costa de la isla de Cuba. Naturalmente, para alcanzar el puerto de La Habana deberemos barajar toda la costa norte de dicha isla, en total unas 1200 millas.

—Muchas millas son esas, navegando con parte del aparejo en bandolas.

—En mi opinión —adelantó Beto—, no disponemos de otra solución a la vista. Si deseamos conseguir que este bergantín quede en condiciones de navegar como se le exigía en un principio, para llevar a cabo la misión encomendada, sólo es posible realizar las reparaciones en el arsenal de La Habana. En el apostadero de Cartagena conseguiríamos un remiendo de mecha y trapo bajo, sin seguridad suficiente para encarar el tornaviaje hacia Cádiz. Y esa es, precisamente, la parte fundamental de la empresa con el cargamento a bordo. Por otro lado, y como decía don Antonio de Escaño, no estamos condicionados por el tiempo, sino por la seguridad.

—Tienes toda la razón, Beto. ¿Cómo andamos de aguada y víveres?

—Aguada muy escasa y en malas condiciones. Como es lógico, ordené ración de cazo. En cuanto a los víveres, podemos aguantar un mes sin problemas.

—Bien, en ese caso proaremos al norte para cruzar el estrecho de la Jamaica, que separa dicha isla de la Española.

—Ese estrecho canal, señor, se suele llamar también como canal del viento —el piloto volvía a sonreír—. Y espero que con el favor del cielo, no demuestre la razón de su nombre en estos días.

—No se preocupe, que estamos curados de mar y viento —estaba convencido de mis palabras—. A poniente del extremo occidental de la Española, existe una pequeña isla.

—En efecto, señor —don Cosme señalaba en la carta—. Es la isla Navaza, aunque aparezca como Navassa en otros escritos. Se encuentra a unas treinta millas del cabo Tiburón. Y respecto a la punta Morant de la Jamaica, se abre en otras 75.

—Aunque debemos navegar algunas millas más, es preferible no acercarse demasiado a la costa britana de esa isla y ceñirnos a la Navaza. ¿Se encuentra habitada?

—No se lo puedo decir con seguridad, señor, pero en los apuntes del derrotero asegura que suelen morarla indígenas de forma intermitente. Es muy pequeña y llana. También expone que suele estar rodeada de bancos arenosos que no ofrecen problemas mayores a la navegación.

—De acuerdo. En ese caso, una vez nos encontremos tanto avante con esa isla Navaza, seguiremos proa al norte hacia Santiago de Cuba, donde podemos llevar a cabo una aguada de calidad.

—¿Pretende entrar hasta el mismo puerto de Santiago? —preguntó el piloto con la preocupación marcada en su rostro.

—No del todo. Ya sé que el canal de entrada es angosto y peligroso. Pero en la primera parte de su barra, encontraremos algún fondeadero desde donde sea posible enviar la lancha hasta el puerto. Prefiero que los hombres remen con toneles de agua a bordo, a gastar las fuerzas remolcando el bergantín.

—En ese caso, una vez traspasado el castillo que llaman del Morro, se forma una ensenada con un aceptable tenedero. Desde ahí hasta el puerto deben quedar algo menos de tres millas.

—Pues ahí fondearemos para hacer la aguada. Una vez rellenos o con líquido suficiente, sin perder una sola hora, barajaremos la costa norte cubana hasta el puerto de La Habana. Esperemos que el capitán general de la isla nos trate con suficiente cortesía y conceda prioridad para reparar el *Penélope*.

—Con esos documentos que te entregó el general Escaño, en los que aparece la firma del Secretario de Marina, es de esperar que colabore al máximo.

—Así es de esperar, aunque en las Indias las órdenes de la Metrópoli vuelan en aguas. ¿Cuánto podremos andar con el aparejo en mártires?

—Una vez con el mayor en bandolas, más trinquete, velacho, un estay falso y los foques, si el viento aumenta a fresco creo que podremos alcanzar las cuatro o cinco millas —afirmó Beto con seguridad.

—Pues que nuestra Señora de Valdelagua nos acoja en su divino amparo. Esperemos no topar con algún corsario inglés. Con el temporal sufrido en carnes,

perdimos nuestro bien máspreciado, la velocidad. Bueno, no dediquemos más tiempo a la charla y que sea lo que Dios quiera, con nuestra ayuda. Larguemos todo el trapo disponible a los cielos y proa al norte. Lo siento, pero tendremos que retrasar las bodas algunos días, Beto —golpeé su brazo mientras le guiñaba el ojo.

—Me conformo con llegar a Cádiz sano y los pesos embarcados a buen seguro.

—Ahora debes descansar tú. Pareces un cadáver.

—No me extraña. Y te obedeceré sin dudarle porque me cuesta mantener el cuerpo en pie.

De esta forma, puedo decir que recomenzamos nuestra misión, una vez recobrada la vida y la ilusión. Proa al canal de la Jamaica, del que nos separaban unas sesenta millas, el *Penélope* tomó el viento fresquito del sur con ganas, moviendo las bandas al gusto y aumentando el andar conforme cuadraba el trapo del mayor. La bandola parecía obra de arte, habiendo utilizado el trinquete de respeto, enjaretado a pendones por un personal extraordinario. De ahí la importancia de llevar a bordo buenos oficiales de mar, porque sin el concurso de esos carpinteros no se habría obrado el milagro. Y aunque Beto se había marchado a descansar, me sorprendió al comprobar que regresaba con rapidez a mi lado.

—¿Qué sucede? Debes dormir.

—Olvidé un detalle importante, aunque no sea del gusto.

—Supongo que te refieres a las bajas. Pensaba recabar esa información del alférez de navío Puerta.

—Es mi triste y dolorosa responsabilidad —Beto tomó un arrugado papel en la mano—. Desde el comienzo del temporal hemos perdido cuatro hombres, cuyos nombres no necesito repetirte.

—Desde luego.

—Además, un total de 16 heridos sin posibilidad de echar una mano. Cuatro de ellos con huesos machacados y cierta gravedad. Y para rematar la negra, unos veinte más contusos de mayor o menor grado, pero dispuestos a la faena.

—Gracias, Beto, pero marcha y descansa de una vez. Esta tarde, antes del ocaso, rezaremos un adecuado responso por todos.

Quedé solo con mis pensamientos, que esas noticias son negras para todo comandante. Y por fortuna recordaba los rostros de todos los desaparecidos, porque es muy triste perder hombres, como me sucedió en otras ocasiones, sin poder recordar ningún detalle de su figura. Nombres sin cara y vidas perdidas por España, aunque la madre de todos nosotros no siempre reconociera aquella entrega.

Como todavía no podíamos largar todo el trapo a disposición, que faltaban por rematar algunos detalles de importancia, y el viento caía a fresquito, la corredera nos señaló un avance de tres nudos aquella misma tarde. Con esta velocidad, el piloto calculó que atravesaríamos el canal poco antes de la meridiana del siguiente día. Por esa razón, intenté normalizar la vida a bordo, con la única excepción de racionar el agua a tira de madeja, con el cacillo del paje en movimiento. Sin embargo y con

fortuna, los víveres habían sufrido poco, por lo que ordené buena ración para todos y generosidad en el vino. Ya se sabe que el líquido rojo repone la sangre perdida y no suele mermarse en los toneles, aunque apunte por agrio.

Pocos minutos antes de que el sol se escondiera por el horizonte, llevamos a cabo un responso en toda regla, alineados en el alcázar. Don Andrés Pliego, el capellán, pronunció unas hermosas palabras, antes de entrar en los rezos de orden. Por mi parte, tan sólo echaba de menos los cuerpos que se debían lanzar bien lastrados a la mar, flotando nuestros pensamientos en los compañeros que andarían entre aguas, devorados por los peces. De todas formas y aunque suene raro a los de secano, era una muerte digna para los hombres de mar porque, después de todo, rinden la vida donde han decidido vivirla, en casa propia. Una vez acabada la ceremonia religiosa, don Ginés, que era capaz de mantenerse en movimiento y sin descansar durante semanas, llegó hasta mí con una sonrisa alargada en su rostro cuarteado por la mar y el viento.

—Creo que hemos hecho todo lo que es posible, señor comandante, y una pulgada más. No quedaron mal los remiendos, a no ser que se abra el viento en turbonada. Si permanecemos algunas horas en el fondeadero cercano a Santiago, podríamos guindar^[75] el mastelero del juanete de proa, que lo tenemos listo en cubierta para la faena.

—No sé cuánto tiempo necesitaremos para la aguada, pero es mi intención permanecer lo mínimo posible.

—Si preparamos el material en línea y conseguimos mantenernos a buen resguardo, sin demasiado movimiento, será maniobra rápida. Como después nos quedan bastantes millas, se trataría de una medida rentable.

—De acuerdo. Ahora debería descansar, así como el mayor número posible de los hombres. Han sido muchos días de tormento.

—La verdad, señor, ahora puedo reconocer que no creí poder librar la situación. Mucho me ha recordado ese huracán, como lo llama el señor piloto, a una tramontana que sufrí en el freu de Menorca a bordo de la fragata *Matilde*, que nos desplumó hasta las orejas y, de milagro, no perdimos el aliento. Aunque mucho he padecido en los barcos, siempre recordaré esa manta final que atacó al *Penélope* por estribor, grande como la sierra de Espuña que se alza cerca de mi pueblo.

—Creía que era usted cartagenero.

—Y así me llamaban en mis lejanos tiempos de grumete, porque en esa capital departamental vivía con mis padres y me alisté en la Armada. Pero nací en el cercano pueblo de Totana, a las faldas de esa sierra que se cubre de blanco en los inviernos duros.

—Volverá a verla, don Ginés. Ya le dije que este bergantín es de raza.

—Sí que lo es, por todos los santos. Buena madera y perfil marinero.

—Descanse y tome cecina, ahora que puede. La verdad es que no anda con buena cara, y debe curarse esa herida abierta sobre el ojo.

—Mejorará en pocas horas. Esta costra me la hizo el puño de la cangreja en su caída —palpó la parte dañada—. Curará con vino.

Entramos en la noche con normalidad, que era la situación más deseada a bordo. Volví a comer con ansia, unas viandas que sacaba Okumé de cajones escondidos. Y al igual que la mar, así cambia el humor de los hombres que intentan vencerla. Cuando ya picaba la campana la segunda hora de la guardia media, me retiré a descansar, convencido de nuevo por Beto y Okumé. Al día siguiente atravesaríamos el canal del Viento y, cien millas más al norte, deberíamos avistar la costa de la isla de Cuba, la llamada por todos como la perla española de las Antillas.

17. Arena y cañón

Poco antes del crepúsculo que nos ofrece un nuevo día, ya paseaba por la toldilla acompañado de mi segundo comandante y futuro cuñado, el incansable Adalberto Pignatti, que para su bien presentaba un renovado y lucido aspecto exterior. Debo aclarar que mi buen amigo era famoso entre compañeros y subordinados por su especial distinción en el vestir, aunque debiera dedicar a tan noble tarea una elevada proporción de sus pagas o, más bien, del crédito al que tantos oficiales se veían obligado por el atraso en meses de las mismas. Tras varios días dedicados a la supervivencia y de escaso aseo personal, volvía a mostrarse en colores, con la barba rasurada, cabello en orden y el uniforme preparado para revista. Pero no se entablaba solamente en Beto la diferencia de aspecto exterior, porque era general a bordo. En primer lugar, el *Penélope* mostraba ropas nuevas a la vista, pero también cada uno de los miembros de la dotación, de forma especial aquellos que, por su responsabilidad a bordo, se habían mantenido al pie del cañón durante esos muchos días, largos como lustros, en los que habíamos sufrido el huracán antillano o como pudiera llamarse aquel devastador efecto.

En el aspecto propio del servicio, debía reconocer que con Beto, el piloto y el contra maestre, mis más directos colaboradores, formaba un magnífico equipo de trabajo, sin menospreciar al resto de los oficiales de guerra y mar que, en los momentos malos, habían dejado muy por alto su calidad profesional. Y el resto de la dotación, hasta el último de los pajes, también había demostrado su capacidad de trabajo y ejercicio mariner, sin los que habría sido imposible vencer a la mar y el viento en terrorífica conjunción.

La amanecida se ofreció con buenas perspectivas, cielos despejados, mar rizada casi en leche, viento fresquito del sudoeste y la visibilidad teñida por una ligera borea^[76] que, según predecimos, debería soplar alas con el levantamiento del sol. No avistamos tierra por ninguna banda, lo que entraba en pura normalidad, con la proa hacia la isla Navaza, en cuyas cercanías estaríamos 30 millas a la costa dominicana y 75 a la de la isla Jamaica. Por fortuna, el *Penélope* navegaba con soltura y sin problemas, punto principal de preocupación, pues hasta la bandola en el mayor chupaba viento con alegría.

Salió el sol envuelto por cerco en sus primeros minutos, momento en el que el más joven de los guardiamarinas, Martín del Rosal, nos marcaba cuatro millas de andar, lo que estimamos generoso por más. Pensé que esos dos jóvenes alumnos, recién destetados de la Escuela Naval, habían encarado una experiencia muy positiva para su formación como oficiales de la Armada. Porque no hay mejor escuela para el hombre de mar que las aguas en ampollas y declaradas como enemigas recalcitrantes.

Me dedicaba a observar el trabajo que dirigía el contra maestre, preparando el mastelero del juanete de proa para guindarlo en la primera ocasión, cuando el vigía,

que ya sólo podía utilizar la cofa del trinquete, nos hizo llegar su voz.

—¡Vela! ¡Tres cuartas a babor!

Puedo asegurar que no movió a especial tensión el avistamiento, como si los duros días pasados nos hubieran vacunado al ciento. Pero se trataba, sin duda, de una preocupación porque no se encontraba nuestro buque para carreras de galgos. Sin embargo, poco después aumentaba la información el guardiamarina Escalera, rebajando cuerdas en bendición.

—¡Aparejo de goleta abierta tres cuartas a babor! ¡Unos ocho cañones de porte! ¡Navega a un largo, proa al este—nordeste! ¡No muestra pabellón!

—Con ocho pequeños cañones poca mordida puede llevar a cabo —exclamó Beto—. Puede ser algún balahú^[77] del comercio, corsario o inglés.

No conseguía observar nada a través del anteojo, con la desventaja de que la persistente calima se mantuviera sobre el horizonte. Pocos minutos después, volvimos a escuchar las voces a grito del guardiamarina.

—¡Vira al norte y carga cangreja del mayor!

—Rara maniobra es ésa —comenté por bajo—. Espero que no actúe en conjunción con alguna otra de su especie, y pretendan entrarnos a dos fuegos.

Por fin, ya levantaba el sol unos diez grados, cuando pude observarla con detalle. Se trataba, en efecto, de una goleta muy fina y rasa de líneas, con sus dos palos armados con cangrejas y pequeñas velas triangulares en altura, de esas que llaman escandalosas, pero envergadas en la cangreja propia. Conforme disminuía la distancia, pude apreciar cuatro o cinco cañones, posiblemente de a 4, en su cubierta a cada banda. Pero extrañaban sus movimientos, cargando y largando trapo, como si deseara permanecer sin variación por nuestra amura de babor y a unas cuatro millas de distancia.

—Para mí que es corsaria y, comprobado a la vista nuestro aparejo desfondado, duda de sus posibilidades que, en verdad, son escasas o nulas con ese pobre armamento —afirmó Beto.

—Estoy de acuerdo. Tan sólo espero que no aguarde apoyo de alguna otra unidad.

—¿Variamos el rumbo o mantenemos la proa, señor? —preguntó el piloto.

—Nada de eso. Continuamos con el plan sin alteración, proa a la isla Navaza. No ha de perturbarnos, de momento, ese mediano balahú.

Mantuvimos la derrota establecida, mientras la goleta sesteaba al capricho, manteniendo la posición o, en base a un inesperado largado de trapo, marcándose a la banda contraria. Ya no dudaba de que se trataba de corsario a la caza, desesperando posiblemente al observar nuestra batería con 18 piezas de a 8 y a 6, más las dos carronadas, aunque el aparejo mostrara costras en racimo. De todas formas, no perdíamos de vista sus maniobras, así como una permanente vigilancia en el resto del horizonte, por si aparecía alguna hermana en auxilio.

Intentaba el piloto marcar la altura del sol en la meridiana, cuando avistamos la Navaza, lo que motivó enfrascar el sextante hasta mejor ocasión. Conforme se

agrandaba en el anteojo, me pareció una isla redondeada pero de mayores dimensiones a las supuestas. Y cuando quedaba a dos millas solamente por nuestra amura de estribor, enmendé la proa ligeramente a babor, momento en el que aparecía llana, con extensa playa de arena y cocoteros tendidos por el viento.

—Beto, en prevención de males debemos alistar la artillería. Y que se encartuche suficiente cantidad de pólvora. Más vale prevenir que llorar.

—De acuerdo.

Aunque la goleta permanecía en solitario por las proximidades y a su aire, nuestros hombres alistaron las piezas de ambas bandas con munición suficiente. También se trataba de una medida a la vista, que bajaría el ardor guerrero del posible corsario.

Llegamos a alcanzar la mínima distancia a la isla, una milla, metidos de lleno en el canal del viento que, para gozo general, no hacía honor a su nombre. Sin embargo, desde que nos atacara la manta antillana debíamos haber cruzado el límite de la suerte a la contra, porque lo que sucedió a continuación era inesperado para todos. Navegábamos casi de empopada, con andar lento a causa del escaso viento y el dañado aparejo, cuando comenzamos a escuchar una especie de silbido interior, como si desde la bodega trasladaran los toneles en suave arrastre. En esta ocasión fui el primero en descubrir la posible causa, bramando la orden a los dos hombres que accionaban la rueda del timón.

—¡Todo a babor! ¡Estamos tocando fondo!

En efecto, el ruido aumentaba por momentos y ya nadie dudaba de la realidad. Del suave silbido pasamos a la rascada típica de la quilla, habitual en ocasiones por los caños de La Carraca en la bajamar. La suavidad indicaba que debíamos atravesar algún bando de arena, cargando mis esperanzas en que fuéramos capaces de cubrirlo sin mayores problemas. Pero para desgracia propia, comprobamos con sobresalto que el *Penélope* comenzaba a disminuir su andar, como si una maroma lo retuviera a popa con dulzura, hasta quedar parado en seco y con las velas llamando hacia proa. Volví a reaccionar con rapidez y energía para evitar mayores males en el aparejo.

—¡Largar escotas al viento! ¡Cargar todo el aparejo en emergencia!

Ya don Ginés y los guardianes actuaban a base de pitos y brazos, con lo que, en escasos segundos, quedaba el trapo en libertad de vuelo, hasta quedar aferrado en pliego de urgencia. Y no acababa de comprender nuestra situación, con la isla Navaza a la vista y la superficie del agua sin apreciable cambio de color. Me volví hacia el piloto en muda interrogación, como si en él pudiera encontrar la respuesta. Sus palabras brotaban en lamento.

—No lo puedo comprender, señor —mesaba sus cabellos, cercano a la desesperación, como si se encontrara presto a concurrir como imputado en un consejo de guerra—. El derrotero marca bancos de arena, pero sin mayores problemas para la navegación.

—Puede largar ese derrotero a las hogueras del infierno —atacó Beto por alto—.

Está claro que hemos varado y quiera Dios que sólo se trate de arena.

Sin perder un segundo, pensé que era necesario disponer de mayor información. Aunque el *Penélope* contaba con buzo profesional entre su plantilla como otras unidades mayores, en las que se les presta especial atención a dichos personajes por su delicada e importante misión, todos los buques suelen disponer de algunos marineros expertos en nadar bajo las aguas. En nuestro caso se trataba de un joven moreno y magro de carnes apodado Tarifeño, que ya nos había librado una de las anclas en los periodos de adiestramiento en la bahía gaditana. Fue llamado a mi presencia con rapidez. El joven llegó a mi altura, vestido con unas sucias y desgastadas calzas de color incierto, el torno desnudo y una especie de barretina sobre la cabeza.

—Tarifeño, debes lanzarte al agua e informarme con rapidez de dónde hemos clavado la proa. Es importante que observes el material del banco, hacia dónde se abomba y, por último, la cantidad de quilla clavada.

—A la orden, señor comandante.

Ya marchaba hacia proa el marinero, sonriente y feliz como si se le hubiera encargado una acción de vital importancia, lo que era cierto. Me giré otra vez hacia el piloto, que seguía leyendo el derrotero, mantenida la palidez en cera de su rostro.

—Don Cosme, observe la playa de la Navaza. Debemos saber si nos encontramos con marea alta o baja.

—Llevo empeñado algunos segundos en esa atención —dijo Beto, sin apartar el largomira de sus ojos—. Y por ventura de los ángeles, estimo que nos encontramos cercanos a la marea baja. Es posible que alcancemos la bajamar en algunos minutos, lo que deduzco por la línea que se marca en algunas piedras de la playa.

—En estas aguas las mareas son muy vivas y de gran magnitud, señor comandante —alegó el piloto con voz débil—. Si ha de subir, quedaremos libres y zafados sin duda alguna.

—Eso deseamos todos.

El *Penélope*, como si borneara en situación de fondeo, giró su proa hasta quedar fija en dirección sur-sudoeste. Y ése fue el momento en el que el guardiamarina Escalera nos concedió una información de importancia.

—Parece que la goleta hace proa por nosotros, señor comandante.

Con el tumulto producido por la varada, habíamos olvidado a nuestra compañera de viaje. Pasé a la banda contraria de estribor para comprobar que, en efecto, la goleta, abierta ahora por nuestra aleta, se dirigía lentamente hacia nosotros.

—¿Qué pretenderá esta putorrón? —dijo Beto para sus adentros.

—Al vernos en esta comprometida situación, lo que posiblemente esperaba por conocer los fondos de la zona al dedillo, puede colocarse a nuestra popa para dispararnos de enfilada y sin peligro. Intentará destrozarnos la popa y, lo más importante, el timón.

—Debemos llevar las dos carronadas a popa —dijo Beto con rapidez.

No respondí a la sugerencia del segundo, porque ya los pensamientos de mi cabeza navegaban a veinte nudos en otra dirección. Y como reacción automática, di la orden sin pensarlo dos veces.

—¡Dar la lancha y el bote al agua! —me giré al contramaestre, antes de continuar—. Don Ginés, que se afirme un cable de remolque a nuestra popa y lárquenselo a la lancha.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó Beto.

—Cuando la goleta llegue a nuestra altura, ordenaremos a la lancha que reme a muerte y cobre el cable dado a popa. De esta forma, giraremos para ofrecer todas las piezas del costado en fuego contra esa rabizona que, puedes estar seguro, se llevará una buena sorpresa. Nos obligaremos a bornear con la proa hacia poniente, así que ordena alistar todos los cañones de estribor, incluidas las dos carronadas.

—Podemos llevar dos cañones de a 6, los volantes de la batería de babor, a la banda contraria, señor —afirmó el alférez de navío Puerta—. De esa forma, aumentaremos a 13 las bocas de fuego a disposición.

—De acuerdo. Que todos ocupen sus puestos de combate, pero nada de cornetas y tambores. Que carguen ya los cañones con discreción y doble bala, que los de fabricación inglesa aguantan hasta tres, según se asegura. Las carronadas bien rellenas de metralla pura. Pero todo con la máxima diligencia.

En el *Penélope* se habían ocupado los puestos de combate con extrema rapidez. Parecía que la goleta entraba en dudas, porque navegaba solamente con la cangreja de popa y un foque, ralentizando sus movimientos en demasía. Por su parte, Tarifeño regresaba a bordo pocos minutos después con una sonrisa en la boca.

—Se trata de un banco de arena en montecillo y unas cinco yardas de parte a parte, señor comandante. Hemos clavado en él unos tres pies de la roda solamente.

—En ese caso, podremos bornear con facilidad y, en cuanto comience a subir la marea, zafaremos.

La goleta corsaria, que ya nadie dudaba del apelativo aunque no mostrara pabellón a los vientos, pareció decidirse. Abrió distancias para entrar de proa con popa, temiendo quizás nuestros cañones instalados en la batería más atrasada, que podían disparar con ángulo largo. Pensé para mis adentros que era atrevido su comandante, sin duda, aunque podía recibir una desagradable sorpresa, si conseguíamos que virara nuestra popa con rapidez. Por mi parte, dudaba del momento en el que debía ordenar la boga a la dotación de la lancha, ya con el remolque a bordo y los remos clavados en el agua para mantener su posición, cuando escuchamos el primer disparo, posiblemente procedente de un cañón de pequeño calibre instalado en la proa de la unidad corsaria.

—Prueba de distancias —dijo Beto—. Debe encontrarse a unas ochocientas yardas, escasas. Creo que deberíamos comenzar a virar ya.

—Esperemos un poco más —alegué con decisión, como si se cambiaran los papeles y deseara chamuscar a la que convertía en presa codiciada.

El disparo inicial caía cercano a popa y centrado en dirección, lo que indicaba a las claras sus intenciones de batirnos la pala del timón. Dejé pasar un par de largos minutos, al tiempo que la goleta comenzaba a caer ligeramente a babor, facheando para quedar cuadrada y tomarnos con su batería en tiro de enfilada^[78]. Fue el momento en el que descubrimos que, en efecto, había trasladado todos sus montajes a la banda de barlofuego^[79], un total de nueve. No esperé más.

—¡Ordenen boga a muerte a la lancha!

Después reconocí como arriesgada mi maniobra, pero ya estaba lanzado a la hoguera y no era posible retranquear una pulgada. Pero por fortuna, al tiempo que la goleta corsaria alcanzaba su posición y abría costado, girábamos con rapidez para mostrar nuestra banda de estribor. Se escuchó en primer lugar sus disparos, momento en el que con el sable alzado como pica de alabardero, me lancé a la lucha.

—¡Fuego!

Si en los últimos días habíamos padecido momentos de especial zozobra, preocupación y sufrimiento, creo que todo se compensó con aquel momento. Debían separarnos unas doscientas yardas de la goleta, cuando le disparamos la andanada de la banda reforzada, todos los cañones cargados con doble bala. Y bendije a mis artilleros, porque su palo mayor saltaba por los aires como caballero herido en torneo. Al mismo tiempo, nuestras dos carronadas, cargadas con metralla, barrían su cubierta, donde habían aparecido muchos hombres que no cesaban de gritar como poseídos por el demonio, norma habitual en los bucaneros antillanos. Observé como caían muchos de ellos en sangre sobre la cubierta, al tiempo que cuatro de sus cañones quedaban destrincados en desorden de maderas. Pero también nosotros habíamos recibido algunos impactos, aunque solamente dos de ellos nos levantaban el pasamanos de la banda y hería algunos hombres.

Cargamos con mucha rapidez, que todo estaba preparado para disparar los tres primeros a ritmo, cuando ya la goleta, arrepentida, caía claramente a babor largando todo el aparejo posible para salir de estampida. Pero disparamos la segunda andanada todavía a corta distancia, con los mismos efectos aunque no consiguiéramos desarbolarlo del trinquete. La visión del corsario en retirada era dantesca, con la vela cangreja del trinquete y un foque como todo aparejo. Y bien sabe Dios que sentí seguir varado, porque en caso contrario habríamos acabado con ella aunque navegáramos en bandolas.

Cuando ya la goleta se retiraba en la distancia, lamiendo sus profundas heridas, escuché el grito de mis hombres, como bucaneros de raza, tras el éxito conseguido. Y mi satisfacción subió hasta la galleta, sintiendo un especial rumor de felicidad por todos los poros del cuerpo. Escuché la voz de Beto, tendida a la baja para que no fuera escuchada por nadie.

—Te la has jugado, amigo mío —también él sonreía de satisfacción y orgullo—. Pero solamente los que se la juegan pueden triunfar.

—Tienes razón, aunque tampoco nos quedaban muchas vías de escape.

Esperemos que la marea nos deje pronto libres y podamos continuar nuestro camino.

—En cuanto comience a subir, con trasladar a todos los hombres a popa, sería más que suficiente. ¿No es así, don Cines?

—En efecto, señor segundo. Creo que incluso en esta misma situación, con todo el peso desplazado a la toldilla, zafaríamos la proa de la arena.

—No es necesario afanar prisas —afirmé, rotundo, mientras dirigía el anteojo a la playa de la isla—. La marea está subiendo ya. En cuanto comience a desprender, nos pondremos a dos puños^[80] para acuartelar el trinquete y salir buque atrás.

El cirujano, quien había subido a cubierta sin orden en tal sentido, se acercó a mí para ofrecerme un parte que no le correspondía. Pero entrada el alma en dulce goloso, todo se permite.

—Cuatro heridos solamente, señor, por astillazos y de escasa gravedad.

—Muchas gracias. Acuda a la enfermería para curarlos sin pérdida de tiempo.

—Por supuesto, señor comandante.

Al tiempo que se celebraba aquella victoria, comprobamos por el movimiento indeciso del *Penélope*, que comenzaba a zafar su quilla de la arena. Y pocos minutos después, cazábamos ambas escotas del trinquete en cuartel, con lo que el bergantín comenzó a navegar con pereza hacia popa, momento en el que ordené caer a estribor con toda la pala. Por fin, estábamos libres de fondos, con lo que volvimos a arrumbar hacia la costa cubana, de la que nos separaban unas cien millas solamente hacia el norte. Y como especial agradecimiento del dios Eolo a nuestra maniobra guerrera, aumentaba el viento a fresco, mantenido del sur-sudoeste. No se podía pedir más de momento.

Satisfecho como pocas veces en mi vida, pensé que seguíamos cubriendo etapas, aunque aquella recalada en la isla cubana no se encontrara prevista en el plan inicial. Pero como aseguraba Beto, no nos condicionaba el tiempo sino la seguridad, y a ella debíamos ajustarnos. Como decía mi padre, *malas son las prisas en tierra, y como balas gruesas en la mar*.

En la mañana del día siguiente, que se abrió pareja a las anteriores, distinguimos el castillo del Morro y, poco después, fondeábamos en la ensenada indicada por el piloto, metidos en el canal de entrada al puerto de Santiago de Cuba. Todo andaba en orden, aunque el tenedero elegido no fuese de mucha calidad. Sin perder un solo minuto, envié la lancha con Beto al frente, para urgir la aguada al Jefe del Apostadero, que resultó ser un capitán de navío llamado Agustín Roncales. La verdad es que le debimos agradecimiento porque no sólo concedió un rápido permiso, sino que colaboró de propio con un lanchón del apostadero, que hizo menos fatigosa la maniobra a mis hombres.

Rellenamos a mitad de cupo la aguada, cantidad que estimamos más que suficiente. La agradable sorpresa nos llegó como especial y generoso obsequio de Roncales, al enviarnos un barrilete de vino y algunas tripas de excelente sabor, que

repartí con mis oficiales. Y ya comenzaban a caer las luces, cuando levábamos el ferro para abandonar aquel hermoso paraje. Una vez fuera de puntas, ordené ajustar la proa a levante puro, con objeto de barajar la costa sur de la isla hasta doblar la punta Maisi, extremo oriental de Cuba.

El viento se mantenía fresco del tercer cuadrante, con lo que navegábamos a un largo en andadura galana. Pero ahora ganábamos velocidad en tientos, porque don Ginés había conseguido su objetivo en el escaso tiempo que duró nuestro fondeo. Y quedé maravillado al observar la facilidad con que había guindado el mastelero del juanete, utilizando remiendos y tronchas de seguridad allá perdido en las alturas. Pocos saben de lo que es capaz un buen equipo de trabajo en un buque de la Real Armada, hasta de armar un teatro con tres plantas si así se les ordena. Y en verdad que algunas obras de las que se llevan a cabo a bordo son difíciles de creer, si no se observan con los ojos.

A mediodía del día siguiente, doblamos la extremidad oriental de la isla cubana. Nos ceñimos en consecuencia a la punta Maisi, la de los Azules y la del Fraile, hasta acabar en vuelta del oeste-sudoeste para barajar la costa norte de la isla a distancia de seguridad, que ya poco fiaba de los derroteros, aunque sean en verdad dignos de elogio. Debíamos navegar unas quinientas millas más para alcanzar el puerto de La Habana, cuatro o cinco singladuras dependiendo del viento y la mar, como suele acaecer cuando se anda por encima de las aguas. Pero volvíamos a gozar a bordo, que no hay mejor sentimiento para el hombre de mar. Y para cuadrar al ciento, una vez en la costa norte el viento se tumbaba más a levante, entrándonos por el anca, con lo que el *Penélope* se dejaba mecer entre las olas como marqués en palacio.

Aquella noche, cuando entraba en un ligero sueño, pensé que la mala suerte estaba cortada de cuajo y nada más podía entrar por negras. Volví a soñar con la llegada a la bahía de Cádiz, la entrega de los pesos al general Escaño y mi boda con Eugenia. No era posible respirar con mayor felicidad.

18. San Cristóbal de la Habana

Continuamos la navegación placentera, barajando sin contratiempos dignos de mención toda la costa septentrional de la isla de Cuba, la más grande y hermosa de ese mar antillano en el que se basó la conquista y colonización del nuevo mundo por parte de España. A pesar de su importancia económica y militar, era voz corrida que nuestro gobierno nunca le había otorgado la merecida importancia, persistiendo esa penosa costumbre de enviar allende los mares lo peor de cada casa, incluido el personal para la administración que debía representar con honradez y dignidad a Su Majestad Católica. Pero ése fue el camino escogido por la Metrópoli para el triste devenir de sus provincias americanas, donde la presencia de la Real Armada era escasa en proporción escandalosa; unos pocos hombres que dieron de sí todo lo que era posible esperar y mucho más.

Desde un punto de vista estratégico, como decían algunos sabios generales de mar y tierra, Cuba representaba el centro neurálgico de las Indias, abierta al golfo de México entre los espolones de las penínsulas de la Florida y el Yucatán, así como a las Bahamas y el resto de las grandes Antillas. Y en cuanto a la Armada en particular, en La Habana se encontraba uno de los cuatro grandes arsenales nacionales, donde se fabricaban a mejor precio y con olorosas maderas las unidades de mayor porte. De sus gradas había salido, entre otros, el navío *Santísima Trinidad*, coloso de los mares perdido con sus 136 cañones en el pasado combate de Trafalgar.

Navegando por el llamado como Canal Viejo de Bahama, recorrimos las quinientas millas de la costa norte, salpicadas en toda su extensión con una gran profusión de islotes y cayos^[81] que aconsejaban mantener prudente distancia. Cansados los dioses de ofrecernos penas y sufrimientos, disfrutamos unos días de sesteo marineroy placer, con un viento del tercer cuadrante, aplicándose más a levante conforme cortábamos meridianos hacia el oeste. En cuanto a la fuerza, aunque comenzara en fresco, bajó enteros con la corrida, incluso ofreciendo alguna encalmada de escasas horas. A bordo tan sólo cuidábamos del agua, faltos de elementos para su almacenaje y racionada por alto sin problemas. De esta forma, reunidos en el alcázar, charlaba con mis oficiales en la noche del 23 de octubre, facheando para reconocer la entrada al puerto de La Habana el día siguiente.

—Mañana entraremos en uno de los parajes más bellos de la geografía española, según comentan nuestros compañeros que de estas tierras han escrito —lancé con orgullo ante mis hombres.

—Fue la primera isla de las Grandes Antillas que descubrió don Cristóbal Colón, señor —apuntó el alférez de navío Echagüe que, según supimos, era muy amante de los hechos principales de nuestra historia—, el 27 de octubre de 1492, dos semanas después del descubrimiento del nuevo mundo. La observó de tan gran tamaño que, en principio, la creyó tierra firme de Cipango. Y corriendo por esta misma costa

septentrional que hemos barajado, llamó a los grupos de cayos como Jardines del Rey.

—Hermoso nombre, si señor —afirmé en sinceros—. Y, según tengo entendido, en el segundo viaje exploró la costa meridional. ¿Conoce algún detalle de La Habana?

—Sí, señor —agradeció con el gesto de su cara que otorgara la importancia debida a sus conocimientos—. Se cree que la ciudad fue fundada por Diego Velázquez en 1515, conquistador y primer gobernador de Cuba. La bautizó con el nombre oficial de San Cristóbal de la Habana, porque los nativos llamaban como Abana a esta zona de la isla. Fue saqueada por piratas y bucaneros en diversas ocasiones, hasta que, por fin, en 1552 se trasladó a esta ciudad la sede del gobierno colonial que, hasta entonces, se encontraba en Santiago. Pero como seguía siendo pasto de saqueos sin freno, comenzó a fortificarse de forma adecuada, comenzando por el castillo de la Fuerza, el más antiguo, a media canal de entrada, siguiendo con los del Morro, antes llamado de los Tres Reyes, y el de San Salvador de la Punta, que mañana por la mañana podremos observar al embocar el canal de entrada a la bahía. También ayudan en su defensa los castillos del Príncipe, que corona una colina al oeste de la ciudad, el fuerte de San Diego y el castillo de Atares. Pero fueron los ingleses los que en siglos posteriores intentaron poseerla de firme. Y ya saben que en 1762 capturaron la ciudad con escaso esfuerzo, para permanecer en ella durante un año.

—Siempre escuché como muy difícil de creer, que fuera capturada por los britanos con todas esas defensas a disposición —afirmó Beto.

—Desde luego, señor —continuó Echagüe—. Porque respecto a la defensa contra las fuerzas que puedan entrar desde la mar, a los castillos del Morro y de la Punta, en ambas bandas al comenzar la canal de entrada, hay que sumar, como les decía, los de la Fuerza y de la Cabana, a medio camino de la barra y en su parte más angosta. Pero es bien sabido que no enviamos suficiente guarnición a las plazas americanas y escasos los mandos.

Nos mantuvimos fondeados toda la noche entre la ensenada de Chivos y la punta del Morro, comiendo y bebiendo sin ración alguna. Pero nada más comenzar la amanecida, levamos las anclas para dejarnos acariciar por un escaso y tontón viento del nordeste en dirección al próximo y necesario destino. Por fin, cuando ya el sol cobraba suficiente altura en la mañana del día 24 y con excelente visibilidad, nos acercamos en pequeños bordos hasta quedar a la vista del rompeolas, tras el que la ciudad aparece como una estampa mágica emergida en suspenso sobre la mar. Divisamos con facilidad los castillos del Morro y la Punta, cuando el viento caía a cero y nos dejaba sin posibilidad de avanzar una yarda. Me vi obligado a echar la lancha al agua, para que nos ofreciera el necesario remolque, con el que atacamos el canal de entrada.

Atravesamos la angostura primera, entre el Morro y la Punta, arrumbando hacia la

segunda, un millar de yardas eternas a ritmo de tortugón y sin exigir esfuerzos innecesarios a los hombres de la lancha, porque la calma era de estrago. A la altura del castillo de la Fuerza, en el punto de estrechamiento más pronunciado, comenzamos a avistar esa mágica bahía, de grandes proporciones, donde podrían caber todas las escuadras del mundo conocido. Una vez dentro, mientras admirábamos la ciudad que se nos abría a poniente, descubrí el arsenal sin mayor inconveniente, aproando hacia él para quedar, poco después, fondeado con dos anclas frente a los diques. Culminábamos una etapa más en nuestro alargado periplo marinerío, aunque ésta fuera un regalo inesperado de los dioses.

—¿Te presentarás esta misma mañana ante el Comandante General del Apostadero?

—Desde luego. Anoche elevé unos rezos a Nuestra Señora de Valdelagua, para que continúe en el destino el teniente general don Juan María de Villavicencio.

—¿Lo conoces?

—Personalmente, no. Pero mi padre anduvo embarcado con él como su segundo a bordo de la fragata *Santa Casilda*, en la escuadra de don Francisco de Borja, cuando las operaciones sobre Cerdeña en la guerra a la Convención francesa. Y después de apresar a la fragata francesa *Sirene*, le concedió el mando de la presa, que luego adquirió el nombre de *Sirena*. Según declaraba mi padre en sus escritos, le dispensaba especial aprecio.

—Lo poco que he escuchado sobre él, habla de hombre duro y sin concesiones.

—Es posible que sea así. Mi padre lo consideraba como uno de los hombres del general Gravina, e izaba insignia en su escuadra cuando fue destinado a La Habana el año pasado, con disgusto de don Federico. Después de todo, eso le libró de asistir al desastre en aguas de Trafalgar.

—Si te digo la verdad, más confío en esos documentos que portas.

—Pues no sé qué decirte, Beto. Te repito como razón más que sonada entre compañeros, que las órdenes de la Corte a miles de millas pierden mucho de su peso. En fin, esperemos que la suerte nos sea favorable, porque aquí nos jugamos el éxito de la empresa a cara o cruz.

—Eso es cierto como la luz del día. Si no conseguimos que nos dejen el *Penélope* en cuadro de luces, podemos dar por perdida la batalla.

—Aquí no se pierde ninguna batalla, Beto —lo tomé por el hombro para ofrecerle ánimos—. Nada de darnos por vencidos. La suerte nos acompaña.

—No pensará así quien vea el estado de nuestro barco —mi amigo sonreía, señalando la bandola del palo mayor.

—Porque no nos conocen.

Dispuesto a tomar el toro por los cuernos, como era mi norma habitual, y sin perder un minuto, vestí el uniforme grande con ayuda de Okumé. Porque todavía andaba mi camarote como pañol de esteras y revuelta general. Sin mascar palabra, preparaba en la cabeza lo que debería declarar a la máxima autoridad para conseguir

el fin perseguido. Y aunque a bordo no expresara mis dudas, la verdad es que las sufría y bien por alto en los higadillos. Era consciente de que abordaba un paso tan importante o más que haber salido de las garras del huracán. Porque si todo se tornaba a malas, podía quedar despanzurrado por tiempo indefinido en aquella bella ciudad.

Tomé la lancha, empavesada en luces para la ocasión, ordenando aproar a lo que se divisaba como escala real en el arsenal. Una vez en tierra, pregunté por la comandancia general, siendo auxiliado con extrema cortesía por un piloto primero que paseaba al sol sin mayor cometido. Y después de una amplia caminata, llegué al destino final con sudores rascando la piel. La Comandancia General del Apostadero asemejaba a modesto palacete de planta cuadrada y dos superficies, edificado en piedra dura, oscurecida con el paso de los años. Tras preguntar en el cuerpo de guardia, fui dirigido hasta la oficina de uno de los ayudantes, capitán de navío magro de carnes y humor negro como el infierno. Cuando comenzaba a elevar la presentación de formal cortesía, me espetó con una sonrisa torcida en la boca.

—Supongo que sois el comandante de esas tablas medio descuadernadas y con forma de bergantín, que ha entrado en puerto esta misma mañana.

No me entraron a coro aquellas palabras, aunque apreté los puños y elevé una mueca de sumisión.

—Esas tablas han soportado un huracán de muerte y ataques corsarios, señor. Pero acierta porque soy su comandante, lo que mucho me honra. Con su permiso, desearía ser recibido por el comandante general del apostadero.

—El general Villavicencio se encuentra muy ocupado esta mañana —volvía a dirigir su mirada a un legajo situado sobre su mesa de trabajo, como si hubiese dado fin a la conversación—. Ya le enviaré recado a bordo para la audiencia solicitada.

Sentí cabrillar la sangre en las venas a ritmo de fogata, volviendo a repetirme que debía cuadrar los vientos a la calma chicha. Era consciente de que necesitaba jugar fuerte y lancé el primer envite.

—Perdone que insista, señor, pero estoy seguro de que el teniente general Villavicencio querrá leer los documentos que le traigo del Secretario del Despacho de Marina, capitán general don Francisco Gil y Lemus, para entregarle en persona.

Por primera vez, el capitán de navío me miró a la cara con cierto interés. Sin embargo, pareció dudar durante unos segundos, que me parecieron alargados sin medida. Por fin, concedió una nueva mueca de media sonrisa, al tiempo que dirigía su mano hacia mí.

—Puede entregármelos. Se los haré llegar al general en cuanto me sea posible.

—Siento tener que contradecirle, señor, pero las órdenes superiores recibidas del excelentísimo señor Secretario y el teniente general don Antonio de Escaño, capitán general del departamento marítimo gaditano, me indicaban con rotundidad que, si me veía precisado a entrar en el puerto de La Habana, entregara al Comandante General del Apostadero, en mano y a la mayor brevedad, estos documentos, en los que se

expone la importancia de la misión encomendada a mi persona. Pero si lo estimáis oportuno, puedo regresar a mi buque y esperar allí sus instrucciones.

En esta ocasión, el rostro de quien se llamaba Francisco Novales, se cerró en gesto desabrido. Luchaba en mi interior por mantener la calma absoluta, que no hay mejor defensa en esos casos. Y dio resultado de momento aquel envite en falsete, porque disparó sus palabras con desgana, mientras se levantaba del gastado asiento.

—Espere aquí.

Quedé a solas en el amplio despacho, rumiando por dentro los posibles derroteros y las consecuencias en tinte incierto. Porque el envite largado no era solamente contra el avinagrado ayudante, sino a la cara del mismo comandante general, quien podía estimar mis palabras como altanería digna de ser reprendida. Por esa razón, al indicarle que se presentaba el teniente de navío Leñanza, había añadido el condado de Tarfí que por derecho y herencia ostentaba, lo que podía aclarar la directa relación familiar con mi padre. Pero los segundos pasaban a cuenta de rosario y el estómago se encogía por momentos. Había transcurrido lo que estimaba como una penosa eternidad, cuando escuché por el pasillo lateral los pasos del ayudante. Y no mostraba rastro de rosas el malencarado, lo que tampoco aclaraba la postura. Volvió a disparar sus palabras en ladrido sordo, antes de llegar a mi altura.

—Acompáñeme.

Sin pronunciar palabra, seguí la estela de Novales por un alargado pasillo, con giros a derecha e izquierda, hasta alcanzar una puerta con cristales emplomados, en la que se podía leer en grueso letrero de bronce: Comandante General. Respiré de alivio porque suponía ganada la primera batalla, aunque todavía restaban un buen número de escaramuzas a proa. El ayudante golpeó el cristal con suavidad, antes de abrir el picaporte y anunciar mi nombre.

Para mi sorpresa, la sala de trabajo de quien mandaba sobre cuerpos y almas de la Real Armada en el arsenal y resto de la isla, era pequeña y modesta de mobiliario. Pero al fondo y parapetado tras una mesa de gigantescas proporciones, se encontraba un hombre de regular estatura, cincuentón, cabello con ribetes blancos y cejas negras elevadas como botalón de bauprés, aunque de agradable aspecto. Y digo esto por la sonrisa con la que parecía recibirme, al tiempo que elevaba su cuerpo.

—A las órdenes de vuestra excelencia, señor general. Se presenta ante vos el teniente de navío Santiago de Leñanza y Cisneros, conde de Tarfí, comandante del bergantín *Penélope*.

—Ya he visto desde la balconada su barco con algunas glorias en reliquia. Supongo que se toparía con ese maldito huracán que casi barre la ciudad.

—En efecto, señor.

Esperaba que, de un momento a otro, me exigiera esos documentos tan importantes que había mencionado a su ayudante. Sin embargo y para mi sorpresa, derivó con sus palabras hacia otra derrota.

—De modo que sois hijo de *Gigante* y sobrino de *Pecas* —se ampliaba su sonrisa

al mencionar los apodos de mi padre y de mi tío—. Dos grandes hombres, no hay duda. Tuve el honor de tener bajo mis órdenes a los dos, valientes como pocos, a bordo de la fragata *Santa Casilda*. Apreciaba mucho a su padre y sentí una gran tristeza al saber de su muerte a bordo del *Príncipe*. ¡Qué desastre, Dios mío! Leñanza, Gravina, Churruca, mi cuñado Dionisio Alcalá Galiano, demasiados hombres grandes perdidos de una sola tacada —pareció perderse en los recuerdos—. Debe saber que con su padre de segundo comandante, apresamos dos unidades francesas en escaso tiempo. Pero dejemos los recuerdos y vayamos al grano, que le supongo con prisas para entrarle a mi ayudante con esa arrogante argucia de los documentos del Secretario.

El comandante general volvió a ofrecer una paternal sonrisa que acabó por tranquilizarme. Saqué los documentos que incorporaba en la casaca, tendiéndoselos por encima de la mesa, tras haber tomado asiento enfrentado a él y por su orden.

—La misión que me ha sido encomendada, señor, es de mucha importancia.

—Pues cuéntemela a fondo antes de leer estos pliegos. Siempre he preferido la versión oral.

Me lancé a fondo, con algunos aderezos personales, es cierto, pero sin faltar a la verdad. El general parecía interesado desde el primer momento, como si escuchara una obra de las que intrigan al lector. Recalqué a propósito y de forma especial, el envite largado por el príncipe de la Paz al general Escaño y su aceptación, pudiendo comprobar cómo se endurecían los rasgos de su cara. Cuando di fin al recorrido, con la varada, aguada y último tramo navegado, callé a la espera de la batalla definitiva.

—Es usted digno hijo de su padre, no me cabe duda. Mucho dice a su favor el que don Antonio de Escaño, a quien considero una de nuestras mejores cabezas en la Real Armada, cargara la responsabilidad de esta misión sobre sus hombros. Y, como dice, los dos millones largos de pesos es lo de menos, aunque acucien a la escuadra y a cualquier estamento de la nación. Es el prestigio de la Armada lo que está en juego, ante la prepotencia y el deleznable orgullo de ese..., bueno, del príncipe de la Paz. Pero por lo visto a distancia de gavilán, es mucha la faena que necesita su bergantín.

—No crea, señor. Tan sólo es urgente guindar un nuevo palo mayor, de cuyas medidas originales disponemos en el estado de fuerza, una ligera mano de carpintería en el bauprés, mastelero de juanete de proa, pasamanos de estribor y tambucho, así como reposición de varios toneles para la aguada. Bueno, si fuera posible, también algunos víveres para alcanzar el puerto de Cartagena, y unas jarras de pólvora.

Me sorprendió la carcajada del general, que aferraba su tripa como si hubiera escuchado la más divertida de las chanzas.

—En este momento me recordáis con mayor precisión a vuestro tío *Pecas*, experto máximo en todo tipo de extravagantes peticiones, con cuyas aventuras mucho disfruté a bordo de la *Santa Casilda*. Creo que él habría utilizado sus mismas palabras en la ocasión. Pero debe saber, Leñanza, que no es poco lo que pedís, en estos días de penuria. Y me refiero a la dura realidad, porque desde hace meses no entra un duro

fuerte ni un peso desde Veracruz. En este apostadero malvivimos igual o peor que en España. Mucho crédito y poca plata.

Aquellas palabras, seguidas de un profundo silencio, abatieron mi ánimo hasta la sentina. El general aprovechó el silencio para leer los documentos entregados, dejándolos a continuación sobre la mesa, como si no les hubiera ofrecido mayor interés. Y para aumentar la desazón que ya se apoderaba a fondo de mi alma, varió la conversación de plano.

—Vivimos momentos malos y de turbulencias. Algunos no parecen comprender que, para desgracia de muchas naciones, esa revolución sufrida en la Francia cambiará demasiados modelos. Si no centramos los esfuerzos en nuestras posesiones de ultramar, acabaremos por perderlas, aunque duelan mis palabras.

—¿Se refiere a ataques llevados a cabo por los ingleses?

—No necesariamente, aunque tampoco sean de descartar. En la guerra que mantuvimos contra los ingleses de 1779 a 1783, cuando las colonias británicas establecidas en la América septentrional buscaban su independencia de la Metrópoli, las apoyamos con gran esfuerzo, siguiendo los pasos de la Francia en ese camino trillado tantas veces con error. Se llegó a una paz en la que, sin duda, conseguimos las mejores condiciones del siglo, aunque no recuperáramos la plaza de Gibraltar. Pero ayudamos a crecer la hierba mala, que se corre con facilidad a los predios anejos. Si se piensa con cordura, y no presumo de estrategia, era absurdo apoyar la independencia de esas colonias cuando, bien juntitas a ellas, se encuentran las nuestras que pueden seguir el mismo camino.

—Bueno, señor, hasta ahora los movimientos sediciosos han sido escasos.

—Hasta ahora. Aquí tuvimos a un criollo llamado Francisco de Miranda, natural de Caracas, que sirvió en nuestro Ejército hasta obtener el grado de teniente coronel. Intentó un contrabando escandaloso en esta isla por lo que, una vez descubierto, escapó a Europa con desdoro añadido. Para no alargar la historia de este traidor malnacido, muy aficionado al capital ajeno, de él se sirvieron nuestros enemigos para intentar alzar la bandera de la libertad e independencia en estas provincias españolas. Y precisamente, apoyado por el gobierno republicano de esos Estados Unidos, cuyos cimientos ayudamos a levantar con nuestra propia sangre. Por fortuna, nuestro embajador en Washington tuvo conocimiento de los manejos del filibustero.

—¿Intentaban tomar esta isla?

—No aspiraban a tanto en un principio. Se organizaron las fuerzas en la isla de Santo Domingo, armándose en Puerto Príncipe y en Jacquemel la corbeta^[82] *Leander* y las goletas *Bee* y *Bacchus*, donde embarcó Miranda con aventureros ingleses y norteamericanos, nombrados por él mismo como coroneles, mayores, capitanes y un estado mayor digno de un poderoso ejército, en lugar de los 200 hombres, bucaneros de baja estofa, alistados en la intentona. Dieron la vela en marzo de este año, sin esperar la llegada de otro buque prometido. El 11 de abril fondearon en Oruba y se presentaron cerca de la ensenada de Ocumare, donde le salieron al encuentro nuestros

bergantines guardacostas *Argos* y *Celoso*. Y como era de esperar, dieron buena cuenta de esos desalmados que, a pesar de la propaganda, sólo buscaban provecho propio.

—¿Consiguieron apresar a ese malnacido?

—Por desgracia, el bellaco Miranda consiguió escapar en la corbeta, mientras las dos goletas eran apresadas con sesenta filibusteros a bordo y apreciable cantidad de armamento. Las armas procedían de los Estados Unidos, con los que Su Majestad don Carlos se dignó firmar acuerdo de comercio. ¡Conjunto de forajidos y sacamantecas desagradecidos! —el general dio un fuerte golpe sobre la mesa, haciendo saltar algunos objetos de escritorio—. Fusilamos algunos, mientras el resto era conducido a los castillos de Cartagena. Pero siguió Miranda en el intento, y como es hombre de palabra larga como todo salteador de faltriqueras, convenció al almirante britano Cochrane, gobernador en la isla Barbada. Ofreció el intitulado como caudillo generosas ofertas al Reino Unido, hasta conseguir apoyo de buques y hombres. Nada menos que una escuadrilla de 15 buques, con 500 hombres de desembarco reclutados entre la escoria de las playas inglesas y norteamericanas. La protección del convoy fue encargada a dos corbetas de la *Royal Navy*.

—¿Y esta vez triunfaron? —me preocupaba a fondo la cuestión, por los efectos que podía presentar sobre Cartagena y mi misión.

—Se dirigieron a la ensenada de Vela de Coro, suponiendo que la escasa tropa de la Capitanía General de Venezuela se concentraba en Puerto Cabello, así como en Caracas y la Guaira. El día primero de agosto fondearon en la ensenada. El comandante militar de Coro se retiró por precaución y para agrupar fuerzas al lugar inmediato de Buena Vista, dejando a los filibusteros la población. Pero reunidos milicianos y gente del campo, tomó la ofensiva el día 11, causando un buen número de muertos al enemigo. Al día siguiente volvió a atacar, ahora con algunos elementos de caballería, ante cuya vista aquel conjunto de bigardos, cobardes como los de su raza, abandonaron pertrechos y municiones, para embarcar en desesperada huida.

Sufrieron 120 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros.

—¿Y Miranda?

—Volvió a escapar el muy rastrero sinvergonzón, que esos caudillos de tres al cuarto son los primeros en largar espuma a popa cuando arde la brea. Arribó a la isla de la Trinidad, intentando ser alojado de nuevo y con honores en el palacio del gobernador. Sin embargo, en esta ocasión fue recriminado por derecho, al tiempo que se le negaban los fondos que solicitaba. Perdido el amparo, regresó a Londres, donde andará en nuevos intentos si alguien es capaz de creer en sus palabras, porque lo único que intenta es vivir a nivel de príncipe sin dar el pecho. Pero esta intentona nos debería abrir los ojos. Las defensas y fortificaciones de nuestras posiciones en tantos puntos del continente americano se encuentran sin hombres, municiones ni caudales, dejadas de la mano de Dios. Y si no somos capaces de aprender la lección recibida, estas intentonas aumentarán, apoyadas por norteamericanos y britanos, hasta hacernos perder el imperio colonial. Tenga en cuenta que esta ciudad de La Habana,

sede del mejor arsenal, se encuentra bajo mínimos y defendida por unos pocos guardacostas. Si nos atacaran los ingleses en regla, no sé cual podría ser el resultado. Como decía don José de Mazarredo, es difícil hacer la guerra sin hombres, munición ni pagas.

El general volvió al silencio, mientras expresaba en su rostro la resignación que sentía. Me alegré al saber que nada había cambiado en la costa de Tierra Firme. Pero mi mayor preocupación era el estado del *Penélope* y sus necesarias reparaciones, un tema que parecía haber pasado a un segundo plano. Pensaba cómo reconducir la conversación hacia ese apartado, cuando don Juan María volvió a tomar la palabra. Llegué a creer que había leído con detalle mis pensamientos.

—Estoy seguro de que estas historias le interesan a fondo, como a todo español sensato. Pero creo adivinar que, en estos momentos, la verdadera y única preocupación que le embarga es el bergantín bajo su mando y las reparaciones necesarias —regresó la sonrisa abierta a su rostro—. No se preocupe, porque así debe obrar todo comandante de buque que se precie, y es su obligación. En ese aspecto puede quedar tranquilo, Leñanza. Daré prioridad absoluta a la reparación de su bergantín. Pero no crea que es factor determinante este documento con la firma del Secretario del Despacho que me ha entregado, ni mucho menos. Podría alegar que no recibo un solo peso en meses y que los pertrechos cuestan caros, lo que es una verdad irrefutable.

Haré el esfuerzo en recuerdo de su padre, un hombre extraordinario, de valor y lealtad como he conocido pocos. Y gracias a su arrojo recibí importantes felicitaciones de mis superiores, así como un inesperado ascenso. No deberíamos haberlo perdido tan joven. En fin —hizo un gesto con su mano, como si quisiera olvidar cuestiones pasadas—, mañana mismo enviaré a su barco al ingeniero Tejada, el mejor de mis hombres en esas cualidades. Debe llevar a cabo sin pérdida de tiempo una evaluación inicial de las necesidades, para la puesta a punto de su buque, así como saber si se considera imprescindible su varada en el dique menor. Preveo algún problema con el mástil, pero nada quiero adelantar en negativo.

—Muchas gracias, señor general. Quiero serle sincero. Como puede suponer, esta misión no es sólo importante para la dignidad de la Real Armada, sino también para mi carrera —las palabras salieron de mi boca como un postrero lamento y con independencia del cerebro.

—Lo sé, pero me gusta escuchar esas palabras.

No debía ofrecer mi rostro felicidad absoluta porque, en verdad, sentía cierto amargor, como si la cometa hubiera quedado a medio vuelo. El general abandonó su asiento para acompañarme a la puerta en gesto de especial deferencia y cortesía. Por último, me tomó por el hombro con inesperado afecto, al tiempo que largaba sus últimas palabras en tono bajo.

—No se preocupe en demasía, Leñanza. Comprendo muy bien lo que siente en estos momentos, y le ayudaré en todo lo que me sea posible. Si no aparecen rayos a la

contra, saldrá de La Habana con su bergantín en condiciones de cumplir la misión encomendada. Venga a verme cuando lo estime necesario.

—Mucho le agradezco su deferencia, así como todo lo que ha dicho sobre mi padre, señor general.

—Son más que merecidas.

Aunque había sido una ración en blanco y negro, decidí agarrarme con ferros a las últimas palabras, que tanta ventura abrían al futuro. Y de esta forma llegué al *Penélope*, que se mecía perezoso en las aguas del arsenal habanero. En aquellos momentos soñaba con abandonar el canal de La Habana con mi bergantín en muescas de oro, proa a Cartagena.

Aunque la moral era alta y así lo comuniqué a mis oficiales nada más llegar a bordo, pronto descendía la euforia inicial hasta besar la raya negra. Porque tanto el día de llegada como a lo largo del siguiente, nadie apareció a bordo, circunstancia que comenzó a tensar mis venas y el ambiente en la cámara de oficiales, problemas que hoy, años después, considero creados por la juventud y la inexperiencia. Más de uno escondía imprecaciones contra los mandos de la isla, hablando de la pereza habitual establecida en las Indias, un detalle falso de solemnidad que debí explicar por llano a todos ellos. Porque si la actividad en el arsenal era escasa, fácil es suponer las razones verdaderas que lo causaban. Estoy seguro que los establecimientos similares establecidos en Ferrol, Cádiz y Cartagena debían andar con faena pareja.

Cuando ya comenzaba a perder mi confianza en el general Villavicencio, el día 26, a primera hora, aparecieron a bordo como coro de ángeles, el ingeniero mayor don Francisco Tejada, acompañado de numerosos maestros y personal de los diferentes ramos del arsenal. Y fue como si cambiara la noche por el día, puedo jurarlo. Porque ya como primera declaración, debo entrar en elogios de aquel hombre trabajador de sol a sol, conocedor a fondo de todos los apartados de su especialidad, así como de exquisito trato personal en todo momento. Fue una fantástica experiencia trabajar a su lado.

Tras dos días más de proyectos, redacción de listados y preparación de material, comenzaron a trabajar en el barco a ritmo acelerado un buen número de operarios de la maestranza. Y como después supe en los arsenales donde rendí servicios, se trataba de una excepción impagable y difícil de creer, con la cantidad de informes y autorizaciones que toda reparación, por mínima que sea, debe llevar impresa en pliego. También aquel primer día, un buzo profesional recorrió la obra viva del *Penélope* de proa a popa, declarando a continuación que su estado era perfecto, lo que mucho decía a favor de mi bergantín, desechando la necesidad de entrar en dique.

Los días pasaban y, poco a poco, se veía cómo el *Penélope* recuperaba sus antiguos ropajes. Beto y yo rumiábamos de placer cada mañana, al comprobar con la amanecida el estado general del buque, atracado al muelle de poniente bajo la machina, en espera del principal trofeo, el palo mayor, que mucho se hacía de rogar, aunque fuera cuestión lógica y de recibo.

—Si no lo compruebo con mis ojos, dudaría de la realidad —decía Beto, cuando entrábamos en la tercera semana de nuestra estancia en el arsenal habanero—. Tan sólo me preocupa el palo mayor.

—Llegará pronto. Así me lo ha asegurado don Francisco Tejada, y no dudo una letra de su palabra.

—Tampoco yo. Pero no es lo mismo fabricar un mástil de cuyos gálibos se dispone, que emprender esa complicada manufacturación basados, en verdad, sobre ligeros detalles. Pueden aparecer problemas por mucho fervor que se empeñe.

—Tejada en persona tomó ese trabajo y lo hará bien. Fue un buen detalle del general Villavicencio, concedernos el trabajo del mejor ingeniero. Por lo demás, poca faena resta.

—En efecto. Ayer nos embarcaron buenos toneles, con duelas viejas que aparentan extraordinaria solidez. Sin embargo y aunque sea morder por demás, andamos escasos de víveres.

—El general me prometió la semana pasada embarcarlos para dos meses. Según creo, el principal problema es la galleta, porque andan los hornos con falta de trigo.

—Tenías razón, *Gigante*. Cruzamos la mala suerte y ya todo se abre en ventura.

No andaba desencaminado Beto, porque tres días después acercaban a base de rodillos, en la parte del muelle cercano al *Penélope*, el árbol que centraba nuestras más preciadas oraciones. Y sin pérdida de tiempo, los operarios de la monstruosa machina^[83], contra maestres de dientes largos, comenzaban a arbolarlo en un abrir y cerrar de ojos. Fue un éxito redondo porque, en contra de lo supuesto por algunos, no se debió tocar ni una pulgada de la mecha^[84]. Y una vez encajado, se le comenzaba a guarnir de galleta a tocón con manos de dulce, aunque debo aquí salir en defensa de mi dotación en pleno, que se sumó a la brega como amo de guardia. La verdad es que se trataba de una extraordinaria conjunción porque, como reconocieron los desconfiados de los primeros días, el personal del arsenal era excelente y con trabajo a ritmo de carga.

Todo marcaba a favor de rosas, aunque dábamos el do de pecho sin descanso. Y era tan alargada la jornada de trabajo, que no pudimos aceptar muchas de las invitaciones recibidas a bordo, tanto de autoridades militares como de las familias más importantes de la ciudad. Siempre recordaré la generosa hospitalidad de aquellas gentes, especialmente de las criollas que hablaban el idioma castellano con especial deje y dulzura, capaces de marear la cabeza más enfrascada. Y de esta última cualidad podían dar fe dos de mis oficiales, Puerta y Echagüe, que dejaron amores prendidos en la perla antillana.

El día 21 de noviembre, con cielos en azul y mar al gusto de damas, se me autorizó a salir a la mar para comprobar la puesta a punto del bergantín, cuando ya todo cuadraba en favor. Fue una muy grata experiencia porque, sin asomo de duda y para gozo general, el *Penélope* tomaba las aguas y el viento con tanta gallardía como el día que abandonamos el arsenal de La Carraca. Parecía un milagro hecho realidad,

y a él nos ajustamos encantados. Ya sólo me faltaba la despedida del general a quien tanto debía, así como recibir algunos víveres prometidos. Y en esta última faena también debo destacar al contador, don Miguel Sarmiento, cuyo buen hacer y mano izquierda fue fundamental en algunas operaciones de dado y tapete.

Con los víveres solicitados a bordo y los últimos toneletes de la aguada estibados a buen viaje, me despedí del teniente general don Juan María de Villavicencio, agradeciéndole con extrema sinceridad su apoyo y los detalles recibidos. Me abrazó como a un querido hijo, al tiempo que deseaba la mejor ventura al bergantín *Penélope* en el resto de la comisión entablada. Y como detalle final, cuando ya estábamos dispuestos a largar amarras y ser remolcados por un lanchón del arsenal, llegaba al muelle una carreta con seis garrafones de una arroba, bien rellenos con un ron moreno de estampa, que nos elevó el espíritu durante muchos días. Era un detalle más de aquel gran señor, marino de raza, al que el destino me unió años más tarde, cuando nuestra patria atravesaba desgraciadas circunstancias.

La suerte estaba echada sobre la mar, y era momento de recogerla con dulzura en la pañoleta sin separarla una pulgada. Abandonamos la hermosa ciudad de La Habana, donde habíamos recibido un trato extraordinario, el día 24 de noviembre, pensando ya solamente en el puerto de Cartagena, nuestra nueva meta en aquel recorrido que ya se alargaba por cientos.

19. A la mar con calzas nuevas

Comenzamos una nueva etapa de la alargada aventura en la que nos habíamos embarcado semanas atrás, con la moral renovada tras la puesta a punto de maderas, cuerpos y almas. Y si nuestra primera preocupación era la de comprobar el comportamiento del *Penélope* con suficiente continuidad en la mar, al segundo día de navegación podíamos afirmar sin dudarlo que en nada se diferenciaba del mostrado en su bautizo por la travesía atlántica. Bien es cierto que sólo nos faltaba corroborar sus cualidades con tiempos duros y olas en ampollas, si éstas nos entraban al tizón, aunque ningún detalle ofrecía dudas en caso de que se llegara a sufrir tal situación.

Por la proa se nos abría una larga derrota de más de mil millas, suponiendo que los vientos no nos forzaran a bordadas de grueso que podían alargar la mecha sin medida. Y ya la misma mañana de la salida, con viento fresco del sudoeste y mar con olas de garza, nos aplicamos con fervor a rematar hacia poniente el resto de la costa septentrional cubana, una isla difícil de olvidar para quien en ella ha recreado la vista. Debíamos navegar casi doscientas millas para doblar la punta del Cajón y el cabo Falso. Para aparejar la jornada en ventura, ninguna vela aparecía por el horizonte aunque, en verdad y sin falsas alharacas, poco me preocupaba ya tal posibilidad, como si las muchas aventuras de todo tipo aparejadas a popa, nos hubieran situado a cubierto de futuros males.

Disfruté como un niño en juegos de corridas durante aquellas primeras horas en la mar, de nuevo plantado en la toldilla y admirando en su conjunto las preciosas líneas de mi bergantín. Percibía la sensación de haber recobrado un tesoro, arrebatado de la mano cuando más gozaba de su compañía. No sabían en el arsenal de La Habana el agradecimiento que siempre rendiría por ese establecimiento militar en general, así como, ya en el terreno personal y particular, por determinados profesionales. Además del teniente general don Juan María de Villavicencio, un personaje que nunca me cansaré en alabar, no podía dejar de pensar en el ingeniero don Francisco Tejada, a quien acabé por profesar verdadera admiración, así como debido respeto y profunda amistad.

Para colmo de efectividad, gracias al ingeniero contábamos con una nueva y escondida arma, según sus propias palabras, producto de una más que generosa profesionalidad. Porque tras haber conocido con la necesaria discreción la importante misión impuesta a nuestro bergantín, y su posible trascendencia futura para la Real Armada, comprendió la imperiosa necesidad de ofrecer al *Penélope* su máxima velocidad, discurriendo por su cuenta y riesgo la posibilidad de emplear un nuevo artilugio.

Había sido una mañana a media estadía de la reparación, cuando apareció a bordo con el maestro mayor de velas del arsenal, un excelente profesional natural de la isla de Tenerife, con muchos años a la espalda. Requirieron mi presencia y la del segundo

comandante en el muelle, donde desenrollaron unas velas que, abiertas sobre el piso en su totalidad, extrañaban a cualquier experto por su especial y desconocida forma trapezoidal, estirada en larga y desusada proporción. En su proximidad también extendieron las velas trinquete y cangreja del cargo propio. Ante nuestras miradas de interrogación, nos contestó con su habitual humildad que, tras haber observado el trinquete y la cangreja, consideraba que les restaba cresta suficiente para ganar superficie. Sin mayores explicaciones, las velas de extraña geometría fueron incorporadas por el gratil bajo y con rizos de corte a las mencionadas, alargando su extensión con extrema precisión y aumentando, en consecuencia, la superficie vélica.

Una vez aclarado el propósito a la vista, Beto y yo comprendimos con rapidez que, en la práctica, se trataba de utilizar un par de bonetas^[85], antiguo sistema empleado con asiduidad en los galeones y otras unidades mayores del pasado siglo. De esta forma, en caso de recibir vientos largos y suficientemente bonancibles, el apaño nos podría ofrecer, al menos en teoría, alguna milla más en el andar^[86] del *Penélope*.

Debo reconocer que dudamos en silencio de la eficacia, en especial nuestro maestro velero, aunque agradeciéramos el esfuerzo con muestras efusivas de acuerdo, acabando por estibar el nuevo trapo a bordo en su pañol. Pero cuando en el amanecer del segundo día de navegación bajó el viento a nivel de fresquito, decidí comprobar su utilizad. Ordené caer a estribor hasta dejar el viento abierto largo por nuestra aleta de la banda contraria, casi a las quince cuartas, momento en el que instalamos las bonetas. Y para sorpresa de muchos incrédulos, contemplamos con inmensa alegría que el sistema funcionaba, alargando el trinquete y cangreja a ras, aunque la maniobra para incorporar la segunda fuese un poco más complicada.

Con las primeras luces del día 26 doblamos la punta oriental de la isla cubana, maraña de cayos y extensos manglares de enorme belleza, momento en el que caímos a babor al límite de la bolina, con el viento entablado del leste cuarta al sur y fresco de fuerza aunque, en opinión del contramaestre, con aspecto de aumentar. La mar se mantenía cómoda para la navegación, por mucho que comenzara a levantar ganado^[87] sin mayores inconvenientes. Aunque habría deseado en aquellos momentos recibir soplidos en frescachón del primer cuadrante, intenté aproar por directo en demanda de la bahía de Cartagena, derrota soñada por cualquier marino. Bien es cierto que era consciente del inevitable abatimiento, condición que nos obligaría a una posterior bordada, si se mantenían las mismas condiciones. Y aquella misma mañana recibí una buena nueva cuando el guardiamarina Escalera, con el rostro iluminado por alargada sonrisa, me comunicó que había marcado la corredera el séptimo nudo^[88].

Dejamos el estrecho de Yucatán y afrontamos mar de altura porque, en realidad, no deseábamos ver tierra alguna hasta recalar en la costa de Tierra Firme. Perdimos de vista la línea terrestre, quedando de nuevo estibados a solas entre las olas y el cielo, esa experiencia que siempre mueve el espíritu del marino al alza porque es

cuando, de verdad, se encuentra en casa propia. Y de esta forma renovamos la rutina de mar, sin olvidar los ejercicios doctrinales que tanto se echan en falta cuando pica la pólvora, aunque algunos cuerpos se hubieran acostumbrado por más a la vida cómoda y regalada del puerto amigo.

Puedo definir aquella alargada navegación en tres etapas bien diferentes. Una primera con vientos frescos y mar de cabras, cómoda para los hombres en general y con el intento permanente en nuestras almas de perder el mínimo barlovento posible. Sin embargo, el día 28, cruzado el paralelo de los 18 grados, aumentó el viento a frescachón y entablado a fondo del levante, con olas en alza y gemidos dispersos del *Penélope*. Pude comprobar con tristeza que aumentaba el abatimiento, aunque llegáramos a marcar las nueve millas y progresáramos a ritmo de cometa. Por último, el primer día de diciembre, cerca de los 14 grados de latitud y vencidos en demasía a poniente, fuimos bendecidos por nuestros seres más queridos llegados en orquesta a los reinos celestiales. Tras una encalmada de escasas horas y tontoneo del viento en desorientación, Eolo decidió un role inesperado del soplo al noroeste y bonancible de fuerza, aunque fuera aumentando de forma progresiva hasta lindar por más de fresco. Este nuevo e inesperado cambio nos permitió aproar en ventura y por derecho en demanda de Cartagena, con el viento por el anca y chupando millas al placer intenso.

Si Beto había asegurado que la suerte estaba prendida en firme a nuestro casco, no había errado una mota hasta el momento. Y no hablo solamente por las condiciones de mar y viento, que podían ser las soñadas, sino por la posible presencia de unidades inglesas. Porque en las muchas millas navegadas desde el estrecho de Yucatán hasta Tierra Firme, no observamos una sola vela en el horizonte, salvo un paquebote en la distancia de nacionalidad desconocida, que no varió su rumbo una cuarta y al que ni siquiera intentamos reconocer.

Durante los últimos días de mar abierta, corroboramos con hechos la pericia profesional del ingeniero Tejada, al comprobar la incuestionable utilidad de las bonetas, especialmente la del trinquete, que instalábamos con rapidez en los periodos en los que el viento disminuía lo suficiente. Por desgracia, anduvimos con los cielos cubiertos e imposibilidad añadida de efectuar observaciones astronómicas, manteniendo la navegación por simple estima^[89] a cargo del piloto, esa modalidad que tantas desagradables sorpresas suele aparejar en las recaladas^[90] de larga cola.

De esta forma, para alegría general de la dotación y en especial del piloto, por la exactitud de su estima en las últimas millas navegadas, recalamos a la vista de punta Canoa, muy cercanos a nuestro destino final. Don Cosme mostraba la carta con orgullo y debí felicitarlo en repetidas ocasiones, mientras su boca se abría en sonrisas de milla larga. Una vez reconocida la costa con suficiente fiabilidad, enmendamos el rumbo en demanda de la bahía de la Cartagena americana, nuestropreciado destino desde que arrancáramos la empresa meses atrás. Por fin, acabamos por fondear al abrigo y con dos anclas en Boca Chica, abierta la tarde del día quinto de diciembre de aquel año entrado en venturas, festividad de San Anastasio, según apuntó con

precisión el capellán, como si debiera aportar su grano de arena a la empresa.

Sentí una especial emoción al observar tan de cerca la Tierra Firme, el continente americano y aquella hermosa ciudad de la que tanto se habla en nuestra historia. A la cabeza me llegó en volandas el recuerdo de la prepotente actitud mostrada por el almirante inglés Vernon en 1741, cuyas anticipadas noticias de victoria al observar las escasas defensas del puerto, hicieron imprimir en Londres una moneda en honor de la conquista de aquella plaza fuerte. Sin embargo, la obtención de tan preciada presa fue impedida en heroica defensa por su gobernador, el valeroso guipuzcoano y teniente general de la Real Armada don Blas de Lezo, humillando el orgullo y arrogancia británica hasta el pique, consiguiendo que bastión tan importante de nuestro Imperio se mantuviese intacto para las armas de España.

Otra etapa más de mi vida llegaba a su fin y una nueva, preñada de luces e interrogantes, se abría por la proa. Quienes hayan seguido con mayor o menor dedicación los diferentes avatares sufridos por mi padre y narrados con especial cariño en sus cuadernillos, comprenderán que no es más que una repetición de hechos excitantes y novelescos en muchos casos, ahora amadrinados a mi persona, a los que, sin embargo, tan fácil es acostumbrarse. Y esa es la pasión auténtica, la dulce incógnita que la mar te brinda cada día y a toda hora, sin desprender nunca de su ropaje los velos suficientes.

El resto de la tarde, así como la noche abierta como especial recibimiento en mil estrellas de luz nos mantuvimos fondeados a las puertas de la Boca Chica, a escasa distancia de los fuertes de San José y San Fernando que, como pinzas de cangrejo gigantesco, defienden la angosta entrada a la ciudad más amurallada y fortificada de la América hispana, aquella que fundara el madrileño Pedro de Heredia por el año 1533. Como es fácil suponer, el nombre acuñado no era casual. Siguiendo la norma de tantos descubridores y conquistadores españoles, accedió a la petición elevada por la mayor parte de sus soldados, oriundos de la milenaria ciudad de Cartagena de Levante o mediterránea, donde echara yo mis primeros dientes marineros en su Escuela Naval. Pero no crean que me molestó mantener aquellas horas de espera, porque la simple contemplación de la naturaleza en estado casi puro, esa extraordinaria mezcla de agua, manglar y profusa vegetación, me producía un intenso placer. No era más que una de aquellas lejanas estampas soñadas en la niñez, al escuchar de labios de mi progenitor historias de intensa emoción que, después de todo, hicieron crecer en mi corazón el irrefrenable impulso hacia la mar.

El aspecto de la ciudad era sobrecogedor en cuanto a su característica defensiva, necesaria sin duda ante los muchos ataques sufridos a lo largo de su historia por británicos, piratas, holandeses, corsarios y bucaneros. El motivo, sin duda, era que Cartagena, con el paso de los años, se había convertido en el principal puerto de tránsito o llegada de todo el comercio que bajaba desde el Caribe, así como el que subía desde el virreinato de Lima. De esta forma, las mercaderías provenientes de la costa del océano Pacífico, norte y sur, no debían costear todo el continente y

enfrentarse por barbas al temido Cabo de Hornos, sino limitarse a esperar la llegada de los mercantes que, procedentes de El Callao, Acapulco o cualquier otro puerto abierto en los Mares del Sur, atracaban en la ciudad de Panamá, para pasar a continuación hasta la plaza de Portobelo, a través del estrecho istmo centroamericano.

Pero como aspecto fundamental, recordé las palabras de Jorge Juan y Antonio de Ulloa leídas en su *Relación histórica*, a la que había tenido acceso en la biblioteca de mi padre, donde aseguraban que *se halla Cartagena con una de las mejores bahías que se conocen, no solamente en aquella costa pero aún en todas las descubiertas en aquellos parajes*. Y razón sobraba a aquellos dos grandes genios ilustrados de nuestra Armada para formular tal definición, porque la citada bahía se extendía a lo largo de dos leguas y media en dirección norte-sur, poseía mucho fondo y se recreaba con una inmensa tranquilidad de sus hermosas aguas.

Desde 1740, Nueva Granada se había convertido en virreinato, abandonando el sistema de la Presidencia que tantos problemas acarrearía a la Corona. El primer virrey estableció su sede en Cartagena, al tiempo que el gobernador de esa nueva etapa no era otro que el famoso don Blas de Lezo, aunque la sede del virreinato pasara, a partir de 1598, a la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Después del comentado y terrible ataque inglés perpetrado por el almirante Vernon, se llevaron a cabo numerosas obras de defensa, cegando entradas de mar y fortificando puntos destacados en su orografía, hasta convertirla en una plaza casi inexpugnable.

Con estos pensamientos y recuerdos de nuestra historia, a los que tan aficionado era y elevaban mi espíritu aventurero hasta cotas difíciles de imaginar, caí en dulces sueños aquella noche, feliz por haber rematado la mitad de la naranja, aunque se tratara de la parte más dulce.

En la mañana del día 6, con viento elevado en suave susurro del noroeste, abordamos la bahía interior, acabando por fondear en firme a escasa distancia del muelle Prior, de donde parte el eje central de la ciudad. Beto y yo hablamos en mi cámara del camino a seguir, con la discreción que ahora era más necesaria que nunca.

—¿Qué pasos piensas encarar?

—Me presentaré al Jefe del Apostadero sin perder un solo minuto. Según nos aseguró don Antonio de Escaño, se trata del brigadier don Federico Malsana, quien se encuentra al tanto del asunto que llevamos a la mano. A partir de ahí, obraré según sus instrucciones.

—No tendrás más remedio que solicitar una posterior audiencia al gobernador, fórmula que suele ralentizar las escalas en estas plazas. Por fortuna, el virrey queda lejos.

—Pero gracias a él, creo que se llama don Antonio Amar y Borbón, se depositaron esos pesos en Cartagena que hemos de trasladar para las necesidades de la escuadra. Como te decía, don Federico Malsana me indicará los pasos, porque es el primero que está bien metido en este secreto negocio. Y con su mediación, espero

aligerar las demás obligaciones protocolarias.

—Cuanto más reducido sea el número de autoridades a visitar y menos nos hagamos presentes en esta plaza, por hermosa y atractiva que se presente, mucho mejor para la empresa.

—Así lo pensaba. También es cierto que nuestros hombres sueñan con pisar tierra y recorrer las calles de Cartagena. Como es natural, sus pensamientos giran sobre las hermosas mujeres de las que tanto se habla y el rico aguardiente. Por desgracia, pienso impedir la salida a tierra.

—Aunque se trate de una medida impopular, estoy de acuerdo contigo. Ya sé que toda la dotación, con escasas excepciones, se ha portado muy por alto y sin mención alguna a la contra. Pero no debemos olvidar que estas ciudades alimentan el afán tan habitual por las deserciones, unido como grillete a nuestros hombres de mar y guerra. Además, los cinco embarcados en la Habana muestran pocas ansias de regresar a España.

—He sopesado con profundidad los factores a favor y en contra. Soy consciente de que no es justa la medida con quienes han colaborado con el mando a plomo y lealtad, pero no nos queda más remedio.

—En efecto. Por desgracia para muchos, lo más ajustado a nuestro deber es cumplir con la misión impuesta, aunque siempre nos dejemos jirones de piel en el camino. Perderás popularidad a bordo, es incuestionable, pero no queda más remedio. Recuerda la costumbre británica, cuyas dotaciones no pisan tierra firme en años. Y les rinde sus beneficios.

—Pero reciben ciertas recompensas emocionales con las visitas de las *Queen's Caroline Daughters* —golpeé el hombro de Beto, al tiempo que reía.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Envía el bote a tierra con ese guardián de Barbate que parece regidor de lupanar. No creo que tenga dificultades para reclutar un ejército de vivanderas, aunque nuestro capellán pondría el grito en el cielo.

—Te aseguro que poco me preocupa en estos momentos la opinión de nuestro capellán. Pero no parece la ocasión adecuada para correr a bordo voces y jaranas.

Aunque todo se encontraba embastado a favor y la empresa discurría por el mejor del los caminos, sentí que abordaba el punto culminante. Porque las noticias entre las Indias y España se ralentizan como cera de convento, y desde que el general Escaño tuviera noticia firme de los pesos preparados para su embarque hacia la Metrópoli, hasta aquel preciso momento en el que una unidad de la Armada acudía a recogerlos, podían haber sucedido todo tipo de acaecimientos. Quién podía asegurar que no se hubiese tomado acción en dirección contraria, o que las circunstancias de la extraña situación que parecía crearse en nuestras provincias americanas no hubieran decidido al jefe del apostadero a hacer un uso de los pesos distinto al inicialmente planeado.

Con una verdadera marejada mental, que en poco beneficia el recorrido de los pensamientos, me dirigí hacia el camarote para cambiar el ropaje y adecuarme a la situación. Pero así funciona la cabeza cuando se la presiona desde diferentes ángulos

y durante excesivo tiempo. Eran ya tres los meses desde que acometiéramos la delicada e importante empresa, y ahora comprendo que se trataba de una carga sobre mis hombros muy elevada para los pocos años con que entonces contaba. No debemos olvidar que los pesos de la responsabilidad se van acumulando para mal del raciocinio, como las heridas abiertas en el cuerpo.

20. Cartagena de las Indias

Cuando ya el sol caía a plomo, uniformado en grande y bufando glorias tomé la falúa para dirigirme a puerto. El patrón aproó con fuerza de remos a la escala real, que se avistaba desde el bergantín a unas doscientas yardas. Y nada más pisar tierra fui acometido por una riada de niños harapientos que me ofrecían todo tipo de servicios, algunos poco recomendables para la salud del alma. Por fortuna, los dos soldados de Batallones que escoltaban mi paso salpicaron los brazos hasta conseguir la deseada soledad. Y sin mayor complicación alcanzamos la jefatura del apostadero, edificio inconfundible que destacaba entre los principales del puerto, por mostrar a los vientos una bandera de la Armada^[91] de grandes proporciones.

Fui recibido sin demora ni recibo de espera por el brigadier de la Armada don Federico Malsana y Cienfuegos quien, desde el primer momento, me entró de cara y en positivo, siendo una suerte tratar con persona tan amable y colaboradora. Era un hombre de baja estatura, entrado en carnes por más, rostro enrojecido, bigotes blancos en cintas y parlanchín sin tregua, que me recibió con muestras de especial alegría, como si se tratara de una visita esperada durante largo tiempo. Después de presentarme a él con arreglo a nuestro ceremonial, y para mi sorpresa, me tomó por el hombro con extrema confianza, ese trato que normalmente se ofrece a una vieja amistad.

—Mucho me contenta recibir un bergantín de nuestra Armada en este puerto, donde tan pocas acciones se salen de la diaria rutina entablada en los últimos meses. ¿Qué le trae por estas dulces aguas, amigo mío? ¿Acude de paso o en transporte de tropas?

—Nada de eso, señor. Me envía el teniente general don Antonio de Escaño, capitán general del departamento marítimo de Cádiz, para embarcar por orden del Secretario de Marina una apreciable cantidad de pesos y, con la máxima seguridad, transportarlos de regreso.

—¡Vaya por Dios! Ya creía que nadie recogería la plata depositada por el virrey hace más de un año, que parece haber quedado perdida en agua de borrajas. Pocas unidades cumplen el necesario correo y transporte con las Indias, ahora que los ingleses bloquean casi todos nuestros puertos. Por fortuna, y aunque mucho se rumorea de posibles ofensivas britanas contra nuestras principales posesiones de ultramar, con la plaza de Cartagena no se atreven —exhibió un gesto de orgullo en su cara, mientras retorció sus bigotes en un movimiento sin fin—. Es posible que todavía recuerden el descalabro sufrido por el almirante Vernon.

—Se trata, sin duda, de una plaza extraordinariamente fortificada.

—Se hizo un buen trabajo en su momento, tanto por tierra como por mar, esta segunda parte de un tremendo esfuerzo con las encenagadas —endureció ligeramente el gesto de su rostro, antes de continuar—. Supongo que podrá presentarme algún

documento que certifique sus palabras, aunque no dude de ellas, por supuesto.

—Desde luego, señor.

Al tiempo que le mostraba el documento expresamente redactado para su persona, narré al punto cómo se había gestado la empresa y sus detalles, sin olvidar la necesidad de mantener la máxima discreción, para evitar que aguardaran al *Penélope* varias fragatas inglesas en los pasos de las islas de Barlovento.

—Deberemos hacer el embarque por la noche y sin aspavientos. Aunque en esta tierra reine la calma como norma habitual, según se asegura son muchos los que pasan información al inglés, lo que sería posible con una galopada en unidad velera hasta la isla de la Trinidad. Siento recordarle que le resta la parte más importante y peligrosa de su misión. En mi opinión, no creo que en el mar de las Antillas sufra mucha presencia britana, porque andan con los ojos clavados más hacia el sur. Pero cuando intente embocar la bahía gaditana, enfrentará un momento delicado.

—Así lo supongo, señor.

Malsana pareció perderse en sus pensamientos, al tiempo que abría uno de los grandes ventanales, manteniendo las correderas cerradas contra los rayos del sol. Se giró hacia mí chasqueando los dedos, como si hubiese olvidado un asunto importante.

—Debe perdonarme, pero la sorpresa me ha hecho olvidar las normas mínimas de cortesía. En esta tierra es costumbre lo que llaman como *hacer las once* —sonrió, divertido, como si hubiese saltado en chanza—. Es una excusa para hacer uso de un producto muy abundante, el aguardiente, que se comienza a tomar a esa hora, aunque les suene muy temprana a los que llegan de España. Según aseguran muchos, incluido algún sabio galeno, se trata de un tónico necesario para el buen discurrir de los intestinos que, de esta forma, recuperan la fuerza perdida con la continua transpiración —volvía a sonreír de felicidad.

—Parece un poco temprano para comenzar con bebida tan fuerte. Pero si se trata de sana recomendación por los especialistas, no debe hacer daño.

—No sé si será bueno para los intestinos, pero no sienta mal. Además y como excepción, le invitaré a un aguardiente español magnífico del que guardo un par de frascas a buen recaudo. Aquí se produce mucho, fabricado con el jugo de la caña dulce, razón por la que se denomina como aguardiente de caña. Pero sigo prefiriendo el de nuestra tierra. La verdad es que tanto españoles como criollos lo beben en exceso, y es situación normal observar personas ebrias a cualquier hora del día, o reposando los excesos en las cómodas hamacas, de uso muy extendido.

Sin esperar contestación, llamó al servicio para solicitar el tónico. Y poco después bebíamos como dos viejos amigos, que así me sentí en todo momento al lado de aquel simpático oficial.

—La guerra va por mal camino, sin duda, lo que era de esperar por todos desde el primer momento. Pero por estos mares alejados de España se producen algunas buenas nuevas, no crea. He tenido conocimiento que la fragata *Dolores*, de 24 cañones de porte y una dotación de 260 hombres, con base en Montevideo y bajo el

mando de don Estanislao Curand, alcanzó las costas africanas de la Guinea. Allí, en la bahía de Marimba, se dio de bruces, tras horas de cerrada niebla, con tres fragatas y un bergantín británicos. Los ingleses se dedicaban a embarcar negros al monto, para ese lucrativo comercio al que tanto fervor dedican. Curand los atacó con extremo arrojo y osadía, rindiéndolos uno a uno en sesión de valor alzado a los cuernos. Y solamente sufrió ocho muertos y catorce heridos en la tarea. Pero lo mejor del cuento es que consiguió marinarlos en presa, arribando con las cuatro capturas al Río de la Plata.

—Una hazaña digna de figurar en libros de oro. Debíamos utilizar más unidades al corso, que tan extraordinario rendimiento han probado en todas las guerras, y donde más duele a los ingleses.

—Estoy de acuerdo. Pero no fue esa la única alegría recibida. También la corbeta *Dromedario*, de 18 cañones y misma base en Montevideo, se corrió por la costa africana en busca de presas, bajo el mando de don Hipólito Mordell. Y en este caso rindió a cinco fragatas británicas paso a paso, con 1000 negros a bordo. La verdad es que los españoles estamos hechos para estas heroicidades, si se nos ofrece material y libertad de camino. De esa forma conquistamos más de medio mundo. No somos los oficiales de la Real Armada gorriones amparados entre las tablas y sin valor, como tanto se rumorea en la Corte por personajillos sentados en la poltrona y sin arrestos suficientes para lanzar el dardo a la cara. Somos capaces de lo más grande, cuando disponemos de las armas mínimas y necesarias. Pero en cuanto quedamos bajo las particulares necesidades de advenedizos, como es el triste caso actual, acabamos devorados por las ratas.

Me sorprendió una crítica tan severa de las altas magistraturas ante persona desconocida. Pero así suele ser la vida en las Indias, que la distancia en miles de millas hace aflorar a superficie los más escondidos sentimientos, sin reparar en los grados.

—Dice que los británicos preparan ataques contra nuestras plazas americanas. Me contó el general Villavicencio en La Habana, la intentona llevada a cabo por un tal Miranda sobre Tierra Firme.

—¡Maldita sea la ballena podrida que lo parió! Ese pájaro bastardo, aunque sea tratado simplemente como traidor, no es más que un sinvergüenza de calzas largas con cuentas de vieja. Espero que algún día acabe colgado de los pulgares en una verga bien alta, y que yo pueda verlo. Pero me refería a los intentos llevados a cabo por los británicos en estas aguas, mucho más al sur.

—¿Hacia el sur? ¿En el Río de la Plata? Nada he escuchado en ese aspecto.

—Pues fue empresa sonada. Cerca estuvimos de perder para siempre el estuario del Plata, con las ciudades de Buenos Aires y Montevideo. Bueno, de hecho fue conquistada en firme la primera de ellas, aunque recuperada bajo la mano de un capitán de navío de la Real Armada que los tiene bien puestos.

Al observar mi cara de asombro, que era real, se lanzó al relato, una actividad con

la que parecía gozar muy por largo.

—El principal problema en las Indias son algunos personajes, que ocupan puestos de especial relevancia en forma inmerecida. Este fue el caso de Buenos Aires, donde se encontraba de virrey el marqués de Sobremonte, cuyos únicos valores personales eran la buena amistad que le une a nuestro querido príncipe de la Paz y su personal protección. Ya se habían escuchado rumores en el sentido de que la escuadra británica bajo el mando del comodoro Home Popham, con tropa de transporte de cinco mil hombres, había tocado los puertos amigos de Brasil. Este desgraciado de Sobremonte desoyó los consejos de preparar sus fuerzas, estimando escasas las de los ingleses, lo que sería cierto si hubiese dispuesto del necesario valor. Los britanos tomaron dirección al sur africano, donde se apoderaron de la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza. De regreso hacia este continente, contaba Pophan con 1600 soldados que embarcó en el Cabo, así como una escolta de tres navíos y dos fragatas. En la isla de Santa Elena aumentó su fuerza con un destacamento de artillería y otro de dragones, quedando la fuerza expedicionaria bajo el mando del mayor general Beresford. La verdad es que, como es habitual en los ingleses, tan sólo intentaban rellenar la faltriquera con un golpe corsario, que así hay que clasificarlo. Pero también es osado pensar en dar un golpe de mano con tan escasos hombres, contra una ciudad próspera, de grandes recursos, residencia de las más altas autoridades del virreinato y con más de cincuenta mil habitantes.

—No puedo creer que rindieran pabellones.

—Todo es posible cuando el mando no es el adecuado. A finales del mes de junio, el virrey recibió avisos por parte de un bravo piloto mayor de la Armada, del avistamiento de la escuadra inglesa entrando en el río de la Plata, hecho por él mismo con todo detalle y arriesgando mucho. Desdeñó Sobremonte los informes, acusando al piloto de alarmista. Pero cuando le llegó la noticia de que los enemigos llevaban a cabo el desembarco en los Quilmes, pocas millas al sur de la ciudad, le entró el pánico más atroz, hasta tal punto que sólo pensó en prepararlo todo para ponerse a salvo con la familia y, desde luego, sus caudales privados. Y conste que disponía de hombres suficientes para rechazar a los enemigos, que peor lo enfrentaron en Tenerife cuando atacó don Horacio Nelson. Pero como le decía, cuando falla el mando, todo se va al cuerno de la vergüenza.

—Qué tristeza.

—Este cobardón de Sobremonte ni siquiera ordenó salir del fondeadero a las diez zumacas^[92] y otras cañoneras a disposición, para impedir la operación de desembarco. Tan sólo se limitó a tocar generala y distribuir fusiles a quienes lo pidieran, que alcanzaron el número de 1500. El hábil guerrero ordenó salir a campo abierto las tropas, bajo el mando del subinspector don Pedro Arce y algunos caballeros de las milicias, en vez de defenderse con facilidad atrincherado en la ciudad. Como era de esperar, las milicias se retiraron en desorden ante el ataque de tropa regular. Y para sorpresa de todos, Sobremonte había desaparecido como por

encanto, galopando con algunos incondicionales hacia Monte Castro, donde se encontraba a salvo su familia y los pesos propios en benéfica cantidad. Pero el muy culebrón, antes de partir había dado orden verbal al comandante de la plaza, de *que si tenía tropa y armamento la defendiera, y si no, la entregara*. Como era de esperar ante tanta indignidad, las fuerzas españolas y criollas capitularon. Y ya supondrá la primera medida que tomó el general Beresford, una vez presentado en Buenos Aires.

—Echar mano a los caudales con rapidez —respondí sin titubear.

—En efecto. Una vez posesionado de la ciudad de Buenos Aires, sufrió paroxismo el inglés al tener conocimiento de que los fondos se encontraban en Luján, localidad situada a 17 leguas de la capital. Era consciente de que no tenía fuerzas suficientes como para salir al campo y arrostrar un posible encuentro hacia el interior. Con la especial habilidad britana cuando hay tesoro por medio, tomó la decisión de convocar al cabildo municipal, arrancándoles con amenazas un salvoconducto para que un destacamento de los invasores recogiera los caudales, ofreciendo su depósito en la fortaleza hasta la decisión oficial de los Gobiernos de Madrid y Londres.

—Ni un rematado tonto creería tal artimaña.

—Desde luego. Consintió el cabildo, creyendo en la caballerosidad britana. Pero donde se depositaron sin pérdida de tiempo los pesos fue en la fragata *Narcissus*. La verdad es que la sangre pirata se mantiene en las venas de estos ingleses, dispuestos a luchar con más ardor por el botín que por la bandera. Pero no calcularon algunos efectos.

—¿Hubo levantamiento? —me intrigaba la forma que Malsana tenía de narrar los acontecimientos.

—La violencia y el saqueo en su estado más puro enfurece al pueblo. Y el bonaerense, indignado al límite por tan vergonzosa afrenta, tan sólo necesitaba un jefe, una cabeza que lo guiara. Quiso Nuestra Señora del Rosario que se hallara presente el capitán de navío de la Real Armada don Santiago Liniers, a quien no tengo el placer de conocer, pero de quien puedo asegurar que tiene los huevos plantados a ritmo de bombardeo.

—¿Estaba con plaza en Buenos Aires?

—No. Se encontraba destinado como gobernador de Barragán donde, precisamente, amagaron los ingleses en falso el desembarco. Al tener conocimiento de la rendición, contactó con las personas más señaladas de la ciudad para reparar la afrenta. El aguerrido marqués de Sobremonte ya se había retirado hasta la lejana ciudad de Córdoba, por fortuna sufriendo el abandono de las tropas que exigía para su protección personal, quedando fuera de la empresa. Sin pérdida de tiempo, Liniers se dirigió a Montevideo para visitar a su superior, el Jefe del Apostadero, brigadier de la Armada don Pascual Ruiz Huidobro, segunda autoridad de la colonia y hombre de honor. La junta de guerra designó a Liniers para el mando de la expedición de reconquista, así como al capitán de fragata Gutiérrez de la Concha para el mando de la escuadrilla compuesta por dos cañoneras, seis goletas o zumacas usadas en el

tráfico fluvial, armadas con cañones de a 24 y a 18, así como tres lanchas cañoneras con un montaje de a 8.

—Y reconquistaron la ciudad.

—Calma, amigo mío, cada información en su momento —Malsana disfrutaba con la narración—. Se reunió en la colonia del Sacramento con otras tropas avisadas. En total sumaban 1400 hombres, entre granaderos, dragones, voluntarios, 500 de tropa de Marina y más de 100 voluntarios catalanes que tomaron el nombre de *miñones*. En los primeros días de agosto reembarcaron en la ensenada de las Conchas, donde Liniers arengó a sus hombres con emocionadas palabras, acabando con unas que mucho dicen de este personaje: *Si llegamos a vencer, como espero, a los enemigos de nuestra patria, acordaos, soldados, que la costumbre de la nación española es de luchar con valor e intrepidez, pero también triunfar con humanidad; el enemigo vencido es nuestro hermano, y la religión y la generosidad de todo buen español hace tan naturales estos principios, que tendría rubor de encarecerlos.*

—Parece que se trata de un gran hombre.

—Destinado en una provincia sin mayor responsabilidad, atrasado de pagas y con deudas para mantener la familia, una situación que a nadie parece ya escandalizar. Conforme avanzaba hacia Buenos Aires con los pendones al viento, se le unían hombres del campo, tropas dispersas y gente a caballo hasta formar, en teoría y a la vista, unos 4000 hombres, de ellos mil jinetes. Mucho bulto pero pocos profesionales, como es de suponer. Llegado a la capital simuló un ataque por el frente, para hacerlo efectivo, poco después, por el norte, intentando apoderarse de la plaza del Retiro, donde se encontraba el parque militar. Lo consiguió, derrotando una columna inglesa que advirtió demasiado tarde sus movimientos. Por fin, desembarcando algunos cañones de las goletas, atacó las calles principales de la ciudad, liderando el propio Liniers una columna de migueletes, mientras Gutiérrez de la Concha mandaba las de Marina, con los cañones a vanguardia rodados a fuerza de brazos. Una tercera columna, con gente de la escuadrilla, llevaba a la cabeza al teniente de navío Michelena.

—Y vencieron al inglés.

—Pues aunque Beresford disponía de 18 piezas bien situadas y tiradores en las azoteas, fueron cediendo al empuje de Liniers, que perdió 200 hombres en la lucha, hasta quedar encerrados en la fortaleza. Comenzaron las conversaciones, en las que tan hábiles son esos piratas britanos. Por fortuna, Liniers exigió la capitulación absoluta y sin condiciones. Se rindieron por fin, tras haber sufrido 412 bajas entre muertos y heridos. Pero mil setecientos hombres entregaron sus armas, aunque Liniers les concedió abandonar el fuerte con honores de guerra, un acto de caballerosa dignidad que yo nunca habría concedido a los ladrones. Quedaron en nuestro poder las banderas del regimiento 71 de escoceses, así como dos obuses, cinco cañones, una fragata y un bergantín mercantes, con su carga.

—Bendito sea el Altísimo, que deja nuestra bandera en su sitio y bien alta.

—Eso sucede cuando hay hombres de verdad. Si por mí fuera, haría fusilar a ese Sobremonte. Por desgracia, regresará a España con caudales suficientes para llevar vida regalada, mientras otros que cumplen con su deber, malviven sin pagas. En fin, la historia de siempre. Grandes hombres que merecen un buen señor a quien servir.

—Habrán sufrido los ingleses con la derrota.

—Y se comenta que no con el debido honor, sino con mentiras y faltas a la palabra dada. También se rumorea que en el año próximo repetirán la intentona con más fuerzas^[93]. Pero si allí siguen Liniers y Ruiz Huidobro, nada hemos de temer.

Quedamos en silencio, como si la historia narrada por Malsana nos hubiera dejado agotados de mente. Sin embargo, a pesar de la emotiva narración, yo no olvidaba mi empresa que, después de todo, era lo más importante en aquellos momentos.

—Quisiera hacerle una pregunta, señor. Ya sabe que es mi intención pasar lo más desapercibido en esta plaza. Pero supongo que debo presentarme al gobernador.

—Tiene suerte en ese aspecto porque no podrá hacerlo. El gobernador se encuentra fuera de Cartagena, en una hacienda situada a cierta distancia, por graves problemas familiares. Una hija suya casó con un rico hacendado criollo y se encuentra a las puertas de la muerte. Pero no se preocupe. Ya le comentaré su visita cuando regrese, asumiendo la responsabilidad de la necesaria discreción y urgencia en esta operación. Las cajas que ha de transportar en su bergantín se encuentran bajo mi jurisdicción en La Reja. Una vez leídos estos documentos, estoy a su disposición.

—Me gustaría embarcarlo cuando antes, si fuese posible. No quiero mantener a mi dotación demasiado tiempo a vista de tierra, y con esta bella ciudad a mano sin poder pisarla.

—Acertada medida. Le aconsejo mantener una buena guardia de cubierta, o más de uno y de diez se lanzarán al agua para ganar el puerto a nado sin dudarlo.

—No lo creo, señor. Por fortuna, se trata de una guarnición y tripulación muy escogida.

—En ese caso, Leñanza, es un hombre de suerte. Creo que esta misma noche podríamos hacer el embarque. Como se trata de plata de ley en barras, no le ocupará demasiado sitio en la bodega. También se encuentran en este puerto algunos efectos de valor para su envío a España. Me refiero a lana de vicuña, cueros de lobo ligados y pipas de su grasa, sacas de cascarilla, barras de estaño, galápagos de cobre, tablones de madera, zurrones de ratania y otros productos que rinden mucho en el mercado europeo.

—La verdad, señor, no tengo instrucciones en tal sentido. Además, es cuestión imprescindible que el *Penélope* pueda botar espuma a popa, especialmente ahora que portará la preciada carga. La máxima velocidad será nuestra mejor aliada.

—Tiene toda la razón y ha sido una estupidez por mi parte. Sin embargo, hay otro asunto, más bien de tono reservado, en el que debo recabar su ayuda, si lo considera conveniente.

—Estoy a su disposición.

—Como sabe, Leñanza, vive en Cádiz un comerciante importante y adinerado, llamado don Benito Piedra, a quien la Armada mucho le debe. Ha llevado a cabo funciones de prestamista, incluso sin suficiente aval, en momentos en los que la escuadra ha requerido trigo o elementos de primera necesidad con extrema urgencia en los años pasados. Aseguran que la escuadra del general Gravina pudo salir a la mar gracias a su generoso concurso. Y es el particular caso —aumentó el ritmo de masajeo en sus bigotes—, que se me ha entregado un cofre de pequeño tamaño para él. Como debemos entrar al asunto con entera sinceridad, debo decirle que he tenido conocimiento de que se trata de perlas negras procedentes de nuestras pesquerías en el Mar del Sur, en las que el señor Piedra ha invertido importante capital. Ya sé que no tiene orden ni instrucciones en tal sentido y que esta entrega podría ser considerada como..., como contrabando, hablando por lo llano aunque suene muy duro. Pero si me encontrara en su caso, tomaría esta arqueta en sus brazos y la entregaría a don Antonio de Escaño, persona en la que plenamente confío y admiro, desde que estuviera bajo sus órdenes en el navío *San Fulgencio*. Él sabrá decidir lo más conveniente porque se encuentra al corriente de la deuda, no solo material, sino también moral que mantenemos con ese señor. Y quede bien claro por delante, que en nada conozco a ese comerciante ni entra condición personal alguna por mi parte. Pero ya sabe que portará el cofrecillo sin ningún documento y podría llegar a ser peligroso para vos.

Dudé unos segundos porque, en verdad, no sabía a qué atenerme. Las golondrinas revoloteaban por el cerebro sin posarse en la rama. Pero me decidí sin pensarlo con mayor detenimiento.

—Como dice, señor, se la entregaré al general Escaño para que él decida lo más oportuno.

—Creo que obra correctamente. Hay que mantener las leyes en vigor a rajatabla, y yo soy el primero que exige su cumplimiento sin fallas. Pero a veces es necesario mirar hacia la banda contraria, por el bien de la Institución y, por lo tanto, de la Patria. Pero ahora, dígame. ¿Qué derrota piensa utilizar en el tornaviaje?

—Al igual que en la primera navegación, evitaré las derrotas comunes. La mayor parte de los que regresan a Europa, navegan por círculo máximo subiendo hasta los 39 ó 40 grados de latitud. Llevaré una proa intermedia, que buen resultado me ofreció desde España. En cuanto a la derrota por el mar de las Antillas, creo que es más seguro repetir el paso entre la Martinica y Santa Lucía.

—También nuestro mi acuerdo. El paso al norte de la Trinidad presenta mucho tráfico menor. Y el puerto de refugio en esas aguas, si se tornan las luces a malas, es la bahía de Fort Royal^[94] en la Martinica. Espero que la suerte le acompañe.

Con el brigadier Malsana *hice las once*, las doce y la una, rematando la meridiana con un magnífico almuerzo en el que conocí a su alargada familia. Y ya era entrada la tarde cuando regresaba al *Penélope* en la falúa con el ánimo en alto, pensando que me

sería posible encarar la próxima etapa en pocos días. Habíamos decidido llevar a cabo el embarque aquella misma noche, con el auxilio de un lanchón del puerto. De esta forma, podría salir a la mar en cuanto rellenara la aguada, porque de víveres disponíamos en suficiente cantidad. Sin embargo, he de reconocer que cuando llegaba a la cubierta del *Penélope*, la pequeña arqueta estibada a mi cargo en bolsa de tafetán, no sólo era pesada en onzas, sino también cargaba libras en la mollera aunque no quisiera profundizar cuentas.

21. A por todas

Ordené levar las anclas bien entrada la mañana del día siete de diciembre. Decía adiós con tristeza a esa hermosa ciudad, donde también yo habría deseado permanecer algunas semanas, que no eran sólo los marineros y soldados quienes profesan la habitual querencia de tierra. Más aún en mi caso, cuando mucho disfrutaba conociendo a fondo los lugares frecuentados por mi padre a lo largo de su carrera, un extraño sentimiento que me acercaba a él, aunque se trate de sensaciones difíciles de explicar. Me consolé pensando que ya se abriría la oportunidad en una próxima ocasión, cuando no me sintiera agobiado por la urgencia y especiales condiciones de la misión encomendada.

El proceso de carga había sido lento y pesado, con los hombres empleados a fondo en trabajo de forzados. Rematamos la faena un par de horas antes de la amanecida, razón por la que decidí ofrecerles un merecido descanso. Y como observé por cubierta algunas caras cruzadas al bies, cuando todos a bordo comprendieron que abandonábamos Cartagena en marcha de granaderos y sin un solo respiro de esparcimiento, reuní a los oficiales de mar en la toldilla. Con buenas y sinceras palabras les expliqué la necesidad de afrontar cuanto antes el remate de empresa tan importante y que, de esta forma, no llegara a oídos ingleses la noticia de nuestra salida con preciado cargamento a bordo. Creo que lo comprendieron sin una sola muesca de agravio y comprometidos con quien los mandaba.

Solamente había comunicado a Beto el secreto de la arqueta ajustada en mi camarote, quien eliminó las dudas y temores alzados en vuelo. Y bien saben los ángeles que necesitaba aquella comprensión y el definitivo aliento por parte de mi buen amigo y segundo a bordo.

—No manejes más la cabeza en círculos, *Gigante*. Has hecho lo correcto aunque, posiblemente, no sea ésa la palabra más apropiada al caso —mostró una de sus habituales sonrisas, al tiempo que palmoteaba—. Ha sido una chanza llegada sin quererla. Ahora otra vez en serio, puedes estar seguro de que cualquier oficial de la Real Armada en tu puesto, habría escogido el mismo camino.

—Gracias por esas palabras. Te aseguro que confío plenamente en el brigadier Malsana. El hecho de que admire a don Antonio de Escaño, es una buena carta credencial. Además, nuestro general asumirá la responsabilidad final, que es la importante. Si lo estima oportuno, siempre estará a tiempo de hacerme declarar ese especial cargamento a los veedores de la Real Hacienda.

—Por supuesto. Olvidemos el caso y enfoquemos la última etapa que se nos abre, antes de que abandonemos esta sagrada soltería. A ver si, en contra de la norma habitual, no gozamos de vientos muy contrarios en la derrota decidida. Debemos salir cuanto antes de la zona de los alisios^[95] del norte, que nos enfoscarán con vientos del nordeste. Porque según las teorías de Hadley, en esta época del año hasta

los 27 grados de latitud soplaran desde esa putorróna dirección.

—No debemos subir mucho de latitud, Beto. Sería mejor mantenernos precisamente en esa zona de los alisios, negativa para la navegación hacia Europa, con grandes bordadas pero escaso tráfico. Recuerda que el tiempo es de escasa preocupación, especialmente ahora con el cargamento a bordo. De todas formas, según las normas dictadas por don Vicente Tofiño, en quien más confío, no suelen alargarse tanto los alisios del norte, sino solamente hasta los 24 grados de latitud en el mes de diciembre.

—Si salimos de las Antillas por el paso de Santa Lucía, en cuanto nos sople el nordeste deberemos aproar al sudeste o alguna cuarta menos si se nos permite, y acabaremos por alcanzar la región de las calmas, que nos puede dejar escaldados a muerte.

—Ya estamos casi en invierno. Y en esa estación del año, las calmas se limitan a 150 millas. Las evitaremos en lo posible. Pero, bueno, en los libros se leen letanías de coro que luego saltan en horquilla.

—Eso también es cierto.

Entrada la tarde quedábamos francos de accidentes de tierra, con libertad para ceñirnos a la costa, apurando ese viento de tierra que se amadrina con mucha facilidad en la zona. Y fue un verdadero alivio, porque pronto se entabló el soplo persistente del noroeste y fresco de fuerza, concediéndonos lo justo para navegar al límite de la ceñida. Por fortuna, el *Penélope* bolineaba como los ángeles y conseguimos derrota avante sin necesidad de ganar barlovento. Pero no fue tranquilizador en las primeras horas de la noche, porque nadie en la mar gusta de ajustar las piedras por corto en la oscuridad. Sin problemas añadidos, al mediodía de la siguiente jornada, ya con el viento abierto nueve cuartas por gracia de la costa de Tierra Firme que se tendía más a levante, avanteamos el cabo de la Aguja, momento en el que aproamos hacia Punta Gallinas, extremo de la península de Guajira. Y ya desde ahí perdería de vista Tierra Firme, para cortar las Antillas por derecho hacia el paso entre la Martinica y Santa Lucía.

Conforme pasaron los días, el viento se fue llorando hacia el norte, con bajadas de tono alternativas. Y así se mantuvo, sin avistar una sola vela, hasta que con las primeras luces del 15 avistamos la cadena montañosa de la isla Martinica. Y esa misma tarde, ceñidos a la isla francesa como hiciéramos semanas atrás, cruzamos el paso en franquía y sin problemas, entrando por derecho en el aún llamado por muchos como Mar del Norte^[96].

Caían las luces cuando dejamos de avistar la última tierra del continente americano, momento en el que me encontraba con Beto en la toldilla.

—Una verdadera lástima abandonar Tierra Firme sin haber conocido ninguna de sus bellezas. Cuando volvamos a ella, seremos hombres casados y la infidelidad será mayor —soltó una recia carcajada, al tiempo que golpeaba el pasamanos.

—Es cierto. Pero si hay que pecar, no creo que el límite varíe mucho. Te advierto

que el brigadier Malsana me presentó a sus cuatro hijas, de extraordinaria belleza.

—Por favor, *Gigante*. ¿Te has vuelto loco? Nada de galantear con mujeres españolas, que regresarán a la península más pronto que tarde. Deben ser criollas y bien afincadas en las Indias. Mala maniobra habría sido esa que mencionas.

—Tienes razón.

—Bueno, ahora podemos decir que abordamos, en realidad, la última etapa.

—La penúltima, diría yo. Un trecho será atravesar el océano. Y la última de verdad, la afrontaremos desde el cabo de San Vicente hasta la bahía gaditana.

—Habrás comprobado que tiende el viento a levante, aunque no sople con demasiado brío. Acabará entablado del nordeste.

—Eso parece. Continuaremos con rumbo de bolina lo que sea posible, hasta que sea imprescindible sufrir una bordada al norte.

Seguimos con la proa decidida durante dos días más, con cielos despejados y mar en concurso de damas. No sufríamos demasiado porque el nordeste era de quita y pon, con rastros hacia los dos puntos cardinales vecinos. De esta forma, podíamos avanzar hacia levante con generosidad durante algunas horas, mientras en otras forzábamos la bolina hacia proas del tercer cuadrante. Como la fuerza del viento se mantenía de fresco hacia abajo, no levantábamos mucha espuma, aunque nos concedía las cinco millas que se mantenían como media.

Nos habíamos acostumbrado a la rutina de mar sin complicaciones, olvidada por mis hombres la negativa experiencia de Cartagena. Progresábamos en firme hacia levante, aunque no éramos capaces de superar los 18 grados de latitud. Reunido con Beto y el piloto, discutimos el asunto en la mañana del día 20.

—Cuando el viento se tienda a levante, si lo hace, deberíamos aprovechar para enmendar la proa al norte y ganar latitud —alegó Beto convencido—. No es necesario recordar que deberemos alcanzar los 36 grados norte.

—Si me permite corregirle, señor —don Cosme bajaba el tono de su voz cuando mostraba discrepancia—, en los 37 grados se encuentra el cabo de San Vicente.

—En efecto. Me refería a la media del estrecho gibraltareño, porque todavía no ha decidido el comandante si embocaremos la bahía de Cádiz desde la costa española o africana.

—Ya veremos como se abre la naranja. Pero, bueno, ataquemos cada problema cuando aparezca.

En esos momentos quedó zanjada la conversación, al escuchar la voz recia del vigiador, instalado en la cofa del palo mayor.

—¡Grupo con más de veinte velas, seis cuartas a babor! ¡Proa al sudoeste!

—Se ha acabado la dulce y relajada vida, señores —dije con tono animado—. Presumo que será un convoy inglés, escoltado por algunas fragatas.

—Así debe ser, porque ni franceses ni españoles se encuentran en condiciones para fletar un convoy de esas dimensiones.

Poco después, con la información del guardiamarina Escalera, comprobamos que,

en efecto, se trataba de un convoy con más de veinte mercantes, escoltados por dos fragatas de guerra.

—No creo que cambien de rumbo por el bocado de un sencillo bergantín de guerra, que les haría correr millas —afirmé, convencido.

—Así debería ser. Con seguridad se trata de un convoy de alguna compañía comercial hacia las Antillas o más al sur.

Aunque coincidíamos en nuestras predicciones, una hora después, ya con los buques a la vista en la lejanía, saltó la liebre inesperada. El alférez de navío Echagüe fue el primero en dar la voz de alarma.

—Se destaca un barco del grupo en nuestra dirección, señor. Y juraría que se trata de un bergantín o unidad de aparejo parecido.

En efecto, como pudimos comprobar poco después, se trataba de un bergantín inglés que abandonaba la formación para caer a babor y proa al sudeste, con claras intenciones de ceñirse a nosotros.

—Por todas las ratas que se pudren en la sentina —afirmaba Beto con el anteojo pegado a sus ojos—. Me jugaría la mano derecha a que se trata de una pieza muy pareja a la nuestra. Desde luego, es un bergantín de guerra y con un porte muy parecido al *Penélope*.

—Y un aparejo también similar —concluí para rebajar los ánimos—. Parece decidido a tomarnos la banda, aunque estimo que no puede cortarnos la proa.

—El comodoro que manda esa agrupación, le habrá concedido licencia de caza. Y como estos putos britanos son prepotentes hasta la galleta, creará que somos presa fácil ante ellos, por encontrarse con un igual. Va a ser una carrera de galgos excitante.

—No quiero excitaciones, Beto, sino llegar con la carga a salvo.

Observamos sus movimientos sin peder un solo detalle. Nuestros rumbos convergían en punto futuro aunque, al navegar con viento más largo, se acercaba a la vista. Escuché la voz del alférez de navío Puerta.

—Calculo, señor, que llegará a nuestra popa para quedar a un par de millas de distancia. A partir de ahí, será una lucha pareja contra el viento. Y como decía el segundo comandante, dieciocho cañones de porte como nosotros.

No se equivocaba el joven oficial porque, cuatro horas después, el bergantín inglés tomaba la estela del *Penélope*, adoptando nuestra misma proa, con viento del nordeste cuarta al norte y navegando al límite de la bolina. Me dirigí hacia el contra maestre.

—Don Ginés, dependemos de este aparejo. No podemos perder una onza de viento.

—No la perderemos señor.

—Con esta dotación podríamos quemarle las barbas —exclamó Echagüe con orgullo.

—Es posible, pero podríamos quedar también con serios daños, condición muy negativa para nosotros.

—Tiene gracia —exclamaba Beto, como si se tratara de un juego divertido—. Diría que los dos bergantines son hermanos gemelos.

De esta forma, con el perseguidor por nuestra popa, entramos en la noche. Y dudamos del camino a seguir, discutiéndolo junto a la timonera.

—No podemos dar una bordada al norte, porque nos acercaría a él. En todo caso, nos queda la posibilidad de caer francos al sur para intentar despistarlo. Don Cosme —me dirigí al piloto—. ¿A qué hora sale la luna?

—No podrá despistarlo esta noche ni la siguiente, señor, porque con la luna menguando en cuarto, nos tomara a su levante y distinguirá la silueta. Siempre, claro, que no se cierre el cielo en nubes, lo que no parece probable de momento.

Nada podíamos hacer sino intentar sacar al *Penélope* hasta la última yarda en el andar. Por desgracia, con el viento atascado en bolina, no podíamos utilizar el arma secreta de las bonetas, que nos habrían ofrecido la diferencia buscada. Pero para beber más agua a proa, caímos ligeramente hasta dejar el viento abierto siete cuartas por babor. Y en estas condiciones pasamos la noche, un ligero duermevela con los anteojos dirigidos hacia popa en permanencia. Beto apuntó una solución que ya bullía en mi cabeza.

—De seguir así, podemos continuar la caída hasta que nos sea posible instalar las bonetas. Creo que en cuanto le saquemos un par de millas, abandonará la persecución.

—Eso estaba pensando. Esperemos que se canse hoy, al comprobar que no progresa, y renuncie.

El día 21 amaneció con los mismos tintes, y bien sabe el diablo que en esta ocasión prefería cielos cerrados al copo. Rodeado de mis oficiales en el coronamiento, observamos la liebre, comprobando que se mantenía en la misma distancia, yarda arriba o abajo. Sin embargo, el britano, a pesar de no ganar una sola pulgada, parecía dispuesto a continuar en la brega. Tan sólo un error podía desnivelar la carrera. Pero para alejar los demonios, comencé a caer poco a poco, hasta tomar la proa al sudeste cuarta al sur, con el soplo abierto unas nueve cuartas. Como el viento se mantenía entablado del nordeste y fresco en aumento, comenzamos los dos gemelos a chupar millas al concierto.

Pero ya saben aquellos que han leído los cuadernillos de mi padre en oportunidad, así como los detalles de la ida a las Indias en el *Penélope*, que la mar es caprichosa día a día con las condiciones que brinda al navegante. Y repito esta norma de obligada creencia, porque en la tarde del día siguiente, 22 de diciembre, cuando estaba dispuesto a caer tres cuartas más e instalar las bonetas, nos alcanzó una encalmada de caperuza bretona, aunque todavía nos separaran muchas millas de la zona habitual para sufrir esa estadía tan poco deseada. De esta forma, por orden de los cielos quedamos perseguidor y perseguido abatidos sobre la mar en leche, reflejando nuestra estructura en el espejo de las aguas.

—¿Cuánta era la anchura en millas de la zona de calmas? —pregunté en sorna a

Beto.

—Estamos lejos de esa franja. Esta mar zorróna nos quiere desquiciar.

—Podemos intentar un alivio —lancé, conforme la idea entraba en mi cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Si esta noche continua la calma total, daremos la lancha al agua.

—¿Un remolque?

—En efecto. Si no lo advierte, podríamos ganarle alguna milla.

—Será extenuante para los hombres.

—No, si llevamos a cabo relevos cada media hora por medio del bote.

Llegadas las sombras, emprendimos la muy conocida treta, habitual en encalmadas cuando se desea salir del atolladero. Con las luces caídas a plomo y un gajo estrecho de la luna que ya iluminaba poco, dimos la lancha al agua por la banda que no podía observar el inglés, borneados los bergantines al capricho. Fueron diez horas de esfuerzo a muerte de nuestros hombres, a pesar de los relevos establecidos, aligerando los cuerpos en conveniencia con ron, vino y queso, elementos que siempre rebajan las protestas. Estimamos que debíamos haber andado unas cuatro o cinco millas durante la noche. Distinguíamos al inglés en la misma dirección, aunque no era posible comprobar si ganábamos distancia.

Amaneció por fin, un momento esperado por todos. Pero cuando ya las luces otorgaban suficiente visión, comprobamos que el britano seguía a la misma distancia, para desesperación de mis oficiales.

—¿Cómo es posible? —alegaba Puerta, sin ocultar su mal humor—. No hemos ganado una yarda.

—Está claro como el viento en la bahía gaditana —contestó Beto—. El jodido britano ha pensado, lógicamente, lo mismo que nosotros. Ya no quedan estúpidos por estas aguas, como la goleta bucanera a la que trillamos en el canal del Viento.

—Pero va a cambiar la situación, señor comandante —dijo el piloto—. Aparece rumazón por el norte y debe llevar viento prendido.

—Dios le oiga.

No falló el piloto en su predicción porque, entrados en el mediodía, comenzó a soplar el viento del norte en suave ventolina, para acabar de nuevo entablado del nordeste, una dirección que comenzábamos a odiar. Los dos buques chuparon aire al tiempo, continuando aquella caza que se alargaba demasiado. Decidí que era llegada la hora de nuestra última oportunidad.

—Caeremos cuarta a cuarta y al tiento, para que no acorte distancia, hasta llegar al rumbo en el que podamos instalar las bonetas.

—Me parece una excelente medida. Dios bendiga al arsenal de La Habana y sus hombres —dijo Beto, mientras bebía vino para apartar los miasmas y el cansancio.

A lo largo de una hora, caímos a estribor hasta dejar el viento abierto unas doce cuartas, con el britano siguiendo al palmo nuestros movimientos. Fue el peligroso momento de instalar las bonetas, y me refiero al peligro cierto porque para poder

enjaretarlas con seguridad, era necesario dejar la vela sin excesiva presión. Por esta razón y aunque don Gines azuzara a sus hombres con pito, gritos y brazos en molinete, instalar la del trinquete nos hizo perder media milla. Y como no era cosa de llegar a distancia de tiro con liebre a popa, dejamos correr tres horas sin amadrinar la de la cangreja, comprobando entusiasmados que ganábamos distancia, poca pero suficiente para abrigar esperanzas.

—Otra mención en honor del ingeniero Tejada y aquel extraordinario maestro velero —dijo Beto con grito de júbilo—. No creo que sea necesario llegar a instalar la segunda boneta.

Como el ingles se alargaba en yardas a la vista pero no resignaba, instalamos la segunda boneta cuando ya comenzaban a caer las luces, recuperada la distancia perdida y aumentada a dos millas y media. Así tomamos la noche, esperanzados aunque bajáramos a trocha abierta con rumbos de componente sur, lo que poco convenía a nuestra derrota.

El día 24 amaneció con cielos cubiertos y viento invariable del nordeste. Eran días de Navidad y alegrías familiares, y juro por los evangelios que disfrutamos de un momento glorioso, al comprobar cómo el bergantín inglés había quedado a bastante distancia. El britano debía encontrarse en las mismas condiciones, calculando a la vista la distancia perdida, porque cuando el sol se elevaba con claridad en el horizonte, viró en vuelta del sudoeste, lo que indicaba por derecho que daba por perdida la batalla.

—¡Que se joda el puto britano! Estaba muy seguro el inglés de tomarnos la popa a besar, y patearnos los huevos sin mayor esfuerzo. ¡Qué se creerán estos bigardos del infierno! De todas formas, no podemos quejarnos de la suerte —la exaltación de Beto y el tono de su voz enardecía al resto de los oficiales, que palmeaban sus palabras—. Ha debido ser esa Virgen a la que te encomiendas noche y día, aunque nadie la conozca. Si no llega a ser por ese magnífico ingeniero Tejada, habríamos llegado a la costa española con la puta liebre pegada a los talones.

—Si te digo la verdad, tampoco yo peregriné jamás a la ermita de Nuestra Señora de Valdelagua. Pero como siempre escuchaba a mi padre sus rezos hacia ella, los mantengo por lealtad. Algún día deberíamos visitar su capilla. Pero como dice el refrán, a Dios rogando y con el aparejo golpeando. Debemos virar por adelante^[97] y ganar latitud hacia el norte, que podemos haber caído hasta los 20 grados.

—En efecto, señor, o un poco más al sur —apuntó el piloto—. Una jornada al norte entraría en acuerdo.

—No olvidemos que hoy es 24 de diciembre y debemos celebrar esta noche como se merece.

Sin esperar, viramos por adelante hasta quedar al norte puro, a veces cuarteando a poniente o levante lo que el viento nos permitía. Y así nos mantuvimos una jornada entera, que se alargó raspando esteras porque no significaba progreso hacia nuestro destino. Pero como era obligada costumbre, celebramos la noche que daba paso a la

Natividad del Señor, empleando los víveres más golosos y los restos de ron y aguardiente. Fue una pobre celebración pero debíamos salir de la rutina con algún gesto.

Diez días más anduvimos en componendas y sufrimiento de trapo, entrando en el nuevo año del Señor de 1807 sin que la dirección del viento nos ofreciera un alivio. Por esta razón, decidí continuar la bolina inicial, pensando en una recalada por la costa africana al sur del cabo Espartel, zona poco apetecida porque entrábamos en corridas del tráfico que se dirige hacia el golfo de Guinea. Pero lo que Eolo nos quitaba quedaba compensado por la suerte, con lo que para alivio de nuestras almas, el día quinto del nuevo mes de enero, avistamos la costa, plana y amarillenta, sin puntos significativos que nos pudieran orientar.

—De acuerdo a la última situación de dos días atrás y la estima impuesta, señor, debemos quedar unas setenta u ochenta millas al sur-sudoeste del cabo Espartel. Deberá aparecer alguna laguna cuando nos acerquemos más a tierra.

Volvió a acertar don Cosme porque ya a vista cierta de la costa, nos situó más al norte, a tan sólo 68 millas del cabo Espartel. En ese momento decidí abrir distancias, acariciados por un viento fresco que remoloneaba del primer cuadrante hacia levante. Era el momento de decidir el paso definitivo.

—Hasta ahora hemos disfrutado de la suerte. Tenemos a Cádiz al norte y sesenta millas solamente. ¿Qué piensas hacer? —preguntaba Beto.

—Jugarlo a los dados con los huevos alzados a la cofa —sonreí sin convicción—. Vayamos por derecho hacia la bahía, que ya huelo a fritanga. Si avistamos alguna unidad inglesa en cierre, siempre podemos derivar hacia Huelva o el cabo Santa María, en escapada.

Con el sol comenzando su declive, dudaba de los movimientos a seguir aunque, en verdad, sesenta millas era distancia escasa y podíamos arriesgar en una estrepada final. Pero acababa de decidirme, cuando una nueva voz del vigía nos sacó del sueño para cebarnos en nube negra.

—¡Dos velas tres cuartas a estribor! ¡Aparejo de fragata!

El guardiamarina Martín del Rosal confirmaba la presencia de las dos fragatas britanas, que ya aproaban con el aparejo al copo para cortar nuestra proa. Pensé con tristeza que con el viento entablándose de levante por las claras y subiendo a frescachón, sólo necesitábamos unas pocas horas para abordar la bahía gaditana, si no hubiesen aparecido aquellas rabizonas de muerte. Pero no quedaba más remedio que salir del atolladero, por mucho que doliera.

—¡Caña a babor! Don Cosme, deme proa al cabo Santa María.

—Prácticamente, al rumbo noroeste, señor.

—De acuerdo. Proa hacia fuera.

Atacaba la última etapa, que se complicaba a la vista. Los cielos se encontraban despejados y la luna creciendo demasiado, lo que tampoco obraba a favor, pensando en la noche venidera. Volví a encomendar la derrota a Nuestra Señora de Valdelagua,

que no me podía fallar en aquel postrero intento. Pero la tensión subía enteros al observar ya con claridad aquellas dos fragatas, bebiendo el agua con proa al sudoeste y malas intenciones en los bigotes del bauprés.

22. Entrada a muerte

Por fortuna, el viento, ya de levante puro y con llamadas al sur, aumentaba a frescachón de fuerza, con lo que nuestro *Penélope* cabalgaba sobre las olas como potro mantenido a cueros. Pero también las dos fragatas, especialmente la que se abría por nuestro costado de estribor, largaban espuma a popa y sin concesiones. Su maniobra quedaba clara porque no cortaban a plano, sino que parecían cubrir la entrada de la bahía, lo que nos hizo cavilar a fondo.

—No me gusta la salsa con la que se cocina esta carne, Beto. Esas fragatas ejercían el bloqueo demasiado cerca de la bahía, actitud poco habitual en los últimos meses. No sé si es jugarreta de mi cerebro, centrado por más en esta empresa, pero parece como si estuvieran esperando nuestra llegada. Además, ahora aproan paralelas a la costa. Me temo que puede haber alguna más en las inmediaciones.

—Esa parece la maniobra que llevan a cabo, pero estimo imposible que tengan noticias de nuestra llegada con los pesos a recaudo.

—Nada es imposible en nuestra Corte con sus especiales personajes. Por desgracia, no es el español muy propenso a guardar la necesaria discreción, por mucho que se trate de asuntos de Estado.

Aunque sea difícil de creer, no erraba una mota en los presagios establecidos, aunque mis pensamientos hubieran sido lanzados al aire y sin base concreta alguna. Dos años después, cambiadas las alianzas con Francia e Inglaterra en jugada de naipes, me comunicó uno de los comandantes que ahora nos cerraban la puerta, el capitán de navío Lorsby, con quien llegué a hacer una buena amistad, que llevaban varias semanas esperando un bergantín con caudales frescos de las Indias. Y ya sabemos como vibra el cerebro de un comandante inglés, cuando se escucha el tintineo del botín en la distancia.

Me vi obligado a abrir un poco más la proa hacia fuera del saco, cuando ya las luces comenzaban a caer, momento en el que debía encontrarme a unas cincuenta o sesenta millas del cabo Santa María, abierto un par de cuartas a estribor. Y por más que martilleaba la cabeza a batientes y sin descanso, no encontraba una solución inmediata a nuestro problema.

—Hay luna suficiente para que los britanos nos mantengan marcados. No pienso arriesgar una pulgada y soy capaz de regresar al océano.

—Alguna de esas nubéculas puede cerrar las antorchas si los dioses nos entraran a favor —Beto señalaba hacia levante, donde se abrían algunos estratos en faja por el horizonte.

—Esa pareja se ha dividido. Una debe encontrarse más atracada a la costa, mientras la segunda se mantiene a unas siete millas por el través.

—La bahía de Cádiz se encuentra a sesenta millas, ahora al nordeste cuarta al leste. ¡Sesenta millas del porco nada más, Dios mío! —Beto parecía desesperar—.

Entonces, ¿piensas abandonar y aproar hacia el cabo de San Vicente? —el tono de su voz expresaba una profunda tristeza.

—Si te digo la verdad, no sé qué hacer, aunque parece la única alternativa. Si Dios quisiera cerrar las luces al tajo, aunque fuera un par de horas.

Aunque no fuera persona tan devota como mi progenitor y alguno de los compañeros, siempre he defendido que ninguna empresa se puede conseguir avante en esta vida sin el concurso de los que dirigen el mundo desde los cielos. De esta forma, cuando ya desesperaba a borbotones y me decidía a poner la popa al saco gaditano, se hizo el milagro, que como tal lo certifico sin ningún género de duda. Con las luces caídas a plomo, comenzó a brotar una bruma espesa desde las aguas, como el humo que se escupe desde la superficie de los pantanos, al tiempo que el viento se acolchaba a menos, rolando en ligero hacia el sur. La luna se perdía y una niebla de leche mortecina acababa por envolvernos en casaca ceñida, circunstancia odiada por los hombres de mar y querida por mí como la mujer más bella en aquellos momentos.

—Por todas las barraganas del marqués y sus hijos bastardos, que no podemos perder la ocasión —ladré al tiento para mis tripas.

—Aunque el viento no colabora y sigue cayendo, estimo que se abre la ocasión para aproar al norte y que se haga la voluntad del rey Neptuno —dijo Beto con escasa seguridad en el tono de su voz.

—Eso pensaba, aunque le pasemos en caliente y besando costado a la segunda fragata. Bien es cierto que en una clara, puede barrernos el aparejo de una sola andanada. Bueno, Beto, que sea lo que Dios quiera. En la duda, espero que el Altísimo ayude a los que defienden la verdadera religión. Ordena la caña a estribor, al límite que nos permita este viento caído en fuerza. Que se mantenga silencio absoluto a bordo y no aparezca una vela, bajo pena de muerte.

—No te preocupes, que ya me encargo yo de esa diligencia al punto.

La proa del *Penélope* comenzó a caer a estribor con lentitud, cercanos a entrar en el nuevo día que se marcaba como celebración de la Santa Epifanía. La niebla se había espesado en tal calibre, que desde la timonera apenas podía observar el trinquete en altura. El escaso viento nos permitió caer al nordeste cuarta al norte, posiblemente proa al bajo de Salmedina, casi el rumbo de entrada en la bahía. Y como es de suponer, frotábamos los ojos sin descanso, como si de esa forma pudiéramos atisbar una yarda más.

El tiempo pasaba a cuentas de rosario. Por desgracia, a intervalos se abría el banco de niebla en estrechas madejas, permitiendo observar con cierta nitidez unas cien yardas a nuestro alrededor. Entramos en la segunda hora del nuevo día, cuando en una de las aberturas pudimos observar un bulto alargado por nuestro costado de estribor, casi a tocar con la mano aunque la bruma haga entrar en error de distancias. Por fortuna se cerró de nuevo con rapidez, aunque escuchamos voces en grito y corridas por cubierta. Apretamos los puños en tensa espera cuando, pocos segundos después, se escuchó con claridad el retumbo del cañón, sin llegar a observar un solo

fogonazo. Los ingleses habían disparado casi a ciegas y el *Penélope* había librado aquella primera andanada de sangre por pulgadas.

—¡Tres cuartas a babor! —ordené para abrir distancias—. Si el claro llega a mantenerse algunos segundos más, esa fragata o quien sea nos envía al infierno.

—Si caemos más a babor no podemos embocar la bahía —decía Beto a mi lado, cuando ya se escuchaba una segunda andanada, más a popa—. Esa fragata putañera debe encontrarse por nuestra aleta de estribor, cerrando la puerta. Y nada sabemos de la segunda, posiblemente más a tierra. Por fortuna no nos ha tocado ninguna rasa. Pero estamos jugando con fuego. Si levanta un claro consistente...

—Ya lo sé, Beto. También podríamos virar en vuelta e intentar pasarlo por su popa.

—Creo que tengo en la cabeza una idea mucho mejor —Beto parecía dudar, sopesando sus palabras.

—Larga de una vez lo que manejas en la mollera o te haré colgar de la verga del juanete.

—Podemos dar la lancha al agua y montarle un cañón de a 8, como solemos hacer en las armadillas. A base de remo silencioso, me situaría por la banda contraria de la fragata, tras reconocerla. Y una vez separados unas cien yardas, le dispararemos por donde no lo espera. Creerá que hemos virado en vuelta y en esa dirección nos encontramos. Es lógico pensar que caerá a esa banda sin dudarlo, dejándote la puerta abierta.

—Eso es descabellado.

—Aunque seas mi comandante, debo aconsejarte que no digas sandeces. Se trata de una magnífica idea. Eso es lo que hay que hacer, y lo sabes bien.

—Estoy de acuerdo, pero sería demasiado peligroso.

—¿Peligroso? Escogimos el peligro hace bastantes años como carrera. En estos momentos, el objetivo principal es llegar con el *Penélope* a la bahía y entregar los pesos al general Escaño, para que no ofenda más a la Armada ese príncipe engolado. Es posible que no se ofrezca esta oportunidad de nuevo.

—De acuerdo. Pide como voluntario para mandar la lancha algún alférez de navío o fragata.

—No digas barbaridades, por favor —Beto me hablaba en un susurro con tono de clara indignación—. Sabes muy bien que debo ser yo quien gobierne esa lancha. Pediré algún guardiamarina como voluntario para la caña. No puedes quedar a bordo sin oficiales.

—No me gusta tu plan.

—No mientas, culebrón, que te encanta.

Callé sin saber cómo oponerme. Sabía que se trataba de una misión muy peligrosa y casi suicida, aunque pudiéramos rentabilizarla muy por largo, una oportunidad que, como decía Beto, podía no presentarse de nuevo. Además, no sabíamos cómo quedaría establecido el escenario cuando levantara el manto de la niebla. Para ganar

algún segundo pregunté al piloto.

—Don Cosme, ¿a qué distancia nos debe quedar la bahía de nuestros suspiros?

—Unas cuarenta millas al nordeste. El viento se acuesta al sudeste y podríamos aproar por derecho, aunque le hablo de estima.

Más dudas al cerebro, que podía reventar de un momento a otro. Pero no quedaba más remedio que dar la cara. Regresé al lado de mi buen amigo.

—De acuerdo, Beto. Pero, por favor, sin locuras. Localiza a esa fragata y dispárale a suficiente distancia por su banda de estribor. Un disparo y escapa como puedas.

—No te preocupes, que no es mi intención acabar la vida en este manto de leche.

Llevamos a cabo la maniobra en silencio y con inesperada rapidez. Aunque los dos guardiamarinas se ofrecieron como voluntarios sin dudarlo, Beto escogió a Ruperto Escalera, por su fortaleza física y mayor experiencia. A mi orden, el *Penélope* se puso en facha para facilitar la maniobra. De esta forma, media hora después, con el montaje artillero sobre calzas y estibado a lombarda, tal y como se utiliza en los botes cañoneros, Beto se preparaba para embarcar.

—Aunque me ordenabas un solo disparo, he embarcado cinco balas y los correspondientes cartuchos. Creo que será suficiente. Si falla la treta, nada será posible. Buena suerte, comandante. Dile a tu hermana que llegaré un poco más tarde.

Nos abrazamos junto a la escala de gato tendida por nuestro costado de estribor. No fui capaz de enhebrar una sola palabra, porque en esos momentos la emoción pesa como piedra de dique en el pecho. Admiré cómo era echada al agua la lancha, con todos sus hombres voluntarios y protestas del patrón, al verse sustituido por el guardiamarina Escalera. Y una vez en el agua, con remos a la funerala dejamos de verlos en pocos segundos, inmersos en el manto de leche.

Como la jugada era de las de una sola cara y a muerte, recuperado el andar metí la proa dos cuartas a estribor, esperando el cañonazo de Beto que debía significar el pistoletazo para arrancar la ocasión definitiva. El tiempo se detenía a cero, porque los minutos no cuajaban y la ampolleta debía haber cortado su arena. Pero cuando ya creía que todos andábamos perdidos en la niebla, escuchamos un solo cañonazo, amortiguado en la distancia. Escasos segundos después, ahora con claridad por la banda de estribor, se dejó oír una nueva andanada que correspondía, sin duda, a la batería de la fragata. Sufrí como no es posible describir, al pensar que aquellas veinte balas las habría hecho el inglés en dirección aproximada. Y aunque no es tarea fácil acertar contra una lancha pequeña en la niebla, en mi cerebro se abrió un cuadro siniestro en el que Beto saltaba por los aires, herido de muerte. Pero era el momento definitivo y no lo dudé.

—Cuatro cuartas a estribor. Don Cosme, ¿es suficiente con esta caída para aproar a la bahía?

—Creo que sí, señor.

—¿Cómo tomamos el viento, don Ginés?

—Aun nos quedan un par de cuartas para alcanzar el límite de la bolina, señor.

Pasados algunos segundos, volvimos a escuchar, ahora con sonido más amortiguado todavía, el disparo de un solo cañonazo que, en mi interior, achaqué a nuestros hombres. Habían recargado el cañón con rapidez, una maniobra que, en una pequeña y bamboleante lancha, significa una complicada faena. Y como repetición de los demonios, ahora le respondían dos andanadas en acelerada repetición. Pero ya esos sonidos quedaban claramente por nuestro costado de estribor y a mayor distancia, lo que parecía indicar que los dados apuntaban al seis por seguido. Mientras tanto, el viento saltaba a lomos, subiendo y bajando pero mantenido en un jaloque^[98] inestable, como lo denominaba el contramaestre.

Volvimos a escuchar, ahora bastante lejanos, lo que entendimos como retumbo de cañón, aunque la niebla no solo confunde la visión, sino también los sonidos. De esta forma progresábamos hacia nuestro destino, aunque una garra se me afirmaba bien candente en el estómago porque no podía dejar de pensar en Beto, el guardiamarina Escalera y el resto de los hombres que, con extraordinario valor, se jugaban el pellejo por un ideal, una patria que no siempre les correspondía en igualdad, aunque no se buscara ganancia ni premio en aquellos momentos.

A las cinco de la mañana, el silencio era sepulcral, con la niebla todavía entrada a cerrazón y sin madeja a las claras. Aunque confiaba a ciegas en el piloto, comencé a preocuparme por la entrada de la bahía gaditana, que no es plato de gusto con bajos peligrosos y piedras capaces de descalabrar al propio Neptuno. La voz de don Cosme tampoco me entró a guardas.

—Me preocupa la corriente, señor.

—Todavía no podemos encontrarnos en situación peligrosa. ¿Qué distancia estima a la bahía?

—Pues muy a ojo, unas veintitantas millas a poniente de la punta Contador.

—En ese caso, no debemos abrigar malos pensamientos todavía. De todas formas, que se preparen para sondar^[99] a la orden.

—Sí, señor.

Nos dio el alba con luz blanquecina y la niebla todavía embastada en capa aunque el viento, ese jaloque enviado por Nuestra Señora de Valdelagua, pareciera avivar el tono. Y como un nuevo giro de los que la mar ofrece en dictado, no sé si para bien o para mal, comenzó a evaporarse la bruma al galope tendido, hasta lucir en pocos segundos a levante un sol con su disco en rojo brillante. Fue un momento agridulce. Por una parte, el piloto marcaba, para sorpresa de todos, el castillo de San Sebastián al leste-nordeste y doce millas, pero al mismo tiempo el vigía nos revolvía las tripas al gritar a pulmón una negra redonda.

—Una fragata por la aleta de estribor.

Se trataba, desde luego, de una fragata inglesa con un porte superior a los cuarenta cañones. Pero la peor noticia era que se encontraba a poco más de seiscientas yardas de distancia del *Penélope*. Y mientras don Cosme alegaba las

corrientes de la zona como motivo de esa caída al sur y enmendábamos la proa en demanda de la bahía, ya los britanos hacían fuego tras guiñar a babor para presentar el máximo número de cañones de la banda contraria. Y no marraban en exceso, que dos rasas entraban por la balconada a mi cámara, mientras otras tocaban el casco a la lumbre del agua. No necesité apurar al contraamaestre, porque ya pitaba a concierto para apurar el aparejo al máximo suspiro. Pero decidí una acción que nos podía proporcionar ala añadida. Me dirigí al alférez de navío Puerta, que había asumido las funciones de segundo comandante.

—¡Segundo! ¡Cañones al agua!

—¿Cómo dice, señor?

—Lo que oye, por los cojones del corneta. Debemos ganar las millas que nos restan cuanto antes. ¡Cañones al agua!

Mientras se comenzaba a ejecutar mi orden, la fragata, tras disparar, regresaba a rumbo para no perder distancia. De todas formas, la guiñada y la velocidad del *Penélope* le habían hecho perder unas cien yardas. Pero ya no jugaba la distancia su principal papel, porque la gacela volvía a caer ligeramente de rumbo para lanzarnos otra andanada en flores. Fue el momento en el que creí que la suerte, tan ceñida a mi hermoso bergantín en las últimas semanas, nos había abandonado de un severo portazo, porque una de las balas inglesas nos desbrincaba el bauprés de plano, dejándolo en cuelgue con pérdida de foques. Don Ginés salió de estampida hacia proa, mientras seguíamos a pulso con el trapo restante. El contraamaestre regresaba para darme la mala.

—Foques fuera de servicio, señor. Y el palo trinquete en peligro, aunque se aguanta en precario por el estay mayor. Por desgracia, puede vencer en cualquier momento. Pero como todos los cañones se lanzaron al agua, no hemos perdido demasiado andar.

—¡Lástima de esas carronadas! Pero lo primero es lo primero en esta misión — me giré hacia el piloto—. ¡Distancia a la boca de la bahía, don Cosme!

—Unas siete millas, señor.

Es difícil imaginar lo que cuesta avanzar media milla, cuando te rocían con balas calientes sin posibilidad de reaccionar. La fragata se mantenía con una maniobra perfecta y un ritmo de cañón envidiable. Una tercera andanada nos tocó en blando, pero la cuarta fue a desbarate de tablas, saltando casi todo el pasamanos de estribor y la jarcia del trinquete, que oscilaba como peonza en cuadros. Fue el momento en el que me sentí perdido, cuando tenía la fruta más golosa al alcance de la mano. No era posible que perdiéramos la última jugada, tras el sacrificio de mi gran amigo y otros hombres. Todo ello sin contar la sangre que ya corría por nuestra cubierta.

Lo que les decía del concurso celestial es cierto, no lo duden. En aquellos momentos en los que enfocaba nuestra tristísima realidad y, por fin, el palo trinquete se rendía a babor con estrépito, sonó la flauta mágica de los dioses mayores. Y no fue la voz del vigiador la que me alertó de la especial donación, sino mi vista. Porque al

girarme para observar con detalle el trinquete caído en duelo y sus consecuencias, pude observar a corta distancia una de las escuadrillas de las fuerzas sutiles establecidas en la bahía, posiblemente la de la Caleta, entrando por derecho contra nosotros. Aunque nadie pudo percibirlo, sentí mis ojos entrados en lágrimas, al tiempo que aquellas lanchas y faluchos llegaban a nuestra altura y continuaban proa hacia la fragata para rodearla en fuegos.

A bordo del *Penélope*, el contramaestre intentaba desenmarañar la debacle de cabos y aparejos arracimados en desorden a proa, aunque nuestro andar se reducía a ritmo de tortuga. Pero ya no me preocupaba mucho ese aspecto sino que, con el corazón saltando en el pecho, dirigía la mirada hacia popa, para observar cómo una docena aproximada de las unidades ligeras abrían fuego contra la putorróna fragata que me había chamuscado los huevos. Y supuse al comandante britano echando espumarajos por la boca, al tiempo que arribaba de plano para poner popa a la bahía y salir de escapada.

Aclarada la maniobra y con el trapo del palo mayor en única función, ganamos la entrada a la bahía gaditana en tres horas más, una visión que no olvidaré jamás. Ya les decía que para mí esa tierra presenta un significado distinto, un cariño especial que siempre fue en aumento. Un par de faluchos, al observar el deplorable aspecto de nuestro buque y su aparejo, se ofrecieron para un posible remolque, acción que agradecí pero que estimé innecesaria. Aunque me avisaban del aumento del nivel de agua en la sentina, con las bombas funcionando a pleno, suponía a los carpinteros trabajando con los tapabalazos^[100], mientras progresábamos a unos dos nudos largos hacia dentro. Y daban las seis de la tarde de aquel glorioso 6 de enero de 1807, una fecha para grabar a fuego en mi piel, cuando fondeaba frente a la Casería con las dos anclas, a buen resguardo de mares y fragatas, mientras diferentes sentimientos se abrían al galope en mi pecho.

El alférez de navío Julián Puerta me ofreció la novedad general, una vez bien afirmadas las anclas en el fondeadero.

—Aclarados los restos de la maniobra a proa, señor, con bauprés y trinquete fuera de servicio. Controlada la entrada de líquido, tras haber sufrido nueve balazos a la lumbre del agua con perforación y entrada. Continúan trabajando los carpinteros, aunque ya se trata de afirmar los tapabalazos en ronda. Y, por último, señor...

—¿Cuántas bajas, Puerta?

—Cuatro muertos y doce heridos, señor, dos de ellos de gravedad. Los que han perdido la vida, marineros y grumetes, pertenecían a la maniobra del trinquete. Entre los heridos, el patrón de la lancha, don Enrique Laporta, es uno de los que se encuentran con mayor daño y peligro de perder la vida.

—Desesperaba el pobre por haber sido excluido de su responsabilidad —entóné con tristeza—. Y falta por contabilizar el personal que embarcó en la lancha.

—El segundo comandante, guardiamarina Escalera, dos artilleros preferentes, dos ordinarios, tres marineros y cinco grumetes. Esperemos que hayan podido llegar a la

costa sin novedad.

—Dios le oiga, segundo. Nunca debemos descartar lo inesperado por parte del cielo o del infierno, que gracias a una nube blanca conseguimos nuestro propósito.

—Desde luego, señor. Le debemos la vida a esa escuadrilla enviada en auxilio. Por fortuna, se encontraban en ejercicios cerca del castillo de San Sebastián y observaron la refriega. Y si no sale de estrepada la fragata, habrían intentado tomarla.

—Siempre las armadillas dieron la talla muy por alto.

Quedé en toldilla, rumiando pensamientos negros. Aunque debería flotar en la más grande de las dichas, no podía apartar de mi cabeza los rostros de Beto y el del joven guardiamarina Escalera. ¿Qué habría sido de ellos? Por desgracia, conocía bien el extremo valor de mi compañero y habría sido capaz de cualquier locura por apartar aquella maldita fragata de nuestro camino. Escuché las palabras de Okumé, a mi lado.

—Debemos confiar en la habilidad de don Beto, señor. No es fácil acertar a una lanchita en la niebla.

—Depende de la distancia a la que se situara para disparar. Esa fragata portaba 42 cañones, pudiendo abrir fuego con más de 20 piezas a la banda, más las carronadas a disposición. Bien sabe Dios que soy el único responsable de sus vidas, y siempre llevaré esa losa en mi alma. No sé si podré presentarme ante mi hermana.

—Debe olvidar la responsabilidad que se atribuye, señor. Don Beto hizo lo que debía hacer y no habría podido evitarlo, cuando se jugaba el éxito de tan importante empresa. Ahora debería comer algo y dormir.

—¿Cómo voy a comer, Okumé?

Me retiré a mi cámara. En verdad me encontraba muy cansado, agarrotado de brazos y piernas. Pero era peor el otro agotamiento, producido por una agitación mental que no era capaz de detener. Sin embargo, el cuerpo humano toma sus propios caminos, sin necesidad de solicitar permiso. Sin darme cuenta, sentado en la butaca ante la mesa de trabajo, quedé profundamente dormido.

Las pesadillas me asaltaron a tiro de pistola. Y así debí mantenerme durante bastantes horas. Llegó un momento en el que me veía zarandeado por las olas entre los restos de la lancha, con el cadáver de Beto abierto en sangre junto a mí. También escuchaba lamentos, cuerpos que pedían auxilio en gritos desgarrados, sintiéndome incapaz de acudir hacia ellos. Los golpes sobre mi cuerpo aumentaban, hasta que llegué a comprender que no eran a causa de la pesadilla, sino por las puñadas a fuerza contra mi hombro para despertarme. Abrí los ojos como si una pesada piedra intentara impedirlo. Sin embargo, pronto creí ver el rostro de mi compañero, con una sonrisa en su boca. Intenté salir de la pesadilla, hasta que el conocido vozarrón me sacó definitivamente del sopor.

—¡Despierta de una vez, culebrón del demonio! ¿Cuánto aguardiente has bebido, para perder la conciencia? Estoy hambriento y muerto de sed.

Despierto por fin, comprendí que era mi compañero en realidad. Y no aparecía

vestido con jirones harapientos y rostro cadavérico, como lo había presenciado en los sueños negros. Por el contrario, parecía regresar de un paseo por la toldilla. Okumé se vio obligado a intervenir.

—¡Han regresado sanos y salvos, señor! Ya le decía que no debíamos desesperar.

Abandoné el asiento para acercarme a Beto. Comencé a palpar su cuerpo, como si creyera imposible la evidente realidad.

—¡Eres tú! ¡Dios mío, en verdad eres tú!

—No soy ningún espíritu, puedes estar seguro. Por favor, Okumé, ¿podrías conseguirnos una frasca de aguardiente, de esas que guardas a buen recaudo, y algo de comer?

—Por supuesto, don Beto. Ya sabe que siempre mantengo lo necesario en cámara secreta.

Beto tomó asiento, estirando las piernas en un gesto suyo muy habitual. Pero quería saber los detalles, por lo que entré en preguntas sin perder un segundo.

—¿Cómo sucedió? ¿Sufiste alguna baja? ¿Y el guardiamarina Escalera? ¿Cómo pudisteis regresar?

—Despacio, *Gigante*, o te atragantarás. Cumplimos nuestro trabajo a la perfección, aunque no debiera yo decirlo. Disparamos el primer cañonazo a unas cincuenta yardas por la banda de estribor de la fragata. Como esperaba que reaccionara con una ración de hierro por parte de su batería completa, ordené bogar a muerte tras nuestro disparo, intentando variar la posición con rapidez. La más peligrosa fue la tercera andanada de respuesta, con dos rasas que picaron a escasos metros y nos empaparon a todos. No pudimos disparar más de tres cañonazos porque, al efectuar el tercero, rompió el cañón las ligadas, quedando en libertad. Era una condición que me temía porque llevamos a cabo la carga y estiba en la lancha con demasiada rapidez, necesaria sin embargo. Después quedamos perdidos en la niebla, sin volver a observar la mancha de la fragata. Con la pequeña aguja de la lancha, arrumbamos a ritmo lento y silencioso hacia el nordeste, pensando que acabaríamos por llegar a la costa.

—Y habéis llegado sin un solo herido —el tono de mi voz mantenía la incredulidad, como si temiera que todo volviese a formar parte de la pesadilla sufrida—. Eres un héroe, Beto, con un par de huevos bien clavados. Te propondré para el ascenso, y no porque vayas a ser mi cuñado.

—Deja los ascensos por ahora, aunque lo merezca sin duda.

Mi amigo volvió a reír, al tiempo que Okumé llegaba con los refuerzos de boca. Beto atacó la cecina y el aguardiente a muerte y sin descanso, como si no hubiese comido en varias semanas. Pero yo quería más información, como si no se hubiese rellenado el saco.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—¿Estás todavía dormido? Hay una cosa que se llama navegar, y a eso nos dedicamos. Recalamos a unas tres millas al sur de Chipiona, cuando se levantó el

manto de la niebla en repentino prodigio. Dimos la vela, que no era cosa de cansar más al personal, y arrumbamos hacia la bahía. En la distancia, más por el ruido de los cañonazos que la propia visión, asistimos a tu último enganche con esa fragata, que era la tercera de las que se encontraban al acecho. Creo que tenías razón y nos esperaban.

—Eso parece.

—Y largaste los cañones al agua. Buena medida que ya hizo don Antonio Gaztañeta en las Antillas, al mando de un pequeño buque.

—No tuve más remedio, y bien que siento devolver el *Penélope* en estas lamentables circunstancias y sin armamento a disposición.

—No digas tonterías, que no era esa nuestra misión, sino la que hemos cubierto con huevos de hierro. Habría podido llegar antes con la lancha, y no a las tres de la madrugada. Pero no encontrábamos al *Penélope* en la bahía. Por fortuna, nos cruzamos con un bote de Puntales, que nos indicó el fondeadero que habías elegido. Y aquí estamos.

—Ahora sí que puedo decir que soy inmensamente feliz. El éxito de esta empresa se habría empañado por más sin vuestra presencia.

—Seguro que ya estabas preparando las palabras que deberías decir a tu hermana —volvió a soltar una fuerte carcajada—. Vamos, Okumé, rellena esta copa.

—Debería descansar, don Beto, que mañana han de presentarse al general Escaño y darle la novedad. Seguro que los ascenderán a los dos. Ha sido una hazaña digna de ser conocida por Su Majestad y el mismísimo príncipe de la Paz.

—Por favor, Okumé —saltó Beto—, no me estropees estos segundos de felicidad, nombrando a ese pájaro de mal agüero. No pienso dormir, sino beber con largura. Aunque es cierto que mañana deberemos llevar a cabo el informe de nuestra arribada a don Antonio.

—Por supuesto, y bien temprano —alegré, eufórico—. Pero creo que podemos beber todavía un par de copas más antes de dormir. Tú lo necesitas.

—¿Dormir o beber?

Seguimos con el aguardiente y la charla, como dos jóvenes que se encuentran tras azarosa peripecia infantil. Pero era todo felicidad llana y abierta a luces, un sentimiento pleno que nos acariciaba el alma con extremo placer, unas sensaciones difíciles de repetir en la vida.

23. Futuro abierto

A las ocho de la mañana, tras haber tomado galleta desmigada en caldo de tocino y unos sorbos de aguardiente, ya vestía el uniforme grande en oros, preparado para tomar la lancha y saltar a tierra. Me agradaba pensar en la sorpresa que recibiría el general Escaño, quien mucho lo merecía, al comprobar nuestra presencia. Pero Beto remoloneaba por más, tras haber dormido dos horas escasas, aunque tampoco podía urgirle al tranco. De esta forma, paseaba por la toldilla, con sueños abiertos y el pensamiento saltando del despacho de don Antonio en capitanía, a mi casa en Cádiz y el rostro de Eugenia. Todo era placer y felicidad, esos momentos que debemos estibar a buen recaudo en la mochila del cerebro.

Me disponía a enviar a Okumé, para que Beto aligerara su alistamiento, cuando el alferez de navío Echagüe, de guardia en cubierta, llegó hasta mí a la carrera.

—Se acerca por la amura de estribor una falúa con insignia de general, señor.

—¿Qué insignia?

—No la he distinguido en la distancia. Pero juraría que es la misma falúa que atracó a nuestro costado con el teniente general Escaño el día de la partida.

—¿Se encuentra bien afirmado el portalón?

—Sí, señor. Ya lo he ordenado.

Al tiempo que Okumé salía a la carrera para avisar a Beto, me dirigí hacia el castillo, comprobando que, en efecto, se trataba del general Escaño. Y poco después distinguía su figura, en pie y dirigiendo el anteojo en nuestra dirección.

Mi compañero apareció por fin con rostro entrado en arrugas, aunque no me preocupaba. Y ya se atracaba la falúa a nuestro costado, saltando con rapidez don Antonio a bordo.

—A las órdenes de su excelencia, señor general. Sin novedad a bordo del bergantín *Penélope*, una vez arribados a la bahía de Cádiz con la carga ordenada a bordo.

—¿Sin novedad, dices? —su rostro se abría en sonrisas—. Nadie lo diría al observar el estado de su arboladura, comandante. Parece que haya pasado un huracán sobre vosotros.

Sin esperararlo, nos abrazó con fuerza, como haría un padre con sus hijos más queridos.

—Por todas las barraganas del sultán, que sois unos jabatos como la copa de un pino. Me llegó la noticia de vuestra entrada, con una fragata barriendo fuegos sobre este pobre bergantín, que largaba cañones y hasta el último suspiro al agua. Supongo que lleváis a bordo la mercancía prometida.

—Por supuesto, señor, y en la cantidad exacta.

—Vayamos a tu cámara, *Gigante*. Quiero que me contéis estos meses con detalle.

Llegados a mi cámara y tomado asiento, don Antonio rechazó los ofrecimientos,

aunque era poco el material a disposición para homenajear a un general en visita.

—Dejad los protocolos a un lado, que poco o nada me importan. Vamos, *Gigante*, cuéntame con detalle vuestra comisión.

Me lancé a la narración desde la salida, cuatro meses atrás, pasando milla a milla hasta el mismo momento de la llegada en el día anterior. A veces, don Antonio paraba mi parla, para exigir algún detalle concreto. No advertí cambio alguno en su rostro, cuando atacó el tema de la arqueta especial entregada por el brigadier Malsana para don Benito Piedra, y mi aceptación por fuera de toda norma. Y así llegué a culminar, cuando ya mi garganta quedaba seca como retama. Volvió a sonreír nuestro general, antes de dirigirse a nosotros con la emoción enhebrada en sus palabras.

—No me equivoqué al escogeros, bien lo saben los dioses de la mar. Habéis sufrido malos tragos, aunque en estos momentos todo os sepa a gloria. Y ya os avanzo, sin esperar un minuto, que os propondré para el inmediato ascenso, aunque Beto merecería alguna mención especial. Me encargaré de que se desembarque la plata con la necesaria discreción, y quede a cargo del contador general de la escuadra, que para ella ha de ser de acuerdo a la promesa establecida.

—¿Quiere que se haga en este fondeadero, o prefiere que lo llevemos a cabo en el arsenal de La Carraca, donde deberemos entrar?

—Aquí será más discreto. Bueno, muchachos, os doy mi más sincera enhorabuena otra vez. Repito que sois hombres de huevos en planta, como han de ser los oficiales de la Real Armada. Y tiene gracia ese detalle de las bonetas, un sistema arcaico que, sin embargo, os salvó el pellejo. No conozco a ese ingeniero Tejada, pero lo notificaré a la superioridad como merece. Parece mentira que con los magníficos profesionales que tenemos en la mar y en tierra, se haya hecho caer a la Armada hasta la situación que sufrimos en estos días.

Quedamos en silencio, como si un rumor se mantuviera en vuelo y al acecho. Sabía que faltaba un pequeño detalle, que debía afrontar sin pérdida de tiempo.

—En cuanto a esa arqueta, señor, quedo a sus órdenes para lo que...

—Que la embarquen en mi falúa. Y a partir de este momento, nunca ha existido tal mercancía a bordo de este bergantín. Conozco bien al brigadier Malsana, un hombre de confianza y honrado a carta cabal. A pesar de la legislación vigente y todas esas mandangas que tantas veces obran en nuestra contra, ha obrado como debía porque es mucha la deuda, material y moral, que mantenemos con don Benito Piedra. Sé que entre sus muchos negocios, dispone de inversiones en algunas pesquerías de perlas al sur de Acapulco. Pero podéis estar seguros de que este hombre habría sido incapaz de solicitarnos un favor como el que va a recibir. Creo que se lo debemos porque tardará mucho en cobrar algunas deudas, si es que llega a recaudarlas alguna vez. Os repito que esa arqueta nunca se encontró a bordo del *Penélope*.

—¿De qué arqueta nos habla, señor? —preguntó Beto en chanza.

—Ya veo que no cambias, muchacho. Bueno, supongo que estaréis deseando

desembarcar y visitar a vuestras mujeres. ¿Mantenéis la intención de contraer matrimonio, o alguna criolla os hizo perder el sentido?

—Por desgracia no tuvimos tiempo, señor —alegué en sorna—. Espero que la próxima comisión a Indias sea más relajada en ese aspecto. Pero, sí, deseamos casarnos cuanto antes. Y ya que abordamos el tema, queríamos solicitarle el honor de que sea nuestro padrino.

—El honor me lo concedéis a mí y lo acepto encantado —pareció pensar unos segundos, como si dudara en ofrecer alguna información—. Y cuanto antes, mejor, que corren rumores en muchas direcciones.

—¿A qué rumores se refiere, señor? —preguntó Beto con rapidez.

—Mucho se habla en los últimos días sobre la creación, en serio, del Almirantazgo, y espero que se haga en los términos que ya expuso años atrás el bailío^[101]. También corren voces en el sentido de que formaré parte de él, con lo que debería mudar posada a Madrid. Como por desgracia quedáis sin barco, porque este hermoso bergantín sufrirá meses hasta que se pueda costear su puesta a punto, si es que lo conseguimos, podríais continuar a mi servicio. Pero, bueno, cada problema en su hora y sitio. Ahora os concederé licencia de dos semanas para los casamientos y felices días posteriores, quedando destinados de momento en mi mayoría general.

Continuamos de charla con el general Escaño, ya entrados en chanzas y rumores relajados. Pero acertaba de lleno cuando decidió despedirse.

—Os dejo y no porque no desee seguir con esta charla, en la que tanto disfruto. Soy consciente de que siempre entra la final urgencia, por ver a los seres queridos tras alargada ausencia. Dentro de un par de horas se atracará un lanchón del arsenal con instrucciones precisas. Hacedme saber la fecha de la boda.

Despedimos al general con la alegría en el pecho, porque la arqueta de las perlas me había pesado bastante en las últimas horas. Y como ya el látigo de la prisa se cernía sobre nuestras cabezas, agradecemos la rapidez con que se llevó a cabo la descarga de la plata americana. Sin embargo, nos atacó una nueva sorpresa poco antes del almuerzo, al recibir en un bote, de parte del general, dos barricas de vino y algunos manjares golosos que atacamos sin misericordia. Ya caía el sol cuando, libres de plata y plomo, tomamos la lancha que nos salvara el pellejo, para arrumbar en ventura hacia Cádiz.

Arribamos a la calle de la Amargura bien entrada la tarde y sin previo aviso, aunque temíamos la ausencia de la familia por algún motivo desconocido. Pero estábamos equivocados porque ya don Antonio había preparado las tablas en conveniencia, con envío de un mensajero y nota escrita. Como es fácil imaginar, allí estaban en ansiosa espera María Antonia, Eugenia, Rosalía, Cristina y Francisco. Nos fundimos en abrazos, disputando por tomar la palabra, esos momentos que tan bien conocen los hombres de mar, porque se producen muchas veces a lo largo de sus vidas, aunque no siempre con el especial calibre a encarar en aquella tarde. Y mientras nos ofrecían una cena digna del Palacio Real, hablamos y bebimos sin

descanso. Fueron horas de placer que nos habíamos ganado a pulso.

La ceremonia de las dos bodas simultáneas tuvo lugar el día 25 de enero en la Catedral gaditana, oficiando el capellán del bergantín *Penélope*, don Andrés Pliego, que se había ofrecido para el acontecimiento, aunque debiéramos recabar una autorización que llegó pocos días antes. Como todo estaba bien planificado, Beto y su ya esposa salieron hacia la hacienda de *Santa Rosalía*, que había entregado a mi hermana como dote. Era un especial regalo, porque sabía de su cariño por esa tierra donde habíamos nacido y reposaban nuestros seres más queridos.

Por mi parte, ya unido a Eugenia en matrimonio y con la inseparable compañía de Okumé, nos dirigimos hacia la hacienda de *El Bergantín*, ésa abierta en tierras extremeñas, también amadrinadas por largo a la familia Leñanza. Los recuerdos se fundían con el cariño y el placer, una situación que también pesa en futuros. Y llevaba allí dos o tres días, cuando mi mujer lanzó una proposición inesperada.

—¿Sabes una cosa, *Gigante*?

—Dime, querida.

—Me encanta la hacienda y este palacete al que llamáis *El Cuartel*. Pero creo que deberías cambiar el nombre.

—Eso de *El Cuartel* fue una broma inicial de mi tío Santiago, cuando descubrió sus formas iniciales, y así quedó para siempre. Pero si en verdad te disgusta...

—No me refiero a eso sino al nombre de la hacienda. Ya que se llama *El Bergantín*, deberías redondearlo.

—¿Redondearlo? ¿Cómo puedo hacerlo? —aunque debía parecer sencillo, no sabía por donde navegaban los pensamientos de Eugenia.

—Deberíamos llamarla como hacienda *El bergantín Penélope*, ¿no crees?

—Me parece una idea excelente y así la inscribiré.

Eugenia pareció quedar pensativa, como si todavía deseara elevar otra proposición.

—Ya sabes que soy curiosa por nacimiento, querido. Aún sigo intrigada. ¿Quién nos enviaría a Rosalía y a mí esos dos collares de tan extraordinarias perlas negras? Me gustaría saberlo para agradecerlo como es debido. Jamás vi ejemplares de tal tamaño, color y belleza.

—Debe ser alguien que mucho os aprecia. Es posible que se trate de un enamorado en forzosa despedida.

—No seas tonto. Nadie regala una joya de tanto valor sin avisarlo. No puedo comprenderlo.

—Tampoco yo. Pero ya sabes, querida. La vida es como la mar, cambiante y con sorpresas en cada jornada.

Tanto Beto como yo mantuvimos a puerta cerrada y de por vida aquel detalle, que ahora narro en estos cuadernos. Ni siquiera cuando, años más tarde, conocimos a don Benito Piedra, nos dimos por enterados ni él abordó el tema. Pero siempre que observé las gruesas perlas del Mar del Sur en el cuello de Eugenia, llegó a mis

recuerdos el bergantín *Penélope* y nuestra odisea que acabó en absoluta felicidad. Así es la vida en la mar, que suele rematar la faena agradeciendo a quienes dan el pecho por vivir en ella.



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] Ver el volumen 2 de esta colección, *La cañonera* 23. <<

[2] Se llama rosa náutica, rosa de los vientos, rosa de la aguja o rosa de los rumbos a un círculo dividido en 32 ángulos iguales, denominados rumbos o vientos, en cuyo centro se ajusta el chapitel que lleva la barreta de la aguja náutica. <<

[3] Lo que, hoy en día, llamaríamos como jefe de estado mayor. <<

[4] El 14 de febrero de 1797 tuvo lugar el combate de San Vicente, sin duda la página más negra en la historia de la Real Armada. <<

[5] Se refiere al navío Príncipe de Asturias, buque insignia de la escuadra. <<

[6] El teniente general don Juan Joaquín Moreno desempeñaba el cargo de Comandante General interino del Departamento Marítimo de Cádiz. <<

[7] Se entiende por *bandola* la nueva armazón de arboladura y aparejo provisional, que se forma por recurso con mastelero u otra pieza equivalente, cuando se ha desarbolado de alguno de los palos principales. Esta maniobra se denomina como *armar bandolas*, y *navegar en bandolas* a llevarlo a cabo en esta disposición. <<

[8] Fuerza compuesta por botes, lanchas, falúas, tartanas y todo elemento menor capaz de montar un cañón como mínimo. Formados en divisiones, habían sido utilizados con éxito en la defensa de la bahía en ocasiones anteriores. <<

[9] Se refiere al navío *Santísima Trinidad*, hundido tras el combate de Trafalgar. <<

[10] Se refiere al ascenso a jefe de escuadra. <<

[11] Se entendía en los barcos como dar cañón, a la pena de azotes, por llevarse a cabo, normalmente, con el reo de bruces sobre uno de las piezas artilleras del alcázar.

<<

[12] ¿? <<

[13] Dimensión en altura de la arboladura de un buque, incluidos los masteleros, contada desde la superficie del agua hasta los topes. <<

[14] Ministro de Marina, don Francisco Gil y Lemus. <<

[15] Buque con casco a tingladillo, mucho calado a popa, aparejado con tres palos y velas tarquinas o al tercio, sobre las que se envergaban gavias volantes en número variable. Como artillería solía montar de ocho a doce piezas. <<

[16] Se entendía por *balahú* una especie de goleta, algo más estilizada de líneas, que se construía en los arsenales americanos para su uso en las Antillas. También se escribía como *balajú*. <<

[17] Se denominaba *punte* a las andanas o baterías donde se instalaba la artillería. El prototipo de *buque de línea* contaba con dos puntes y un porte aproximado de 74 cañones. De tres puntes se construyeron doce en España a lo largo del siglo XVIII, con 112 cañones, aunque el Santísima Trinidad, tras embonar y correrse su batería de cubierta, llegó a montar 136 cañones, siendo considerado el único *cuatro puntes* y, sin duda, el más poderoso y armado del mundo. <<

[18] En realidad, en esa época, a la Cartagena colombiana se la denominaba como Cartagena sin más, mientras que la española era más conocida como Cartagena de Levante. <<

[19] Se entiende por *cangreja* toda vela de figura trapezoide y, por excelencia, la que se enverga en el cangrejo de mesana en buques de tres palos, o en el mayor de los bergantines y goletas. En estos últimos se llama *mayor cangreja*. <<

[20] En el volumen octavo de esta colección, el brigadier Leñanza ocupa el puesto de comandante del navío *Santísima Trinidad*, buque insignia de la escuadra bajo el mando del teniente general don José de Córdoba. <<

[21] En efecto, en 1810 el jabeque *San Sebastián* fue destinado a Cartagena de Indias. De allí fue despachado a Lima, doblando el cabo de Hornos y alcanzando su destino en escaso tiempo. Fue el único en su clase en navegar por el océano Pacífico, donde acabó sus días. <<

[22] Ver el volumen cuarto de esta colección. <<

[23] El calibre de los cañones se medía por el peso de la bala de hierro que lanzaban, expresado en libras. De esta forma, los había de *a 36*, *a 24*, *a 18*, *a 12*, *a 8*, *a 6* y *a 4*.

<<

[24] En buques aparejados con tres palos, estos se denominaban, de proa a popa, como trinquete, mayor y mesana, sin contar el bauprés, lanzado a proa. Cuando las unidades arbolaban solamente dos, quedaban con trinquete y mayor. <<

[25] Todavía por aquellos años se denominaba con frecuencia Mar del Norte al océano Atlántico, y Mar del Sur al Pacífico. <<

[26] Apodo que recibían las licenciosas visitadoras o vivanderas que, con entera libertad, se atracaban a los buques ingleses de la *Royal Navy* en los fondeaderos, para disfrute de sus hombres que no tocaban tierra en años. <<

[27] Llámase *espejo de popa* a toda la fachada de ésta, desde la bovedilla hasta el coronamiento. También se la denominaba como *escudo*, *estampa* o *chambra*. <<

[28] Figura tallada que se sitúa por timbre o empresa en lo alto del tajamar, cuando no es la del león clásico en los buques españoles. <<

[29] Un buque es *ardiente* cuando es propenso a girar hacia el viento o *partir el puño*.

<<

[30] Capaz de navegar contra el viento formando un ángulo pequeño, de tres a cuatro cuartas. <<

[31] La escala de los vientos en esos años corría, de menor a mayor intensidad, con las siguientes voces: *calma muerta* o *chicha*, *vagajillo* (viento muy flojo, que no llega a la superficie del agua), *ventolina* (viento muy escaso que apunta desde diversas direcciones sin fijarse en ninguna), *fresco* (de todas las velas), *frescachón* (sin juanetes), *cascarrón* (rizos a las gavias), *ventarrón* (solo mayor y trinquete) y *temporal* (trinquete y capa). <<

[32] En los buques, se denomina como *picar las bombas* cuando se hace accionar estas para extraer el agua de la sentina u otros compartimentos, lo que también se expresa como *dar a la bomba* o *pompar*. <<

[33] Volumen 6 de esta colección de novela histórica naval. <<

[34] Nombre que se aplicaba a una clase de *contramaestres*, inferior a la de *primeros* y *segundos*, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como *tercer contramaestre*, dentro de los Oficiales de Mar. <<

[35] Barril que hace la cuarta parte de un tonel. <<

[36] Se llama *pipa*, *bota* o *candiota* al pequeño barril para embarcar vino o licores. <<

[37] Normalmente se entiende por chifle el cuerno donde los artilleros guardaban la pólvora para cebar los cañones antes del dique. Sin embargo, los pitos que los contramaestres utilizan para dar las órdenes de maniobra adoptan también dicho nombre por ser de formas parecidas. <<

[38] Cuando un buque arriaba el pabellón y, por lo tanto, se rendía al enemigo, debían introducirse en una bolsa de loneta las órdenes secretas o lacradas, documentos reservados y cuadernos de señales tácticas que, convenientemente lastrada con una bala, era lanzada al agua. <<

[39] Se entiende por *trapo* el velamen del buque en su conjunto. <<

[40] Se decía a bordo *trinquete en calzones* cuando se utilizaba uno más pequeño que el ordinario para correr el temporal. <<

[41] Embarcación de porte variable con velas al tercio, cangrejilla o mesanilla en un palo chico a popa y varios foques. <<

[42] Navíos de escaso porte, entre los 56 y 64 cañones. <<

[43] Antigua voz para denominar a los contra maestros. <<

[44] Vela primera y principal en el palo mayor. <<

[45] Se entendía como porte en los buques de guerra, el número de sus cañones, y en los mercantes por el de sus toneladas. <<

[46] Camino que debe hacer el buque para trasladarse en la mar de un punto a otro. <<

[47] Se entiende por *irse a la ronza* o ronzar que el buque navegue de través o de costado. Sin embargo, la frase se entiende como equivalente a *irse al garete*. <<

[48] Santa Fe de Bogotá. <<

[49] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[50] Revés de las velas por la parte donde van cazadas, con vientos largos o de empopada. <<

[51] Debe entenderse como ocho millas a la hora, es decir, ocho nudos. <<

[52] La legua marina era equivalente a tres millas, es decir, a 5555 metros. <<

[53] Se refiere al aguardiente que se fabricaba en la villa de Cehegín, en la provincia de Murcia, muy apreciado a bordo de los buques. <<

[54] Se denominaba vigía, vigiador o atalaya a los marineros destinados de guardia en los topes de los palos para descubrir a mayor distancia los objetos que aparecen en el horizonte. En la actualidad se les llama serviolas. <<

[55] El instrumento óptico llamado comúnmente catalejo se denominaba a bordo de los buques como *anteojo* o *largomira*. <<

[56] Se entiende por cuarta a cualquiera de los 32 rumbos en que está dividida la rosa náutica pero, de forma principal, el ángulo que media entre uno y otro rumbo. De esta forma, una cuarta equivale a 11,25 grados. Si, por ejemplo, se avista en la mar una unidad abierta ocho cuartas a babor, equivale a decir que se encuentra por el través de dicha banda. <<

[57] Se entiende como *marcar* o *echar* el punto a situar sobre la carta de navegación la posición del buque en la mar. <<

[58] Se entiende por *gratil* la orilla por donde una vela se une a su verga, palo o nervio. <<

[59] Se llaman *alas* a las pequeñas velas que se agregan por extensión a las principales, de las que toman su nombre, como *alas de gavia*, *de velacho*, etc. Normalmente se utilizan con vientos largos y bonancibles. Las correspondientes a las velas mayor y trinquete toman el nombre de *rastreras*. <<

[60] Se denomina como *meter*, *coger* o *ponerse en facha* a la acción de bracear unas velas en contra de otras para que el barco se mantenga sin avance. <<

[61] Se llaman *cañones de mira* al último de popa y proa de la batería corrida de cada banda, o de las de alcázar y castillo, que sirven para hacer fuego en las cazas o retiradas. Algunos buques mayores suelen montar dos cañones a proa, a cada lado del bauprés en el castillo, que se llaman con más exactitud *miras* o *cazadores*. <<

[62] Debe entenderse como balas rasas, las macizas de hierro. <<

[63] Extremo norte de la península de Guajira, en la Colombia actual, al nordeste y unas trescientas millas de Cartagena de Indias. <<

[64] Ancla quinta con la que cuentan la mayor parte de los navíos, aun de mayor peso que la de la esperanza. Suelen aparejarla como último respeto y se almacena en posición desembarazada en la bodega. <<

[65] En aquellos años se denominaba *marea* a lo que, en la actualidad, se entiende como *mareción* o *mar de fondo*, agitación de las aguas en su conjunto como rescoldo de temporales habidos a cierta distancia. <<

[66] Se entendía en los barcos como *dar cañón* a la pena de azotes, por llevarse a cabo, normalmente, con el reo de bruces sobre uno de las piezas artilleras del alcázar.

<<

[67] Mar en calma absoluta, también conocida con las acepciones de *mar como un plato*, *mar en leche*, *mar como un espejo* o *como una balsa de aceite*, *mar de donas*, etc. <<

[68] Se entiende por *coy* a un pedazo rectangular de lona que, colgado de sus cabezas, servía por cama o hamaca a los marineros a bordo. <<

[69] El bizcocho de mar o galleta, base de la alimentación en los barcos de la Armada, se fabricaba con harina menos blanca, bien amasada con agua y un poco de levadura. Una vez cocida, se retiraba del fuego y enfriaba progresivamente, dándole un poco de calor, hasta que quedaba seca, dura y frágil. Con estas masas se formaban bollos semiesféricos de más de quince onzas. La ventaja es que no se pudría fácilmente, llegando a ser tomada a bordo con más de dos años de antigüedad. <<

[70] Se denominaba menestra al plato de alubias o garbanzos cocidos con muy escaso condimento. <<

[71] Se entendía por grillos el conjunto de dos grilletes con un perno común que se colocaban en los tobillos de los presos. <<

[72] Los primeros descubridores denominaron Tierra Firme a la parte del continente meridional de América bañada por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mar. Se empleó durante varios siglos, y aún hoy no se halla del todo en desuso, para designar la costa de la Venezuela actual. <<

[73] A la falta absoluta de viento se la solía denominar *calma chicha*, *calma muerta*, *calmaría* o *calmería*, *quedada*, *calmazo*, *callada*, *bonanza*, *jacio* y, más antiguamente, *jolito*. <<

[74] En este caso se refiere a los cabos gruesos tendidos de proa a popa en ambas bandas y por la cubierta alta, para que el personal pudiera progresar en su camino. <<

[75] En este caso se refiere a arbolar el mastelero. <<

[76] También llamada *calima*, *calina*, *arrumazón*, *bruma*, *boria* y *brumazón*. <<

[77] Especie de goleta muy común en el mar de las Antillas, de pequeño porte. También se conoce como *balajú*. <<

[78] Se entiende por tiro de enfilada, cuando toda la batería de un costado abre fuego contra otra unidad que se presenta perpendicular a ella, sin poder hacer uso más que con los cañones de mira o guardatimón. <<

[79] Al igual que barlovento y sotavento son los costados del buque por donde entra y sale el viento, se entiende por *barlofuego* la banda por la que se dispara, y *sotafuego* a la contraria. <<

[80] Se entiende por ponerse *a dos puños* o ponerse *en cruz* a *cazar ambas escotas* para *acuartelar* una vela, es decir, presentarla más de cara al viento, cazándola y braceándola por sotavento. <<

[81] Islas rasas, arenosas, frecuentemente anegadizas y cubiertas en gran parte de mangle, muy comunes en el mar de las Antillas y en el golfo mexicano. <<

[82] En las marinas europeas se designó con el nuevo nombre de corbeta, por la ligereza equiparada a los saltos del caballo, a las fragatas pequeñas de 10 a 20 cañones, que se distinguían en corbetas de puente y corbetas de pozo, según tuvieran o no entrepuente. <<

[83] Cabria o grúa de grandes dimensiones que se utilizaba en arsenales y puertos para carga de elementos pesados o para arbolar los buques. <<

[84] Pieza principal sobre la que se forman los palos de arboladura. <<

[85] Vela supletoria que se agregaba por el gratil bajo de otra para aumentar la superficie vélica en tiempos bonancibles, muy usada en los galeones del siglo XVII.

<<

[86] Se entiende como *andar* en el aspecto marítimo al movimiento progresivo de un buque por el agua en la dirección de su quilla. Y como *aumentar el andar* el incremento de su velocidad. <<

[87] Se entiende como *levantar ganado, cabrillar o hacer cabrillas* cuando en la mar se forman ondas con pequeñas crestas blanquecinas, producto normalmente del viento fresco. <<

[88] Siete nudos o siete millas por hora de velocidad. <<

[89] Se entiende como navegar por estima al cálculo de) punto de situación en que se halla el buque en base a los rumbos navegados, según las indicaciones de la aguja magnética, y las distancias medidas con el tiempo transcurrido y la velocidad marcada por la corredera. <<

[90] Se entiende por recalar, la llegada del buque a la vista de cualquier accidente geográfico de tierra, siendo reconocido y marcado con seguridad. <<

[91] La bandera española fue particular de la Real Armada desde 1785 y, posteriormente, ampliado su uso a las Plazas y Castillos marítimos, así como otros establecimientos en tierra. Por Real Orden de la Reina Isabel II en 1843, pasó a ser el pabellón nacional. <<

[92] Pequeñas goletas utilizadas en el tráfico marítimo fluvial. <<

[93] En efecto, al año siguiente, fuerzas británicas muy superiores, tras tomar Montevideo, atacaron la ciudad de Buenos Aires. Liniers dirigió la heroica defensa, derrotando y capturando a la columna central inglesa, hasta la capitulación del general en jefe. Las fuerzas británicas acabaron por retirarse del Río de la Plata. <<

[94] La bahía y ciudad de Fort Royal, en la isla Martinica, tomaron el nombre, tras la revolución francesa, de Fort de France. <<

[95] Vientos que, entre los trópicos, soplan todo el año en una dirección constante, que es la del nordeste en el hemisferio norte y del sudeste en el sur, estando separados por la región de las calmas. <<

[96] Durante muchos años se llamó al océano Atlántico como Mar del Norte, y al Pacífico como Mar del Sur, denominación que se comprende al observar un mapamundi. <<

[97] Se entiende por *virar por avante* forzar al buque hasta aproarse al viento para caer a continuación sobre la mura o banda contraria. Si se efectúa la virada en sentido inverso, pasando el viento por la popa, se llama *virar en redondo* o *en vuelta*. <<

[98] Nombre que se da en el Mediterráneo al viento sudeste o sueste, también llamado siroco. <<

[99] Se llama *sondar* a largar el escandallo al agua para averiguar la profundidad y la calidad del fondo. <<

[100] Zoquetes de madera revestidos de estopa, encastrados a golpe de maza en los agujeros que hacen las balas en los costados. <<

[101] Se refiere a quien fuera Secretario de Marina e Indias, capitán general de la Armada bailío frey don Antonio Valdés y Fernández-Bazán Quirós y Ocio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio. <<